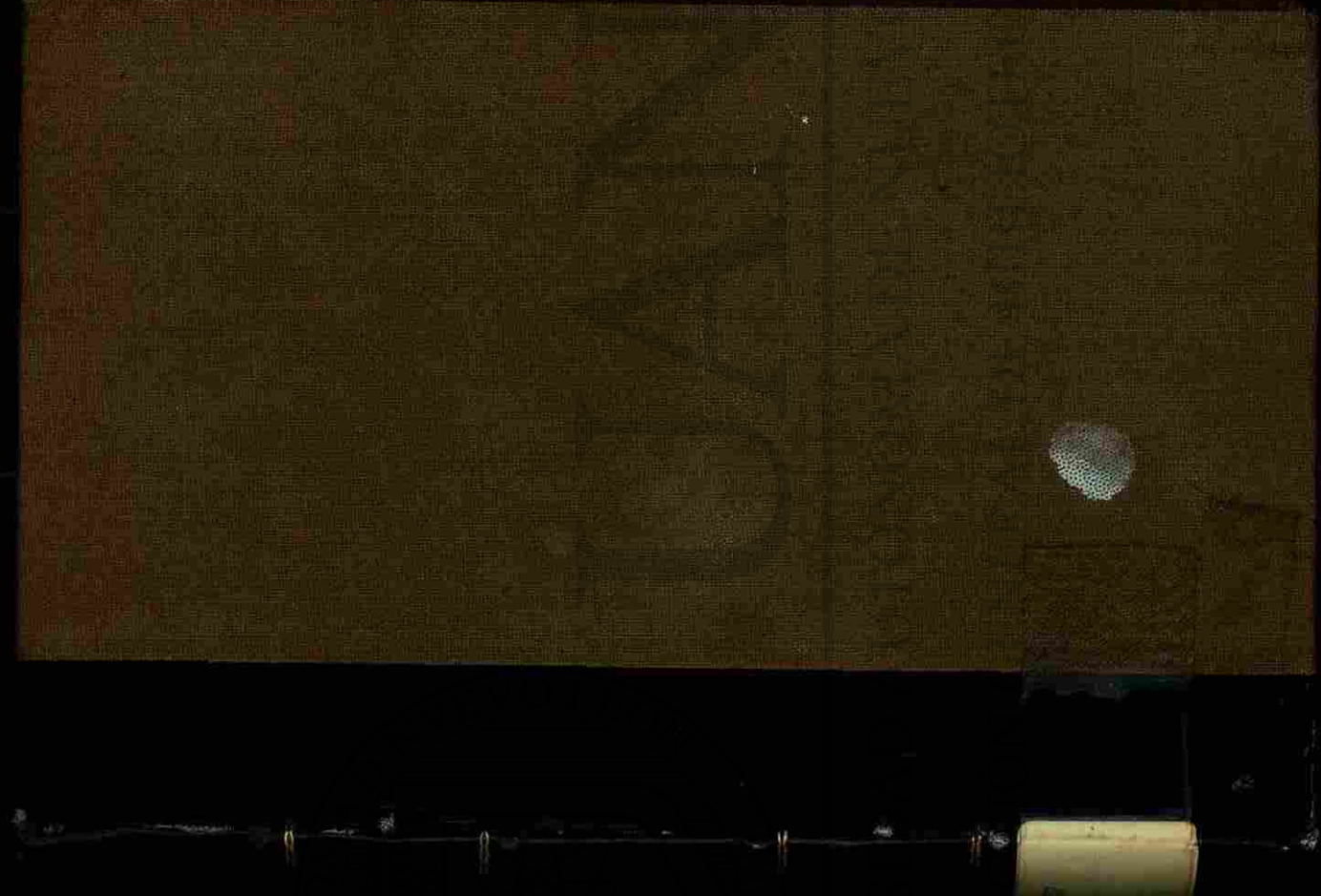
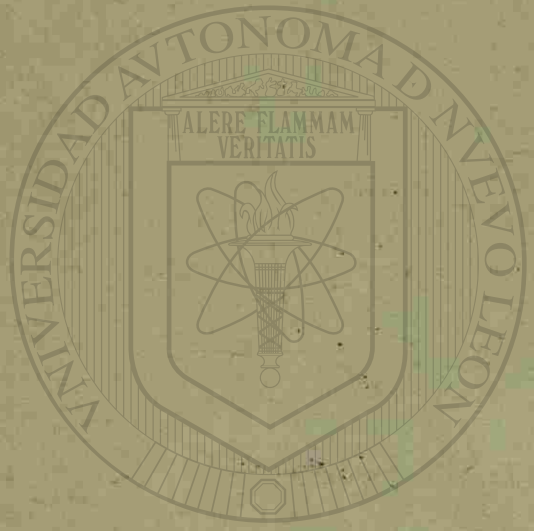


SINUÉS

LA VIDA REAL

PQ6567
.S5
V5

1020027446



CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. 392.3
Núm. Autor S618v
Núm. Adq. 33887
Procedencia —8—
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

LA VIDA REAL.

ALEGRÍAS Y TRISTEZAS DE UNA FAMILIA.

ESTUDIO SOCIAL.

100481

DE VENTA
EN LA
LIBRERIA
DE
RAMON DE S. N. ARALUCE
SUC. DE BARBEY.
MEXICO.

MADRID:
IMPRENTA Y FUNDICION DE LOS HIJOS DE GARCÍA,
Calle de Campomanes, núm. 6.
1884.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

33887

663
S.
PQ6567
S51
V51

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de la autora, y queda hecho el depósito que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

OBRAS DE MARIA DEL PILAR SINUÉS

que se hallan de venta en las principales librerías y en esta Administracion,

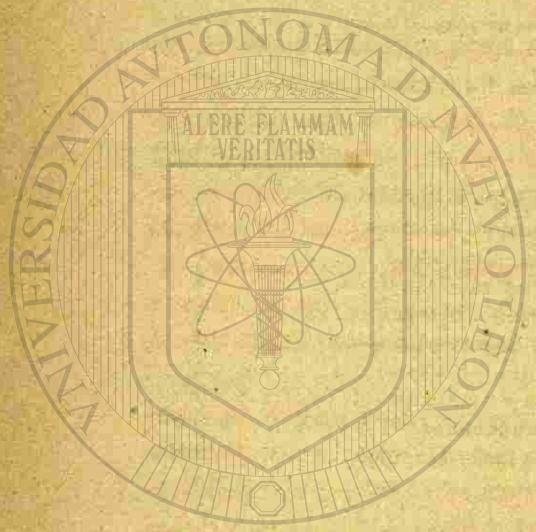
CERVANTES, 13, TERCERO, DERECHA.

	Pesetas. Cénts.
Hija, esposa y madre.—Dos tomos.....	8
El angel del hogar.—Dos tomos.....	6
El alma enferma.—Dos tomos.....	7
Una herencia trágica.—Un tomo.....	4
La dama elegante.—Un tomo.....	4
Narraciones del hogar.—Un tomo.....	4
Dramas de familia.—Un tomo.....	4
Verdades dulces y amargas.—Un tomo..	3'50
Un libro para las jóvenes.—Un tomo....	3'50
Combates de la vida.—Un tomo.....	2'50
Mujeres ilustres.—Primer tomo.....	3
Idem id.—Segundo tomo.....	3

DE TEXTO.

A la luz de una lámpara.....	1
La ley de Dios.....	1'50

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A MIS LECTORAS.

Cuatro años hará, mis constantes y benévolas amigas, que publiqué en el popular periódico *El Imparcial* tres artículos que titulé lo mismo que el trabajo que hoy tengo el placer de ofreceros: el éxito fué inmenso, tanto como poco merecido: escribí al acaso mis impresiones, sin esfuerzo alguno, como hago siempre, como cantan los pájaros en las serenas mañanas de la primavera.

Acaso ninguno de mis trabajos ha conseguido tantos beneplácitos: gran número de cartas de muchas señoras, me felicitaron por aquellos modestos artículos, y de todos los ámbitos de España, así como de las dos Américas, de Lóndres, de Berlin y de Roma, me invitaron á que prosiguiera aquel trabajo en *Los Lunes de El Imparcial*, ó á que los hiciera extensos, y los publicase en forma de un libro, el cual, de todos aquellos países extranjeros me pedian permiso para traducir á sus respectivos idiomas.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal éxito, aunque me sorprendió agradablemente al principio, no me extrañó despues de reflexionar un poco: nadie en España se ha ocupado, hasta que yo lo he hecho, del bienestar, de la dicha moral de la mujer; nadie le ha dicho:—«Yo te alumbraré en tu camino para que no caigas.»—Pero cuando cae, todos la culpan, todos se ensañan en su reputacion; todos se creen con derecho, no solo á juzgarla, sino á condenarla sin piedad.

Sin embargo, de todos los libros que para la mujer he escrito, y que constituyen el *Curso de educacion moral*, que nadie más que yo la ha dedicado; de todos los libros que he escrito, ninguno entraña la importancia moral y social que los tres artículos de que ya dejo hecha mencion: LA VIDA REAL resuelve valerosamente uno de los más árduos problemas de la vida: el modo de hallar la dicha en el matrimonio, por discordes que sean la edad, el carácter y las inclinaciones de los esposos.

Publiqué algunos artículos más en *Los Lunes de El Imparcial*, y el éxito fué mayor si cabe: entonces resolví continuar mi trabajo y hacer de él un libro, enviando antes una parte á las columnas de *La Moda*, por ser la publicacion más leida por las señoras, y en cuyas columnas tiene un grato asilo mi nombre, desde hace ya muchos años.

Estas páginas están escritas tambien para que las lean vuestros esposos, vuestros hermanos, vuestros hijos: con un mimo, con una caricia hacédselas leer tambien á vuestros padres: en la literatura extranjera, hay libros para ambos sexos, para todos los gustos, para todas las edades: yo me he propuesto que este libro pueda dar grato solaz durante algunos momentos, lo mismo al padre, al esposo, al hermano, que á la tierna madre, á la amante esposa, á la cariñosa hermana.

Es sabido que la tertulia familiar y agradable se ha concluido en España, porque las mujeres se ocupan solo de frivolidades, y los hombres, solo de negocios, ya sea bajo la forma política ó comercial. Cuando las damas se ponen á leer las revistas ó los artículos de modas en las publicaciones de este género, los indivíduos del sexo fuerte toman el sombrero, diciendo con la conciencia muy tranquila:

—Están en su terreno favorito: dejémoslas en él.

No, señores mios: nosotras sabremos ataros con cadenas de flores, y hacer que oyéndonos leer ciertas cosas, os halleis mucho mejor que en el café ó en el casino: oireis embelesados nuestro dulce acento, descubriendo las terribles verdades de la vida, y acaso en estas páginas aprendereis no solo á conocernos, sino á conoceros, lo que es mucho más difícil.

Contiene este libro una correspondencia entre dos hermanos, uno de ellos, el varon, soltero, egoista é incurable en su mala opinion de las mujeres: casado al fin, surgen mil dificultades en el matrimonio, que el amor y el buen sentido van resolviendo poco á poco.

Esto es LA VIDA REAL, es decir la vida práctica, la vida de cada dia, la vida de la prosa y de la verdad: porque las ilusiones, no tienen ni deben tener gran parte en la existencia, que se ve cada dia más rodeada de terribles realidades, muy difíciles de resolver, y algunas de casi imposible solucion, si no ayudan el talento y el corazon.

La mision del arte es *embellecer la naturaleza*: bajo este punto de vista, puedo estar persuadida y persuadiros á vosotras de que he llevado á cabo un trabajo verdaderamente artístico, porque todo es en él verdad, y ante ninguna cuestion por grave y prosáica que sea, he retrocedido, teniendo á la vez la conviccion de que he tratado con altura de pensamiento y de raciocinio todos los extremos que encierra mi tarea.

Si ésta os agrada, creo que será para vosotras, uno de esos libros amigos que escritos con el alma, conmueven dulcemente la del lector, y la enlazan á la mia con las dulces cadenas de esa misteriosa y eterna simpatía del pensamiento.

Mi idea principal ha sido que estas páginas no sirvan solamente para vosotras: no hay preceptora más dulce, más segura para el hombre que la mujer: el varon más sábio, el más grave; el galan más aguerrido, el pecador elegante más empeñado en la senda de los vicios cultos—tan dulces y tan peligrosos;—todo hombre, en fin, que tenga una dósis nada más que regular de inteligencia, se deja llevar sin saberlo siquiera de la grata, de la suave, de la adorable influencia de la mujer que ama: todo hombre tiene mucho de niño: el sexo fuerte está hecho de una pasta dócil, que obedece á la débil presion de la mujer, cuando ésta sabe hacerse amar y estimar á la vez.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Amar y ser amada: esta es la suprema dicha, y á la vez el bello ideal de nuestro sexo: amando tiernamente para tener paciencia y abnegacion en su árdua tarea de sostener la dicha de su familia: siendo amada para ser alentada, estimada y hasta admirada en el desempeño de su gloriosa y bella mision, la mujer es y será siempre el ser más bello, más atractivo, más sublime de la creacion.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

PARTE PRIMERA.

EL SOLTERON.

I.

Roberto á Valentina.

París, Enero de 1876.

Casi tengo por seguro, mi querida hermana, el que esta carta quedará sin contestacion. Hace más de ocho años que nada sabes de mí, como nadie ha sabido tampoco: mientras vivió nuestra madre, la escribia todas las semanas; y cada domingo al volver de la iglesia, donde permanecia dos horas, se encontraba con una larga carta mía.

¡Pobre madre! Su recuerdo es la sola flor que aun vive en las ruinas de mi corazon! ¡Qué sencilla era, qué piadosa y qué buena! Si su inteligencia no era ni muy profunda ni muy elevada, en cambio su corazon era un manantial inagotable de ternura: no fué nunca mi amiga, porque su carácter tímido reconocia demasiado lo que llamaba bondadosamente *mi superioridad*; pero en cambio, yo la adoraba y era dichoso protegiéndola, enviándole cuanto dinero podia, comprando en este gran París

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amar y ser amada: esta es la suprema dicha, y á la vez el bello ideal de nuestro sexo: amando tiernamente para tener paciencia y abnegacion en su árdua tarea de sostener la dicha de su familia: siendo amada para ser alentada, estimada y hasta admirada en el desempeño de su gloriosa y bella mision, la mujer es y será siempre el ser más bello, más atractivo, más sublime de la creacion.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

PARTE PRIMERA.

EL SOLTERON.

I.

Roberto á Valentina.

París, Enero de 1876.

Casi tengo por seguro, mi querida hermana, el que esta carta quedará sin contestacion. Hace más de ocho años que nada sabes de mí, como nadie ha sabido tampoco: mientras vivió nuestra madre, la escribia todas las semanas; y cada domingo al volver de la iglesia, donde permanecia dos horas, se encontraba con una larga carta mía.

¡Pobre madre! Su recuerdo es la sola flor que aun vive en las ruinas de mi corazon! ¡Qué sencilla era, qué piadosa y qué buena! Si su inteligencia no era ni muy profunda ni muy elevada, en cambio su corazon era un manantial inagotable de ternura: no fué nunca mi amiga, porque su carácter tímido reconocia demasiado lo que llamaba bondadosamente *mi superioridad*; pero en cambio, yo la adoraba y era dichoso protegiéndola, enviándole cuanto dinero podia, comprando en este gran París

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todo lo que pensaba podia serle agradable! Muerta ya nuestra madre, y tú casada de esa manera que el mundo llama brillante, creí que ya no me necesitabas, y persuadido del egoismo humano, pensé que ya no te acordarias de mí para nada, y que hasta te molestarian mis cartas; en lo primero me he engañado, pues en todas las épocas que el corazon señala, en el dia de mi cumpleaños, en el del santo de nuestra madre y en todas las fiestas que se celebran en familia, jamás me ha faltado carta tuya.

Al pensar en esto, me siento avergonzado; tampoco te habia olvidado yo, pero no te lo decia, ya porque estaba ocupado con estudios sérios y cuidados de ambicion, ya porque mi vida era agitada por otro estilo.

Pero hoy siento una laxitud, un cansancio del alma, que jamás habia experimentado: imagínate lo que sentiria un hombre que hubiese andado durante todo un dia sin alimento alguno: la fatiga física que agobiaria á ese desdichado, la siento yo en el ánimo.

Hace dos dias cumplí cuarenta años: tú cuentas solo veintiseis, y ya eres viuda: vives sola como yo, y segun me escriben, eres bella más que nunca, y lo que vale más, eres tan buena como cuando eras niña; acaso por este motivo, acaso porque conozco la bondad y ternura de tu corazon, lo penetrante y elevado de tu inteligencia y las gracias de tu ingenio, acudo á tí con preferencia á todos nuestros hermanos: los tres son varoniles como yo, aunque de carácter ménos excéntrico; los tres están casados y son felices á su manera; solo yo, Valentina, solo tu viejo Roberto está triste y es desgraciado: por eso acude á tí, y te suplica olvides sus culpas y que le escribas con frecuencia; lo necesita, porque está solo, y yo espero que no desatenderás su ruego: ¿verdad que no me engaño? No es esta la primera vez que te pido amparo y consuelo, yo, hombre fuerte, á tí, jóven delicada, y que solo tienes por escudo tus gracias y tu debilidad: acúerdate que hará nueve años ocurrió en mi vida una catástrofe espantosa, y que, agobiado bajo el peso de la pena y del terror, te escribí y debí á tus dulces consuelos una tranquilidad que ya no pensaba volver á hallar nunca.

Una mujer murió por mí, tomando un tósigo, porque no quise enlazar su vida á la mia, huyendo con ella á país extranjero, y su sombra afligida me perseguia por todas partes, no dejándome ni sueño ni reposo.

Pero ¡ah hermana mia! Yo temo haberme vuelto malo! El suicidio de aquella mujer, que antes miraba como una gran desgracia, hoy me parece solamente un rasgo de exagerado romanticismo, que llegó á donde su desgraciada autora no esperaba; pienso en aquella infeliz con la piedad de toda alma creyente, y pido

al Cielo su eterno descanso, cuando me acuerdo de hacerlo, que son pocas veces: pero aquel dolor ardiente y profundo que he visto sentir á otros hombres por una causa semejante, aquella desesperacion incurable de que alguna vez he sido testigo en catástrofes parecidas, te lo aseguro, no las he sentido un solo instante.

Explícame este misterio, Valentina, y si tú le comprendes, dí á las mujeres á quienes trates, dí á tus amigas, que esperen pacientemente á que Dios señale el fin de sus dias, y que no se quiten una vida que pueden hacer útil para los que sufren.

Hay en mí como una especie de menosprecio hácia tu sexo, que no ha podido modificar ni aun el espantoso drama de que te hablo; y sin embargo, yo he amado á aquella mujer, he amado á otras varias; ¿por qué no he podido estimar jamás á ninguna? Enigmas son estos que espero como te he dicho me aclare tu inteligencia, porque tú eres lo mejor que de tu sexo conozco.

Yo me hubiera casado ya, y me casaria al instante, si hallase una mujer de gran virtud, una mujer intachable, una mujer que á nadie hubiera amado más que á mí; pero ¿dónde hallarla? Si existe en el mundo, estoy seguro de que no es para mí, pues no solo la he buscado entre las familias de la buena sociedad que trato, sino en esfera más humilde, en la esfera del

arte y aun en la del trabajo. La mujer es siempre y en todas partes, coqueta, superficial, necia, interesada, seca y árida de corazon: es temible para la intimidad del hogar; la mujer es solamente un objeto bonito que debe mirarse de lejos como un delicado adorno, que para nada sirve más que para recrear la vista.

Ríete si quieres con aquella melodiosa y argentina risa que alegraba el alma de nuestro excelente padre: ríete, Valentina, pero yo me canso de estar solo: quisiera casarme y no hallo con quién: no conozco una sola mujer á quien fiar el honor de mi nombre, ni la he conocido jamás, ni espero conocerla.

Cuando pienso en la triste suerte de nuestro padre, me estremezco de pavura: ¡qué soledad moral tan grande soportó toda su vida! Yo solo fuí su único amigo: yo, desde los diez años de edad, compartia sus horas de tristeza, le acompañaba en sus largos paseos, y hablaba con él de botánica, de historia, de todo aquello que permitian los estudios de un niño de mi edad: ¡pobre padre! Su compañera, la madre de sus hijos estaba tan distante de él en nivel intelectual, que no podia hablarle de nada sério, de nada profundo: no podia compartir con ella ni una alegría ni un dolor, y siendo de carácter demasiado recto y elevado para buscar culpables devaneos fuera de su hogar, se resignó á morir de tristeza al lado de aquella estátua de

alabastro que habia elegido su corazon de fuego para esposa!

Cuando andando el tiempo he comprendido el terrible drama de familia que se desarrolló ante mi vista, no he podido mirar á nuestra madre sin un sentimiento involuntario de desden, mezclado con lástima! Con otro temple de alma, con otra inteligencia en ella, con más elevacion de sentimientos, el amigo de mi infancia, mi adorado padre aún viviría!

Si me alcanzase semejante suerte, yo no esperaria á morirme de tédio y de melancolía; no, Valentina: el cañon de un rewolver me salvaria de la angustia de vivir.

Y sin embargo, nuestra madre era buena, piadosa, inofensiva: su dulzura de carácter era inalterable; pero la bondad sin inteligencia no sirve para nada, y la inteligencia, por el contrario, sirve para todo: lo mismo para las cosas más altas, que para las más pequeñas y triviales.

No tenemos todos los hombres las mismas condiciones de carácter, y yo estoy persuadido de que necesito una mujer especial; cerca de tí vive uno de nuestros hermanos. Diego es más jóven que yo, y sin embargo, pasa muy bien su vida al lado de su mujer, que le sirve exactamente para los cuidados de una ama de gobierno. Mariana es hermosa, alta, gruesa, *buena moza*, alegre, hacendosa... sin embargo, pide al Cielo que me libre de otra Mariana!

Dime lo que me sucede, Valentina: ven en mi ayuda: lee en mi corazon con tus hermosos ojos, con tu luminoso talento, y enviame alguna dulce palabra que calme el ánimo de tu hermano, que te abraza,

ROBERTO.

II.

Valentina á Roberto.

Madrid, Enero de 1876.

Mi siempre querido é inolvidable hermano: Recibí ayer la tuya de París, y ha sido tan grande mi alegría al ver tu letra, que no sé cómo expresártela: veo no solo que te acuerdas de mí, sino que me quieres como cuando era niña, y que pides consejo á mi corazon para fijar tu destino, y dar condiciones de sosiego y de dicha á tu porvenir.

Gracias, hermano mio: ya es hora de que dejes las locuras de la juventud: pero yo no quiero que cambies la soledad del corazon por una vida monótona y amarga, sino por las dulzuras del hogar, por la paz, por la dulce compañía de una mujer buena y amante.

Has llegado sin casarte á los cuarenta años, segun dices, porque no has hallado todavía una mujer á la que estimes verdaderamente, aunque has amado á muchas. ¡Qué deplorable en-

gaño! Tú no has amado aún á ninguna, pues el verdadero amor es inseparable de la profunda estimacion, y tu hermana, tu Valentina, tu mejor amiga, te acusa de egoismo y de frialdad de corazon.

Pienso que, como nunca has pensado verdaderamente en casarte, has acusado siempre á las mujeres de faltas imaginarias ó poco ménos, y en esto eres la imágen perfecta de tu sexo, que hasta que ama de veras, nunca sabe lo que quiere.

El carácter superficial os parece á los hombres una garantía de sumision, porque demuestra inferioridad de espíritu; pero á la vez os molesta y os parece insufrible para la intimidad del hogar: y ese es el motivo de que muchos como tú, despues de haber mirado á la mujer como á un bonito juguete, mueran solteros por no hallar una sola que les parezca digna de ser la compañera de su vida.

Desde niño te he oido afirmar que soy lo mejor que de mi sexo conoces, y mi marido debia pensar como tú, puesto que en los seis años que he vivido á su lado, ni un solo dia se han desmentido sus atenciones y su ternura; y sin embargo, yo no me tengo por una mujer de gran virtud, de una virtud *intachable* y rígida, como la que tú deseas hallar para decidirte al matrimonio; para saber hacer la dicha de su hogar, para ser amante esposa y tierna madre,

no necesita una mujer ser heróica, ni poseer esa virtud severa é intolerable que la hace en vez de amada temible, y temida de todos, empezando por su propia familia.

Á mi parecer, no hay nada más amable, más risueño, más agradable que la virtud; si nos la pintasen tal cual es, todas las mujeres la adoraríamos; pero todos se complacen en desfigurarla, en presentarla severa é intolerante, y los hombres sois los primeros en exigir á la mujer toda suerte de sacrificios.

¿Sabes lo que causó la desgracia de nuestro padre, lo que mató sus ilusiones, lo que lo arrojó en la sima helada y sin fondo del hastío?

Pues es que nuestra madre era tan buena, que se cuidaba muy poco de ser agradable; como dices muy bien, tenia mucho más corazon que cabeza, y se decia cándidamente:

—Yo adoro á mi marido y le soy fiel: este es el primero de mis deberes: no importa que descuide mi persona, que deje las relaciones, porque no tengo tiempo de visitas; que no le acompañe al teatro ni á paseo, que no me vista bien: dejo de hacer todo esto, por el cuidado de mi casa y de mis hijos; pero en realidad yo le amo con pasion, yo soy la madre más tierna, y nada más me pedirá.

¡Pobre y candorosa madre! Verdaderamente, nuestro padre nada la exigió nunca, de nada se quejó, por nada la reconvino: pero su cora-

zon fué separándose de ella insensiblemente, y sus ilusiones fueron cayendo como las hojas de los árboles en el otoño! ¡No sabia ella que los hombres son niños siempre, y como niños aman mucho más lo agradable que lo bueno!

Es tambien cierto, que al parecer, el nivel intelectual de nuestra madre estaba muy por bajo del de su esposo. Pero ¿quién sabe si aquella alma noble y pura no comprendia toda su desgracia? Era tan tierna y tan profundamente piadosa, que no sabia quejarse, y quizá llevó el secreto de su gran dolor á las regiones celestiales.

Busca para compañera de tu vida una amable jóven que te estime tanto como te ame, y á la que tú estimes tambien por las buenas cualidades de su corazon y de su carácter; que esta jóven tenga una educacion moral sólida y una regular cultura intelectual; que tenga prudencia y dominio sobre sí misma; que sepa callar y hablar á tiempo; que sea tolerante, benévola, dulce, deferente para su marido; que sea á la vez tu amiga y tu amada; y cuando la encuentres, cásate con ella sin titubear.

Sal ya, sal por tu bien de la profundidad de tus disquisiciones filosóficas; ¿de qué os sirve el contínuo estudio, á vosotros los eruditos y pensadores? No lo sé. ¡Decís que vais en busca de la verdad, y la verdad huye de vuestros ojos! ¡A fuerza de querer investigar, dudais y

negais todo lo que no podeis comprender; ansiais lo que es grande, y despreciais las bellezas que encierra la medianía; pasais la vida persiguiendo un ideal, y os hallais al borde de la tumba, solos, tristes y abandonados!

¡Oh, hermano mio, no imites tú á tantos otros! ¡Aún es tiempo; como los animosos pajarillos que buscan sin cesar yerbecitas para formar su nido, forma el tuyo, y lleva tu buen deseo y tu necesidad de amar al nido conyugal! ¡Créate un hogar, una familia; á fuerza de conocerlo todo, de todo has llegado á dudar, y te veo sentado, desalentado y triste, al borde del camino! Permite á tu hermana, ya que la has llamado, que te alargue su débil mano, y recorramos juntos los senderos que has cruzado solo.

¡La familia, he aquí tu salvacion: *la familia*, santa palabra que encierra un mundo de pensamientos consoladores! ¡La familia, oasis de palmas y de verdor, que convida al descanso y al sueño!

Mas no creas, Roberto, que la familia la forma solo la mujer: la imágen del pajarillo que lleva raices y yerbas para que su compañera forme el blando nido de sus hijuelos, es la imágen fiel de la vida conyugal: lleva al hogar que formes el firme deseo de ser el protector, el apoyo, el amigo fiel é indulgente de tu mujer; no es justo, no es noble el echar sobre nuestros débiles hombros el peso entero de la vida; no

es justo que solo nos exijais *deberes*, sin darnos ningun *derecho*; no es justo el que nos mireis como *cosas*, y no como *almas*: porque en el alma de la mujer más vulgar, reside un noble y delicado orgullo que es peligroso herir; porque la mujer desestimada, falta á sus deberes de esposa fiel, por un sentimiento de venganza; porque la esposa que es maltratada en su hogar, le aborrece, le mira como á su cárcel, huye de él y le abandona si puede hacerlo, como el esclavo abandona sus cadenas.

¡Prudencia, justicia, fortaleza, templanza! augustas virtudes que la religion cristiana y la más alta moral nos mandan respetar como primeras; sobre vosotras debe descansar la dulce autoridad del esposo; porque si el esposo no os posee, no hay familia, no hay paz, ni reposo, ni decoro.

Amor muy profundo necesitan sentir tanto el hombre como la mujer para llegar al ara santa donde han de ceñirles ese lazo temible *que solo se rompe con la muerte*. Si no sientes ese amor grande, profundo, reflexivo, no te cases, Roberto; al mirar á tu prometida, cuando la hayas elegido bien, piensa en que una enfermedad puede afearla, y oye á la voz de tu corazon para ver si te dice:

—Aun así la amaré: aun así estimaré más que todas su compañía.

Y si oyes esa voz en el fondo de tu alma, si

percibes esas palabras, une sin titubear tu destino al de la mujer de quien pienses así.

En otra carta mia, te hablaré de Diego y de Mariana, á los que veo con frecuencia.

Adios, mi amado Roberto: recibe toda mi gratitud por tu carta: ¡tu soledad en ese gran París me causa pena! porque los bailes, las diversiones, los banquetes, fatigan, y tú no tienes el dulce hogar propio, donde se busca y se halla únicamente la dicha y el reposo; el dulce hogar que ama tanto tu hermana, que te abraza,

VALENTINA.

III.

Cecilia á Valentina.

París, Enero de 1876.

He recibido tu carta, mi amada Valentina, con el más grande placer: hay en mi corazon tan escasas alegrías, llevo una vida tan triste y tan retirada, que tu dulce recuerdo es un acontecimiento en ella, y de los más agradables que yo pudiera desear.

Voy á informarte de todo lo que me preguntas, y antes déjame que te dé gracias por tu amable interés hácia mí y hácia todos los mios; interés tanto más de estimar, cuanto que vivimos bastante solos y retraidos de la sociedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En París, amiga mia, no es fácil intimar con nadie: la vida es aquí puramente exterior, y el egoismo y el interés personal absorben el pensamiento y todos los instantes del dia: apenas hay hogar, y la familia misma se constituye en sociedad, para ganar todos dinero, poner una parte para los gastos comunes, y guardarse cada uno todo lo que le sobra para formar su peculio particular.

Hay empleados con muy buen sueldo, cuyas hijas van á ganar otro sueldo diario, que varía de un franco á tres, á los talleres en donde se pintan abanicos y cajas para dulces, porcelanas ó vagillas de uso diario: la esposa misma, no se queda al cuidado de la casa, sino que sale tambien á llevar las cuentas de una tienda de modas ó lencería: á una hora convenida, se reunen en un modesto *restaurant* y allí come toda la familia; dándose el caso tambien de comer cada uno en *restaurant* distinto por tener alguno cerca de donde trabaja; no lo dudes, Valentina; en París, se sacrifican á la necesidad ó al placer de ganar dinero, todos los afectos, todas las alegrías más santas y más adheridas al corazon humano.

Mi padre, que en España era una persona aristocrática y de hábitos indolentes, segun dice mi madre, se ha convertido al soplo helado del positivismo que aquí reina, en un negociante que trabaja mucho y que no gana la mitad

de lo que desearia y hoy necesita: mi familia es muy numerosa, pues somos siete hermanos, y nuestros padres, con dos criadas que no alcanzan á la mitad de los quehaceres de la casa; así es que yo trabajo mucho, y mamá tambien, puesto que ninguna de mis dos hermanas mayores, educadas en el seno del lujo, quieren hacer nada: cuando ellas nacieron, y durante su infancia, lucian dias más prósperos para mi familia.

A mí me han tocado los dias tristes: ¿y qué remedio? Hágase la voluntad de Dios; no podemos ser felices á medida de nuestro deseo; pero podemos ser buenos, y debemos serlo, porque el serlo es un gran contento, un gran descanso para el alma.

Mi padre, que, como sabes, vino aquí para adelantar un negocio, se metió en tantos otros, que ya hace diez años vive en París: y sin embargo, la nostalgia de la patria le agobia, y todos sufrimos de esa misma enfermedad. Mamá está muy triste, y yo tambien.

¡La patria! dulce palabra, que resuena siempre en el alma! no creo que haya en el mundo país alguno que pueda hacer olvidarla!

Yo tenia nueve años cuando llegué aquí, porque ya he cumplido diez y nueve. ¡Ay Valentina! hace ya tres ó cuatro que he dejado de ser niña y no conozco ninguno de los goces de la juventud! Papá y mi hermano mayor, lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

mismo que mis otros dos hermanos, tienen los caractéres fuertes y muy opuestos; todos creen tener razon, y te aseguro que pasan la vida muy amarga, y que no existe entre ellos ninguna simpatía; esto da una frialdad indefinible á la atmósfera de este hogar, donde nadie es dichoso.

La desgracia madura temprano la razon: yo me sorprendo muchas veces, sumergida en pensamientos que no son de mi edad: pues aunque ya no soy una niña, soy sin embargo bastante jóven para no pensar con tan honda amargura en las personas y en las cosas.

Ya sé verdades muy duras de aprender, Valentina mia; ya sé que cuando en la familia no hay otros lazos que los de la sangre, cuando no median las simpatías del alma, la mútua consideracion y la cortesía, la familia es un nombre, y no un símbolo; la familia es un tormento, y no un refugio; el tenerla es una desgracia, y no una felicidad.

Sin embargo, conmigo nadie se enfada ni yo riño con nadie; mis hermanas mayores no hacen caso de mí y me llaman la *Cenicienta*; mis hermanos me cuentan sus mútuas quejas, y yo procuro conciliarlos é inclinarlos á la benevolencia: solo mi hermana pequeña, solo mi dulce Lolita, es mi verdadera amiga: aún no tiene ocho años, pero ya sabe quererme tierna y profundamente: conmigo duerme, yo cuido

de su ropa, la visto, la educo, y cada noche se duerme con su rosada mejilla apoyada en la mia: casi me quiere más que á nuestra madre, porque yo juego con ella y mamá está continuamente triste.

El más grande dolor de esta madre infeliz es la profunda disidencia que existe entre su esposo y su hijo mayor: nada ven del mismo modo: y siendo los dos del más recto modo de pensar, difieren siempre en sus opiniones, y ni uno ni otro quieren ceder.

Cuando en una casa no hay paz ni armonía, parece como que lo conocen las personas extrañas, y huyen con terror del lugar minado por los dolores de la vida: nada es tan atrayente como la paz y la armonía; una familia bien unida, ofrece en la casa en que habita, un delicioso lugar de descanso; pero une en tu pensamiento la escasa aficion y el poco tiempo que hay en París para visitar, al aspecto desolado de una casa en la que sus habitantes se hallan lo peor posible unos con otros, y te convencerás fácilmente de que nadie llama á la puerta de esta casa.

Pero me engaño: hay una persona que alguna vez se acuerda de nosotros, y esa persona, por la cual me preguntas, es justamente tu hermano Roberto: ya sabes que fué compañero de colegio de mi hermano mayor Isidoro, y que se han guardado mútua amistad: más amable

que mi hermano, y con más mundo, Roberto ha guardado el recuerdo del afecto de la infancia, y algunas veces sentado al lado de mi madre, trae á la memoria de esta infeliz señora las veces que en Madrid, él, acompañado de Isidoro, se apoderaba de la llave de la despensa y daban fin á todas las golosinas. Solo Roberto con su talento y agradables ocurrencias, hace asomar alguna débil sonrisa á los lábios de mi pobre madre... por eso anhelo que venga á casa: por eso cuando oigo su voz, late mi corazon apresurado; y cuando se va, me pongo triste como si quedara un inmenso vacío al derredor de mí.

Hace pocos dias, me hallaba yo poniendo en órden la habitacion de mamá, y pasaron por delante de la puerta que estaba abierta, Roberto y mi segundo hermano Fernando.

—Nos vamos, dijo éste. Isidoro nos espera en el Café Inglés, y Roberto ha venido á buscarme: ¿quieres que venga luego á buscarte, y te llevaré á dar un paseo?

—No puedo dejar hoy sola á mamá ni á Lolita que está mala, le contesté.

—Que se queden *las otras*, observó mi hermano, que designa siempre así á mis hermanas mayores: siempre eres tú la víctima: ¿no te parece, Roberto, dijo volviéndose á su amigo, que mi pobre Cecilia es demasiado bonita para estar siempre en un rincon?

—Es más que bonita, respondió Roberto mirándome fijamente: es simpática y atrayente, tanto como dulce y buena.

—Es un ángel! añadió Fernando: el ángel bueno de esta casa; y si no fuera por ella, la guerra seria aquí mucho mayor: ella es la que calma á nuestro padre y á Isidoro, la que consuela á nuestra madre, la que cuida de todos, la que lleva el peso material y moral de esta Babel! ¡pobre hermana, adios!

—Adios, Cecilia, me dijo Roberto, que me tutea como cuando era niña; te enviaré flores mañana.

—Gracias, contesté: divertíos mucho.

Roberto dejó pasar á mi hermano, y me envió una mirada profunda y triste: ya hace algun tiempo que le sorprendo contemplándome, y que viene con más frecuencia, y hace pocos dias me dijo á media voz:

—Cuando te cases, Cecilia, harás aquí mucha falta.

—¿Quién piensa en eso? exclamé yo alegremente: tiempo tengo!

Tu hermano me miró de ese modo profundo y melancólico que le es propio, y guardó silencio: pero miró despues á mi madre, y mi madre á él de una manera singular.

Hasta otro dia, te abraza tu amiga de corazon,

CECILIA.

IV.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Enero de 1876.

No te llames infeliz, mi querida niña, mientras tengas á quién amar, mientras tu existencia pueda ser un consuelo para otra alma que padece; no, no te quejes de tu suerte, y sufre con paciencia los vaivenes del destino, que te presenta una copa amarga ya, aunque no has pasado de la primera juventud: el tierno arbolillo, gime con las sacudidas que el viento le imprime, pero no se resiste, sino que se doblega, contento con evitar en lo posible la furia que le amenaza; pero si opusiera una inflexible rigidez, el viento airado le troncharia, arrancaria su verde plumero de esmeraldas, ó le desgajaria de raiz, arrojándole sin vida, al medio del seco y polvoroso camino.

Imita esta bella leccion de la naturaleza, mi amada Cecilia: no luches contra las amarguras de la vida, ni pretendas evitarlas, irritándote contra ellas: acéptalas con paciencia, y el cáliz, por amargo que sea, se endulzará con el bálsamo exquisito de la resignacion que viertas en él.

Tú sufres, pero eres amada de todos: lloras por las disensiones de tu familia, y lloras y sufres porque la amas. ¡Querer y ser querida!

¿Dónde hay mayor ventura en este valle de lágrimas? La abnegacion, el valor, el sacrificio, todo nace, todo procede de poder amar con pasion, y esta ventura es aun superior á la de ser amada.

Nunca dés entrada en tu corazon al odio ó al resentimiento: excúsalo todo y perdónalo todo; tras de cada falta de los humanos, hay tanto dolor, tan amargas lágrimas, y á veces tanta lucha!.. Sí, Cecilia: apenas nace un sér tan infelizmente dotado que solo abrigue malos instintos; y cuando el demonio de la maldad enciende su fuego en el corazon humano, aquel corazon llora y se subleva antes de dejarse invadir por la funesta hoguera.

¿Crees acaso que tus dos hermanas mayores, que nada quieren hacer, que pasan el dia ante el espejo, y las veladas en los teatros, son más dichosas que tú, que pasas el dia dedicada á los quehaceres de la casa y á las labores de aguja? No lo creas: el trabajo es el más fiel, el más noble, el más generoso amigo: cuando cumplimos con nuestro deber, sentimos una satisfaccion íntima, completa, incomparable; y esta es la más grande de las venturas: podemos engañarnos á nosotros mismos durante breve tiempo: podemos engañar al mundo, al que seducen las apariencias brillantes; pero á Dios, que ha formado nuestro corazon, que lee en él, que sumerge en sus abismos su mirada soberana, es

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
...do. 1625 MONTERREY, MEXICO

imposible que le engañemos; nuestros sueños pasan: nuestra ceguedad, voluntaria ó no, tiene un fin inevitable: pero la verdad, la razon, la justicia, se esculpen en el libro de nuestra conciencia; y como el *Mané Thecél, Pharés* del sacrílego festin del rey de Babilonia, está siempre escrita ante nuestros ojos con caractéres de luz.

No está en nuestra mano el ser dichosas; pero sí lo está el ser buenas; y siéndolo, llevamos en el alma un gran elemento de ventura: cuando tu dulce influencia calma las disensiones de tu padre y de tu hermano mayor, yo adivino que sientes un inexplicable contento interior; cuando lees al lado de tu madre y la distraes, yo sé que estás más satisfecha de tí misma que tus hermanas paseándose ó visitando á sus amigas de pension. Tú cumples con tus más sagrados deberes, ellas faltan á todos los suyos.

La inmensa bondad de Dios, hará brillar para tí el dia de las compensaciones; por cada pena sufrida con paciencia, hay dos flores para nuestra frente: una en el paraiso: otra en la tierra; porque aparte de la terrible cuenta que tenemos que rendir á nuestro soberano Juez, créelo, Cecilia, todo se paga, y todo tiene su recompensa acá abajo.

No te puedo expresar cuánto me alegra lo que me dices de mi pobre hermano Roberto: sé

que en su carrera de ingeniero se ha abierto un brillante porvenir; que ha emprendido negocios afortunados, y que está de contínuo empleado en comisiones y en servicios que le dan honra y provecho; pero mi angustia, al pensar que estaba solo en ese gran París, era grande: ahora estoy más tranquila, porque estoy segura de que en la casa de tus padres halla algun rato de sosiego, de confianza y de expansion: tú no sabes, Cecilia, lo necesario que es esto al hombre, y cómo lo anhela durante toda su vida: muchos hay que buscan la intimidad moral de una manera inconsciente; nada hay más cierto; pero conforme van adelantando en años, van definiendo el ánsia vaga que les atormenta, y ven claramente dentro de su alma, que lo que ansían es una afeccion moral que les anime á soportar las rudas pruebas de la vida, que les sostenga en el camino de la misma: el hombre es mucho más débil, moralmente, que la mujer.

De esto nacen las grandes pasiones que algunas mujeres feas despiertan en el sexo fuerte: pasiones durables, algunas veces eternas, porque nacen de las más altas cualidades del alma: el amor que solo se apoya en la belleza exterior, no tiene condiciones de vida, y yo hallo alguna cosa de bestial en la pasion á una persona perfectamente bella: diríase que los que quieren de esa suerte, se dejan llevar únicamente de los

sentidos; y en el amor verdadero hay algo de divino, que está sobre la materia.

Por eso vemos algunas veces hombres casados con mujeres de rara, de esplendente belleza, que se dejan llevar por extravíos inexplicables, siendo el objeto de escaso valor físico y ajeno totalmente á toda condicion de belleza; pero solo ellos pudieran explicar la brillantez del ingénio, la ternura del corazon, la amable igualdad del carácter, las gracias de la inteligencia que los han seducido, ó más bien, atraido y luego cautivado.

Yo alimento la dulce esperanza de que Roberto vaya aficionándose á tí, si no con la pasion de la primera juventud, con el convencimiento y seriedad del hombre de mundo: y entonces, si esto sucediese, esperaria tambien y anhelaria con todo mi corazon que tú correspondieses á su amor, y que mirases en él un amigo fiel y seguro, un protector, un guia para tu juventud solitaria y triste, un alma con la cual la tuya viviria en perpétua y dulce intimidad.

Yo creo que tus mejillas se visten de un lindo sonrosado al leer esto: ¿por qué? En mi vida he gustado de inútiles rodeos, y la verdad creo que es digna de todos los corazones honrados: para que la sepas entera, te diré que conozco una familia que desea á mi hermano para esposo de una niña idealmente hermosa que hay en ella, y que Cármen, este es su nombre, está

violentamente apasionada de Roberto: éste no me ha dicho una palabra, pero yo tengo informes muy verdaderos de lo que te digo, por amigos de mi esposo que residen en esa gran capital.

Roberto está hoy como deslumbrado: esa jovencita tan linda, le atrae como la llama á las mariposas; pero hácia tí le lleva un dulce é irresistible sentimiento, y acaso el Cielo ha decidido unir vuestros destinos con los dulces lazos del amor verdadero y correspondido.

Mi amada Cecilia, si algun dia puedo llamarte hermana, mi contento no tendrá límites: porque eres buena é inteligente; porque eres sufrida, y estás amaestrada en la escuela de la desgracia: ten paciencia, trabaja en hacerte mejor cada dia, que acaso llegue el de las compensaciones; y aunque tarden ó no lleguen las indemnizaciones humanas, ya las hallarás en el fondo de tu conciencia, juez severo, pero nobilísimo que nos advierte siempre, y siempre nos consuela en las mayores penas.

VALENTINA.

V.

Valentina á Roberto.

Madrid, Enero de 1876.

Mi querido Roberto: En la soledad de mi cuarto, y á la hora en que todos duermen, tomo la pluma para hablar un rato contigo; casi ais-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentidos; y en el amor verdadero hay algo de divino, que está sobre la materia.

Por eso vemos algunas veces hombres casados con mujeres de rara, de esplendente belleza, que se dejan llevar por extravíos inexplicables, siendo el objeto de escaso valor físico y ajeno totalmente á toda condicion de belleza; pero solo ellos pudieran explicar la brillantez del ingénio, la ternura del corazon, la amable igualdad del carácter, las gracias de la inteligencia que los han seducido, ó más bien, atraido y luego cautivado.

Yo alimento la dulce esperanza de que Roberto vaya aficionándose á tí, si no con la pasion de la primera juventud, con el convencimiento y seriedad del hombre de mundo: y entonces, si esto sucediese, esperaria tambien y anhelaria con todo mi corazon que tú correspondieses á su amor, y que mirases en él un amigo fiel y seguro, un protector, un guia para tu juventud solitaria y triste, un alma con la cual la tuya viviria en perpétua y dulce intimidad.

Yo creo que tus mejillas se visten de un lindo sonrosado al leer esto: ¿por qué? En mi vida he gustado de inútiles rodeos, y la verdad creo que es digna de todos los corazones honrados: para que la sepas entera, te diré que conozco una familia que desea á mi hermano para esposo de una niña idealmente hermosa que hay en ella, y que Cármen, este es su nombre, está

violentamente apasionada de Roberto: éste no me ha dicho una palabra, pero yo tengo informes muy verdaderos de lo que te digo, por amigos de mi esposo que residen en esa gran capital.

Roberto está hoy como deslumbrado: esa jovencita tan linda, le atrae como la llama á las mariposas; pero hácia tí le lleva un dulce é irresistible sentimiento, y acaso el Cielo ha decidido unir vuestros destinos con los dulces lazos del amor verdadero y correspondido.

Mi amada Cecilia, si algun dia puedo llamarte hermana, mi contento no tendrá límites: porque eres buena é inteligente; porque eres sufrida, y estás amaestrada en la escuela de la desgracia: ten paciencia, trabaja en hacerte mejor cada dia, que acaso llegue el de las compensaciones; y aunque tarden ó no lleguen las indemnizaciones humanas, ya las hallarás en el fondo de tu conciencia, juez severo, pero nobilísimo que nos advierte siempre, y siempre nos consuela en las mayores penas.

VALENTINA.

V.

Valentina á Roberto.

Madrid, Enero de 1876.

Mi querido Roberto: En la soledad de mi cuarto, y á la hora en que todos duermen, tomo la pluma para hablar un rato contigo; casi ais-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lada en la vida, mi pensamiento te sigue siempre, como pajarillo que ha perdido el nido, y se reposa en el dulce recuerdo del hermano de mi alma.

Sí; nosotros, además de estar unidos por los lazos de la sangre, lo estamos por la más dulce y profunda simpatía, por la armonía de nuestros gustos y de nuestros pensamientos; y estos lazos del corazon son más fuertes, y tan indestructibles como los que forma la naturaleza. Hay padres é hijos que se miran con el solo afecto que el deber impone, y otros que se adoran con fe inquebrantable; hay hermanos que se tratan con la frialdad más perfecta; y los hay tambien unidos, además de estarlo por el vínculo de la familia, por la más tierna y perfecta amistad, como lo estamos nosotros, nosotros solos, entre diez hermanos que hemos hallado vida en el mismo seno.

Quizá es por eso, Roberto, por lo que te hablo á tí con una franqueza algo ruda, y que con ninguno de nuestros demás hermanos me hubiera atrevido á usar; quizá por eso te quiero llamar, además de egoista, desleal; desleal, sí, porque usas argucias conmigo, á quien no puedes engañar.

»Estoy orgulloso, me dices, de que escribas, y de lo que escribes; mas para mujer propia, pienso que la más corta de entendimiento, la de menor imaginacion, es la mejor.»

Veo, mi querido hermano, que como muchos hombres que han atravesado la vida considerándola á la fria luz de la razon, lo ves todo al revés en las cuestiones de sentimiento, y que tus apreciaciones son siempre cándidas, y alguna vez, como ésta, son vulgares tambien.

¡Líbreme Dios de desear á la mujer sabia! La prefiero muy ignorante, y creo que la amable humildad de su condicion se aviene mejor con el segundo extremo que con el primero; pero la mujer que posee una instruccion regular, la mujer que *piensa* y *siente*, sabe honrar todas las condiciones de la vida, y es la más fiel y más dulce compañera del hombre.

Todo lo trivial que adviertas en las mujeres y que te disgusta, es como una confirmacion de lo que te digo, y como una negacion de la opinion que me expones. Si la mujer más tonta es la que te parece mejor, ¿por qué te confiesas aburrido de la frivolidad de su carácter y de sus *tonterías*?

Se equivoca (y los hombres de mundo son los que las equivocan más) á las mujeres pedantes y marisabidillas con las mujeres de talento. ¡Qué profundo, qué lamentable error! La pedantería es odiosa, es ridícula; el talento, Roberto, el talento es amable y sirve para todo; el talento es el copito de algodon que iguala todas las sinuosidades de la vida de familia; una mujer de talento, es á la vez buena y activa, ama de

su casa, dama elegante en los salones, excelente madre, tierna é indulgente esposa, tolerante amiga y ejemplo de las más altas virtudes; pero de una nécia, ¿qué puedes esperar? Que todo lo vea por el prisma de su vanidad; que para todos sea intolerante; que maltrate en vez de corregir, á sus criados; que pase el dia en visitas sin fin ni objeto, porque las nécias no aman á nadie; que te aburra con su compañía; que se canse de la tuya; el abandono de sus hijos; el desórden de la casa; el infierno doméstico en fin, que yo creo que es peor que el eterno y perdurable.

Mi pobre Roberto, antes quisiera verte acostado en el ataud; antes quisiera besar tu mano helada con el soplo de la muerte; antes quisiera sentir mudo y frio el sitio donde ahora late tu corazon, que verte entrar en el matrimonio por una de esas puertas, que luego se convierten en la losa de hielo de que habla el Dante; porque en esas puertas ha grabado la fatalidad el terrible lema: "*¡Aquí muere la esperanza!*»

La mujer pedante, habladora, persuadida de talento, me es tan odiosa como á tí, créelo; y hasta no me agrada para la mujer un talento luminoso en demasía, un talento que deslumbre como la luz de los diamantes; prefiero para ella, y le conviene más, el modesto brillo de la perla, como prefiero el plácido fulgor de la luna á los ardientes rayos del sol; y creo que á ningun es-

pañol, incluso tú, le agradaria para esposa una mujer sabia y científica, que para ir á explicar á una cátedra, dejase su casa y sus hijos á disposicion de los criados; pero tampoco defiendo su ignorancia, y pienso, por el contrario, que debe cultivar su espíritu y que debe ser la suave luz que ilumine á su familia y que comunique á su casa un dulce y grato resplandor.

Tú y todos los hombres que te se parecen, buscais la mujer de *cortos alcances*, con la sana intencion de usar la ley vulgarmente llamada *del embudo*, y con el firme propósito de quedaros con el lado grande, dejando el otro para vuestras compañeras. Así, os decís, hacemos lo que nos parece, y si se atreven á quejarse, que no es de suponer, las engañamos con cuatro argumentos inventados en el instante.

¡Pobres hombres! Más que en nadie se verifica en vosotros aquello de que »¡En el pecado va la penitencia!» Sí; podreis dominar y hasta engañar á las compañeras que habeis elegido; pero, ¡cuán cara pagais su inferioridad, que solo os sirve para alguna ocasion dada, y que os abruma en todos los instantes de vuestra vida!

¿Qué compañía hallan tus semejantes, ya casados, en sus pobres mujeres? ¿Qué consuelo? ¿Qué simpatía? ¿Qué estimacion? ¿Pueden partir con ellas una pena? ¿Pueden ellas participar de su alegría? ¿Pueden pedirlas parecer ó consejo

acerca de alguna de las graves cuestiones de la vida? ¿Sabrán dar á sus hijos la primera *educacion?* ¿Sabrán despues vigilar la *instruccion* que les den personas extrañas? ¡Ah, Roberto mio! ¿Has pensado en lo que serias tú, casado con un maniquí, por bonito que fuera, por dóciles que tuviera los resortes?

Con todo el fervor de mi alma ruego á Dios que te libre igualmente de una mujer pedante, de una mujer *espíritu fuerte*, y de una mujer tonta; porque en la especie femenil hay grandes variantes, y la culpa del descrédito en que rápidamente cae el matrimonio, la tiene el hombre, que no quiere estudiar la variedad de la especie.

El talento, el verdadero talento, es el preciso en la mujer propia; el talento acompañado de la modestia y de la sensibilidad del corazon; ¿y sabes lo que es este talento? Pues lee desde aquí con más cuidado, hermano mio, porque te lo voy á decir.

El talento enseña á la mujer á hablar á tiempo y á callar á tiempo tambien; la enseña á *no ver* lo que no debe ni la conviene; á perdonar siempre; á *sufrir* y á *esperar*, dos cosas que son muy difíciles en la vida; la enseña á ser tan agradable á su marido, que éste prefiere su compañía á todas las otras, y lo que ella hace y dice, á todo lo que dicen y hacen los demás; la enseña á no corregir *jamás* dura ó cruelmente á sus hijos; á corregir y educar, pero no á *insultar* y *maltratar* á sus criados; la enseña que la paciencia y la dignidad lo alcanzan todo, y que la cólera y el escándalo nada consiguen; la enseñan que las armas de nuestro sexo son la debilidad y hasta el alarde de la misma; y la enseñan, en fin, á enlazar al hombre con cadenas de flores al carro triunfal de su voluntad, pero de tal suerte, que siempre se crea libre, que siempre se crea él dominador.

Este es el talento que ha de tener la mujer propia, Roberto; y este talento no ha de ostentarlo nunca, sino que lo ha de demostrar en todas ocasiones, y se ha de servir de él, como escudo, en todas las situaciones de la vida.

Y si posee este verdadero, este encantador, este admirable talento, lo mismo da que escriba libros ó que los lea, ó que haga las dos cosas; está seguro de que en ese caso la literatura será una ocupacion más, que añada á sus otras ocupaciones; una salida á la llama de su imaginacion; pero nunca hablará de sus trabajos y de sus estudios con esa insoportable pedantería, signo seguro de necedad; con esas frases rebuscadas y altisonantes que provocan la hilaridad de todas las personas sensatas, ni dará salida á la variedad de conceptos ajenos que guardan las marisabidillas en el arsenal de su memoria.

Ya ves, Roberto, como solo con bosquejar-

33887
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MÉXICO

lo tú, he dibujado yo el retrato de las mujeres literatas que has conocido en ese bello y gran París, donde tantas temporadas he pasado, que amo tanto y al cual espero volver en breve para abrazarte. Créeme; y ya elijas en él ó ya en España á la compañera de tu destino, no busques los extremos, sino la mujer modesta y á la vez regularmente ilustrada, que es la bella hija del progreso y de la civilizacion.

Recuerda, hermano mio, aquella afirmacion mia que tanta gracia te hace: «En todo hay figurines atrasados.» Sí; te lo repito; los hay en el mal, sobre todo. La mujer pedante, la de escasos alcances, la prosáica y vulgar y la excesivamente instruida, con alardes de sério, son ya de otra época; *el mundo marcha*, como dice un eminente pensador. La ley del progreso es inevitable. El pensamiento va iluminando las almas; lo nuevo llega; lo viejo se hunde; deja ya la senda del egoismo, hermano mio, y sé el protector noble y amado de una mujer digna de tí, que es lo quo desea con el alma tu amante hermana

VALENTINA.

VI.

Roberto á Valentina.

París, Febrero de 1876.

La más dulce aspiracion de mi vida era llegar á la vejez sin doblar el cuello al yugo del matrimonio: la presion de la familia ha sido siempre refractaria á mi carácter orgulloso é independiente.

Todo lo que es obligatorio me ha sido siempre antipático.—¡Una mujer para toda la vida, y esa mujer adherida á la existencia para siempre, jamás!—Eso me ha parecido siempre horrible y me lo parece todavía, y eso aun concediendo que fuera la más bella y la más buena de las mujeres.

Y sin embargo, Valentina, creo que tú, con tu manía de abnegacion, con tu amor á la esclavitud, y siendo una débil mujer, ves más claro que yo en mi corazon y adivinas la enfermedad de hastío que me devora: mi corazon está dolorido y como sediento: el Club me fastidia, lejos de entretenerme; la comida del Café Inglés me hace daño, y cuando como en casa, mi criado me la pone mil veces peor.

Y lo que es más doloroso, mi querida hermana, es que ya no coquetean conmigo las mujeres ni hacen caso de que las mire; solo alguna señorita que se acerca á los treinta años me dirige miradas dulces, como reflexionando en que debo tener á mi edad la posicion y la madurez de juicio indispensables para un marido.

Esto es triste, porque nunca habia pensado en que llegase un dia que las mujeres me mirasen con indiferencia, y antes bien creia que así las miraria yo toda la vida, y cada dia más.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Me equivoqué: á mí si que me agradan más cada dia, al paso que yo les voy siendo indiferente. Hace algunas noches estuve en casa de un amigo mio, casi de mi edad, pues solo me lleva dos ó tres años, y que tiene ya una hija de diez y seis: esta niña formaba un delicioso grupo con otras de su edad; así reunidas aquellas cabecitas encantadoras, se asemejaban á un perfumado ramo de flores.

Confieso que tanta juventud y tanta gracia me cautivaron, y me acerqué á ellas, dirigiéndolas algunas frases dulces: pero ellas me escucharon con una especie de cortedad y de temor, y me contestaron con timidez. Cuando me alejé, las oí murmurar detrás de los abanicos, entre risitas y graciosos mohines:

—¡Es un *camastron!*

—¡Incasable!

—¡Un egoista!

—¡Y aun quiere hacerse el pollo!

—¡Se le ven demasiado los espolones!

¡Oh candor de los quince años! ¿dónde estas?

Las maliciosillas se cebaron en mí, se rieron de mi frente que empieza á perder los cabellos, de mi talle, que empieza á ser grueso, de mis años, que solo pasan algunos dias de cuarenta!

Pero sus burlas no me causaron ira, sino una amarga melancolía. ¡Ellas en cambio me gustan á mí tanto! Es triste que el hombre ame más á la juventud cuando ya va entrando en

años, y cuando ya la juventud le desdeña! La mujer crisálida, me gusta hoy mucho más que mariposa, y capullo, mucho más que flor: con honda amargura me acuerdo del lema de aquel precioso cuadro:

«¡Oh primavera, juventud del año!
»¡Oh juventud, primavera de la vida!»

No, no hallaré ya una amable y dulce compañera, que tenga pocos años, y que quiera aceptar á cambio de su corazon virginal, el mio magullado y envejecido por los desengaños! Y si hubiera de casarme, si alguna vez pienso en lo que tanto he aborrecido—y creo que no estoy lejos—no podria aceptar para mi esposa más que una muchacha de pocos años.

La timidez y la ignorancia de la vida, serian para mí el encanto más poderoso en una mujer: no comprendo, no podria sufrir á una mujer valerosa, que decidiera en todas las cuestiones y que para nada le hicieran falta ni mi apoyo ni mi consejo: porque mi carácter es sobrado enérgico, para gustar de una mujer fuerte.

Pero las pusilámines y quejumbrosas, las que pasan la vida en una perpétua queja, me incomodan mucho tambien: no hay nada tan molesto como el ver quejarse, y más si el que presencia y oye las quejas hace el papel de ofensor; en una palabra, Valentina mia, yo no sé lo que deseo: la mujer fuerte y varonil, me es

antipática; la débil y tímida con exceso, me parece que habia de fastidiarme mucho, y la perfeccion que anhelo, no es posible que yo la halle en el mundo.

Sin embargo, de los dos extremos, mi orgullo desearia que la mujer que uniese su suerte á la mia, necesitase constantemente de mí: el valor es cualidad innecesaria en la mujer; con tal de que supiera enamorarme, de que evitase á mi natural inconstante el cansancio que considero inseparable del matrimonio, le perdonaria que nada valiese para las grandes crísis de la vida: yo la amaria, la protegeria y le quitaria todos los obstáculos de su camino: ¿sabria ella quitarlos del mio?

¡Oh, Dios! ¡Qué pobre es la condicion humana! ¡En toda la creacion, no hay un solo seno amigo donde pueda descansar mi dolorida cabeza, á no ser en el tuyo, Valentina! Toda esa gente que me adula, que me acompaña en la mesa, que me anima para que busque la dicha en el desórden de las costumbres y en los abismos del vicio; todos esos que se llaman *mis amigos;* todas esas *amigas* que devoran mi fortuna, fingen creerme el sér más dichoso del mundo, para no tomar parte alguna en mis pesadumbres. ¡Cuánto egoismo! ¡Qué horrible tísis corroe y seca el corazon humano!

A nadie me quejo de mi mal si no á tí, mi buena hermana: ¿ni á qué otro sér pudiera hacerlo? ¿Quién me comprenderia? ¿Quién simpatizaria con una dolencia que creerian imaginaria, y que es no obstante, demasiado verdadera? ¡Ah, para comprender los males del corazon es preciso tenerlo, y son escasas las personas que lo tienen.

El mio está enfermo y dolorido: he malgastado toda la sávia de mi vida en recorrer la fácil ruta del placer y del egoismo: y ahora, abrumado de fatiga, me siento al borde del camino, y solo veo para animarme tu dulce rostro, tu cariñosa mirada, y para sostenerme tu mano, á la vez delicada y firme.

Hay aquí en París una criatura adorable que te se parece; una hermana de uno de mis amigos, Cecilia, á cuya familia conoces desde niña; esta jóven es desgraciada, y conoce al dolor como á un amigo; aunque siempre callada y tímida, coloca de cuando en cuando una palabra en la conversacion general... una palabra, tan justa y tan sentida, que da la más alta idea de su corazon.

Hasta muy pronto, te abraza tu hermano

ROBERTO.

VII.

Valentina á Roberto.

Madrid, Febrero de 1876.

Tus cartas, hermano mio, tienen un privilegio que no alcanza ninguna de las otras que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

recibo: me ponen triste, y me hacen reir: lo primero, porque te veo desgraciado; porque á los cuarenta años te dejas guiar solo por tus aprensiones para buscar á la compañera de tu vida.

En fin, ya me confiesas que te aburre la soledad de tu casa, y la mucho más triste de tu corazon: esperaba convencerte, porque solo los tontos son los que jamás varían de opinion.

¡Qué lleno estás de dudas y de vacilaciones, mi pobre Roberto! Reunes todas las ventajas de la fortuna y de la naturaleza, y temes no hallar un ser dulce y bueno que comparta contigo, y que haga á tu lado el pesado camino que lleva de la vida á la muerte: ¿por qué ese temor? Tú hallarás esa criatura buena y graciosa, que sea una dulce compañía para tí, y que llene la aridez de tu vida. Los hombres sois superiores á nosotras, respecto á los graves destinos que desempeñais en todos los ramos del saber humano; mas la delicadeza del instinto, la apasionada admiracion por todo lo bello, la gratitud y la irresistible tendencia al sacrificio, teneis que aprenderla de nosotras: es decir, que en tu sexo es más robusta la inteligencia, y acaso más sólida la razon; pero en el mio el alma es más tierna, más luminosa, por decirlo así, y la sensibilidad influye y predomina en todas nuestras acciones.

Casi todas las mujeres pueden sentir, aunque no todas sepan pensar; pero la que reune

corazon y talento para ambas cosas, es superior á los hombres más superiores.

Me dices que no puedes soportar á las mujeres varoniles, y que las pusilánimes y quejumbrosas te fastidian tambien: lo creo; los extremos son pocas veces agradables, y en el justo medio, tan difícil de hallar, es donde está lo que es verdaderamente bello.

Segun mi humilde parecer, la mujer no necesita para nada el valor material; pero le es absolutamente preciso el valor moral: necesita este valor para soportar las amarguras de la vida, para educar á sus hijos, para consolar á su marido si éste sufre, y sobre todo, para perdonarle cuando la ofende. Mujeres valerosas necesita con urgencia nuestra pobre y frívola sociedad: que tengan fortaleza para privarse de las costosas galas que arruinan á su marido; que se dobleguen á los importantes, aunque al parecer frívolos cuidados de ama de casa y de madre de familia.

Para defender las grandes cuestiones sociales, para hablar en la tribuna, para verter sangre en los combates, para desempeñar las cátedras, y para otros importantes destinos, estais los hombres. Sí, el dia en que la mujer sepa desempeñar todas estas cosas, la sociedad y la familia habrán recibido un golpe de muerte: porque el prestigio de la mujer debe cifrarse en valer solo para las cosas superficiales en la

apariencia; pero que son en realidad el eje en que descansa el gran edificio de la felicidad doméstica.

Voy á explicarte con algunos ejemplos, de qué clase es el valor que á mi parecer conviene á la mujer.

Al casarse una jóven, lleva el corazon lleno de ilusiones, que fácilmente se marchitan al soplo del egoismo marital, y es tambien caso muy visto en el gran drama de la vida, que á la vez que su esposo la va desdeñando, haya algun otro hombre que la admire y se lo diga.

Entonces la desdichada compara entre el esposo cansado y el galan rendido; entre el que la deja sola largas horas, y el que ansía verla un instante; entre el que la desdeña, y el que la ama... ¿Quién salvará á esta desdichada del precipicio, cuando á nadie puede pedir consejo?

Solo su valor: ese valor cuya base es el sentimiento de su deber, la fé cristiana, la propia dignidad.

¡Cuánto valor necesita para sofocar su sed de ternura, su necesidad de afectos! ¡Cuánto valor para preferir el abandono en que la deja su marido y la soledad de su casa, á las dulces conversaciones del amor mútuo y correspondido! ¡Cuánto valor para dejar las flores por las espinas y la alegría por la tristeza!

Busquemos á la mujer en otra situacion: imaginemos que ha pasado ya la edad del amor,

ó que para dicha suya, solo le ha inspirado á su marido; pero supongamos que este marido es irascible, colérico, grosero, mezquino, insoportable en una palabra. ¿No es un valor heróico el de la mujer que á todos estos defectos opone cualidades contrarias? ¿No es un valor sublime el responder á la ira con la dulzura y la conformidad, la moderacion á la grosería, la paciencia á la mezquindad, la resignacion á la injusticia, y el silencio de la dignidad al insulto?

La historia misma, te presenta mil ejemplos de admirable valor en la mujer. Mme. de Laffayette, que ocupó en la prision el sitio de su marido, haciendo huir á éste disfrazado con su traje; Maria Stuard, subiendo tranquilamente al cadalso; la gran Agripina, dejándose morir de hambre para devolver á sus hijos, muriendo, las riquezas y el rango que habian perdido; la Reina de Leon y de Galicia Doña Urraca, mezclándose con sus parciales en lo más fuerte del combate y animándoles con su voz y con su presencia; Santa Teresa de Jesús, llevando á cabo su reforma y sus fundaciones del Carmelo, á través de mil persecuciones y peligros; Maria Teresa de Austria, conquistando el reino que le habian usurpado, ceñidas la corona y la espada de San Estéban, á la cabeza de un corto número de caballeros; y cien otras, son ejemplos gloriosos de valor en nuestro sexo.

¿Pero á qué negarlo? Roberto á la que te escribe, le agrada más el valor moral que el material en la mujer; prefiere el que se oculta al que se ostenta, el que solo espera su recompensa del cielo que el que se lleva el aplauso general y la admiracion de las naciones: para ese género de valor se necesita estar en condiciones especiales; el valor silencioso es de todas las situaciones; el mundo da plegarias á las santas, aplausos á las heroínas, admiracion á las guerreras; para las valerosas mártires del hogar doméstico no tiene ninguna recompensa.

Tú, hombre de mundo, habrás visto más de una vez, que una mujer bella, delicada, ha ido trasformando á su marido, y que ha conseguido poco á poco hacer de un hombre vulgar un hombre distinguido: ¿y cómo lo ha hecho? Aceptando un martirio de todos los instantes: contestando á las malas razones con palabras cariñosas; previniendo sus deseos; buscando las ocasiones oportunas para persuadirle de lo que le convenia.

¡Qué valor se necesita para llevar á cabo estas trasformaciones! ¡qué abnegacion, qué constancia y fortaleza! ¡qué ardiente fé, y qué inagotable y noble paciencia!

Considera á la mujer en la sublime condicion de madre, cuyo hijo corre de desórden en desórden. ¡Con cuánto afan oculta á los ojos de

todos las faltas del hijo ingrato! ¡con qué heróico valor sonríe para cerrar las bocas de los maldicientes! ¡cómo procura hacer resaltar las buenas cualidades—dado caso que le quede alguna—del hijo rebelde! ¡con qué persuasiva dulzura le amonesta por sus faltas! ¡con qué paciencia, y á la vez, con cuánto dolor le espera! ¡antes se cansará él de ser malo que su madre de disculparle y de amarle! ¡antes será él débil en su inícua tarea, que su madre en su mision sublime!

No, Roberto, no quieras á la mujer sin valor para soportar las contrariedades de la vida: felizmente hay muchas que tienen el necesario para no dejar subir al labio la queja, para perdonar la injuria en vez de vengarla, y para absolver siempre. Las mujeres fuertes llaman á este valor debilidad; pero yo, muy débil materialmente, solo concibo así la fortaleza femenina: solo así deseo que la encuentres en tu esposa, porque solo así la creo la más bella corona de su sexo.

La mujer puede ser á la vez valerosa, y estar dotada de una amable y modesta timidez: si el alma es generosa, no importa que la imaginacion sea impresionable; porque en el alma residen la luz radiosa de la razon, que todo lo alumbra; el tribunal augusto de la conciencia; la firme voluntad; el sentimiento del deber y el de la propia dignidad, que ordenan á la mu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jer tener valor para sufrir, y grandeza para perdonar.

VALENTINA.

VIII.

Cecilia á Valentina.

París, Marzo de 1876.

Tu dulce carta, mi amada Valentina, ha reanimado mi espíritu abatido: aunque de lejos, tu amistad me sostiene, pues para el alma no hay distancias.

Siguiendo tu consejo, trabajo en hacerme cada dia mejor; es decir, que procuro ser paciente y tener esa fortaleza de espíritu que hace mirar con serenidad todas las pequeñas contrariedades de la vida: sin embargo, yo las tengo muy grandes, y el estado de salud de mi pobre madre es para mí una muy amarga preocupacion.

Mi madre, Valentina, es víctima de ese fatal apocamiento de carácter, de esa inclinacion al fatalismo que yo heredé de ella; pero que apercibida de los estragos que causa, quiero vencer á toda costa: ya te he dicho que entre mi padre y mi hermano Isidoro, el mayor de todos, hay una profunda divergencia de opiniones y de caractéres: mi hermano se cree con más talento que mi padre, y lo tiene en efecto. Mi

padre le exige una ciega sumision; y estando entrambos fuera de su sitio, la guerra es acerba, contínua, inexorable, y más terrible cada dia.

Esto entristece mucho mi ánimo: en todo hogar son precisas en primer término condiciones de paz y de reposo: ¿no te parece lo mismo, Valentina? Se puede vivir modestamente, con una mesa mediana y aun pobre, con un vestido humilde, y en una casita pequeña; pero así como el ave busca en su nido el calor, el silencio y el descanso, así nosotras debemos tener en nuestra casa el asilo dulce donde reposemos de todas las fatigas de la vida.

Por eso en medio de la desatada tormenta que algunas veces levantan esos dos caractéres opuestos, procuro conservar la tranquilidad del ánimo y la rectitud de la razon, y me atrevo á una cosa que no se atreven ni mi madre ni mis hermanas mayores; á aventurar una palabra tímida, que, como un pequeño y ténue rayo de luna calma la furia de las olas, cuando está el mar embravecido, así calma los ímpetus de la ira, sobre todo en mi hermano, que más jóven y más irreflexivo que mi padre, se subleva contra lo que en su interior llama estupidez ó injusticia.

Y admírate, Valentina, de lo que puede una buena voluntad, y un sincero deseo de ayudar á los que amamos; aunque lo que yo me atrevo á decir es muy poco, y no pasa de los límites

de la vulgaridad, hace su efecto: y así papá como Isidoro, me toman algunas veces por juez de sus contiendas, ya separadamente, ya los dos á la vez, como si mi juicio fuese muy sólido y mi talento muy brillante.

Lo que digo es lo más comun y lo más vulgar, y voy á darte una muestra de ello: ayer mismo disputaron largo rato acerca de la colocacion de unos valores: yo no entendia absolutamente el fondo de la cuestion; solo veia asustada que era de las más acerbas que en casa habian tenido lugar. Papá le dijo á mi hermano:

—¡Eres un imbécil lleno de pretensiones y de vanidad! ¡Harás lo que yo ordeno!

—¡No haré un disparate! Respondió Isidoro rojo de cólera; ¡y si lo hago, sobre el que *manda* y tiraniza, caerán las consecuencias!

Mamá se puso á gemir. Papá se volvió hácia ella, y le dijo duramente:

—No estoy para oirte lloriquear, con que calla.

—¡Tú acabarás por matarnos á todos! exclamó Isidoro, que quiere mucho á mamá, y la defiende siempre.

—Vamos á ver, Cecilia, dijo mi padre: tú que tienes más sentido comun que todos estos imbéciles juntos, ¿quién tiene aquí la razon?

Yo me puse á temblar, y muy colorada, segun creo, respondí tartamudeando:

—A mí parecer los dos, papá.

—¡Cómo! ¿Se la das tambien á tu hermano?

—Sí, porque á lo ménos le guia en lo que dice una buena intencion: cree que el hacer lo que deseas es perjudicial á tus intereses, porque tuyos son todos: él no es aun dueño de nada; ¿por qué te enoja ese exceso de celo?

Mi padre me miró en silencio, y luego dijo más tranquilo ya:

—¿Por qué no me da razones para resistir mis órdenes, en vez de negarse en absoluto á cumplirlas?

—Habla, Isidoro, dije yo: ¿no vés que papá está dispuesto á oirte?

Entonces mi hermano, muy orgulloso de poder lucir su innegable suficiencia en asuntos comerciales, dió una explicacion clara y breve de las razones por que se oponia; al terminar, papá, convencido ya, pero sin querer manifestarse vencido, dijo con acento casi suave:

—Está bien: no hagas hoy nada: lo pensaré hasta mañana.

Apenas salió, me dijo Isidoro:

—Gracias, Cecilia, por haber suavizado la situacion: ¿no es cierto que yo pienso lo mejor?

—Sí, le respondí; pero papá tiene siempre la razon en todo lo que dice.

—¿Por qué?

—Porque es papá.

—¡Vaya un motivo!

—¡El más poderoso; el más convincente; el

más sagrado! ¡Mira, Isidoro, tú eres bueno, amante, entusiasta tanto como fogoso y colérico; pues bien, el dia que nuestro padre se muera, recordarás con mortal dolor todos los disgustos que le has dado!

—¡El se los toma! repuso Isidoro con voz que temblaba un poco.

—Cuando nos falte, te parecerá lo contrario; es decir, te parecerá que se los has dado tú.

—¿Le he de dejar perder sus intereses?

—Déjale que pierda alguna vez: dale algun consejo, y nada más.

—¿Acaso pide él consejo?

—¿Y acaso debe hacerlo? Adviértele tierna y respetuosamente lo que creas de tu deber hacerle ver, y luego no coartes en nada su voluntad: si ve que tus pronósticos se cumplen, hará más caso de tu dictámen. Isidoro, ya que tienes tantas cualidades nobles y elevadas, adquiere alguna de las que son amables! Aprende á ceder y hasta á sufrir: acuérdate de lo que escribia San Pablo á los corintios, de aquella sublime pregunta del Santo.

—*Quien no sabe sufrir, ¿qué sabe?*

—Mi pobre Cecilia, tú eres una niña inocente, exclamó Isidoro, estrechándome contra su robusto pecho, y estampando dos besos en mis mejillas: por eso tu dulce influencia nos calma y nos consuela á todos; ¿qué haremos el dia que nos faltes?

—Nunca os faltaré.

—Sí, repuso Isidoro: te casarás, y pronto: Roberto te ama, y si tú le quieres... pero ¿quién ha de dejar de amar á Roberto? Verdad que te lleva lo ménos 22 años.

—No, repuse yo vivamente: veinte solo, y no me importa nada eso.

—¿De modo que te agrada?

—Creo que sí...

—Pues él está seguro de que le agradas tú: así me lo ha dicho.

¡Ojalá fuera eso verdad, mi querida Valentina! ¡Ojalá me amase Roberto! Como mi infancia ha sido tan sola y tan aislada; como no he tenido otro cariño verdadero que el de mi hermana menor, el de mi querida Lolita, lo que más ansío es amor y proteccion; y un marido muy jóven y muy alegre, me halagaria mucho ménos que Roberto, que es grave y casi severo.

Aquí entre nosotras, Valentina, yo creo que le amo desde que sé pensar, y que solo á él puedo querer en el mundo lo bastante para confiarle mi destino: verdad es que, como vivo tan retirada, ningun otro hombre me ha hablado de amor, ni él tampoco todavía; pero cuando me mira, hallo en sus ojos una expresion tan dulce y tan elocuente, que supera á todas las palabras: y en cuanto á que nadie me diga que me quiere, lejos de sentirlo, me alegro, pues así me evi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO.

tan el tenerles que desairar, lo que es siempre penoso.

Si me preguntas que si quiero casarme con tu hermano, diré que sí al instante: y si no es él mi marido, no lo será ningun hombre de la tierra, porque á él le quiero desde que supe lo que es querer, y porque me parece superior á todos los hombres que conozco.

CECILIA.

IX.

Roberto á Valentina.

París, Marzo de 1876.

Hace algunos dias que la atmósfera de aburrimiento que me envolvia se ha hecho algun tanto más ligera: un interés nuevo conmueve mi corazon, y me entretengo en observar y en comparar á dos jóvenes en las que hasta hace poco tiempo no habia reparado, porque eran solo unas niñas.

Una de ellas, á la que conozco desde que nació, es Cecilia, y acaba de cumplir veinte años: tambien tú la conoces desde la cuna, Valentina, y sus gracias infantiles han dejado lugar á los encantos de la juventud.

Cecilia, sin embargo, es demasiado tranquila y reposada para su edad: la vivacidad y la turbulencia son como gracias de la adolescencia, y ella tiene la mirada profunda y la sonrisa triste de quien conoce al dolor como á un amigo: cuando veo sus grandes ojos pensativos, casi me asusto de la fortaleza de alma que demuestran, y de la fortaleza de su carácter, en una edad en que todo es debilidad y entusiasmo.

Cármen, la hija del marqués V. es aún más jóven: todo respira en ella la alegría, la ternura, la expansion y la gracia: educada con infinito amor por su madre, el dolor es para ella desconocido, y la palabra *penas* no tiene á sus ojos ningun significado: ¡cuánto me seduce esa pura y virginal aparicion en el árido camino de mi vida! Cuando la veo, siento la misma dulce y consoladora impresion que experimenta el viajero perdido en el desierto en un dia de calor sofocante, al aparecer ante sus ojos una fresca y murmuradora fuente: ¡su inocencia hace tan extraño contraste con mi cansancio de la vida y con mi amarga experiencia de la misma, que al ver á Cármen, al oir su clara y melodiosa voz, me parece que una juventud nueva desciende á mi alma!

El dolor no asoma nunca su torva faz á la casa donde habita: su madre, jóven y bella todavía, es una de las mujeres á la que hé dirigido más galanterías cuando la sociedad me divertia, y sigue pasando los dias en el lecho y en el paseo, y las noches en los teatros, conciertos y bailes. Cármen la acompaña muchas

tan el tenerles que desairar, lo que es siempre penoso.

Si me preguntas que si quiero casarme con tu hermano, diré que sí al instante: y si no es él mi marido, no lo será ningun hombre de la tierra, porque á él le quiero desde que supe lo que es querer, y porque me parece superior á todos los hombres que conozco.

CECILIA.

IX.

Roberto á Valentina.

París, Marzo de 1876.

Hace algunos dias que la atmósfera de aburrimiento que me envolvia se ha hecho algun tanto más ligera: un interés nuevo conmueve mi corazon, y me entretengo en observar y en comparar á dos jóvenes en las que hasta hace poco tiempo no habia reparado, porque eran solo unas niñas.

Una de ellas, á la que conozco desde que nació, es Cecilia, y acaba de cumplir veinte años: tambien tú la conoces desde la cuna, Valentina, y sus gracias infantiles han dejado lugar á los encantos de la juventud.

Cecilia, sin embargo, es demasiado tranquila y reposada para su edad: la vivacidad y la turbulencia son como gracias de la adolescencia, y ella tiene la mirada profunda y la sonrisa triste de quien conoce al dolor como á un amigo: cuando veo sus grandes ojos pensativos, casi me asusto de la fortaleza de alma que demuestran, y de la fortaleza de su carácter, en una edad en que todo es debilidad y entusiasmo.

Cármen, la hija del marqués V. es aún más jóven: todo respira en ella la alegría, la ternura, la expansion y la gracia: educada con infinito amor por su madre, el dolor es para ella desconocido, y la palabra *penas* no tiene á sus ojos ningun significado: ¡cuánto me seduce esa pura y virginal aparicion en el árido camino de mi vida! Cuando la veo, siento la misma dulce y consoladora impresion que experimenta el viajero perdido en el desierto en un dia de calor sofocante, al aparecer ante sus ojos una fresca y murmuradora fuente: ¡su inocencia hace tan extraño contraste con mi cansancio de la vida y con mi amarga experiencia de la misma, que al ver á Cármen, al oir su clara y melodiosa voz, me parece que una juventud nueva desciende á mi alma!

El dolor no asoma nunca su torva faz á la casa donde habita: su madre, jóven y bella todavía, es una de las mujeres á la que hé dirigido más galanterías cuando la sociedad me divertia, y sigue pasando los dias en el lecho y en el paseo, y las noches en los teatros, conciertos y bailes. Cármen la acompaña muchas

veces, y otras sale con su aya: acostumbrada á mirarme como á un amigo de la casa, todo me lo consulta con esa ingenuidad é inocencia que son la base de su carácter.

—Mire Vd., amigo mio, me dijo ayer: es preciso que disuada Vd. á mamá de que me compre un sombrero gris.

—No me hará caso, le contesté sonriendo.

—Sí le hará. Mamá es muy buena, y solo no hace caso de mí: todo lo que Vd. piensa y dice, le agrada; así, amigo mio, es preciso que la persuada, para que me compre un sombrero blanco con flores azules.

Cármen, dicho esto, se olvidó del deseo que acababa de expresar: se le ocurrió sin duda alguna idea nueva, y salió cantando de la habitacion.

Para el estado de mi ánimo, te aseguro Valentina que Cármen es la más deliciosa compañía que pudiera tener: es como una eterna sonrisa, como un rayo de sol, que alegraria á la vez mis ojos y mi alma.

Defíneme el amor, Valentina, con el delicado instinto de tu corazon, para que yo pueda conocerlo, ya que tantos se equivocan.

A pesar de que Cármen seduce mis ojos y alegra mi corazon, cuando siento alguna pena, me acuerdo al instante de Cecilia: todo lo que es grave se lo quisiera contar á ella, y oir su parecer ó su aprobacion de lo que hago.

Es molesta para mí la obsesion que estas dos criaturas ejercen en mi espíritu: algunas noches, aburrido de estar en casa, voy al palco de la Opera que ocupa Cármen con su madre, y allí paso dos horas, encantado de mirar la hermosura de esa niña, que se lleva la atencion de todos: y otras voy á casa de Cecilia y paso á su lado toda la velada, sin otra compañía que la de su madre, especie de idiota que pasa la vida en gemir y suspirar.

Allí mi corazon parece ensancharse y respirar mejor: siento como un descanso moral delicioso; miro á Cecilia ocupada en una labor de costura ó de bordado, que prosigue cuando ha contestado á mi saludo: si leia en voz alta á su madre, al entrar yo, prosigue su lectura; no he visto en nadie más grande reposo moral y más seguridad en sus acciones, que en esta jóven: sabe siempre cuál es su sitio, y siempre le ocupa noble y dignamente.

Tú habrás observado, Valentina, y yo tambien, que la mayor parte de las mujeres cambian completamente de manera de ser, de continente y de maneras, delante de un hombre que les agrada (y aun delante de los que no les agradan tambien). Su voz se vuelve más dulce, sus ojos más expresivos é insinuantes, sus gestos son atrayentes, y á veces provocativos; yo, que he tenido lo que se llama *mucho partido* con las mujeres, he sido muchas veces objeto de es-

tas encantadoras *mudanzas*, de las que me he reido bastante interiormente; porque he sabido varias veces por informes fidedignos de *amigas íntimas*, que la que se hacia de miel al mirarla yo, que la que daba á su voz inflexiones arrobadoras, era una furia en el seno de su familia, regañaba á voces á sus criados, les decia palabras malsonantes, y trataba ágriamente á sus hermanas, y hasta á su misma madre.

El puro y apacible semblante de Cecilia se anima al verme entrar, y eso no puedo dudarlo; un leve sonrosado visten sus blancas mejillas; en aquel rostro dulce y virginal, aparece una sonrisa que lo ilumina; pero esta dichosa mudanza, que nace del alma, no tiene nada que ver con las afectaciones de la coquetería, ni con las osadías de un desmedido afan de agradar.

Cecilia procura dominar su conmocion, y lo consigue: esta jóven parece estimarse altamente á sí propia, y sabe que vale mucho, á pesar de la opresion en que vive: todo en ella demuestra que el dolor y las penas la cercan como un círculo de hierro: y sin embargo, la resignacion y la inocencia residen á la vez en su frente angelical: sus grandes ojos, de un azul denso, rodeados de círculos oscuros, como señal irrecusable de insomnio y de cansancio, son luminosos y dulces, como corresponde á su edad; cuando veo reflejar la luz del quinqué, que alumbra su bordado en la opulenta masa de sus

cabellos rubios: cuando veo su boca de coral rosa, que sonríe apaciblemente al oir las sandeces de su madre; cuando veo esta jóven existencia, tan noble como tristemente empleada en los más árduos y penosos deberes de la familia, me digo que esta vírgen cristiana será una dulce compañera de la vida de un hombre, y una noble y adorable madre de sus hijos.

Tranquila y reposada, Cecilia está siempre en su sitio, sin quejas, sin cansancio, sin alardes de sacrificio: sus hermanas salen, van á los teatros con sus hermanos, van á paseo con sus amigas; Cecilia es el ángel del hogar, la fiel compañera de su madre, y su dulce influencia lo dirige todo, y todo lo suaviza y embellece.

En una palabra Valentina, Cármen me atrae y me seduce como una flor fragante y llena de perfumes; pero mi alma tiene como una necesidad, como un *hambre*, cada dia mayor, de la vista de Cecilia; su dulce sonrisa disipa mi misantropía; su voz calma las tempestades de mi alma; su acento resuena en mi corazon; su semblante está como esculpido en mi cerebro, y con ella la vida me pareceria dulce, fácil y llena de ventura.

ROBERTO.

X.

Valentina á Roberto.

Madrid, Marzo 1876.

Si no fueran tan temibles la envidia y la mala voluntad que dominan en nuestro sexo, todos los hombres deberian antes de casarse pedir informes á las amigas de la mujer que aman, acerca del modo de ser moral é intelectual de aquella.

Pero no se puede aconsejar tal cosa al que desee de veras constituir un hogar y una familia, puesto que, si á los informes femeninos habia de atenerse, corria el riesgo de morir soltero.

Mas en mí, puedes tener y tienes la más ciega confianza, porque sabes que tu ventura es para mí lo primero; por tanto voy á decirte lealmente mi pobre parecer, y está seguro, Roberto mio, de que es el corazon quien me guia, y de que por tanto no me equivoco.

Cármen, la hija de los Marqueses de V..., á la que te veo muy inclinado, es una encantadora niña de corazon noble y sensible, de imaginacion viva y florida como su edad, y de una figura deliciosa: ha sido educada para ser una criatura amable, cariñosa y buena; porque su elegante madre la ha tratado siempre con una

dulzura que no me cansaré de recomendar á las madres, segura como estoy de que los caractéres suaves solo se pueden formar con la ternura y la persuasion.

Ningun sér que en la infancia y en la adolescencia ha sido muy amado, tiene el carácter áspero y díscolo: los malvados, los egoistas, los envidiosos, no han tenido una niñez dichosa, ni han tenido madre en la acepcion moral de la palabra.

Cármen te conviene acaso: pero tú, Roberto, no convienes á Cármen; hombre pensador, de carácter severo, y algun tanto taciturno—aunque en el fondo seas un niño grande, como los demás hombres—esa pobre niña no hallaria en tí la ternura á que está acostumbrada: te respetaria, te estimaria, te amaria: pero esto último no es bastante para ser dichosos los dos.

Porque diré aquí, como de paso, que los que piensan que para el matrimonio se necesita poco amor, se equivocan de una manera funesta: en esa union, que dura toda la existencia, es preciso sobre todo, ante todo, el que la mujer ame de tal suerte á su marido, que él sea el único hombre que vea en el mundo, el que le agrade más, el que le inspire la sola, la inalterable y profunda pasion de toda su vida.

Yo sé, mi amado Roberto, que eres bastante generoso para vencerte hasta ser amable y afectuoso para tu jóven esposa, si te casas con

Cármen. Sé que la amarás con toda tu alma, y que el amor hace milagros: pero sé que estos milagros solo se realizan en la esfera de lo posible, y no lo es el violentar uno y otro dia el carácter y las inclinaciones que nos son naturales: todo lo que constituye presion, deja de amarse, y la base de la dicha es buscar analogía en el carácter y en los gustos, sin lo cual no puede haber paz y bienestar en el matrimonio.

Violentándose cada uno de los dos un poco, es decir, haciéndote tú alegre y espansivo, y Cármen grave y silenciosa, acaso llegariais á un casi perfecto acuerdo: pero solo en la apariencia, y cada uno de los dos, desearia sacudir la sujecion que la presencia y los gustos del otro le imponian.

¡Desgraciados los esposos que desean separarse, con pretexto de ocupaciones ó de otro cualquiera, porque se hallan molestos el uno al lado del otro! *¡La soledad de dos en compañía,* como dice el ilustre Campoamor, es lo más terrible de la tierra!

Para las mujeres cuyos esposos son de carácter seco y desapacible, hay siempre amigos almibarados, complacientes, melosos, ansiando ofrecer el contraste de sus gracias con la severidad del *feroz marido;* y Cármen, casada contigo, se veria asediada por esa polilla social, entre la cual hay algunos primos suyos.

¡Cuántas mujeres casadas con hombres graves, dignos, respetables, han caido con nécios, con imbéciles, conjuntos de estupidez y de vicios! Engañadas con apariencias agradables, han salido de su error cuando ya habian arrojado á un abismo sin fondo, su ventura y la de su familia!

Cármen es aún demasiado jóven para descubrir á través de las sinuosidades de tu carácter el fondo de nobleza y de abnegacion que hay en él: asustada de tu gravedad, porque ha crecido en medio de la frivolidad que constituye el elemento de vida de muchas familias del gran mundo, Cármen buscaria ó aceptaria distracciones exteriores, y miraria las horas pasadas á tu lado como las más tristes de su vida, en vez de mirarlas como las únicas felices: las visitas, el paseo, los teatros, los bailes, ocuparian su tiempo por completo, y esa existencia puramente exterior, la haria cada dia más nécia y más desventurada. Porque cuando el corazon está vacío, la cabeza se llena á la vez de ilusiones locas y de visiones tristes.

¡Y tú, mi pobre hermano! ¿seria posible que siguieras á tu jóven esposa en el torbellino de las fiestas del gran mundo?

Tan poco egoista eres, que solo quieres saber si Cármen seria dichosa contigo: no creo que ella pudiera hallar la ventura completa, y temo que tú cayeses en la más profunda deses-

peracion. Tienes bastante nobleza de sentimientos y bastante distincion natural—que ambas cosas son necesarias en el matrimonio—para ceder siempre á los gustos de tu esposa: ¿pero crees, como antes te dije, que hay en la humana naturaleza fuerzas bastantes para ser siempre la víctima, y serlo siempre irrazonadamente, por causas mezquinas, miserables y de todos los instantes?

Sufrir por el cumplimiento de un deber penoso, sufrir por motivos nobles, es digno y trae por lo mismo la satisfaccion de sí propio: pero sufrir por necedades, dejarse dominar por los pueriles caprichos de una niña, te haria aparecer tan sándio á los ojos del mundo, que nadie te compadeceria por esas penas, y antes bien, te culparian, por no emplear un rigor saludable.

¡Y es tan doloroso el rigor para quien le emplea! Jamás consigue otra cosa que amargar todas las cuestiones, y endurecer el corazon, fuente de todo noble y dulce sentimiento.

Y si teniais hijos, ¿cómo podria amarlos su madre, cuando el lazo conyugal le seria tan pesado? Solo se ama á los hijos del amor, y solo por ellos se inmola la mujer, es decir, por los hijos de su esposo, tierna é inalterablemente amado; los hijos del deber, los hijos del *matrimonio de conveniencia, ó de razon,* pagan todos los yerros de sus padres, porque son para éstos como un aumento al peso terrible de la vida.

Me acusas de ser toda poesía, y ya ves como hoy razono contigo, y cómo dejo á un lado todas las ilusiones, puesto que se trata de lo más sério que hay para mí en el mundo: de tu ventura.

Para reanimar tu corazon, tanto tiempo amortiguado bajo la helada ceniza del egoismo; para hacerte amar la vida, que habia llegado á serte pesada, no perdonaré medio alguno: ¡ojalá pueda comunicarte el calor y el entusiasmo de mi alma, mis ilusiones, mis puras é inalterables creencias, que han sobrenadado como divinas flores en las tempestades que han agitado mi vida!

Acaso tengas alguna razon al acusarme de soñadora; pero ¿qué importa? porque lo soy, porque tengo aún ideales elevados y bellos, adoro todo lo que es bello y bueno! todo lo malo me es odioso, porque es feo, y por lo mismo aborrezco el vicio y el escándalo; y todo lo bueno me parece hermoso, y ejerce en mí irresistible fascinacion.

Por eso mismo de que lo bello y lo bueno son sinónimos para mí, deseo que veas la verdad, sin ilusiones engañosas, y por eso te digo mi parecer respecto á Cármen: ¿á qué vendria el engañarte? Creo que siendo un ángel de gracia, y de belleza y de virtud, seria á tu lado desdichada, y tú al suyo estarias más solo de lo que lo has estado hasta hora.

VALENTINA.

XI.

Valentina á Roberto.

Madrid, Marzo de 1876.

Apenas estaria en el buzon la última carta que te escribí, mi querido hermano, y ya comprendí que debia ofenderte: la verdad nos parece dura, cuando lejos de halagar nuestros deseos, los contraría. Estás enamorado de Cármen, y eso lo he visto en dos cartas tuyas que despues de enviarte la mia he recibido: mi alma, que tiene con la tuya armonías amistosas, lo adivina tambien.

Aunque Cecilia te parece buena y amable, encuentras á Cármen mucho más bonita: así me das á entender, y, niño grande, como lo sois todos los hombres, prefieres lo bello á lo bueno.

Mira ante todo á Cecilia con ojos serenos y que no estén cubiertos con la tupida venda del amor: esa jóven, para los tontos, para los materialistas y para los hombres vulgares, vale poco, y apenas querrán decir de ella que es regular: mas para un hombre de imaginacion, para un artista, está dotada de un encanto irresistible: la expresion de su rostro, demuestra una inteligencia superior, y una sensibilidad profunda: hay en Cecilia esa vida interior, ese poder de reflexion que evita á las jóvenes el hastío y sus consecuencias: yo la he visto llorar leyendo una página lastimosa, viendo á

un viejo mendigo, oyendo el relato de alguna desgracia: la he visto mediar con singular tacto, entre su padre y su hermano, divididos por una terrible oposicion de caractéres: la he visto sufrir sin quejarse, y sin mencionarlas siquiera, mil pequeñas contrariedades, mil pequeñas penas que trae la vida consigo, y que muchas mujeres esquivan ó maldicen.

Cecilia posee lo que hace bella y dulce la existencia; el valor de cumplir con su deber: y créeme, Roberto, este valor no es muy comun en la mujer, ni aun en el hombre.

Cármen ha oido decir á su madre, durante toda su vida, que todo el poder de nuestro sexo, que toda la fuerza de la mujer está en saber agradar, y Cármen se contenta con agradar solo á los ojos, porque así ha entendido un axioma que, por otra parte no se han cuidado de explicarle; acaso no han sabido hacerlo; pero esta jóven que tanto atrae, no puede fijar: si es verdad que cautiva, nunca acertará á inspirar un sentimiento durable. Se ha visto además tan querida, tan mimada por todos, que no agradecerá ni aun la más ciega adoracion: la acepta sonriendo, se deja querer, y nada más: nunca te pagará esa pasion profunda, ilimitada con que hoy (antes de conocerla bien) la quieres: acostumbrada á sentimientos dulces, no puede comprender los fuertes y esclusivos.

Hija única, rica y hermosa, sus padres son

los primeros adoradores de sus méritos, y hasta en cada uno de sus defectos, ven una gracia: la han educado rodeada de amor y de ternura; y aunque por esta razon el carácter de Cármen es dulcísimo, carece de toda fuerza y de toda resignacion.

Sucede con Cecilia todo lo contrario: educada en el seno de una familia numerosa y cuyos caractéres son todos desapacibles, conoce de la vida más dolores que placeres, y la sola dicha que haya disfrutado será la que halle al lado tuyo: distinguida en todo, elegante, tolerante inteligente, nadie como esa jóven podrá hacerte una dulce compañía moral: con ella podrás partir tus dichas y tus contrariedades: ella compartirá tus penas, las consolará, ó hará que las olvides, distrayendo tu pensamiento, cuando le vea dolorosamente preocupado. Con Cecilia, en fin, no harás solo el camino de la vida, porque ella te acompañará lo mismo en los dias nublados que en los serenos y radiosos.

Error profundo es en las mujeres el creer que la vida es todo rosas, dichas y placeres, y de ese error tiene la culpa la educacion ligera y superficial que reciben: por eso á cada dolor, á cada contratiempo, se sublevan contra la suerte, y se enojan contra todas las personas que las rodean, convirtiendo el hogar doméstico en asilo del mal humor, y muchas veces en teatro de una guerra infernal.

Cecilia ha hecho ya un duro aprendizaje de la vida: á pesar de su figura delicada y esbelta y de sus maneras exquisitas, esa niña atesora un heróico valor, y sabe que la vida es una cosa grave y triste: su frente pura y blanca ha servido ya de abrigo á pensamientos profundos; conoce los secretos del dolor; y criada en una familia desunida por antipatías invencibles, hallará delicioso el sosiego de la casa conyugal.

No ambicionará Cecilia los bailes y los teatros: á la vez que tu esposa, que tu noble compañera, será tu mejor amiga, y á la vez que una madre tierna, una ilustrada institutriz de sus hijos, porque posee la más grande, la más sublime de las enseñanzas, la que proviene del dolor.

Jamás se me ocurrirá proponerte para compañera de tu vida á la hija de una familia oscura; tu posicion tiene deberes sociales, que no es posible desatender. Tu mujer debe saber hacer los honores de tu casa, y ocupar de una manera distinguida el sitio que de derecho le pertenece en casa de los otros: necesita saber hablar á tiempo, y lo que es aún más difícil, saber escuchar: no hay amabilidad más adorable y que más cautive que la que hace á una persona olvidarse de sí misma, para pensar en los otros: la bondad y la benevolencia de algunas mujeres han abierto á sus esposos las

puertas del dorado palacio de la fortuna; y por el contrario, otras, hijas mimadas de la suerte, han cerrado á sus familias todo porvenir con su intolerancia y con los caprichos de su carácter.

Nadie hay como Cecilia para adquirir un inmenso caudal de simpatías: su bondad es tan verdadera, que sale del corazon, y por lo mismo, cautiva todos los corazones: en la esfera de la vida real, como en la esfera del arte, en lo moral como en lo intelectual, en lo ideal como en lo positivo, las cuerdas de esa lira sublime que existe dentro de nosotros, y que llamamos *alma*, sonarán acordes con las de la tuya, y, enlazadas vuestras manos, hareis juntos y sin cansancio el penoso camino de la vida.

¿Qué vale para la union conyugal un poco más de belleza en el semblante? Nadie disfruta ménos de la hermosura de una mujer que su marido, pues viéndola constantemente, se acostumbra á ella, como se acostumbra á un rostro ménos bonito: lo que cautiva siempre es la gracia, el talento, la sensibilidad: ese *no sé qué*, tan escaso en nuestro sexo y que hace á las mujeres inolvidables.

¿No ves estallar con intervalos más ó ménos largos, pero de algunos años á esta parte con aterradora frecuencia, suicidios y asesinatos? Pues los suicidas son casi siempre esposos, primero aburridos, y desesperados luego con el lazo que les ahoga como un dogal, y del que

solo pueden huir por la sombría puerta de la muerte: el hastío es un hilo invisible que conduce á terribles abismos, porque el hombre hastiado es un cadáver moral, y nada puede halagarle en la vida.

¡A cuántos hombres les tortura la idea de tener un hogar vacío y solitario! ¡cuántos buscan en devaneos culpables algun alivio al tédio desesperado que les consume! ¡cuántos caminan solos, mortalmente solos, por enmedio de la multitud!

No me causes, Roberto mio, el inconsolable dolor de verte entre esos desdichados: busca ante todo la compañía moral indispensable para la vida, porque esta tiene muchos dias sin sol, muchas amarguras, muchas noches sin sueño, y no hay valor bastante para andar tan doloroso camino, si no se lleva por guía un alma generosa y noble.

VALENTINA.

XII.

Diego á Roberto.

Madrid, Abril de 1876.

Mi querido hermano: Aunque te escriba muy de tarde en tarde, ya sabes que jamás te olvido: eres el mayor de todos, y tu talento y recto juicio me han hecho quererte siempre como á un amigo, y respetarte como á hombre de gran valía. Valentina, nuestra buena y ado-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rable hermana Valentina y tú, sois lo que más quiero y admiro en el mundo: feliz quien como yo puede amar y estimar á los suyos y ser amado de ellos!

Hoy, mi querido hermano, llego á tí en demanda de auxilio: no de auxilio material, que no necesito y que sé que me darias al instante con mano pródiga y generosa, sino de ayuda moral, de consejo, de alguna palabra que me aliente en el triste estado en que me hallo.

Ayer cumplí treinta y seis años, y hace ya más de uno que hallo al derredor mio un vacío insondable: he visto durante ese período de tiempo una desoladora verdad, y la he visto con un terror infinito. He dejado de amar á Mariana, y he dejado de amarla despues de ocho años de casado!

Yo no sé cómo explicarme este sombrío misterio, ni siquiera lo intento: la terrible verdad es que un hastío invencible me consume; que hay en mi alma un vacío doloroso; que todo en mi casa me disgusta, y que la compañía de mi mujer es para mí más pesada y más insoportable que la más completa soledad.

Un caso como el mio debia conocer el ilustre Campoamor, cuando escribió su pequeña, pero terrible *Dolora*.

»Sin el amor que encanta,
La soledad del hermitaño espanta:
¡Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía!»

Solo me encuentro con Mariana, ya sea que vayamos al teatro ó á paseo, ya sea que nos estemos en casa: nunca me habla, ni sabe, de otra cosa que del excesivo precio de los comestibles; de los desmanes de los criados; de los trajes que estrenan sus amigas, y de lo que la hacen sufrir nuestros dos hijos: y esto me lo repite eternamente en són de descontento y de mal humor; responde ágriamente á mis observaciones, y parece que tengo yo la culpa de todas sus contrariedades.

Tanto es lo que ha llegado á agobiarme todo esto, que antes oia con indiferencia, que la compañíade Mariana se me ha llegado á hacer insoportable, y huyo de su lado siempre que puedo, para irme al café, donde no me gusta estar, pero donde á lo ménos estoy á salvo de sus eternas quejas y odiosos razonamientos.

Cuando pienso en lo enamorado que me casé de mi mujer; en lo buena moza que la encontraba; en su arrogante y escultural figura, me asombro de que haya cambiado tanto mi punto de vista; porque Mariana no ha cambiado en cuanto á su belleza física, que es la misma que me enamoró, y que hoy me hastía y no puedo soportar.

La culpa de este cambio mio la tiene Valentina: cuando hace año y medio iba á verla todos los dias á causa de tener á su hijo enfermo, empecé á encontrarme tan bien á su lado

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y en su casa, que no sabia volver á la mia: sentados junto á la cama del doliente niño, nos pasábamos las noches enteras hablando de mil cosas, y enseñándome nuestra hermana misterios de la vida que yo ignoraba. Su viva y poética imaginacion pasaba de los asuntos más sérios á los más graciosos y agradables. Yo aprendí en un mes con nuestra hermana á discurrir, á sentir, á ver las cosas bajo una luz más verdadera de aquella que antes conocia. Como mi carrera militar me tuvo separado de vosotros y me casé en Sevilla, donde he permanecido los cinco primeros años de mi matrimonio, nunca supe de Valentina, sino que era muy linda, y que tenia un dulce carácter y un buen corazon: conocí á su marido poco más, y le oí decir siempre que era tan feliz al lado de nuestra hermana, que alcanzaria corta vida; porque dichas tan perfectas y grandes no son de este mundo.

Pero desde que vine á Madrid, Valentina se fué infiltrando dulcemente en mi corazon, y poco á poco la llegué á querer tiernamente, lo mismo que á sus hijos, que hoy me interesan á la par de los mios.

Al contrario precisamente sucedió á mi mujer: decia que Valentina era una romántica, una nécia, una presumida; y cuando veia el mal efecto que el oirle esto me hacia, redoblaba su encono y crecia la saña qne tenia á Valentina, á la que ha dejado de ver por completo, aunque nuestra hermana no pierde ocasion de venir á mi casa.

Hace algunos dias, queriendo ver un drama nuevo *con compañía intelectual*, me fuí á buscar á nuestra hermana.

—Vente conmigo al teatro—le dije—he tomado butacas para los dos.

—¿Y tu mujer? me preguntó asombrada.

—Quiero ver contigo la obra de esta noche.

—¿Y por qué no con ella?

—Porque contigo puedo hablar; comunicar mis impresiones; discurrir acerca del modo de ejecutar la obra, y con ella no.

—Vamos, sí, mi pobre Diego—respondió Valentina apoyando en la mia su mejilla, con la misma gracia inocente con que lo hacia cuando era niña: padeces de un grande hambre moral, hermano mio, y es preciso que te alimentes un poco... ¡ah! Si las mujeres supieran...

Valentina fué á ponerse un vestido de seda negro, única gala de su pobreza, y volvió con un sombrerito de faya en la mano, que se puso delante del espejo; al ver su esbelta y delicada figura; su exquisita elegancia, me acordé de la estatura y desarrolladas formas de Mariana, y un terrible rayo de luz hirió las tinieblas de mi ignorancia: yo no habia amado á Mariana más que físicamente: el amor del alma, el amor ideal que es el que jamás se cansa, que es el

eterno, me habia sido hasta entonces totalmente desconocido, y más valía que jamás lo hubiera adivinado.

Cuatro horas pasé en el teatro con nuestra hermana, que me parecieron dos segundos. ¡Qué luminoso juicio para discurrir! ¡Qué florida imaginacion para embellecer! ¡Qué dulce y atrayente percepcion para sentir!

¡Quiera Dios que no halle en mi camino una mujer que se asemeje á Valentina, porque entonces mi suerte está fijada para siempre... entonces, amaria á esa mujer hasta la muerte y todo lo dejaria por ella!

¿Y quién sabe si la he encontrado ya? Uno de mis amigos tiene una hermana que se parece á la nuestra... sálvame del precipicio, Roberto... dame valor: ayúdame, porque el hastío me consume y este es un fatal consejero; mi alma llora como una cautiva en su prision: me muero de un marasmo moral, de un enfriamiento del alma tan grandes, que no hallo cómo explicarlos: si el mundo supiera las luchas que preceden á lo que llama culpas y son fatalidades, seria más compasivo con los que faltan á los deberes impuestos por la ley: yo quiero seguir siendo buen marido y buen padre... y no puedo, no puedo! Mi valor toca á su fin, y caeré si no puedo apoyarme en el noble pecho de mi hermano!

DIEGO.

XIII.

Mariana á Roberto.

Madrid, Abril de 1876.

Como al jefe de la familia, te escribo querido hermano, para participarte mi resolucion irrevocable de separarme de mi marido, si no logras que cambie en su manera de ser conmigo.

Nunca le habia conocido como está de un año á esta parte: su mudanza es completa é insoportable: ¡todo le disgusta, todo le es odioso en mí, en la casa... hasta en sus hijos!

Es imposible que alguna otra mujer no le distraiga, y así se lo he dicho, añadiendo que voy á tomar medidas infalibles y seguras para descubrirlo, y el dia que lo sepa, el escándalo ha de ser tal, que ha de tener eco en todo Madrid; si le veo en la calle con esa mujer—cualquiera que sea—ya puede encomendarse á Dios: y si le sorprendo en casa de ella—pues voy á seguirle á todas partes—el barrio entero ha de enterarse de lo que sabe hacer una esposa ofendida!

Si esa mujer fuera casada—y ojalá lo sea—el marido sabria al instante por mí, la traicion de que él y yo somos víctimas.

Y qué, ¿no tengo razon? Dia y noche estoy

eterno, me habia sido hasta entonces totalmente desconocido, y más valía que jamás lo hubiera adivinado.

Cuatro horas pasé en el teatro con nuestra hermana, que me parecieron dos segundos. ¡Qué luminoso juicio para discurrir! ¡Qué florida imaginacion para embellecer! ¡Qué dulce y atrayente percepcion para sentir!

¡Quiera Dios que no halle en mi camino una mujer que se asemeje á Valentina, porque entonces mi suerte está fijada para siempre... entonces, amaria á esa mujer hasta la muerte y todo lo dejaria por ella!

¿Y quién sabe si la he encontrado ya? Uno de mis amigos tiene una hermana que se parece á la nuestra... sálvame del precipicio, Roberto... dame valor: ayúdame, porque el hastío me consume y este es un fatal consejero; mi alma llora como una cautiva en su prision: me muero de un marasmo moral, de un enfriamiento del alma tan grandes, que no hallo cómo explicarlos: si el mundo supiera las luchas que preceden á lo que llama culpas y son fatalidades, seria más compasivo con los que faltan á los deberes impuestos por la ley: yo quiero seguir siendo buen marido y buen padre... y no puedo, no puedo! Mi valor toca á su fin, y caeré si no puedo apoyarme en el noble pecho de mi hermano!

DIEGO.

XIII.

Mariana á Roberto.

Madrid, Abril de 1876.

Como al jefe de la familia, te escribo querido hermano, para participarte mi resolucion irrevocable de separarme de mi marido, si no logras que cambie en su manera de ser conmigo.

Nunca le habia conocido como está de un año á esta parte: su mudanza es completa é insoportable: ¡todo le disgusta, todo le es odioso en mí, en la casa... hasta en sus hijos!

Es imposible que alguna otra mujer no le distraiga, y así se lo he dicho, añadiendo que voy á tomar medidas infalibles y seguras para descubrirlo, y el dia que lo sepa, el escándalo ha de ser tal, que ha de tener eco en todo Madrid; si le veo en la calle con esa mujer—cualquiera que sea—ya puede encomendarse á Dios: y si le sorprendo en casa de ella—pues voy á seguirle á todas partes—el barrio entero ha de enterarse de lo que sabe hacer una esposa ofendida!

Si esa mujer fuera casada—y ojalá lo sea—el marido sabria al instante por mí, la traicion de que él y yo somos víctimas.

Y qué, ¿no tengo razon? Dia y noche estoy

consagrada al cuidado de la casa y de mis dos hijos: por el afan de que esté todo arreglado y á tiempo las comidas, no me visto, no me peino, y apenas me lavo la cara; algunas veces llaman, abro yo misma la puerta, y me toman por una criada: tal es el desaliño de mi traje, por emplear el tiempo en los quehaceres domésticos.

¡Y todo esto, en vez de ser agradecido, es desdeñado, y hasta parece mal hecho! Ayer llegó un amigo de Diego; abrí yo la puerta de la escalera, y creyéndome—lo mismo que otros muchos—la criada, pasó por delante de mí sin saludarme siquiera. Cuando se marchó, me quejé á tu hermano, y éste, volviendo la espalda con desdén, me contestó:

—Ha hecho muy bien: si quieres que te traten como á una señora, ten á lo ménos la apariencia de serlo.

Esta brutal respuesta, me hizo subir la cólera desde el corazon á los lábios, y me quejé amargamente de las sinrazones de mi marido: le dije que era un hombre sin corazon, un canalla, un egoista; que debia estar distraido con devaneos culpables, y que lo habia de averiguar, para separarme de él.

Encogióse de hombros con un desprecio mucho más hiriente que todas mis injurias, y tomando el sombrero, desapareció.

Pensando despues en lo que Diego ha cambiado para mí, recuerdo que muchas veces, al contestarle á alguna observacion, me decia:

—¡No seas estúpida! ¡contigo no se puede hablar de nada!

En otras ocasiones, cuando me quejaba de las demasías de los criados, y de lo cara que es la vida, contestaba con muy mal humor:

—¡Acabarás por aburrirme con tus sandeces! ¡qué conversacion tan molesta!

Pero Dios mio, ¿de qué hablan las demás mujeres? dímelo tú, Roberto, que segun aseguran has tratado muchas, y tienes corazon y gran talento: ¿de qué puedo yo hablar á mi marido? ¿qué educacion ha sido la que me han dado para poder hablar con él y entretenerle? Me han enseñado á leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética: á tocar el piano un poco—y aun ese poco lo dejé al casarme—y á desempeñar las labores de la casa: el que busca solo una buena ama de llaves, ¿por qué se queja despues de no hallar una mujer instruida? Los hombres sois tan injustos, que anhelais el que la mujer reuna todos los talentos y cualidades, dejándole solo el sitio de ménos importancia y lucimiento.

Yo hubiera hablado de todas estas cosas á Valentina, puesto que Diego tiene su elogio perpétuamente en los lábios; ella, mejor que nadie, me diria lo que debo hacer para atraer de nuevo el cariño de mi marido; pero no quie-

ro deberle nada; hay en mi corazon un sentimiento amargo para ella; sé que ha oido las quejas de su hermano respecto de mí, y que muchas veces le ha dado la razon de sus sinrazones: no hace muchas noches que Diego fué á buscar á Valentina para llevarla al teatro, y cuando volvió á la una, me dijo:

—¡Qué deliciosa velada he pasado con mi hermana! ¡Más he vivido en tres horas que me ha hecho compañía, que en tres años lejos de ella!

—De modo—le díje—que si yo me muriera, buscarias una mujer semejante á tu hermana.

—No; viviria con Valentina, que cuidaria como una madre á tus hijos: á mi edad, ya no es el amor una precision, y el dulce y sereno afecto de mi hermana, me bastaria: el amor físico se apaga y se extingue; la necesidad del alma compañera, crece con los años, y es cada dia más imperiosa.

Te confieso, Roberto, que ni una palabra entendí de esta pomposa tirada: no alcanzo lo que Diego desea; su casa está bien ordenada y cómoda, en nuestra gaveta sobra dinero, sus hijos están buenos y son hermosos, y yo no debo ser muy despreciable, cuando si quisiera, podria distraerme con alguno, de las penas que me causa mi marido... Creo que el mundo está lleno de hombres caritativos que desean consolar á las esposas desdeñadas.

¿Y quién sabe lo que yo haré? Nunca he podido explicarme cómo Valentina, que aún no cuenta veintisiete años, se halla contenta con su soledad y su viudez; yo no sirvo para eso; necesito quien me alabe, quien me lleve á paseo y al teatro, quien se ocupe de mí, quien aparente que me quiere, aunque no sea verdad: ¿y para qué son las coqueterías de Valentina, si no tienen por objeto el casarse? ¿por qué se viste con tanto cuidado, por qué tiene la mirada dulce y la voz melodiosa, y los gestos graciosos y estudiados?

Confieso que no lo entiendo, y confieso tambien que vuestra hermana, además de no serme simpática, me ha inspirado siempre como una especie de involuntario respeto: cuando alguna vez he ido á verla con Diego—y ya hace mucho tiempo que no consigue llevarme—la he hallado acompañada de sus hijos, bordando ó leyendo, tan elegante, tan tranquila y contenta como si la acompañase el más rendido galan, el novio más apasionado.

Estas afectaciones, estas necedades, y á la vez esta falta de corazon, que la hace pasarse la vida sola, pues sus hijos son dos niños, me hacen mirar á Valentina como un ser original: y despues las contínuas alabanzas que le prodiga mi marido, me fastidian y me ofenden. Diego va ya llenando la medida de mi paciencia de todos modos, y te repetiré aquí lo que te

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dije al empezar esta carta: si tú no consigues con tu autoridad que varíe de conducta, me separaré de él para siempre, y me llevaré á mis hijos, si la ley me los deja: y en caso contrario, se los quedará él.

Recuerda, Roberto, que poseo alguna fortuna, que he pasado por bella, y que mis padres me acostumbraron á mucho cariño. Si Diego se ha cansado de mí, sea enhorabuena: que busque esa alma compañera que dice necesitar y que me deje en paz, que á mí tampoco ha de faltarme quien me acompañe mejor que él, aunque no pienso dejar sin escarmiento á la que le distrae, cuando sepa quién es.

Espero que le escribas pronto, y entretanto te envía un abrazo tu hermana

MARIANA.

XIV.

Roberto á Valentina.

París, Abril de 1876.

Con un solo dia de diferencia, he recibido una carta de Diego y otra de Mariana, y ambas me han causado un grave disgusto: el matrimonio de nuestro hermano, está roto, Valentina; lloremos juntos su desventura; porque lo es, y muy grande, el tener en un hogar vacío y solitario, una compañía indiferente ó más bien

hostil, que está acechando el defecto para convertirlo en culpa imperdonable.

Así como la carta de Diego me ha inspirado compasion profunda, la de Mariana me ha causado enojo y hastío: no es una mujer con alma tierna y elevada; es una *hembra* con el instinto del propio bienestar; y para colmo de desgracia, no tiene siquiera lo que tienen todas las hembras del reino animal, el amor maternal. Mariana me dice con la mayor naturalidad que se separará de su marido, llevándose sus hijos si la ley se los da, y si no que *se los dejará á él:* no, ni la ley ni Diego le darán esos hijos que tan poco merece, porque yo estoy aquí para impedirlo.

Su carta es una coleccion de imprudencias y disparates: asegura que si averigua la infidelidad de Diego, el escándalo que dé, *hará época en Madrid;* que si la mujer que distrae á aquel es casada, el marido *sabrá su traicion*, porque ella se la dirá; y luego alega que tiene fortuna, y que es bella, y que sé yo cuántas necedades.

Mañana escribiré á Diego, pero mi primera necesidad era escribirte á tí, mi Valentina; porque tengo el corazon lleno de pena y de zozobra; un drama de familia va á tener lugar en la nuestra, y temo el escándalo de un proceso, más que un duelo á muerte.

Inclina el ánimo de nuestro hermano Diego, para que se venga conmigo; yo le llamaré en

mi carta de mañana, diciéndole que le necesito porque estoy enfermo: felizmente no es así; pero es preciso separar durante unos dias á Diego de su mujer; es forzoso sacarle de Madrid, donde su corazon corre el riesgo de interesarse por una mujer que no es la suya: salvémosle, Valentina; es nuestro hermano, es bueno, tiene un noble corazon, y nos ama tiernamente.

En cuanto á Mariana, ¿qué te diré? si le contesto (que aún no lo sé) lo haré en términos vagos y muy frios, te lo aseguro: sus penas me son antipáticas, en vez de serme interesantes: su prosáica naturaleza, la inclina, no á sacrificios sublimes, sino á los más groseros y vulgares. ¡Qué méritos alega para que su marido la ame! ¡Que no se viste, ni se peina, ni apenas se lava la cara! Esos méritos son los que la hacen antipática á Diego, y con mucha razon.

A pesar de la pena que este asunto me causa, te aseguro que me ha producido un gran bien; porque he visto una terrible verdad, y es que hay muchos hombres que se equivocan al casarse, y que toman por amor verdadero á una mujer, lo que es solo ilusion de los sentidos, ó deseos de su posesion material: esta ilusion; este deseo, pasan, y solo quedan el vacío, el hastío, el desencanto, el cansancio y la desesperacion para toda la vida!

Desde que las penas de nuestro hermano han hallado eco tan hondo en mi corazon, pienso de otro modo que antes en el matrimonio: creo que lo mejor seria no casarme nunca; pero si como nuestro pobre Diego, sigo anhelando el alma compañera, deseo innato en el hombre, aspiracion suprema de su alma, entonces estoy decidido; elegiré á Cecilia, y olvidaré la hermosura de Cármen, que supongo será para la vida conyugal bastante parecida á Mariana.

Bien recuerdo aún lo enamorado que se casó Diego, y qué poco caso hizo de cuantas reflexiones le dirigió nuestro padre, amaestrado por una propia y dolorosa experiencia: no sentia nuestro hermano esa íntima, esa dulce y consoladora impresion, distintivo del amor verdadero, que llena el alma de un bienestar celeste y la prepara á todo sentimiento grande y noble. Diego vivia sin sosiego, y el ánsia de poseer á Mariana, le hacia olvidar todo lo demás; se casó con ella sin tratarla apenas, al mes escaso de haberla conocido, sin saber cuál era su carácter, ni si sus gustos simpatizaban, ni si sus almas se entendian.

Verdad es que Mariana ha guardado escrupulosamente la fidelidad conyugal; pero no es ménos cierto que le ha hecho pagar esta virtud con innumerables defectos de carácter, de esos defectos que son como el cuchillo de cristal que hieren lentamente antes de matar.

Diego ha soportado durante un año el terrible vacío de su corazon, el aterrador aislamiento de su vida: pero en esta ocasion ha sucedido, como en tantas otras parecidas: ha llegado el instante en que ha visto á una mujer como la que durante todo ese año ha deseado en lo más profundo de su alma, y experimentará á no dudarlo la incomparable desgracia de enamorarse de veras, despues de estar unido con lazos eternos á otra mujer.

Diré á Diego que se venga con los dos niños; tú, olvida los rencores de Mariana, y ve á consolarla: no es una razon el que quiera abandonar á su marido para que la desamparemos del todo en esta situacion, que, á pesar de sus propósitos, hallará muy triste: de todos sus yerros tiene más culpa la imbecilidad que la maldad.

Procura que la separacion de Diego con su mujer no sea demasiado amarga; que diga se viene porque estoy enfermo, y de este modo podrá volver cuando esté su ánimo más tranquilo, y yo me evito por algunos dias el contestar á la imprudente carta de Mariana, que aun no he podido perdonar.

Y tú, mi pobre hermana, ¿cómo haces para sostener tu casita y tus dos hijos con tan pobres medios de fortuna? ¡Qué dulce y noble ejemplo de dignidad ofreces á tu sexo! ¡Cómo puede aprender en tí fortaleza y virtud! Mariana no

comprende por qué te vistes con esmero, si no piensas en casarte de nuevo; por qué eres bella y distinguida, viviendo solo para tus hijos! Yo tengo, siendo hombre, intuiciones más delicadas que esa mujer: hay en tí distincion y gracia, como en la flor perfume y delicioso color, de una manera involuntaria, sin saberlo quizá: la distincion y la elegancia son como el talento; nace con ellas la mujer, ó no las adquiere jamás.

Tú empleas estas amables cualidades, alta y noblemente: así derramas sobre todo cuanto tocas, sobre todo cuanto te rodea un indecible encanto; y siendo tan escasa en el mundo la compañía moral, tú la haces tan completa, que alumbras las más densas tinieblas del camino de la vida.

Aconséjame en definitiva acerca de mi casamiento; porque Cecilia va ganando terreno en mi corazon desde que conozco el drama doméstico que arrebata la paz á nuestro hermano.

Mariana me dice, con su estúpida mala intencion, que hay hombres caritativos que «desean consolar á las esposas desdeñadas:» lo creo, y yo he sido uno de los que más han ejercitado esa caridad: pero diciéndome á mí mismo respecto de la mujer que consolaba:

—«¡Buenas serán sus condiciones, cuando su marido se ha cansado de ella!»

Inspirar compasion á un amante, y aun conservar su aficion, no es empresa difícil: fijar y hacer dichoso á un marido, es cosa mucho más árdua y meritoria.

Recibe, Valentina, el abrazo que te envia con el alma, tu hermano

ROBERTO.

XV.

Valentina á Roberto.

Madrid, Mayo de 1876.

Ya estoy tranquila desde que por la tuya sé que Diego ha llegado sin novedad al lado tuyo: ya está en salvo nuestro pobre hermano: el dolor queda reducido á la mitad cuando hay un corazon amigo en quien depositarlo.

¿Qué te diré de Mariana?

No lo sé: quisiera rehabilitarla á tus ojos y no sé de qué manera... No sé qué escritora moderna de clarísimo talento ha dicho «que el talento vale lo mismo para las grandes que para las pequeñas cosas;» y tiene mucha razon: si yo pudiera poner á Mariana un poco de talento, el deplorable asunto doméstico que tanto nos aflige quedaria salvado al instante.

Con la suspicacia inherente á todas las cabezas vacías, ni por un instante ha creido en tu dolencia, y esto le hace estar muy irritada

con su marido, que además se ha llevado á su hija: no me riñas, Roberto; á pesar de sus defectos, no podíamos ni Diego ni yo quitar sus dos hijos á esta pobre mujer: el carácter de madre es el más respetable de la tierra, y no porque ella no sepa estimarle, le hemos de degradar nosotros.

Sin embargo, á ser posible el que yo me arrepintiese de lo que hago, ya lo estaria ahora: en presencia del hijo que le hemos dejado, Mariana habla mal sin cesar de su marido: publica sus faltas y le llena de dicterios y de acusaciones.

Dice que va á marcharse á Sevilla, á casa de una de sus tias, y que en su vida volverá á ver más á Diego: ya te pondré al corriente de lo que suceda, y entretanto más vale que ocultemos á nuestro pobre hermano el enojo de su mujer.

Hablemos ahora de tí: tu última carta me ha dejado muy triste; de la mala suerte que ha cabido á Diego, sacas deducciones desconsoladoras, y temes contraer el lazo conyugal: dices que ansías aun más amar que ser amado, y lo creo muy bien, aconsejándote, porque lo creo, que no busques para compañera de tu vida una mujer prosáica, porque dejarás de amarla muy pronto; y eso, por bella que fuese: el alimento del espíritu es tan preciso como el del cuerpo, y la Sagrada Escritura lo dice: «*No*

vive el hombre solo de pan.» Sírvate el ejemplo de Diego, no para desalentarte, sino para buscar la dulce compañera del alma que á él le hace tanta falta, y que no ha podido hallar en su mujer.

No podria explicarte, hermano mio, lo poco estimables que me parecen los alardes que hacen hoy los hombres de pasarse muy bien sin la sociedad de la mujer: en Madrid hay casinos, ateneos y círculos, donde, segun dicen los hombres, se hallan muy bien solos, y sin echar de ménos la dulce compañía femenina; pero en la culpa llevan el castigo; porque como nosotras ciframos nuestra gloria mayor en inspirar amor verdadero, supone muy poco á nuestro juicio, el que no hace caso de nosotras. Ni la ciencia, ni la política, ni los nogocios, ni aun el arte, valen una mirada que una á dos almas con un beso celestial: con el beso del amor.

Estamos en una época, mi amado Roberto, que quizá no ha tenido semejante en lo ampuloso de la forma y en lo mezquino del fondo: con gran prosopopeya y elegancia, se suelen cometer, muy viles aciones; y cuando hay que llamar á estas indignidades con algun nombre, ninguno parece sobrado hermoso.

Por esto sin duda se da el nombre de *amor* á la ambicion de un rico dote, á la vanidad de enlazarse á una familia ilustre ó influyente, al apetito de los sentidos, al amor propio, terco y

brutal, que para conseguir á una mujer pasa, si no hay otro, por el camino del matrimonio: y sin embargo, todas estas cosas, bautizadas con el dulce nombre de *amor*, son las indignidades de que te he hablado.

Lejos de desconfiar del amor, como dices, yo creo debes estar seguro de encontrarle uniendo tu suerte á Cecilia. El amor, cuando entra en el alma, la ilumina como un rayo de sol alumbra el más oscuro calabozo: estoy segura, deduciéndolo de lo que tú mismo me escribes, de que al ver á esa jóven sientes un bienestar indecible, una alegría, una calma, una propension á la benevolencia, una plenitud de todo tu sér que nunca has sentido, una alegría de vivir, como nunca la has experimentado, un inmenso reconocimiento hácia Dios. Saluda al amor, Roberto: ha llegado á tí, y como el sol al calabozo, ha iluminado toda tu alma.

Por más que la triste historia doméstica de nuestro hermano haya hecho nacer en tu alma desconfianzas nuevas, yo leo en el fondo de tu pensamiento: al lado de Cecilia te hallas mejor que en los saraos que hasta ahora has frecuentado; sientes su espíritu en armonía con el tuyo: si ella ó tú leyendo en voz alta hallais algun bello pensamiento, estoy cierta de que buscas sus ojos, como ella los tuyos, vuestros corazones palpitan al unísono en todo pensamiento

grande y profundo, y por eso te repito: saluda al amor, Roberto, porque amas y eres amado.

Torpeza notable es que los hombres equivoquen sus caprichos y sus veleidades con el amor, y que luego digan que el amor no existe. Si tienen poco con el corazon para guiarse, deben acudir á la razon: pero solo despues de casados es cuando comprenden que no es la belleza la que sostiene á la pasion; acaso la hace nacer: mas para alimentarla, se necesitan en la mujer cualidades de alma y de inteligencia que la eleven sobre la vulgaridad y que la hagan, además de amada, imprescindible al hombre. Por eso mujeres de escasas cualidades físicas, han inspirado pasiones eternas, y otras muy hermosas, han cansado en breve á los adoradores más ciegos. Si al mirar á Cecilia puedes decirte que aunque se vuelva fea la preferirás á todas, entonces estás seguro de que la amas para siempre.

No, Roberto, el amor cuando es verdadero, no pasa, como le ha sucedido á nuestro hermano: impresionable como casi todos los hombres, crees verdades, lo que es solo vulgaridad y error: lee la novela *Sibila*, y verás como su ilustre autor Octavio Feuillet piensa como yo, puesto que dos personajes de su libro, el duque y la duquesa de Frias, que tenian setenta y sesenta años respectivamente, se amaban como el dia de su union, y se hallaban mútuamente

jóvenes y hermosos como el dia en que se conocieron.

No me digas que renuncias al amor: la generacion en que nos ha tocado nacer, lo niega, ya lo sé, pero le busca siempre sin saberlo; y cuando le halla, se adhiere á él con violencia, como á su faro de salvacion, porque conoce que es la sola dicha positiva de la tierra, y que sin él, no merece la vida la pena de nacer y la fatiga de morir.

Dicen que el amor no se siente lo mismo en todas las épocas de la vida, y que se apaga con los años: nunca lo he creido así: el amor es siempre el mismo, confiado, espontáneo en sus manifestaciones, noble, porque es involuntario, é inconsciente de su grandeza y de su poder: en quien hay aptitud para el amor de corazon, no se enfria nunca: los desengaños de la vida le aduermen; la brasa brilla entre la ceniza siempre que esta se remueve.

Pero cuando ya es una mujer á los ojos de un hombre una de tantas cosas de la vida, cuando, aunque no sea la única, deja de ser la primera, cuando piensa antes que en ella en los negocios, en la ambicion, en la vanidad, y en todo lo demás que tan honda y casi siempre tan inútilmente os preocupa, que le diga lealmente que no la quiere ya, y le dirá una gran verdad.

Este es el caso de nuestro pobre Diego,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y no será nunca el tuyo, tratándose de Cecilia, porque Diego tomó por amor el simple deseo de los sentidos: la edad no apaga el amor en los corazones ardientes y generosos: conforme nos acerquemos á las comarcas celestiales donde la luz es eterna, tú y yo, hermano mio, amaremos más, porque allí nos espera Dios, que es todo amor: en nuestra vejez, el amor se convertirá en caridad, y amaremos á los que sufren, á los pobres, á los desvalidos, á los que jamás se han sentado al espléndido banquete de la vida.

VALENTINA.

XVI.

Mariana á Valentina.

Sevilla, Mayo de 1876.

Ya estoy en casa de mi tia, Valentina, y lejos de hallar descanso y sosiego, me parece que todas las furias del infierno se aposentan en mi corazon... hasta la vista de mi hijo ha llegado á serme odiosa. Seguramente mi carácter iracundo dormia en la apacible calma de una existencia jamás contrariada, y las sinrazones de mi marido ha sido lo que le ha hecho despertar furioso é indomable...

Me ahogo en casa de esta señora, cuya vida se reduce á recibir viejas de su edad, y á ir á la iglesia, donde pasa seis horas de las doce en

que se divide el dia: hazte cuenta que estoy metida en un convento; mis nervios están irritados, la cólera arde en mis venas, la bílis me ahoga... detesto á Diego, y detesto á mis hijos, porque lo son suyos... ¡qué extraña revolucion hay en todo mi sér! ¡Yo antes tan calmosa, tan pacífica; yo que discurria tan poco, empiezo á ver la vida á la luz terrible de todas las desilusiones; es decir, á la luz terrible de la verdad!

Diego me abandona... Diego ha dejado de amarme... ¡ah Valentina, ah hermana mia, olvida mi pasada injusticia, olvida mi desdén para tí, olvida las acerbas críticas que mi ignorancia tosca te dirigia! ¡Perdóname, ven en mi socorro! ¡Solo á tí puedo pedir auxilio y ayuda... no me abandones en trance tan amargo!

Sólo tú puedes iluminar las tinieblas de mi ignorancia, porque tú eres la mujer más amada de cuantas conozco: todos los que se aproximan á tí, te adoran con pasion invencible y eterna... tus padres, tus hermanos, tu marido, tus hijos, y hasta las personas extrañas se sienten atraidos á tí, dominados por la magia de tu encanto; y sin embargo, tú eres pobre y yo soy rica: yo sé que me elogian como una mujer hermosa, y entre todas las excelencias que oigo decir de tí, jamás se ha contado la de la belleza: tu casita es muy humilde, es casi pobre, y la mia, mi casa conyugal es un soberbio hotel lleno de criados: yo tengo un carruaje, y ten-

dria más si quisiera, y tú vas á pié, modestamente vestida, á cuidar de todos tus pequeños asuntos; no tienes abono en los teatros, ni frecuentas los salones, ni recibes, ni das comidas, ni posees joyas; y sin embargo, eres feliz, y eres el ídolo de cuantos te conocen!

¡Ay de mí! ¡Bien conozco ahora que hay en la vida muchas cosas que yo ignoraba! Mi madre tiene la culpa de mi desgracia, por no habérmelas enseñado: si ella no era capaz de educar mi espíritu, ¿por qué no buscó una persona instruida, una institutriz que lo hiciera? ¡Yo creí que con ser fiel á mi marido, que con cuidar de mi casa y de mis hijos, cumplia con todas mis obligaciones, y no es asi; debe haber otras cosas que hacer: la ciencia de la vida es una cosa muy amarga!

Perdóname, Valentina, y sé desde hoy mi hermana; si vieras cómo está mi alma, no me rehusarias tu compasion y tus consejos; el dolor, la cólera, la desesperacion, me dominan. Roberto no está enfermo, y Diego se ha ido con él para huir de mí... Comprendo ahora á las mujeres que matan de un tiro al hombre que las vende y las engaña... Si en algunos momentos se me presentara mi marido, creo que tendria el valor de hundir un puñal en su pecho.

¿Y cómo explicarte el odio que me inspira Roberto? Ahora recuerdo cuánto se opuso al

casamiento de su hermano conmigo: y tambien tú te oponias, Valentina, ¿por qué? Quizá os figurábais lo que habia de suceder andando el tiempo; es decir, que habia de consumarse la desgracia de los dos.

Diego me ha escrito friamente, pero sin acritud ni cólera: me dice que Roberto va á casarse dentro de algunos meses con una linda jóven que se llama Cecilia: ¡á casarse Roberto! ¡Pobre jóven, al lado de ese hombre sombrío, desconfiado, medio sábio y medio romántico! ¡Qué desventurada vida le espera! Ella llevará el alma llena de ilusiones, ansiosa de amor y de ternura, y él aporta al matrimonio un corazon viejo, gastado por las amarguras de una vida licenciosa y disipada; es decir, que se unen la candidez y el egoismo, la confianza y la pasion, con el engaño y el cansancio.

¡Pobre jóven! Dentro de poco, será mucho más desventurada que yo.

La casa de mi tia es muy triste: situada en una de las calles más solitarias de Sevilla, solo tengo al derredor mio silencio y soledad; si estuviera en mi casa, tendria en qué entretenerme, vendrian á verme mis amigas, y vendrias tú tambien á hacerme compañía.

¿Verdad que vendrias, Valentina? Mucha falta me hacian tus visitas, y más á mi hijo, á quien tengo olvidado: es una cosa muy extraña el que haya tomado horror á todas las personas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me eran queridas, y el que solo piense en tí con un sentimiento de alivio y de bienestar; en tí, á quien casi odiaba antes por lo mucho que Diego te elogiaba; el dolor es un buen lapidario que bruñe las superficies más duras y más toscas... Yo soy otra mujer, y creo que si tus consejos pueden apagar el infierno de dolor y de celos que arde en mi alma, si puedes curar las heridas de mi amor propio, entonces el cambio será completo.

En mis largas horas de soledad y de aflicion he pensado mucho, cosa que antes no hacia jamás; he recordado escenas de mi vida conyugal, detalles, frases que se le escapaban á Diego, y he reflexionado profundamente.

Pero hay en mi vida otro tormento mayor que todos los imaginables, y te hablo de él al fin de esta carta, porque hubiera querido no hablarte nunca: es el pensamiento de que la mujer que me roba el amor de mi marido, se ha ido con él á París... sí Valentina... así Roberto como tú, me ocultais esta traicion... pero mi corazon fiel me lo advierte sin cesar; y es probable que en un momento de arrebato, salga de esta ciudad y vaya á sorprenderlos.

¿Quién es esa mujer? Yo lo sabré: á no ser por ella, Diego nunca hubiera dejado de quererme, nunca me hubiera abandonado.

¿Y mi hija, que me han quitado tambien? ¡Oh Valentina! ¡Ruega por mí, porque soy muy

desgraciada! ¡Ven en mi ayuda, porque siento que se extravía mi razon!

MARIANA.

XVII.

Valentina á Mariana.

Madrid, Mayo de 1876.

Mi querida hermana (ya ves que empiezo dándote tan dulce nombre): he recibido tu carta, y la he leido con gran cuidado, quedando mi corazon lleno de tristeza: sí, Mariana, te lo concedo: eres muy desgraciada, y otra persona que yo, te diria que la culpa es tuya: yo te diré que eres más infeliz que culpable, porque nadie te ha enseñado el camino de la vida, y se necesita, ó mucha lucidez, ó muchos dias de dolor para adivinarlo.

Pero consuélate, mi pobre Mariana: nunca para el bien es tarde: yo te diré lo que he pensado, porque he pasado tantas horas de triste soledad, como tú has pasado horas descuidadas y alegres: yo te enseñaré el camino que nadie ha cuidado de mostrarte, y mi triste experiencia te servirá de mucho.

No pienses que para recuperar el amor de tu marido necesitas hacer heroicidades. ¡Cuántas suaves y adorables virtudes he visto yo ocultas bajo la apariencia de lo que tu posees, de la belleza femenil! Añade á tu hermosura la

que me eran queridas, y el que solo piense en tí con un sentimiento de alivio y de bienestar; en tí, á quien casi odiaba antes por lo mucho que Diego te elogiaba; el dolor es un buen lapidario que bruñe las superficies más duras y más toscas... Yo soy otra mujer, y creo que si tus consejos pueden apagar el infierno de dolor y de celos que arde en mi alma, si puedes curar las heridas de mi amor propio, entonces el cambio será completo.

En mis largas horas de soledad y de aflicion he pensado mucho, cosa que antes no hacia jamás; he recordado escenas de mi vida conyugal, detalles, frases que se le escapaban á Diego, y he reflexionado profundamente.

Pero hay en mi vida otro tormento mayor que todos los imaginables, y te hablo de él al fin de esta carta, porque hubiera querido no hablarte nunca: es el pensamiento de que la mujer que me roba el amor de mi marido, se ha ido con él á París... sí Valentina... así Roberto como tú, me ocultais esta traicion... pero mi corazon fiel me lo advierte sin cesar; y es probable que en un momento de arrebato, salga de esta ciudad y vaya á sorprenderlos.

¿Quién es esa mujer? Yo lo sabré: á no ser por ella, Diego nunca hubiera dejado de quererme, nunca me hubiera abandonado.

¿Y mi hija, que me han quitado tambien? ¡Oh Valentina! ¡Ruega por mí, porque soy muy

desgraciada! ¡Ven en mi ayuda, porque siento que se extravía mi razon!

MARIANA.

XVII.

Valentina á Mariana.

Madrid, Mayo de 1876.

Mi querida hermana (ya ves que empiezo dándote tan dulce nombre): he recibido tu carta, y la he leido con gran cuidado, quedando mi corazon lleno de tristeza: sí, Mariana, te lo concedo: eres muy desgraciada, y otra persona que yo, te diria que la culpa es tuya: yo te diré que eres más infeliz que culpable, porque nadie te ha enseñado el camino de la vida, y se necesita, ó mucha lucidez, ó muchos dias de dolor para adivinarlo.

Pero consuélate, mi pobre Mariana: nunca para el bien es tarde: yo te diré lo que he pensado, porque he pasado tantas horas de triste soledad, como tú has pasado horas descuidadas y alegres: yo te enseñaré el camino que nadie ha cuidado de mostrarte, y mi triste experiencia te servirá de mucho.

No pienses que para recuperar el amor de tu marido necesitas hacer heroicidades. ¡Cuántas suaves y adorables virtudes he visto yo ocultas bajo la apariencia de lo que tu posees, de la belleza femenil! Añade á tu hermosura la

gracia suprema de la benevolencia, de la modestia: añádele un poco de coquetería, y serás irresistible.

¡Cuánta paciencia, dulzura, indulgencia, olvido de las injurias, ignorancia de las faltas ajenas, caritativa condescendencia para los defectos de los demás, he visto y admirado en algunas mujeres!

Esas cualidades dulces é ignoradas son las modestas violetas que embalsaman con su perfume el hogar doméstico, y que en otra vida mejor formarán la diadema de las que las hayan cultivado: porque esas son las cualidades amables, las condiciones atrayentes que fijan al esposo con un encanto al que el egoismo varonil no sabe hallar nombre.

¡Acusas á tu marido, Mariana! ¿Y qué ha hecho? ¡Quejarse del frio que sentia en el corazon! Mujeres hay, engañadas primero y olvidadas despues por sus maridos, que se han encerrado en su hogar solitario, sin otro consuelo que el que da Dios á todos los desdichados, y han empleado el tesoro de amor que habia en su seno en aliviar á los desheredados de la tierra.

Aparte de tan sublime abnegacion, hay otras varias manifestaciones de la virtud: conozco otras mujeres, mi querida hermana, que se hallan colocadas en familias donde hay elementos de disidencia, y que constan de individuos de la de su marido y de la suya propia. Pues bien; si la mujer tiene talento y paciencia, ella es el blando copito de algodon que iguala las crueles sinuosidades de las más difíciles situaciones: ella puede dejar caer de vez en cuando la gota de miel que dulcifique esas amarguras, pequeñas en la apariencia, pero que son el azote de la vida.—Estas disidencias están siempre envenenadas donde la mujer no tiene talento y abnegacion, y de ella depende el que la familia esté unida por los lazos del cariño, ó desunida por violentas antipatías.

Los hombres, Mariana, no saben callar cuando están enojados, ni decir una palabra dulce cuando es necesario, ni dominar su resentimiento, ni halagar el amor propio que se cree herido: las mujeres tenemos la obligacion de saber todo eso, y yo he visto á una jóven tímida que lo sabia á la perfeccion.

Colocada por la suerte entre su marido, que tenia un carácter violento, y la madre de éste, que lo tenia igualmente áspero, supo ser la prenda de union entre aquellas dos voluntades rebeldes, entre aquellos dos corazones amargados, entre aquellos dos orgullos heridos.—Hablaba siempre bien á la madre del hijo, y reconvenia dulcemente á éste por ser injusto con su madre: explicaba á ésta lo que su hijo la queria, y le ponderaba lo grande de la pena de aquel, por estar convencido de su desamor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué madre no es crédula cuando le hablan del amor de su hijo? El corazon se persuade siempre de aquello que desea.—Poco á poco, aquella gota de agua dulce fué horadando la dura piedra de un rencor que, tal vez por una parte, ó acaso por las dos, era fundado y justo: porque las sinuosidades del carácter son tales algunas veces, que ni el amor materno ni el filial pueden igualarlas.

Aquella noble jóven, cuando veia á su marido irritado contra su madre, le decia dulcemente:

—Piensa, amigo mio, en que tienes hijos: piensa en que todo lo que perdones á tu madre, te lo pagarán ellos en amor: tu madre no es justa, y toda la razon está de parte tuya; pero sé fuerte y valeroso; cede tú; el vencerse es la mayor de las victorias; todo vuelve á encontrarse en el mundo ménos una madre, y cuanto más perdones ahora á la tuya, más consolado y más tranquilo te sentirás el dia que abandone el mundo.

¿Podrás desconocer tú, Mariana, la saludable influencia de aquella dulce y modesta virtud doméstica, cuyo rasgo más bello era la tolerancia? ¿No admiras el delicado instinto del corazon de aquella mujer, que atacaba la causa del mal, y curaba la llaga con un bálsamo, á la vez suave y fortificante? Cuando la virtud de la mujer aspira al título de grande y glo-

riosa, es temible, porque suele ser muy intolerante con las faltas ajenas, y la intolerancia es el defecto más odioso para el interior de la familia, es insoportable hasta para el trato social, por más que éste sea superficial y ligero.

Por eso no me ha extrañado nunca el que las personas que adulan suban hasta una grande altura: las personas agradables, son muy escasas, porque la envidia que tanto impera, trae consigo la intolerancia: y no es que la adulacion agrade, sino que comparada con la eterna censura de los virtuosos de profesion ó con el frio egoismo de los dichosos, la adulacion es preferible, porque no mortifica, ni deja helado el corazon.

Ya que me pides consejo, sabe, mi pobre Mariana, que es muy necesario á la mujer el adular algun tanto á su familia: ni su marido, ni sus amigos, ni aun sus hijos, le oirán con gusto las amargas verdades que suben á los labios, pero que la tolerancia y la prudencia rechazan de nuevo hasta el fondo del alma. Porque los hombres, Mariana, son niños grandes, á los que hay que mimar siempre, á los que siempre hay que excusar, y hasta siempre que perdonar.

Diego volverá á tí, Mariana, no lo dudes: Roberto y yo, que como dices, nos opusimos algun tanto á que se casara contigo, te miramos desde tu enlace como á nuestra hermana,

y nada perdonaremos para que recobres el corazon de tu marido: eres buena, eres fiel, y tu carácter se modificará; eres desgraciada, y queremos verte dichosa: mas procura que Diego á su vuelta te halle cambiada, sé para él dulce, benévola, elegante; ámale, y díselo con gracia y coquetería; adúlale, de la sola manera que es digno adular á un marido; siendo siempre de su opinion, y hallando cuanto haga y diga lo mejor del mundo: lee, y reflexiona lo que lees, para adquirir cultura y raciocinio: hay un talento con el cual se nace, y otro que se puede adquirir: gasta en flores, en libros, en música; hazte, en fin, agradable, necesaria, indispensable á tu marido: porque estoy segura de que solo se ama lo que es amable: porque sé bien que la mujer que se limita únicamente *á ser buena*, es una rosa en un zarzal: es un diamante sin pulir; y los hombres adoran, tanto como la belleza interna, que es el amor, la belleza exterior, que esmalta de flores la férrea cadena de la vida.

Espera en Dios, Mariana: cuida y ama á tu hijo: contesta las cartas de Diego, y háblale de vuestra hija, que se llevó, y no pienses en esa rival imaginaria, que aunque existiese, tu virtud y tu belleza anularian fácilmente.

VALENTINA.

XVIII.

Valentina á Diego.

Madrid, Mayo de 1876.

Mariana está mejor: no temas ya por su vida, que ahora te lo confieso, ha estado muy expuesta: tan pronto como pueda resistir el camino, vendrá á Madrid, acompañándola una doncella antigua de su tia: aquella buena Hipólita que tú conoces, y que la sirve desde que se casó.

Mariana esperará tu regreso en su casa, y resignada con su suerte: así me lo ha ofrecido cuando en Sevilla me despedí de ella para regresar á Madrid.

No me des gracias, mi querido hermano, por haber ido á cuidar de tu pobre mujer: más enferma estaba de alma que de cuerpo, y si algun hombre puede estar convencido del amor de su esposa, ese hombre debes ser tú.

Mas por tu parte, Diego, haz que ese amor eche hondas raices y dure tanto como tu vida; verás como en adelante se somete Mariana al dulce yugo doméstico que la sujete á su hogar; á la mujer la encadena una sola cosa, el amor: si adviertes sus cuidados por la casa, si la animas con una dulce frase de gratitud dicha á tiempo, si recompensas con un elogio delicado

el buen órden del hogar, el aseo exquisito de la mesa; si te complaces oyéndola tocar el piano, examinando sus dibujos, verás cómo se va aficionando á la casa, y cómo le parece todo helado y vacío fuera de ella.

¿Por qué os quejais de la mujer, si sois los señores absolutos de nuestro destino? En vuestras manos teneis el timon que dirige la nave de la felicidad doméstica. Una palabra, una mirada, una sonrisa del hombre á quien ama, abre á la mujer horizontes de dicha celeste: un pequeño elogio, la anima á soportar la más pesada carga; un beso de su marido recompensa á la esposa de largas horas de dolor, la cura de sus celos, y la hace renacer á la confianza, á la dicha, á la vida, en fin!...

Vosotros no os deteneis á pensar cómo se oscurecen para la mujer los horizontes de la vida con vuestra indiferencia! ¡no sabeis cómo va llegando para ella la enfermedad terrible que se llama *enfriamiento* del alma; las enfermas de esa dolencia son las que llenan las calles luciendo sedas y encajes, porque en su casa se ahogan, se mueren de hastío y de pena; esas enfermas son las que se refugian en la frivolidad, en la galantería, quizá en el vicio... y los maridos indiferentes, los maridos egoistas, responderán ante el tribunal de Dios de los extravíos de sus esposas.

Con solo ser cortés en su casa, un marido

puede hacer dichosa á su mujer, porque esta le amará tanto como le desdeñará siendo grosero y desatento: el dormirse, el bostezar, las cóleras contínuas é inmotivadas, el silencio hiriente y duro, la indiferencia helada, las chanzas hostiles y vulgares, las malas formas, la grosería, en una palabra, el alarde de mala educacion, roban al esposo el corazon de su mujer, más seguramente que los extravíos verdaderos, más que los vicios, más que las ofensas probadas: porque para la vida íntima, es más soportable y ménos hiriente un vicio, que muchos defectos.—Aquel puede causar una herida que el tiempo y los dulces cuidados de la cortesía cerrarán á no dudar: pero los defectos del carácter y de la educacion, son como pinchazos contínuos que ágrian el carácter más dulce, que envenenan la sangre más generosa y más pura.

Los pobres maridos, prosáicos *de nacimiento*, no son jamás amados, sino *soportados* con gran pena. ¡Ay Diego! si arrancais con brutal indiferencia las florecillas que cubren el hierro de la cadena de la vida ¿qué nos queda á vosotros y á nosotras?—La prosa, la prosa descarnada y fria; el vacío, la soledad, el enfriamiento del alma.

Suprime en la familia las atenciones, la cortesía, el cariño, la buena educacion, y nada queda; la obligacion no está unida á la simpatía: amar solo por deber es imposible, y todo

amor que solo en el deber se apoya, es debilísimo, y por lo tanto se halla expuesto á morir al primer choque.

Enlaza á tu compañera con las dulces cadenas del amor, y déjale toda libertad; dale el ejemplo de las pequeñas abnegaciones de cada instante, de la equidad, de la justicia, de esos mil sacrificios que parecen poca cosa, y que sin embargo, la mujer no olvida jamás; no dejes escapar nunca palabras duras, porque una vez dichas ciertas frases, ni se recogen ni se borran; no desciendas á los ojos de tu mujer, entregándote á las manifestaciones de una cólera pueril y adocenada; la civilizacion, la cultura, nos han enseñado ya á decir todo lo que es necesario con formas corteses, y hasta agradables; una palabra severa ó fria, una mirada de reconvencion, una contraccion de cejas, una sonrisa de lástima, son elocuentes para la mujer que tiene dignidad y corazon.

La mujer adora la esclavitud de todos los amores; su dicha y su orgullo consisten en ser necesaria á todos los suyos: el sacrificio le es más grato que el triunfo, y sólo de su marido depende el que sea buena y feliz.

A Mariana la he dicho que toda la razon está de parte tuya en la cuestion que os separa. ¡Pobre Mariana! ¡No hubiera podido engañarla á ser ella ménos inocente, á quererte ménos! ¡Cuando vuelva al nido doméstico, no

se lo hagas abandonar de nuevo, hermano mio, porque entonces acaso será para siempre!

VALENTINA.

XIX.

Cecilia á Valentina.

París, Junio de 1876.

Ayer mañana, mi querida Valentina, han estado tus dos hermanos á pedir mi mano á mi familia, para Roberto; Diego acompañaba á éste, y mi padre les ha recibido cordialmente, diciéndoles que se tenia por dichoso al confiar mi destino en tan buenas manos.

Segun me ha contado Roberto ayer por la noche, mi padre añadió:

—En cuanto á mi hija, tengo la seguridad de que será una buena esposa: no es una niña mimada, y como tal voluntariosa é intolerante; por el contrario, Cecilia está amaestrada en la escuela de la desgracia, y ha pensado mucho, habiendo alcanzado su juicio todo su desarrollo y madurez.

Mi padre tiene tanta razon, Valentina, que á veces me sorprendo de hallarme *tan poco niña,* cuando casi lo soy por mis años: recuerdo desde ayer con gran espanto el haber oido decir á Roberto muchas veces, "que le asombra la existencia frívola á que se condenan muchos maridos, acompañando constantemente á sus espo-

sas á bailes, conciertos, y teatros y paseos, y le asustaria dejar sola á la suya cuando sus ocupaciones no le permitieran acompañarla á todas esas fiestas del mundo.»

Y en efecto, Valentina: insoportable seria para un hombre de las condiciones de tu hermano, la necesidad de pasarse muchas horas del dia oyéndome á mí y á mis amigas hablar de modas ó de detalles del órden doméstico: penosísimo hallaria el ir al teatro con su mujer, si ésta en vez de discurrir con él acerca de la obra que se representa y de las condiciones de los actores, solo habla de los trajes de las señoras que conoce, y están presentes, y de los regalos que á sus amigas hacen los galantes, los enamorados esposos que les han cabido en suerte: y tanto comprendo lo intolerable que esto debe ser para un marido, que no me extraña el que la mayor parte huyan la compañía de su mujer como un suplicio, y se hallen mejor que con su cara mitad, con el más vulgar de sus amigos: porque á lo ménos éste no les hará cargos, ni reconvenciones, ni les abrumará con necedades vestidas con el áspero ropaje de amargas censuras.

De sobra sé yo, pues lo veo por mi padre, que el hombre no gusta de que le reconvengan: le incomoda, y con razon, cuando no lo merece, y le incomoda mucho más cuando la censura es justa y motivada.

Yo me esforzaré para que Roberto halle en mí una agradable compañía: le estimo como á un hombre superior, y le escucharé siempre con gusto y deferencia: la mujer aprende con docilidad á pensar y á sentir, del hombre á quien ama: con orgullo me confesaré inferior á Roberto y le proclamaré con el corazon lleno de gratitud, mi dueño y señor: yo seré la primera en rendirle un completo, un tierno y humilde vasallaje, y ceñiré á mi cuello el yugo más dulce de todos: el de la esclavitud del amor.

Tú que tanto buenos lees, conocerás sin duda la *Sibila* de Octavio Feuillet, ¿no es verdad Valentina? Busca, pues, la escena del Conde y la Condesa de Vergués, cuando el esposo se queja de la nulidad de su mujer, y de la vida necia y superficial que lleva á una edad avanzada.

El ilustre autor francés es mucho más elocuente que yo, y te explicará en su libro el fondo de mi pensamiento.

Yo no sé, Valentina, por qué mi razon, que aún no está formada enteramente, se revela enérgicamente contra la acusacion de materialista que pesa sobre nuestro siglo...

¿Se ha visto en algun otro de los pasados más disgusto de la vida, más terrible valor para el suicidio, más vertiginosas pasiones, más ánsia de goces, más hastío y más desesperacion de vejetar?

La luz llena ya de resplandores lo que antes era oscuridad é ignorancia; tal vez es la cárdena luz de los relámpagos, y no el claro y benéfico sol, lo que alumbra el pensamiento humano; pero que se ve demasiado claro en todas las cuestiones palpitantes de la vida es tan terriblemente cierto, que cada dia vemos el resultado de la falta de esperanza y de profundas desesperaciones.

¿Vendrá el gran revelador que se necesita para enfrenar las pasiones humanas?

¿Vendrá un sér de tanta mansedumbre, de tan suprema inteligencia, de tan adorable bondad, de tan heróico valor, que nos enseñe cómo se pasa por todas las pruebas, cómo se encadena al dolor, como se puede vivir tranquilamente sin alegría?

Aun soy una niña: pero lo que oigo, lo que veo, el ejemplo de mi propia familia, me hace creer que en nuestra sociedad, desnivelada, dolorida, exhausta de fuerzas, hace falta un faro salvador, una luz que la guie, y yo lo invoco de la bondad de Dios. Nos es indispensable un nuevo código, una ley moral más humana y más dulce que las que nos rigen: nos hace falta restablecer en toda su grandeza *la ley de Dios:* la ley del amor y de la caridad.

Dios lo ha dicho: *Amaos los unos á los otros:* y yo que estoy asustada de mi pequeñez é ignorancia ante la sublime grandeza de la inteligencia de Roberto, pienso, obedeciendo tan dulce mandato, ser digna de él, y levantarme á sus ojos: yo le rogaré que ponga su grandeza del lado de mi frivolidad: la mujer solo se subleva ante la pequeñez del carácter y la mezquindad de los sentimientos.

Las mujeres, Valentina, adoramos todo lo que es bello, noble y digno: conozco á una jóven muy falsa y muy mentirosa, y para ella, sin embargo, es sagrada la verdad, y dice riéndose, que halla *algo de augusto* en la sinceridad de mi carácter.

Con la verdad, con el amor, yo espero ser digna de Roberto: apoyada en su brazo haré el camino de la vida, y toda mi ambicion será acompañarle tranquila y noblemente en él. Tanto le quiero, que cuando pienso en que me lleva veintiun años de edad, me doy el parabien porque así podré cuidarle, quererle, servirle de grata compañía en su vejez. ¡Si vieras que alegre estoy, Valentina! Me parece que mi corazon se dilata, que mi alma estaba rodeada de sombras, y ahora se embriaga en los rayos del sol! ¡Roberto ha obrado en mí una gloriosa resurreccion y yo le adoraré mientras viva!

CECILIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX.

Valentina á Roberto.

Madrid, Junio de 1876.

Adjunta á esta hallarás una carta de Cecilia que hace dos dias he recibido. ¡Oh Roberto! ¡Qué doloroso contraste forma con la tuya que acabo de recibir! Mi corazon se extremece al pensar en la cándida fe, en las dulces ilusiones que acompañan á esa niña al poner el pié en la senda del matrimonio, con el desaliento, con la tristeza profunda que te aquejan á pesar del amor que sientes por Cecilia.

¿Qué defectos tendrá?—te preguntas.—¿Será coqueta? ¿Será dominante, egoista, voluble? ¿Se cansará de mí, que le doblo la edad? ¿Será desdichada y me lo callará por delicadeza?

Tales dudas, cuando ya has comprometido irrevocablemente tu destino, me llenan de asombro y de pena. Yo sé bien que el carácter no se elije, y que el tuyo es propenso al análisis, y por lo mismo pesimista: porque la amargura y el desencanto de todo, son el resultado del continuo trabajo de *diseccion moral* á que los que se te parecen se entregan: la propension á analizar que te domina, es para el alma lo que es para las plantas esa enfermedad que devora su sávia, las corroe y las mata.

Combate, hermano mio, esa enfermedad terrible, no con grandes remedios, porque, ¡ay! el mal es más grande que cuantos se pueden buscar, sino con paliativos dulces y sencillos, que acaso llegarán á ser una medicina eficaz, á la manera que una tisana fresca calma, y acaso estirpa mejor la fiebre, que la abrasadora quina, tan amarga y tan ingrata.

Hijo de un siglo en que una de las más grandes dolencias es la falta de energía moral, ¿no podrias aprender una cosa que te salvaria y serviria de benéfico ejemplo á tus hermanos?

Lo que voy á pedirte, no es gran cosa, y con que te diga que la mujer sabe perfectamente lo que yo anhelo que aprendas, te convencerás de la exigüidad de su importancia.

Y sin embargo, en esa cosa tan pequeña, se encierran todo el valor y todo el heroismo de la tierra; porque esa cualidad se llama SABER SUFRIR; ó lo que es lo mismo, se llama poseer valor moral, y tener grandeza de alma para soportar el dolor.

Aparte de la fe religiosa, que para la mujer es el más grande apoyo, los hombres, aun los más descreidos (es decir, aun los más desdichados) tienen otro sostén, que es á la vez un tribunal que castiga y recompensa: el tribunal de su conciencia. Obrando bien siempre, llevando por norte el honor, la satisfaccion interior es inalterable, y da mucho valor para sufrir.

A los pensadores de hoy, se os ha puesto en la cabeza una especie de fúnebre manía: decís y creeis que la creacion está muy mal dispuesta, y que Dios ha hecho sus leyes de una manera muy injusta: decís que la desgracia y el dolor os indignan, y que si vosotros hubiéraís hecho el mundo, estaria mejor.

—¿Por qué no socorre Vd. la miseria? ¿Por qué no alivia el dolor donde quiera que le halla?—pregunté yo un dia á uno de esos sabios que se te parecen.

—¿Por qué?—repuso—porque con socorrer á un pobre, no remedio yo los inmensos males que afligen á la humanidad.

Me pareció inútil discutir con tan monstruoso egoismo, y me contenté con reirme: pero á tí, que tanto me interesas, te diré con todo el cariñoso empeño de mi alma: no juzgues lo que tu razon no puede comprender: alivia la desgracia donde la veas; socorre al pobre; levanta al caido; conténtate con la humilde esfera de lo humano, y deja al Soberano Hacedor de cielo y tierra la solucion de los enigmas que Él mismo ha creado, sin tener la osadía nécia de censurarle.

Para un alma grande, solo hay dos alimentos: el trabajo y el hacer bien; no digas, como los egoistas, que tu limosna no quita al mal su destructora fuerza, su aterrador poder; tanto valdria que, porque se muere mucha gente, pasaras tú en la calle al lado de un hombre que agonizase y no le dieras ningun socorro.

¿No es verdad que en ese caso, lo mismo tú que yo, correríamos y llamaríamos en las casas vecinas para pedir socorro, y vendaríamos su herida con nuestros pañuelos, y sostendríamos la cabeza del infeliz, y enjugaríamos el sudor de su frente, y encaminaríamos su alma á Dios, sin tener en cuenta lo que podrian pensar de nosotros?

Sí; lo haríamos; lo hemos hecho; lo haremos mientras existamos; porque el enjugar una lágrima, el evitar un instante de dolor, el dar á una pena el calmante de la simpatía, el consolar á la miseria con un modesto donativo, nos ha sido fácil y nos ha causado mucha alegría! Si no podemos evitar todos los dolores del mundo, calmemos aquellos que podamos, y algun hermano nuestro será ménos desdichado.

En la tranquilidad de tu hogar, y en la compañía de Cecilia, la desconfianza, el desaliento que te abruman desaparecerán: Cecilia tiene un alma pura, un carácter levantado y noble, y gran conocimiento de la vida práctica: la carta suya que te envio es muestra elocuente de esta verdad.

Si en vez de tener estas condiciones, á la vez bellas y sólidas, fuese soñadora y completamente ideal, como en algunas ocasiones has deseado fuese tu mujer, tendria acaso los defec-

tos que temes. Pero debes dar mil gracias á Dios, porque la que ha de acompañarte en el camino de la vida es sinceramente buena, y su pura y humilde fe cristiana, alumbrará tu hogar con una dulce luz: al contacto de su alma, la tuya renacerá, como la flor al calor de la primavera. Cecilia te reconciliará contigo mismo y con los demás, porque ante la vista de una alma candorosa y buena, que es la obra maestra de Dios, caerá tu soberbia varonil, como el castillo de naipes que levanta la mano de un niño.

Ya estás comprometido de manera que no puedes volverte atrás, porque la palabra de un hombre de honor es más sagrada que todos los contratos: has solicitado unir al tuyo el destino de Cecilia. ¡Qué contenta está ella con la suerte que la espera! Lee su carta *y llora*, como decia Jorge Sand á su amigo *el Malgache*: para vuestra futura dicha, confío más en ella que en tí, y hago bien: los hombres sois niños grandes, á los que las mujeres llevamos donde queremos, con andadores de seda y flores; la cuestion es que os hagais amar de nosotras; medita, endurecido misántropo: yo soy dichosa por tí y por mí, al pensar en tu suerte futura!

VALENTINA.

XXI.

Diego á Mariana.

París, Junio de 18...

Todos los dias recibo carta tuya, y si yo hasta ahora no he escrito tambien diariamente, ha sido porque he estado algo enfermo, y despues ocupado con los asuntos del casamiento de nuestro hermano Roberto.

Su enlace se verificará en la segunda semana del próximo mes, y á los dos dias del en que tenga lugar, volveré á Madrid, y á tu lado.

Sí, mi querida Mariana, creo en tu cariño y en el deseo que te anima de hacerme feliz: olvidemos lo pasado: yo estoy curado de la enfermedad de melancolía que me aquejaba, y hoy me siento dichoso en ser esposo de una mujer buena como tú, y padre de dos hijos que miro como el más grande de los tesoros: nuestra Irene me pregunta sin cesar por tí, y está deseando el dia en que pueda volver á tu lado conmigo.

Y antes de que llegue ese dichoso instante, mi querida esposa, yo debo y quiero abrirte mi corazon: no iria á tu lado, si no estuviera seguro de que mereces mi confianza, y de que puedes leer en el fondo de mi corazon al abrírtelo yo de par en par.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO

tos que temes. Pero debes dar mil gracias á Dios, porque la que ha de acompañarte en el camino de la vida es sinceramente buena, y su pura y humilde fe cristiana, alumbrará tu hogar con una dulce luz: al contacto de su alma, la tuya renacerá, como la flor al calor de la primavera. Cecilia te reconciliará contigo mismo y con los demás, porque ante la vista de una alma candorosa y buena, que es la obra maestra de Dios, caerá tu soberbia varonil, como el castillo de naipes que levanta la mano de un niño.

Ya estás comprometido de manera que no puedes volverte atrás, porque la palabra de un hombre de honor es más sagrada que todos los contratos: has solicitado unir al tuyo el destino de Cecilia. ¡Qué contenta está ella con la suerte que la espera! Lee su carta *y llora*, como decia Jorge Sand á su amigo *el Malgache*: para vuestra futura dicha, confío más en ella que en tí, y hago bien: los hombres sois niños grandes, á los que las mujeres llevamos donde queremos, con andadores de seda y flores; la cuestion es que os hagais amar de nosotras; medita, endurecido misántropo: yo soy dichosa por tí y por mí, al pensar en tu suerte futura!

VALENTINA.

XXI.

Diego á Mariana.

París, Junio de 18...

Todos los dias recibo carta tuya, y si yo hasta ahora no he escrito tambien diariamente, ha sido porque he estado algo enfermo, y despues ocupado con los asuntos del casamiento de nuestro hermano Roberto.

Su enlace se verificará en la segunda semana del próximo mes, y á los dos dias del en que tenga lugar, volveré á Madrid, y á tu lado.

Sí, mi querida Mariana, creo en tu cariño y en el deseo que te anima de hacerme feliz: olvidemos lo pasado: yo estoy curado de la enfermedad de melancolía que me aquejaba, y hoy me siento dichoso en ser esposo de una mujer buena como tú, y padre de dos hijos que miro como el más grande de los tesoros: nuestra Irene me pregunta sin cesar por tí, y está deseando el dia en que pueda volver á tu lado conmigo.

Y antes de que llegue ese dichoso instante, mi querida esposa, yo debo y quiero abrirte mi corazon: no iria á tu lado, si no estuviera seguro de que mereces mi confianza, y de que puedes leer en el fondo de mi corazon al abrírtelo yo de par en par.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
625 MONTERREY, MEXICO

No quiero negarte que has estado expuesta á tener una rival: desgraciadamente ignorais las mujeres hasta qué punto enfria el corazon de vuestros maridos el desórden doméstico, el descuido en todos los pormenores que tocan al buen gusto, y el olvido del decoro de vuestra persona.

Entre una mujer muy virtuosa, pero vulgar, prosáica y ordinaria, y otra elegante, afable, de maneras cultas y dulces, te lo aseguro, aunque sea en desdoro de mi sexo: ningun hombre dudará en la eleccion, aunque las prendas de la segunda sean ménos sólidas que las de la primera.

Cuando llamaban á la puerta y corrias á esconderte, encargando al criado que abria que dijera no estabas en casa, yo sentia una humillacion, de la que te hacia responsable. Mucho ménos te hubiera culpado si hubieras gastado en tu atavío sumas exorbitantes; porque en el amor de los hombres entra por mucho la vanidad, y la mujer que más gusta á los otros, es la que más enamora á su marido, aunque este piense lo contrario.

Créese generalmente en España, que el atractivo que las parisienses tienen para el sexo fuerte, consiste sobre todo en su coquetería, su elegancia y su ingenio para atraer y seducir. Y sin embargo esta persuasion la abrigan solo las personas que nunca han vivido en París.

Desde la dama más opulenta hasta la que vive más modestamente en la clase media, la mujer aquí se ocupa del buen órden de su casa y de sus negocios, del bienestar doméstico, tan preciso en todas las familias: los hombres ven los efectos, y no se detienen á examinar las causas: en todas las casas que visitan, ven algo de culto, de elegante, de halagador para los sentidos, que hace creer en que la vida con una parisiense es el *non plus ultra* de las venturas humanas.

Algunas veces lo es con efecto; pero no solamente por las prendas exteriores, sino porque á éstas se unen cualidades de talento y de abnegacion: que mucha abnegacion necesita una mujer para atender sin descanso al embellecimiento de su casa, y al bienestar de los suyos.

Aun en las familias más opulentas, sabe la mujer admitir la economía como una amiga fiel: á principios de Abril la sociedad francesa va á buscar la soledad del campo: en la vida de *chateau* se economiza, y se tiene una mesa sana y sencilla: en ella se gustan las dulzuras de la familia, esas dulzuras incomparables, y que son, créeme, Mariana, las únicas positivas de la tierra: los niños, aprovechando las vacaciones de los colegios, acompañan á sus padres al campo, y por la noche juegan cerca de la chimenea con los perros de caza, ó se duermen con las rubias cabecitas apoyadas en el lomo de los

pacíficos animales: la religion, olvidada en medio del bullicio del mundo, reanima su sagrada antorcha en la soledad apacible de la vida del campo: el Cura de la aldea cercana asiste á la mesa y á la tertulia, y muchas veces, en las tardes lluviosas, sostiene con las señoras dulces pláticas acerca de la caridad ó de algun otro punto del Evangelio.

La civilizacion, el progreso, tienen mucho que hacer por la mujer española: así es que, hasta que haya libros y conferencias que den á su espíritu mayor cultura, cada marido debe educar á su esposa, y abrir á su espíritu alguna claridad para guiarla: por suerte, las mujeres españolas teneis algo mejor que el entendimiento, que es la intuicion: adivinais lo que no os enseñan, y teneis en vuestro corazon el más excelente maestro.

Yo tengo la firme intencion de ayudar á mi mujer á llevar el peso de la vida: tengamos fé el uno en el otro, tengamos paciencia; tú, Mariana, aprenderás lo que te falta saber, y harás tu casa cómoda y agradable, y yo procuraré no imitar á la mayor parte de los maridos; porque es muy cruel dejar sobre los débiles hombros de la mujer el peso de todos los cuidados, y quejarse luego del malestar interior porque no acierta con el exigente gusto de su esposo.

Desde que estoy aquí, conozco cuánto valen las mujeres de mi patria: vosotras no teneis ni

la devorante actividad de las francesas, ni la instruccion árida de las hijas de Albion; pero no hay quien como vosotras sepa querer; quien tenga abnegacion más completa, ni mayor facilidad para el perdon, más prontitud para el olvido de las injurias, más desinterés en el alma, más profundas y sinceras creencias religiosas, más cualidades grandes, en una palabra, muy superiores al barniz agradable tan fácil de adquirir cuando se poseen aquellas.

Espérame Mariana, con el corazon tranquilo, y perdóname todas mis pasadas injusticias: sé para mí tan buena como eras, pero un poco más amable: si en mi ánimo hubo alguna vez conatos de veleidad, fué porque mi hogar se hallaba frio; la ausencia, los severos y á la par afectuosos razonamientos de mi hermano, las cartas de Valentina, sus elogios para tí, y quizá más que todo esto el amor de mis hijos, han estirpado de mi alma todas las nieblas que la oscurecian: pronto estaré á tu lado, donde espero ser para tí un compañero fiel que no te abandonará jamás.

Despues de los primeros años de matrimonio, la pasion pasa, ó más bien se va fundiendo suavemente en un cariño dulce, tranquilo, pero delicioso, porque está lleno de confianza, y se halla basado en lo que es más firme y más noble; en la mútua estimacion.

Adios, mi querida Mariana: abraza por mí

á nuestro hijo, y recibe mil besos de Irene, que te los dará muy pronto.

Tu marido, que te quiere,

DIEGO.

XXII.

Roberto á Valentina.

París, Junio de 18...

Dentro de algunos dias, mi querida hermana, habré dejado de ser aquel solteron al que culpabas tanto de egoista: dentro de algunos dias, voy á tener árduos deberes que cumplir: porque no soy de aquellos hombres, y eso tú lo sabes muy bien, que ven en el matrimonio un contrato, ó la satisfaccion de un capricho de los sentidos ó del amor propio.

Cecilia está contenta: yo estoy triste; sí, Valentina, á pesar de todas las reflexiones que me haces y de todas las seguridades que me das para el porvenir, yo estoy mortalmente triste: á pesar de todo mi amor por esta graciosa é inocente niña, á pesar de la alta estimacion en que tengo las amables cualidades de su carácter y de su corazon, estoy triste, y mi tristeza nace del temor que abrigo de no poder hacerla dichosa cuando la tenga á mi lado.

Pienso con amargura que este casamiento es como enlazar la madreselva fresca y cubierta de flores, al tronco viejo y carcomido de un pino agreste y solitario: los nudos del tronco matarian la tierna planta que se apoyara en ellos!

La alegría me rodea por todas partes: la familia de mi futura no oculta su contento por este enlace: su padre, tan adusto y tan déspota, ha suavizado su carácter con la alegría de tenerme por yerno: hasta la madre de Cecilia, pobre sér inepto é insignificante, parece revivir á la esperanza: se ocupa con afan de todos los preparativos de la boda, inspecciona los vestidos, da órdenes y consejos á las modistas, y se ocupa del arreglo de mi casa conyugal.

Los hermanos de Cecilia, sobre todo Isidoro, que es sensato y tiene buen corazon, no ocultan tampoco lo mucho que les alegra la boda de la hermana que es su predilecta: las otras, que son estúpidas y se cuidan solamente de diversiones y de estrenar vestidos, son las únicas que deploran amargamente el que su hermana menor tenga suerte, en tanto que ellas, paseando siempre, no hallan un novio ni en los teatros ni en los salones donde su elegancia y su coquetería hacen tantas conquistas.

Creo que, á pesar de su costumbre y de su afan de exhibirse, las hermanas de Cecilia podrán enterrarse con palma, como tantas otras que piensan de absoluta necesidad el correr de diversion en diversion.

Los hombres se hastían de verlas solo, de encontrarlas en todas partes, y no desean con ellas más profundo conocimiento despues de haberlas hablado alguna vez.

Diego, despues de asistir á mi casamiento, saldrá para esa, á fin de reunirse con su mujer: ¿no podrias venir tú tambien, Valentina? ¿No podrias dejar tus hijos por cuatro ó seis dias? Tu compañía será para mí como un presagio de ventura, y tu vista alegraria á Cecilia y nos calmaria á todos; porque lo mismo Diego que yo encerramos dentro del alma una sorda tempestad.

Dejemos lo que á mí me sucede, pues tengo miedo de que vuelvas á reñirme, y hablemos de nuestro hermano.

Contra mi parecer y voluntad, Diego se separa de mí, para ir al lado de Mariana, tan doliente como vino: no, Valentina, Diego no está curado de esa dolencia del alma, de ese cansancio de la vida, de ese hastío de su mujer, que le devora: es una enfermedad moral que ha de dar funestos resultados: es un drama íntimo y silencioso que le quitará la razon ó le precipitará en el sepulcro: el espíritu tiene sus tempestades como el cielo: sus dolencias y sus desfallecimientos, como los tiene el cuerpo: el espíritu de nuestro hermano está herido de muerte: como les sucede á muchos hombres, ha dejado de ser niño y ha llegado á ser hombre, muchos años despues de la época prescrita por las leyes de la naturaleza: despues de sujeto por eternos lazos, despues de ser padre de dos hijos que tienen ya diez y doce años, ha conocido que ni ha amado nunca á su mujer, ni la podrá querer jamás.

Este ejemplo me aterra: tú sabes que soy impresionable y nervioso como una mujer, y aunque no temo á que un nuevo amor venga á llenar mi vida, porque tengo más años que Diego, aunque no creo equivocarme al pensar que mi cariño por Cecilia será eterno, podia, sin embargo, hallar en ella vacíos que me fatigasen y me hicieran perder todas mis ilusiones.

Tú, Valentina, tan amada de tu marido, y tan digna de serlo, no puedes saber lo que es para un hombre el perder el amor á la madre de sus hijos: tu marido te adoró hasta su último aliento, y fué dichoso, más dichoso que tú, porque el dejar de querer lo que se ama, deja en el alma un sabor amargo parecido al remordimiento.

¡Pobre Diego! La aparicion gentil que ha cruzado su vida, no se ha desvanecido! Se equivoca acerca del estado de su corazon: no es su mujer la que le ha de abrir nuevos horizontes, la que ha de llenar el vacío de su existencia!

Pronto estará á tu lado, á no ser que vengas tú antes al nuestro, y os volvais juntos á Madrid: eso desearia que hicieras, Valentina:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eso desea Diego tambien; tu dulce presencia nos hace falta, porque eres para tus hermanos, como el rayo de sol en el invierno, que todo lo dora y lo embellece.

ROBERTO.

XXIII.

Mariana á Diego.

Madrid, Julio de 1876.

Mi querido esposo: ya estoy en Madrid, y espero que apenas se case tu hermano, ese hermano que dispone de los destinos y del tiempo de toda su familia, volverás á tu casa, segun me ofreces.

No quiero ocultarte que tengo á Roberto una violenta antipatía: antipatía de la que hago partícipe á Valentina, porque sé que esos dos hermanos son para tí mil veces más queridos que tu mujer y que tus hijos.

Cuando un hombre se halla dominado por esas pasiones de familia, no debiera casarse nunca.

Á la verdad, no entiendo qué es lo que hallas en tus hermanos. Valentina no ha pensado en toda su vida más que en embellecer su persona, y en darse culto á sí misma: adulando á su marido, que era brusco y desapacible, consiguió que aquel la adorase, y yo creo que el

mismo sistema de adulacion ha empleado siempre contigo y con Roberto: nunca ha trabajado gran cosa, y la mayor parte del dia se la ha pasado tocando el piano y leyendo.

¡Y sin embargo, esta mujer inútil, esta muñeca de cera, ha sabido conquistar para siempre la voluntad, el amor y el respeto de todos los suyos! ¡Esta mujer se hizo dueña absoluta del corazon de su marido, del de sus hijos, del de sus hermanos!

Pero nada me importaria esto, á no ver el predominio que ejerce sobre tí: predominio que tiene tambien Roberto, el que te hizo ir á su lado y te retiene ahí contra mi voluntad, y quizá tambien contra la tuya: débil como eres, ¿quién puede calcular hasta dónde puede llevarte la voluntad de ese hombre fuerte y dominante, entregado toda la vida á desórdenes y aventuras?

¡Muy triste situacion es la mia, querido Diego! Piensa en ella y verás como no me quejo ni por costumbre ni por intolerancia; si estás ahí, tu hermano te separa de mí, con la influencia de su afecto y de sus consejos; y cuando vengas, se halla aquí Valentina, que ejerce en tu ánimo más predominio que el mismo Roberto.

¿Y qué será cuando éste se halle casado si ahora puede tanto contigo? Parece que la novia es muy del gusto de Valentina y del tuyo; es decir, que tendreis en ella una nueva aliada, y

yo una enemiga más... ¡Ah Diego! mi corazon está lleno de sobresalto y de amargura... A pesar de tu carta última, que trata de ser cariñosa sin conseguirlo, veo que no me quieres, ó mejor dicho, que no me has querido jamás! Tú amabas á otra mujer, y así me lo confiesas... ¿por qué? ¿qué necesidad habia de que me confesaras esa falta? Hay franquezas que hieren cruelmente, y la tuya ha sido de esa clase: hay ofensas que se perdonan, y otras que es imposible olvidar, ni perdonar tampoco, aunque el perdon y el olvido no son sinónimos á mi parecer: perdonar podemos todos: olvidar unos pueden y otros no.

Adriano me pregunta por tí todos los dias, y anhela mucho verte: este niño rebelde é indócil, te quiere con verdadera pasion; y aunque le velo y le cuido en sus frecuentes enfermedades con el amor de la madre más tierna, á mí me trata y me mira con el mismo despego que Irene, que despues de estar sola contigo vendrá más indiferente para mí.

¿Qué poder teneis los suaves de condicion, que aunque en todo esteis muy lejos de la perfeccion, pareceis á todos perfectos y amables? Es increible cuántas cosas despreciables se ocultan bajo las formas cultas y agradables: la ignorancia del deber—siempre severo y rudo—la versátil inconstancia del carácter, la costumbre de una ficcion eterna, el olvido de la noble

franqueza, todo esto se esconde con las formas dulces y cariñosas, y todo se disimula, se admite, y aun se alaba, con tal que haya la costumbre de adular á los demás.

Confieso, Diego, que estoy amargada, y temo que mi lenguaje para tí se resienta de esto: ¡cuánto diera por tener el carácter impasible y egoista de tu hermana!

Pero dejemos á un lado las ofensas que podamos tener el uno del otro: disimulemos un poco cada uno por su parte; tenemos hijos, á los que no debemos dar mal ejemplo; viviremos en la mejor armonía aparente; pero en una prudente y completa separacion de personas y de bienes: tienes preparada tu habitacion, y en ella vivirás y tendrás el método de vida que te agrade: como felizmente tenemos una fortuna más que regular, me señalarás una cantidad para los gastos domésticos, que yo fijaré de antemano: en cuanto á los rendimientos del capital que forma mi dote, yo dispondré de ellos: cuidarás de la educacion de Adriano; pero la de Irene la dirigiré yo en absoluto: por lo demás, comeremos juntos, juntos haremos visitas cuando haya precision de hacerlas para cumplir con las leyes sociales, y juntos nos verán alguna vez en el teatro para que las gentes crean en nuestra buena armonía, y en nuestro mútuo amor.

¡Amor! ¿Dónde reside, ó dónde se oculta en

este mundo de engaño y de falsía, y por qué se finge tantas veces sin sentirlo jamás?

Dime si aceptas el plan de vida que te propongo, y que es el solo que aceptaré: yo tambien estoy herida, Diego: herida por tu sequedad de corazon, por tu abandono, por tu infidelidad, que sin miramiento alguno me confiesas: si te hallas mejor al lado de tu hermano que viviendo *solo* aquí, enviame á Irene, y renuncia á la vuelta hasta que te halles pronto á adoptar mis proposiciones.

MARIANA.

XXIV.

Diego á Valentina.

París, Julio de 1876.

Roberto se ha casado anoche, y ya se halla instalado en su casa y yo tambien: desde ella te escribo, y cerca de mí se halla de pié la encantadora novia, arreglando en dos copas del Japon dos haces de flores.

¿Por qué no has asistido á estas bodas, Valentina? Segun me has dicho, para no aumentar el descontento y la sorda irritacion de mi mujer: pero ¿esa mujer ha perdido la razon? Lee atentamente la última carta suya que te adjunto, y respóndeme, hermana mia: dime si debe hablarme así, y si mi dignidad de hombre me

permite tolerarlo. Cuando Roberto leyó esta carta, perdia el color á medida que se iba enterando de su contenido, y cuando terminó, dijo:

—No hablemos de esto á Cecilia, porque aunque nunca pienso ocultarle nada, no quiero sepa que hay mujer en el mundo capaz de escribir semejantes cosas.

Valentina, mi lazo conyugal está roto para siempre: la dureza de carácter y la falta de entendimiento de Mariana me son repulsivos y antipáticos: y por una de esas fatalidades cuyos resultados son tan funestos para la familia, hasta la persona de mi mujer me ha llegado á ser repulsiva é intolerable: comprendo que el Duque de Praslin diese muerte á su mujer, no sabiendo cómo desatar el nudo fatal que le sofocaba: estas repulsiones en que toman parte á la vez el espíritu y los sentidos, estas repugnancias invencibles, pueden precipitar—lo mismo al hombre que á la mujer—en el abismo sin fondo del crímen.

Contrariamente á esto, sé que hay mujeres que se hacen querer con un amor invencible: ¿qué mayor prueba necesito de esto que el conocerte á tí? Nuestros padres, tu marido, tus hijos, tus hermanos, todos te queremos con una mezcla de ternura y de felicidad que ha de ser eterna, porque queriéndote estamos contentos de nosotros mismos: de mí sé decir, y Roberto me ha referido que á él le sucede lo propio, que

cuando estoy á tu lado me hallo en la plenitud de mi sér; siento y pienso con mayor profundidad, hago proyectos, y se centuplican mis fuerzas para el trabajo ó para el sufrimiento, que es el más rudo de los trabajos de la vida.

Ahora mismo, ya lo ves, Valentina; hablando contigo, me olvido de mi desdichada situacion doméstica: ¿quién me conservará el amor de mis hijos? ¿Cómo dejar á Irene bajo la tutela absoluta de su madre? ¿Qué ideas tendrán cabida en el alma de mi pobre hija, respecto de su desgraciado padre? Ningun mal hay para Mariana en que yo dirija solo la educacion de mi hijo: mi entendimiento es bastante claro, mi dignidad demasiado altiva, para que yo rebaje la sagrada figura de una madre á los ojos de su hijo: lejos de mí semejante pensamiento: pero ¿tendrá mi mujer bastante fortaleza de espíritu para hacer lo mismo? ¡Con qué odiosos colores puede pintarme á los ojos de mi pobre Irene!

Cuando la familia llega á esta fatal division, debia deshacerse; y en ese caso yo hallaria lógica y hasta *moral* la disolubilidad del matrimonio. A Mariana y á mí, solo nos une ya la cadena de hierro del deber: todas las flores que la embellecian se han marchitado... se han muerto!

¡Quiera el Cielo que Roberto tenga mejor suerte que yo! Al ver á su jóven esposa tan modesta y tan pura, parece que un soplo fresco y

delicioso pasa por mi frente, abrasada por el huracan del dolor: por muy linda y atractiva que te imagines á Cecilia despues de algunos años que hace que no la ves, no llegará tu recuerdo á la realidad: la inteligencia os da á las mujeres un sello casi divino, lo que no sucede con el hombre; porque en el hombre, por elevada y elocuente que sea la expresion de su mirada, parece inherente á lo grave é importante de su mision en la tierra.

Cecilia, á pesar de la dulzura algo tímida de sus maneras, tiene una tranquilidad y un sosiego en su porte y en sus maneras, que el alma más turbada se calma al mirarla: habla poco, pero dulce y acertadamente: sin apresuramiento y sin exageracion, se ocupa de todos, y es amable y buena, como las flores son bellas, sin saberlo.

Cuando hoy—al dia siguiente de su casamiento—nos hemos sentado á la mesa del almuerzo, me ha dicho con la mayor dulzura y naturalidad:

—Diego, lo que no te guste, dímelo, porque yo quisiera complacerte: ya os iré estudiando á los dos, para que no tengais contrariedades: pero así Roberto como tú, ayudadme, y decidme en todo lo que os agrada.

Sus modales conmigo son cordiales y sencillos, como si fuera verdaderamente su hermano: cuando terminamos el almuerzo, se levantó y nos dijo alegremente:

—Os dejo, para que hableis un rato: si quereis esta tarde llevarme al Jardin de Plantas, os lo agradeceré mucho, porque me muero por ir allí, y casi nunca me llevaban. Roberto, convence á tu hermano para que haga venir á Mariana y al niño á pasar algun tiempo con nosotros.

La inocente no sabe lo que pide: cuando desapareció el último pliegue de su blanco trage, las lágrimas acudieron á mis ojos... ya estoy solo sobre la tierra, y solo me queda en ella el amor de mis hijos; perdóname Valentina, me quedas tú, tú la amiga de mi alma, el ángel guardian de la dicha y de la conciencia de tus hermanos.

Pronto te abrazaré: pronto mi corazon latirá sobre el tuyo. Mariana no vendrá; yo iré, y resolveré con firmeza y con justicia el sombrío problema de mi vida; porque en tan grave asunto, solo yo debo ser juez y ejecutor.

DIEGO.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

EL MARIDO.

I.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Agosto de 1876.

He recibido tu carta, mi querida hermana, pues ya lo eres para mí desde que te has unido á Roberto: en ella me aseguras que eres dichosa; y sin embargo, mi amante perspicacia, mi cariño hácia vosotros, descubre en tu alma temores que no por ser infundados dejan de ser muy tristes.

«Ya sé, me dices, que tú has inclinado á Roberto á que se case conmigo, y mi gratitud para tí será eterna, porque le quiero con toda mi alma.»

Sal de tan lamentable error, Cecilia; mi hermano se ha casado contigo, porque te amaba: no busques ningun otro motivo á tu enlace; no te atormentes con cavilaciones inútiles y peligrosísimas para la dicha de los dos. Ten entendido, Cecilia mia, que para el hombre no hay más que dos normas de su conducta: *querer* ó *no querer;* en cualquiera de los dos casos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Os dejo, para que hableis un rato: si quereis esta tarde llevarme al Jardin de Plantas, os lo agradeceré mucho, porque me muero por ir allí, y casi nunca me llevaban. Roberto, convence á tu hermano para que haga venir á Mariana y al niño á pasar algun tiempo con nosotros.

La inocente no sabe lo que pide: cuando desapareció el último pliegue de su blanco trage, las lágrimas acudieron á mis ojos... ya estoy solo sobre la tierra, y solo me queda en ella el amor de mis hijos; perdóname Valentina, me quedas tú, tú la amiga de mi alma, el ángel guardian de la dicha y de la conciencia de tus hermanos.

Pronto te abrazaré: pronto mi corazon latirá sobre el tuyo. Mariana no vendrá; yo iré, y resolveré con firmeza y con justicia el sombrío problema de mi vida; porque en tan grave asunto, solo yo debo ser juez y ejecutor.

DIEGO.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

EL MARIDO.

I.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Agosto de 1876.

He recibido tu carta, mi querida hermana, pues ya lo eres para mí desde que te has unido á Roberto: en ella me aseguras que eres dichosa; y sin embargo, mi amante perspicacia, mi cariño hácia vosotros, descubre en tu alma temores que no por ser infundados dejan de ser muy tristes.

«Ya sé, me dices, que tú has inclinado á Roberto á que se case conmigo, y mi gratitud para tí será eterna, porque le quiero con toda mi alma.»

Sal de tan lamentable error, Cecilia; mi hermano se ha casado contigo, porque te amaba: no busques ningun otro motivo á tu enlace; no te atormentes con cavilaciones inútiles y peligrosísimas para la dicha de los dos. Ten entendido, Cecilia mia, que para el hombre no hay más que dos normas de su conducta: *querer* ó *no querer;* en cualquiera de los dos casos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es inútil tratar de torcer su voluntad: y gracias si logramos distraerla algun tanto de lo que consideramos que ha de ser una desgracia para ellos.

En ninguna situacion de la vida debe la mujer entregarse á las locuras de su imaginacion; pero una vez casada, debe mirar á aquella como á un enemigo al que es forzoso dominar; no dejes á la tuya extraviarse en quimeras; reprímela é imponle el yugo saludable y firme de la razon. Felizmente tu fortuna no es tal que hayas podido pensar te elegía mi hermano á causa de esa ventaja. Para tí, mi querida Cecilia, la opulencia seria una desgracia: con un corazon tierno, con una imaginacion impresionable, es difícil persuadirnos de que nos quieren *solo* por nosotras; pero es necesario que yo te recuerde lo mucho que vales, para que estimándote á tí propia, creas en el amor de tu marido, y halles la felicidad.

Así Roberto como yo sabemos que has sido la prenda de union en las disensiones de tu familia: con los ojos del alma, leias el descontento en los semblantes de tu padre y de tu hermano, y templabas separadamente las iras de los dos. Solias mediar á tiempo en sus disputas, consolar al anciano, reconvenir suavemente al jóven, y hacer de la casa paterna un asilo pacífico y agradable.

¡Oh Cecilia! Tú, tan jóven, que acabas de

cumplir veinte años, has llenado ya una sagrada tarea! Tu hermano mayor, establecido ya, puede hacer lo que quiera sin depender de vuestro padre: la combinacion de los negocios de tu familia, te ha relevado de una inmensa responsabilidad: y hoy al entrar á llenar los deberes de esposa, tienes como una patente de gloria, al recordar lo bien que has cumplido con los de hija y de hermana.

Ten, pues, confianza en la vida, amiga mia: no es tan mala ni tan triste como dicen algunos espíritus cobardes y egoistas, y tú misma, en medio de tu áspera tarea, has hallado seguramente horas dulces y hermosas que te han indemnizado de las horas de sombras y dolor.

Te ruego, ante todo, que no supongas en tu marido cualidades extraordinarias: no esperes jamás de él ninguna heroicidad; á través de su carácter severo, verás en él las vacilaciones de un niño; ningun análisis puede sondear las fluctuaciones de ciertas naturalezas, y alguna vez quedarás atónita al hallar en mi hermano, no al hombre fuerte en cuyo brazo pensabas apoyarte, sino ménos que una mujer: un niño voluntarioso y mal educado. Aprende, sin embargo, á no asombrarte de nada, porque tus asombros le herirán como acusaciones: no hay nada más enojoso que la manifestacion de la verdad para las almas que no están fuertemente templadas.

Preciso es que, hasta que se vaya acostumbrando á la vida del matrimonio, uses con Roberto mucha suavidad; no olvides, Cecilia mia, que ha llegado á los cuarenta años en esa libertad que es el vacío, y que resume todas las esclavitudes, pero que tiene la atrayente apariencia de la libertad completa. Trátale siempre con templanza y dignidad, pero con esa dulce confianza, con esa intimidad, que es un término bello entre la desatencion y la exagerada cortesanía. Ya que le amas, ¡y bendito sea Dios, que así lo ha dispuesto! díselo con frecuencia y prúebaselo en todo: el amor es tan preciso al hombre como el aire que respira: más preciso de lo que él mismo cree y sabe; un hombre á quien nadie ame, no vive: entra en la categoría de los vegetales, y tanto valen á mis ojos una col ó una zanahoria.

Ya veo tus blancos dientecitos, que muestras con una alegre sonrisa, arrancada por mi extraña comparacion. Pero ¿no nos escribimos con toda la expansion de verdadero afecto? Pienso decirte en mis cartas cuanto se me ocurra, y alguna vez te haré reir con mis ocurrencias; porque segun tú dices al mirarme con los ojos del cariño: «Yo soy una mezcla de sentimiento y de alegría, de poesía y de razon, que no tiene semejante.»

Y nunca como ahora, hermana mia, me he alegrado de ser así: porque cuando mi hermano caiga en la prosa del mal humor, le enviaré algunas flores de mi mente; y cuanto tú pidas á la vida más de lo que puede darte, mi razon, que es séria, te guiará en las sombras del camino.

Tu primer deber ahora, y durante algunos meses, es estar alegre y divertirte: antes de nada, sé *agradable*: para los hombres, lo que *agrada* supera á lo que *vale*: si vas al teatro con Roberto, háblale de la obra que se ejecute, házle notar sus bellezas y sus defectos, entreténle, y ruégale que salga en los entreactos á fumar y á ver á sus amigos: así volverá más contento á tu lado; porque, créeme, la inteligencia no está muy abundante en el mundo: los hombres son demasiado prolijos en su conversacion, y la tuya llegará muy pronto á ser preferida por Roberto á la de todos sus amigos. No hay para un hombre compañía más dulce que la de la mujer que le ama, si esta mujer reune las condiciones que te adornan.

Acompaña á paseo á tu marido, recibe y visita con él; que nunca, hasta que él lo exija ó lo desee, se halle *solo* entre gentes extrañas: en una palabra, excepto en las horas en que le ocupen sus negocios, acompáñale siempre que él te lo pida, sin excusa, con alegría, de la mejor gracia posible.

Una vez acostumbrado á tu compañía, será muy difícil que Roberto pueda pasarse sin ella; porque no se halla ya en la edad en que se rom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pen unos hábitos para contraer otros nuevos, y más si los adquiridos son tan dulces que no pueda esperar mayores ventajas: cuando ya no pueda pasar sin tí, será cuando pienses en cosas más sérias.

Es increible la influencia que ejerce en el modo de ser del hombre la mujer á cuyo lado vive: su carácter, sus maneras, y hasta su pensamiento toman el reflejo de aquella mujer; y tú, mi querida Cecilia, ejercerás sobre mi hermano un saludable influjo.

No nos sucede lo mismo á las mujeres: pocos son los hombres que sirven para guía moral, para apoyo de nuestro sexo: la fuerza es en ellos tiranía; cuando dicen: *lo quiero*, les obedecemos: pero vemos con tristeza que nuestro corazon se aleja del suyo.

Cecilia, voy á resumir el sentido de esta carta, primera que te escribo desde que eres mi hermana: solo te encargo en ella dos cosas: la primera, que no supongas á Roberto un hombre perfecto y dotado de cualidades extraordinarias; la segunda, que te cubras ya con el primer escudo de los varios que debe tener en su arsenal la mujer casada: con el de la bondad, con el de la gracia, con el de la complacencia: escudo de rosas, cuyo perfume embriagará el alma de tu marido, como un filtro generoso: escudo en cuyo centro Roberto leerá con tierna gratitud estas palabras:

«Mi esposa, mi compañera, me pertenece en vida, y aun más allá de la muerte, en otra vida sin fin.»

VALENTINA.

II.

Diego á Roberto.

Madrid, Agosto de 18...

Apenas llegado á casa, te puse un telegrama para tranquilizarte acerca de mi viaje: sabia la ansiedad en que estarias, tanto más grande, cuanto que Irene venia enferma: perdóname estos ocho dias de silencio, pues el cuidado de la salud de mi hija—que felizmente se restablece—me ha tenido completamente absorto y ocupado.

Si algun dia tienes hijos, hermano mio, sabrás hasta qué punto se les quiere; y más si el corazon está vacío—como el mio lo está—de todo otro amor.

He encontrado cambiada á Mariana: su condicion se ha vuelto más dulce, y trata de serme agradable en todo: sus modales son amables siempre; se viste, cuida de su casa y se ocupa de sus hijos; pero la primera piedra ha caido en el lago azul de mi matrimonio, y le ha enturbiado para siempre.

Yo no me explico por qué se mira con tanta

indiferencia la union solemne de dos destinos que la Iglesia santifica, y que solo la muerte puede romper: nunca se meditará bastante acerca de la cuestion conyugal, tan á la ligera tratada hasta hoy, y nunca se le dará la inmensa importancia que merece, hasta que la repeticion de los dramas íntimos y de las catástrofes públicas haga ver que la cuestion matrimonial está erizada de árduos problemas, cuya solucion nadie ha buscado todavía, y que se hace cada dia más urgente descifrar.

Yo te prometo que hasta el fin de mis dias viviré al lado de mi mujer: cuentan ya doce años Adriano y diez Irene, y no les daré el mal ejemplo de un divorcio, que á sus ojos seria infaliblemente ó un castigo infligido á su madre, ó una afrenta á que arbitraria y cruelmente la sometia: en el primer caso, su madre descendia á los ojos de estos niños de una manera horrible, y esto sin haberlo merecido; en el segundo, me convertia yo á sus ojos en un tirano digno del más profundo desprecio, y estos niños me abrumarian con el suyo.

Vive, pues, tranquilo, Roberto: el lazo que une mi destino al de Mariana no se desatará por mi mano; pero ¡ay! qué triste, qué vacía, qué miserable va á ser mi vida! La graciosa y gentil aparicion que ha atravesado por ella no se ha desvanecido, y yo soy más desgraciado que antes, porque mi mujer se aplica con cui-

dado á llenar todos sus deberes, y ya no puedo quejarme de ella con razon y justicia: si la ofendo, soy culpable, porque la pobre Mariana hace cuanto puede, y cada hora de su vida está marcada por un esfuerzo valeroso de su parte, por una muestra de su constante deseo de ser una buena esposa y una excelente madre.

Nada de esto puede curarme, lo confieso: mi vida está rota; solo tengo por ideal el amor de mis hijos, y gracias á Dios que me lo conserva.

Uno de los grandes males que hay en mi matrimonio—quizá el mayor,—es que la cultura intelectual de mi mujer no está al nivel de la mia: y no es esto lo peor: mujeres hay que, si les falta el talento que todo lo adivina, poseen en cambio la gran penetracion que todo lo comprende. Pero en Mariana la comprension es tarda, y carece por completo de intuiciones.

Asi es que muchas veces voy á hablarle, y el miedo á la fatiga me detiene: porque antes de hablarle de las cosas, hay que darle explicaciones que se hacen eternas, quedándose al fin poco ménos ignorante de lo que estaba antes de empezar á hablar con ella.

No sé quién ha dicho que en la mujer propia la menor suma de inteligencia es lo mejor; sea quien fuere, de seguro la tenia muy menguada cuando aseveraba tal cosa, pues la im-

becilidad ó la ignorancia son duras de soportar para todos los dias.

Yo he columbrado otra mujer, y esta imágen vaga hace daño á mi pobre Mariana: no es que yo desee verla ni adherirla á mi triste destino: tú sabes, Roberto, que soy un hombre honrado y que he considerado siempre como la más grande y más cobarde de las infamias el engañar á una jóven inexperta é inocente; pero no puedo siempre que quiero sujetar mi pensamiento, que da vueltas, agitado y convulso.

Yo no sé qué presentimiento me dice que Mariana no está tampoco contenta de mí: el dardo de los celos penetró en su alma, y no es fácil que lo pueda sacar: muchas veces me da á entender bastante claramente que cumple sus deberes por ella misma y por sus hijos, pero no por mí.

Como quiera que sea, yo estoy ahora más tranquilo: y como la primera y más necesaria condicion de la vida es el reposo, no me quejo de mi suerte: el amor de mis hijos será mi refugio, y además tengo el del trabajo: estoy enseñando á pintar á Irene: en la época borrascosa que atravesamos, el padre que ame á sus hijos debe enseñarles algo sólido y útil para ganar su vida, porque nada hay más fácil que perder la fortuna que parece mejor consolidada.

Ayer me hizo mi hijo una pregunta que me alarmó profundamente.

—Papá—me dijo—¿por qué está mamá siempre sola y triste? ¿por qué llora algunas veces?

—No sé, hijo mio, le dije; é ignoraba que tu madre llorase.

—Yo pensé que tú debias saberlo, repuso Adriano gravemente.

—¿Por qué?

—Porque ella sabe todo lo que tú tienes, y cuando estás triste, procura consolarte. Mi tia Valentina quiere que me vaya al campo con ella y mis primos, pero no lo haré. Mamá está triste, y no quiero dejarla.

Así habló mi hijo, y dejo á tu talento, Roberto, el considerar la zozobra de mi espíritu.

DIEGO.

III.

Lucía Montes, á su amiga Luisa Vargas.

Madrid, Agosto de 18...

Prepárate á escuchar una historia que ha de parecerte increible, pero te aseguro que es tan verdad como el cariño que te profeso desde que aprendí á querer.

Y óyeme con seriedad Luisa: suspende por algunos instantes la inagotable alegría de tu carácter, y mira sériamente el asunto que voy á participarte, porque á mí me tiene muy contristada.

Un hombre se ha enamorado de mí, lo cual no te parecerá extraño, pues algunos has conocido en ese caso: lo que sí ha de asombrarte es que este hombre me interesa más que ninguno de los que antes he conocido.

Cuento ya veintitres años, y aún no he tenido novio: ¿por qué? acaso porque he soñado con perfecciones que no existen en la humana naturaleza: desde que te separaste de mí para ir á esa hermosa y culta Barcelona, que hará apenas un año, he tenido lo que se llama *excelentes partidos* para casarme, sin contar algunos otros que tú conoces.

Pero ¡ay Luisa! yo tengo incrustado en el alma el horror al matrimonio desde que sé pensar! Despues de ver á mi madre maltratada cruelmente por su segundo esposo, hubo de separarse de él, y un pleito de divorcio, largo y doloroso, nos sumergió en la escasez y en el aislamiento: un hombre, un marido fué la causa de todas las penas de mi adolescencia, y yo pensé no casarme jamás, y dedicarme á ser la amiga, la compañera y el consuelo de esta madre infeliz!

Cómo he llenado esta árdua tarea, tú lo sabes; cuánto he trabajado y trabajo, solo Dios y yo lo sabemos: pinto cuadros, copio música, doy en mi casa lecciones de canto y de dibujo á una docena de niñas, y tengo por la noche conferencias para señoritas, donde enseño historia, geografía y literatura; donde enseño á discurrir en lo posible á estos espíritus ávidos de cultura.

Con todo esto gano cada mes de sesenta á ochenta pesos, y vivo modesta y tranquilamente con mi madre, que ya ha olvidado sus desgracias y sus angustias de otro tiempo.

Tratamos cuatro ó cinco familias con alguna intimidad, y toda mi distraccion se reduce á ir alguna noche al teatro.

Y á pesar de llevar tan retirada vida, he tenido pretendientes, lo cual me admira mucho: oigo prodigar á lo que llaman *mi belleza* elogios desmedidos, y por donde quiera que voy veo mi retrato expuesto en casa de los fotógrafos, que engalanan con mi efigie sus muestrarios: yo creo que me copian unos de otros, pero te aseguro que cuando me miro al espejo, no hallo motivo para tal cosa.

Lo que sí creo, Luisa, es que me moriré de melancolía; esta monótona existencia me enfria el alma: no amar más que á mi madre es triste cosa; no hay en mí impresiones, y cuando mi madre falte, si es que tengo la desgracia de sobrevivirla ¿qué haré? Entonces creo que, como te he dicho, la melancolía me irá matando.

Y sin embargo, á pesar de esta soledad de mi alma, de esta vida de rudo trabajo que llevo, yo no quiero caer en el rebajamiento moral de unirme á un hombre que no ame: no se debe

aceptar un marido para que nos mantenga y nos vista, para que nos evite el trabajar y los cuidados de la pobreza: cuando no se vé en el marido más que estas condiciones, para nada hace falta: el esposo debe ser un amigo fiel, un consejero ilustrado, un hombre superior, que dé á su mujer el ejemplo de la virtud, de la fortaleza, de la probidad y de las delicadezas del alma: un esposo ha de ser el dueño respetado de su mujer, el amparo de su debilidad, y á la vez su defensor y su guía; y como hasta ahora no he hallado ningun hombre con estas condiciones, no he querido casarme, ni lo haré hasta que lo encuentre.

Y sin embargo, hace algunos meses que hallé un hombre en el camino de mi vida, cuyo recuerdo no se aparta de mí; y cómo lo hallé, es lo que quiero contarte.

Habia yo ido á ver por la tarde á la baronesa de Júcar, amiga de mi madre y mi madrina de pila: por estar mi madre algo indispuesta, no me acompañó, y aunque mi madrina quiso que me quedara á comer con ella, le dije que me volvía á casa con la criada, que me habia acompañado, porque no podia dejar á mi madre sola.

Mientras yo hacia mi visita, entraron dos personas: una dama, aun jóven, muy bonita y elegante, y un caballero que podria tener treinta y cuatro años: no sé por qué al verle sentí

como un golpe en el corazon: su figura, aparte una distincion natural, nada tenia de notable; su rostro varonil, moreno y ligeramente pálido se hallaba alumbrado por dos hermosos ojos negros, tristes y dulces á la vez: ojos de esos cuya expresion es buena y responde de una alma leal y generosa.

—Mi querida baronesa, dijo la dama á mi madrina, mi hermano Diego, que vivia en Sevilla cuando Vd. llegó de París, queria conocer á Vd., sabiendo el cariño y las atenciones que mis huerfanitos y yo le debemos, y hoy vengo á presentárselo á Vd.

El presentado saludó, y mi madrina le dirigió algunas frases amables, terminando con éstas.

—Valentina es digna del mayor interés, y me la recomendó hace años en París su hermano de Vds., Roberto Benavente, amigo íntimo de mi hijo mayor: así es, caballero, que lo mismo Valentina que Vd. pueden mirarme como á su madre; que ya tengo años para poderlo ser.

La baronesa habló de varias cosas, y el llamado Diego sostuvo la conversacion con tanta gracia, reposo y elegancia, que yo no me cansaba de oirle y de admirarle.

Yo me retiré pronto: al dia siguiente salí con mi madre, y ví á Diego Benavente que pasaba por delante de nuestra casa: me conoció,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y nos saludó descubriendo su cabeza respetuosamente.

Durante muchos dias, le volví á ver varias veces: en la calle, en la iglesia, al abrir algun balcon de casa, y siempre parecia que pasaba por casualidad. Despues desapareció de mi vista, y ayer he vuelto á verle al volver de misa con mamá.

¿Quién será este Diego?

Mi madrina, que podria decírmelo, hace ya tiempo que se halla en una posesion campestre que tiene cerca de Toledo, y á la que se fué dos dias despues de haber visto yo en su casa á los dos hermanos: sea quien quiera, te aseguro, Luísa, que ha hecho una profunda impresion en el ánimo de tu amiga

Lucía.

IV.

Valentina á Roberto.

Madrid, Agosto de 1876.

Es una gran desgracia, á la vez que un grave defecto, la completa desconfianza de sí mismo: porque el valor nos falta para todo cuando nos creemos incapaces de acertar en nada, y no somos capaces de ninguna buena resolucion.

¿Por qué alimentas ese temor de hacer desdichada á Cecilia? ¿Se queja ella? ¿La ves acaso triste, ó torturada por alguna pena oculta?

Cecilia te ama, estoy segura: porque la mujer ama siempre á quien le muestra consideracion y cariño. A primera vista puede una mujer prendarse de la bella figura de un hombre; pero si halla vacíos en su carácter ó en su corazon, el cariño no llega nunca tras de la simpatía; nosotras vivimos por el sentimiento, y no es el hombre que la mujer adora el que posee más académica figura, sino el que es para ella más bueno, más deferente y más amante.

Que no te se ocurra, hermano mio, el contestarme alguna de las vulgaridades acostumbradas: como por ejemplo que—«las mujeres se enamoran de lo peor,»—ó bien que—«las mujeres solo aman á quien las desdeña.» Acaso habrá mujeres de tan escaso buen sentido que piensen así; pero estas serán siempre las excepciones de la regla, y las que tienen un cerebro bien organizado—que gracias al Cielo componen la mayor parte—aman á quien las quiere, y agradecen tierna y profundamente el amor y las atenciones que les dedican.

¡Ah Roberto! Si tu amor toma las formas de la misantropía; si estás siempre descontento de tí mismo; si esta desconfianza de tu mérito te hace ser ridículamente celoso y desconfiado, labrarás tu desgracia y la de tu mujer.

No nos basta á las mujeres el que seais buenos: necesitamos que seais tambien agradables; ¿por qué consiguen victorias insignes sobre el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

corazon de las mujeres tantos seductores vulgares? Porque á falta de cualidades sólidas, tienen un barniz agradable; porque si no las aman, las lisonjean; porque si no se interesan por ellas, lo fingen.

Muchos dramas, infinito número de novelas se han escrito sobre un argumento que no por ser tan repetido es ménos verdadero: el personaje principal de estas obras literarias es un marido bueno, honrado, amante de su mujer; pero descuidado, brusco, que desprecia la forma culta, confiando en la altura de sus sentimientos y en la profunda verdad de su cariño.

Las catástrofes que esta línea de conducta ha producido, son grandes y terribles, y cada dia se repiten en la vida real; y sin embargo, los maridos no escarmentais jamás; y aunque seais buenos, no quereis *descender* á ser agradables y afectuosos.

Piensa, hermano mio, en la necesidad de tener una amiga fiel para los dias de la vejez; hay un refran que dice: «El que no siembra no coge;» y esto que puede aplicarse á los productos de la madre tierra, es tambien una verdad respecto al órden moral de la vida: el que no siembra cariño, no cosecha afecciones: en el cariño solo se devuelve aquello que se recibe, y no es posible amar lo que no es amable.

Si Cecilia fuese una mujer de esas que la fortuna ha mimado constantemente, que hubiera estado mecida toda la vida en los brazos de la dicha, ligera, frívola y llena de caprichos, acaso no repararia en tu mayor ó menor cuidado en hacerla feliz: para estas mujeres la vida es completamente exterior; la interior no existe. La dulce paz de la casa, el encanto del afecto correspondido, el bienestar interior, todo esto que hace grata la existencia, es para ellas completamente desconocido: los trajes, el teatro, el paseo, las lisonjas de los tontos—siempre los mismos—que pueblan los salones, llenan su vida; y nada más piden á la suerte, porque tienen el cerebro y el corazon igualmente vacíos.

Pero Cecilia se ha educado en la escuela de la desgracia: la discordia doméstica la ha cercado, y su jóven corazon padece tristes asombros ante las realidades funestas de la vida: si la condenas á la soledad y á la tristeza, no se quejará; no buscará distracciones culpables, no: se dejará morir en silencio, porque tiene dos cualidades opuestas y que solo reunen las naturalezas más exquisitas: es orgullosa y tímida.

A nadie hablará de la muerte de sus esperanzas de ventura, de los sinsabores de su corazon; y sola, aislada, herida de muerte, se irá apagando como la luz falta de alimento.

¡Cuántos asesinatos de esta clase se llevan á cabo todos los dias por mano de hombres cultos é ilustrados! ¡Oh Roberto, no quieras tú

ser del número de los asesinos que la ley no castiga; pero que si tienen alma deben llevar en ella un remordimiento eterno! Dios lo ha dicho en expreso mandato á los humanos:—DEJADME Á MÍ EL CUIDADO DE LA VENGANZA.—No te expongas á ser castigado por la justicia de Dios; eres responsable de la ventura, de la paz de tu mujer, y tienes que cumplir este deber sagrado, al que no puedes faltar impunemente.

No es necesario ser un héroe para hacer dichosa una mujer: basta con ser atento y cortés con ella, convenciéndola de que se la quiere, y diciéndoselo alguna vez: yo ignoro el por qué de no decir nunca los maridos á su mujer una palabra dulce: acaso creen perder algo de su prestigio y de su dominacion, y se equivocan de una manera lastimosa: el reinado de la fuerza, del terror y de la severidad pasó, hermano mio, y felizmente para siempre; el pensamiento no sabe ni puede retroceder, y la mayor cultura nos ha enseñado que la fuerza no es buena para nada, y que el cariño y la persuasion lo alcanzan todo.

Sé amable con tu mujer; halágala y repréndela tambien alguna vez cuando disienta tu parecer de su modo de obrar; pero repréndela diciéndole:

—Como soy la persona que más te quiere en el mundo, y que más se interesa por tí, no quisiera que hicieras esto, aquello ó lo otro.

Sí, Roberto: repítele de vez en cuando que la amas, y que solo á ella puedes amar: este es el talisman mágico que todo lo consigue, porque la mujer lo que desea ante todo, sobre todo, es ser querida.

Ten en Cecilia una noble y absoluta confianza; con caractéres como el suyo, la confianza obliga y ata con cadenas de flores, pero fuertes é indestructibles: no desconfíes de tu propio mérito, sino procura realzarlo á sus ojos, no descuidando ni tu traje ni tus modales: Cecilia te lo agradecerá como una prueba de amor, porque nada hay que destruya tan pronta y dolorosamente las ilusiones de una mujer, como esa descortés llaneza de los hombres, del marido sobre todo, que para nada quiere ya incomodarse por su esposa.

Segun sucede á todas las imaginaciones demasiado vivas, sueñas con pesares que no tienes, y hallas á Cecilia demasiado bonita: ya sabia yo que lo era, aunque tú, deslumbrado con otra belleza, no lo habias reparado: ¡cuántos desearian hallarse con el dulce chasco que tú! ¡Cuántos ven desaparecer los encantos que les habian seducido, que la dulzura de carácter era solo un lazo para cogerlos, que el cariño que se les manifestaba era una mentira, que la discrecion era charlatanería, que la elegancia se convierte en desaseo! ¡Y tú, que has hallado á tu mujer más bonita, más elegante, con más

mortal para una jóven, y más terrible aún para su familia; pero en la culpa irá el castigo, y pagará el atentar á mi reposo, ya que no sea á mi felicidad.

No creas, Roberto, que mi cólera y mi deseo de venganza sean ya un misterio para tu hermano: habiendo sabido por una amiga que mi marido pasaba con mucha frecuencia por la calle en que ella vive, y que casi siempre le esperaba en el balcon cierta jóven vecina, empecé á sospechar, y le observé con cuidado, cerciorándome pronto de que no solo estaba distraido, sino profunda y tristemente preocupado: caia de repente en distracciones extrañas; suspiraba durmiendo, y dejaba escapar entre sollozos el nombre de *Lucía*... Una mañana de la semana que hoy espira, entré de repente en su cuarto, me senté con aire resuelto, y sin más preámbulo le dije:

—Diego, tú me engañas.

Estaba sin duda en uno de esos períodos de desaliento y de sombras: porque alzó los ojos, cargados por el insomnio, del papel donde escribia, los fijó en mí tristemente, y no contestó nada.

—Todos los dias pasas por la calle de Hortaleza hácia el núm. 90, ¿no es verdad?

—Podrá ser, repuso sordamente: y ¿qué?

—Que el pasar por allí es para ver á una persona... á una mujer.

El silencio contestó solo á estas palabras.

—Habla, le dije; defiéndete de mis sospechas, ó dime la verdad.

—Pues bien, Mariana, repuso con acento casi humilde, y que levantó en mi alma todas las tempestades de la cólera: la verdad es que se ha levantado en mi corazon un sentimiento nuevo y poderoso... la verdad es...

—¡Acaba!

—¡Mariana, piensa en tí, en nuestros hijos! Sé indulgente, y espera sin quejas y sin cólera á que pueda dominar este sentimiento: yo lo conseguiré, te lo prometo: se trata solo de tener un poco de paciencia: ¿qué quieres? el alma tiene sus nublados y sus borrascas, sus dias de sol ó de tormenta... Yo ví á esa jóven por una casualidad... la oí y la amé por un impulso irresistible... la simpatía no depende de la voluntad. Mariana, tú eras entonces ágria, desdeñosa para mí, vulgar, descuidada para todo... mi alma estaba sola... ¡ah Mariana! ¡Si supiérais las mujeres hasta qué extremo se halla entre vuestras manos la dicha de vuestros esposos!...

Con tanto asombro como cólera, ví gotas de llanto en los ojos de mi marido: ¿hasta qué extremo le ha cautivado, pues, esa mujer, que así procuraba desarmar mi cólera para que á ella no la hiriese? Dominada por el enojo, me levanté exclamando:

—Yo sabré hallar á la cómplice de tus deva-

neos, y le haré sentir el castigo que merece... En cuanto á nosotros...

—¡Mariana, repuso Diego con las manos juntas; ten calma, ten prudencia! Si alguna vez me has amado, ten piedad de mí, de mis hijos, de tí misma... yo me curaré de esta dolencia moral; yo no quiero separarme de tí, porque adoro á mis hijos... pregunta á mi hermano si no le he escrito mi firme resolucion de vivir siempre á tu lado; imítame, y seamos á la vista del mundo lo que debemos ser.

Sin contestarle, salí del gabinete, y así que la cólera me dió lugar para reflexionar, escribí á Valentina, que se halla con sus hijos en la posesion de una amiga suya cerca de Toledo: pero su respuesta se hace esperar, puesto que aún no la he recibido.

No hagas que suceda lo mismo con la tuya, Roberto; dime si tú, que eres el jefe de la familia, influirás con tu hermano para que me dé á mis hijos, y además una pension de alimentos, hasta que las leyes me devuelvan una parte de mis bienes: creo que te pondrás del lado de la justicia, y que te inspirará lástima mi suerte.

Desde el dia de nuestra conversacion, no he vuelto á ver á Diego: comemos á distintas horas, y cuando él llega por la noche, ya estoy yo encerrada en mi cuarto. Abraza á Cecilia en nombre de tu hermana

MARIANA.

VI.

Valentina á Mariana.

Toledo, Setiembre de 18...

Mil veces he leido tu carta desde que ha llegado á mis manos, y no acabo de convencerme de que sea una verdad su contenido; ¡y qué, Mariana! ¿será cierto el que quieras separarte pública y definitivamente de tu marido, del padre de tus hijos? ¿Has pensado en la gravedad del paso que vas á dar, loca por la cólera y el resentimiento?

¿Qué injuria voluntaria te ha hecho mi pobre hermano? ¿En qué ha ofendido tu dignidad de mujer? Hay ultrajes de muchas clases, y sin embargo, Diego no te ha ultrajado de ninguna manera.

No, Mariana; Diego no te ha ofendido; lo que le sucede es una gran desgracia: no le separa de tí el vicio, sino un afecto del alma, que no ha podido vencer, pero que logrará dominar: yo te repito sus palabras:—"¡Ten un poco de calma y de paciencia! ¡Piensa en tus hijos, piensa en tí misma, Mariana!"—Los dias de prueba pasarán, y tú tendrás siempre la satisfaccion de haber obrado bien, y la estimacion de tu marido.

¿Crees que hay alguna mujer sobre la tierra

neos, y le haré sentir el castigo que merece... En cuanto á nosotros...

—¡Mariana, repuso Diego con las manos juntas; ten calma, ten prudencia! Si alguna vez me has amado, ten piedad de mí, de mis hijos, de tí misma... yo me curaré de esta dolencia moral; yo no quiero separarme de tí, porque adoro á mis hijos... pregunta á mi hermano si no le he escrito mi firme resolucion de vivir siempre á tu lado; imítame, y seamos á la vista del mundo lo que debemos ser.

Sin contestarle, salí del gabinete, y así que la cólera me dió lugar para reflexionar, escribí á Valentina, que se halla con sus hijos en la posesion de una amiga suya cerca de Toledo: pero su respuesta se hace esperar, puesto que aún no la he recibido.

No hagas que suceda lo mismo con la tuya, Roberto; dime si tú, que eres el jefe de la familia, influirás con tu hermano para que me dé á mis hijos, y además una pension de alimentos, hasta que las leyes me devuelvan una parte de mis bienes: creo que te pondrás del lado de la justicia, y que te inspirará lástima mi suerte.

Desde el dia de nuestra conversacion, no he vuelto á ver á Diego: comemos á distintas horas, y cuando él llega por la noche, ya estoy yo encerrada en mi cuarto. Abraza á Cecilia en nombre de tu hermana

MARIANA.

VI.

Valentina á Mariana.

Toledo, Setiembre de 18...

Mil veces he leido tu carta desde que ha llegado á mis manos, y no acabo de convencerme de que sea una verdad su contenido; ¡y qué, Mariana! ¿será cierto el que quieras separarte pública y definitivamente de tu marido, del padre de tus hijos? ¿Has pensado en la gravedad del paso que vas á dar, loca por la cólera y el resentimiento?

¿Qué injuria voluntaria te ha hecho mi pobre hermano? ¿En qué ha ofendido tu dignidad de mujer? Hay ultrajes de muchas clases, y sin embargo, Diego no te ha ultrajado de ninguna manera.

No, Mariana; Diego no te ha ofendido; lo que le sucede es una gran desgracia: no le separa de tí el vicio, sino un afecto del alma, que no ha podido vencer, pero que logrará dominar: yo te repito sus palabras:—"¡Ten un poco de calma y de paciencia! ¡Piensa en tus hijos, piensa en tí misma, Mariana!"—Los dias de prueba pasarán, y tú tendrás siempre la satisfaccion de haber obrado bien, y la estimacion de tu marido.

¿Crees que hay alguna mujer sobre la tierra

que sea dichosa hasta el extremo de no haber tenido nunca que perdonar ninguna falta? ¡Qué cándida ilusion abrigas si eso crees! Voy á contarte mi propia historia, que es la de la mujer en general.

Yo me casé enamorada de mi marido y él me adoraba: sin embargo, al cabo de dos años de matrimonio se apagó su pasion y quedó solo ese cariño tranquilo, más fuerte y más durable que los sentimientos arrebatados, pero que no excluye en los hombres las coqueterías y los caprichos.

Teníamos una casita de campo, y una tarde fuí á sorprenderle en ella: él habia salido por la mañana de casa diciendo que una buena mujer que servia de conserje le haría algo de comer: yo iba muy contenta queriendo darle una gran alegría: la conserje al verme cambió de color: yo subí callandito... al llegar á la puerta de la sala me detuve: una elegante dama arreglaba delante de un espejo el velo de su sombrero: mi marido esperaba con el suyo puesto y el cigarro en la boca, y como estaba apoyado en el marco de la puerta, me vió...

La violencia de la sorpresa y de la pena me privó del sentido: pero aún pude ver que aquella mujer era vieja, pintada, flaca, con cabello postizo, inferior á mí por todos conceptos.

Cuando volví en mí, me hallé acostada en mi cama: el hijo que llevaba en mi seno habia muerto de resultas de mi pena y de la violenta conmocion que experimenté, y mi vida estaba en peligro: yo pedia á Dios la muerte, pero Él me salvó la vida: mi marido lloró á mis piés, me pidió perdon, y yo le exigí ¡inocente de mí! la promesa de que no me seria nunca más infiel...

Dos años pasaron con tranquilidad: yo no adoraba ya á mi marido, pero tenia otro amor que llenaba mi alma entera; ¡iba á ser madre de nuevo! Una noche vino mi madre á buscarme para llevarme al teatro: atareada con la canastilla de mi pequeño, no salia de mi casa, y mi salud se resentia; mi madre me enseñó las butacas que tenia en su cartera, y me dijo:

—No me des excusas, hija mia, porque no me voy sin tí: la zarzuela de esta noche es muy bonita, y te distraerá un rato.

Llegamos á Jovellanos; ocupamos nuestros asientos, y empezó la funcion: la concurrencia era numerosa y escogida; la obra muy bonita y bien interpretada: mi padre llegó á buscarnos en el último entreacto.

No bien se habia sentado, oí risas sonoras en un palco segundo: alcé la cabeza y ví una jóven muy linda, pero de cuya clase no era posible dudar: su traje llamativo, su cabellera cubierta de polvos de oro, y el estar sola con un hombre en un palco, hacian su proceso: ¡aquel hombre era mi marido!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Este ultraje público me desgarró el corazon, á pesar de creer yo que le amaba muy poco... Debí ponerme lívida, porque mi madre me tomó por la mano, me la estrechó fuertemente, y me dijo al oido:

—¡Cálmate, ó matarás tambien á tu segundo hijo!

Mi padre subió al palco: mi madre y yo salimos del teatro tranquilamente y sin afectacion: mi marido no valía á mis ojos la pérdida de mi hijo, y traté de calmar mi pena.

Me fuí á casa de mis padres, y allí permanecí dos meses: mi marido no pudo llegar hasta mí, porque mi padre le declaró su firme voluntad de guardarme á su lado: pero pocos dias antes de mi alumbramiento, le rogué que me acompañase á la casa conyugal.

—¡Y qué! exclamó mi padre: ¿quieres volver con ese hombre indigno? ¿Aun le amas?

—Padre mio, contesté humildemente, aún puedo volver á amarle, cuando tenga á mi hijo entre mis brazos; por ahora le perdono: aunque sea un gran sacrificio el reunirme hoy con él, lo llevo á cabo gustosa por el sér inocente que espero: cuando él nazca á la luz, su carita rosada é informe, ahuyentará todos los rencores; quiero educar á mi hijo en la observancia de la ley divina, y en el respeto á los suyos: ¿qué importa el sacrificio de mi amor propio, con tal que le evite la desgraciada suerte de esos niños

cuyos padres están separados, y que arrastran una existencia dividida en dos afectos y por lo tanto dolorosa? No, no daré lugar con mi conducta á que mi hijo conozca las faltas de su padre: ámele aunque no lo merezca, y véales yo para siempre unidos!

Mi padre me estrechó silenciosamente contra su pecho, y me llevó á la casa de mi marido.

Este se hallaba solo y triste: al verme aparecer en el umbral de su cuarto se pasó las manos por los ojos creyendo que soñaba.

—¡Valentina! exclamó corriendo hácia mí.

—Sí, es Valentina, repuso severamente mi padre. Valentina que ha querido que su hijo vea la luz primera en la casa de su marido: pero sepa Vd., caballero, que la culpo por esa debilidad, y que por mí, jamás hubiera salido de la mia.

Desde aquel dia, mi marido fué para mí el mejor de los hombres, y hasta llegué á parecerle de una condicion sobrehumana: por mi parte no le dirigí nunca la más pequeña recriminacion: su hijo pedia por él, y yo volví á quererle: ¿no era de los dos aquel tesoro? Sus manecitas acercaban nuestras cabezas, y de los brazos de su padre pasaba á los mios, ó viceversa.

Mi hija vino á estrechar los lazos de una union que habia estado cerca de romperse, y mi excelente esposo me abandonó demasiado pronto en este valle de lágrimas.

Esta es, mi pobre Mariana, la eterna historia de la mujer: si hemos de ser dichosas y consideradas, tenemos que perdonar mucho: no son los hombres los que tienen más valor; somos nosotras, las mujeres, y sobre todo las madres: si no lo fueras, no te contaria los dolores de mi juventud, no te diria que siguieras unida á tu marido: la cuestion conyugal cambia por completo en una union sin hijos; pero aun así, Mariana, está segura de una verdad; la que no sufre las sinrazones ó las veleidades de su marido, sufre las de la sociedad entera: porque la mujer, sin su apoyo natural, que es su compañero, es como el pobre arbolillo que combaten encontrados y tempestuosos vientos, y que cada dia le arrancan alguna de sus frescas y humildes galas.

VALENTINA.

VII.

Luisa Vargas á Lucía Montes.

Barcelona, Setiembre de 18...

He recibido tu carta, querida mia, y si no te he escrito antes, es porque he estado cuidando á mi padre, que se hallaba enfermo de algun cuidado, y que ya sabes gusta de que yo sola le atienda en sus frecuentes dolencias: la alegría y animacion de mi carácter le distraen, y

dice que si estoy á su lado padece mucho ménos.—¡Pobre padre! Ha trabajado tanto durante toda su vida por su esposa é hijas, que al llegar á contar con fortuna, se ha encontrado sin salud: conforme iba formando su caudal, el exceso de sus tareas le abrumaba, y solo á costa de su vida ha podido proporcionarnos un presente cómodo y un seguro porvenir.

Ya vés, Lucía, que, á pesar del inagotable contento de mi carácter, razono tambien: soy más positiva que tú, y pienso que si bien el alma necesita alimento, el cuerpo le necesita tambien: es preciso descansar en un buen lecho; tener una mesa, aunque modesta, que baste á la satisfaccion de nuestro estómago, y una vivienda tranquila y en buenas condiciones de higiene y de reposo.

Tú no piensas así, ya lo sé: romántica y exaltada, para tí lo primero son los asuntos, las ilusiones del corazon: pero mira que éste puede engañarte, y creo que ahora mismo te está engañando ya.

¿Cómo has podido apasionarte de un hombre á quien no conoces? ¿Y si está casado? No es verosímil que á esa edad no lo esté, y corres el riesgo de un desengaño terrible: y más terrible aún por tu modo de ser impresionable y delicado.

Si yo estuviera en tu lugar, me informaria y preguntaria á esa señora en cuya casa le has

visto; no se puede fiar de ninguna persona por la apariencia solo, y ménos de un hombre: yo por mí sé decirte que tengo mala opinion del sexo fuerte en general y de los hombres guapos en particular: todos son nécios, presumidos, pagados de sí mismos: y así come papá dice que «no hay fea que no sea amable,» así digo yo que no hay hombre bien parecido que no esté adornado de una inmensa cantidad de defectos.

Me he formado esta opinion, y me he hecho tan prosáica como soy al ver la suerte de mis hermanas. Laura era como tú, poética, sensible, dulce como la flor del jazmin: su novio—en tanto que lo fué—era parecido á ella, y yo creo que hasta la copiaba en todo: ocultaba las uñas lo mejor que podia, pero las afilaba en secreto para el dia de su casamiento; así que fué el dueño de mi pobre hermana, empezó á mortificarla riéndose de *sus exageraciones*: así decia el primer año; pero luego decia de *sus majaderías*: la contrariaba en todo, la molestaba de todas las maneras posibles, y le daba malas contestaciones, hasta que la pobre, cansada de llorar y de consumirse, tuvo que tomar con filosofía las sinrazones de su marido ó renunciar á él y separarse. Papá le aconsejó lo primero, demostrándole los grandes inconvenientes de lo segundo.

Si Laura ha sido desdichada, Adelina no ha sido más feliz: su marido es un *Juan de las Viñas*, tan bueno, tan bueno, que empalaga; todo el mundo se burla de él: teme el qué dirán de todos, y solo de mi hermana no lo teme, deseando que ella le respete y le considere por todos los que no lo hacen: así mi pobre hermana, que no estima su carácter, que le vé muy por bajo de ella, y que está sometida á su tiranía, ni le ama, ni le estima, y vive solo amparada y acompañada con el amor de sus hijos.

He reparado siempre que en el hombre la fuerza del carácter, la firmeza de la voluntad van siempre acompañadas de la ternura de los sentimientos: carácter débil, ¡mala alma! y en el hombre es regla fija.

Cuando mis dos hermanas se casaron, María ya estaba en el cielo, y yo solo tenia doce años. ¡Ah, si fuera hoy, no les hubiera yo dejado aceptar á sus bellos esposos! ¡bien pronto les conocí! ¡muy buenos mozos, gentiles figuras! ¡muy corteses, muy amables con las gentes en general, y ahora, dentro de su casa, dándose aires de tiranos, y mirando á sus esposas como inferiores á ellos! ¡Como muchos que yo conozco, son «luz de la casa ajena y oscuridad de la propia!»

¡Ah, Lucía! aunque ese hombre, aunque ese Diego trate de casarse contigo, temo que pueda hacerte, que te haga muy desgraciada: y tengo como un presentimiento de que está ya unido á otra mujer: guarda tu corazon, y estímale en

mucho: porque un corazon puro y bueno es un tesoro, y más si late en el seno de una mujer.

Las mujeres debemos estimarnos en muy alto precio, y aun así nunca nos darán el amor y las atenciones que merecemos: á mi parecer, es lo mismo que un hombre sea más ó ménos rico, más ó ménos bien parecido, y hasta prefiero á los hombres poco favorecidos por la naturaleza: lo primero, lo esencial es que tenga firmeza y dignidad de carácter, é inmenso amor en su corazon para la que ha de ser la compañera de su vida: lo primero es que tenga buen corazon y rectitud de ideas.

A la verdad, es raro el que una niña de diez y siete años te diga todas estas cosas, á tí que cuentas dos ó tres más que yo: pero ¿qué quieres? yo tengo algo—bastante—de positivista, y además he visto al derredor mio muchas penas.

No sabes tú, mi amada Lucía, cuánto temo verte desgraciada, y cuánto ansío que no se altere la plácida tranquilidad de tu vida. Por hoy sé que la ventura dentro de las paredes de tu casa, es imposible para tí: la fortuna ciega os ha retirado sus dones, y el trabajo es el solo elemento de tu vida y de la de tu madre: pero ¿quién sabe? Dios tiene mucho que dar, y no se olvida ni de los pajarillos.

Yo es probable que no me case jamás: ¿dónde se hallará un hombre tal como yo le comprendo y le deseo para esposo mio? Y ¿cómo amar cuando solo conozco modelos perfectos de egoismo, de debilidad moral ó de tiránicas exigencias?

Me rio de todas las declaraciones que recibo, y me contento con amar á mi padre y á mis hermanas: porque tenemos el deber de soportar todos los defectos de nuestra familia; pero no debemos exponernos á sufrir los de las personas extrañas, y debemos cuidar de no unir nuestro destino al de algun ser insoportable que se haga nuestro dueño.

LUISA.

VIII.

Valentina á Roberto.

Toledo, Agosto de 18...

Me acusas, mi querido hermano de parcialidad hácia mi sexo, y de que le dedico todas mis simpatías: es decir, me acusas implícitamente de amar más á Cecilia que á tí; y como sabes que tu queja, á pesar de la ternura que encierra, es muy injusta, la formulas con cierta timidez que me hace sonreir.

Aparte del sagrado lazo que á tí me une, están tambien unidas nuestras almas por un parentesco más verdadero y más indisoluble aún que el de la sangre; nos acercan los lazos

del pensar y del sentir del mismo modo, la armonía de las ideas, y la identidad de los gustos. Y queriéndote á tí con tanta verdad y solidez, necesario es que ame sinceramente á Cecilia, y á tus hijos cuando el cielo te los conceda.

No, no doy «la razon á tu mujer,» como me insinúas en tu carta: se la doy cuando te escribo á tí; pero en las cartas que á ella le dirijo, te defiendo á tí, y no hay un detalle de que yo no me apodere para hacerte aparecer amable á sus ojos.

Cecilia tiene una bella alma, á la vez amorosa y altiva; y como la suya, hay muchas almas de mujer que cruzan desconocidas y solas el áspero camino de la vida: inclina los ojos, Roberto, al fondo de esa alma, y verás como por causa tuya se ha marchitado ya alguna de sus flores: necesita amor y cuidados, y el hielo de tu severidad la enfria, y le roba la alegría y el sol.

Si esperas para ser afectuoso con Cecilia á que ésta se queje de tu indiferencia, no lo verás nunca, porque ella jamás se quejará: pero si no cambias de sistema, la frialdad de su alma se hará cada dia más grande, y en el erial no brotará dentro de poco ninguna flor, ni vivirá ninguna ilusion.

—Mi mujer, me dices, es prosáica y nada comunicativa.

¡Ah Roberto! tu mujer no es nada todavía! tú has de formarla, aconsejándola, dirigiéndola con cariño é inteligencia: no la separes de tí, creyéndola incapaz de comprenderte; no levantes entre ambos una barrera moral, que seria cada dia más alta y más imposible de salvar: piensa que aunque Cecilia ha vivido en el seno de una familia desunida, su alma ansiaba la paz y la dulzura del hogar: tú eres para ella lo desconocido, ignora de qué manera podrá agradarte, y esta ignorancia, unida á su deseo de lograrlo, constituye ya una tortura que oscurece todas sus buenas cualidades.

Deja un poco de pensar en la política y en los negocios, para pensar en tu mujer: sal con ella, habla con ella y dale alguna parte en tu vida: y cuando los demás la hallen bonita, porque lo es, y mucho, alégrate en vez de ponerte sombrío como Otelo: ¿quisieras que la hallasen fea y desagradable?

Pero tú no sabes lo que quieres: tu espíritu inquieto, no detiene su vuelo en ningun sentimiento grave; porque los que careceis de fé religiosa, no la teneis, ni en las demás cosas, ni en vosotros mismos.

Todo lo que la filosofía, todo lo que la ciencia os enseña, es la duda cobarde, el descontento y el cansancio de la vida: de todo os quejais, porque todo lo hallais detestable y molesto; y quereis que las pobres mujeres os suavicen

el camino, y que sean alternativamente ángeles y heroinas, y eternamente mártires de vuestros sinsabores,

Mi pobre Roberto, tu ignorante hermana, que solo sabe cuidar de su casa y de sus hijos, tiene que enseñarte, á tí, hombre de ciencia, una gran verdad: y es que la vida no es un valle florido, sino una pendiente escarpada que es preciso subir elevándose sin cesar, bajo la pena de caer rodando hasta el suelo cada vez que se pierde el valor ó se trata de sentarse.

Renombre, fortuna, todos los bienes terrestres se deshacen entre las manos del débil, del que se cansa de trabajar, de luchar, de sufrir, y de merecer aquellos bienes por su propio esfuerzo: hay una maldicion unida á la cobardía social: bien sé que no tienes que trabajar para vivir, pero trabaja en hacerte mejor, trabaja para librarte de tus defectos: el trabajo es una tiranía saludable, y cura y reanima el ánimo más enfermo y más abatido; trabaja, no solo intelectual sino tambien moralmente: calma las intermitencias de tu orgullo, é inclínate hácia ese delicado arbusto, que puede crecer hasta tí si le prestas apoyo: inclínate hasta Cecilia y perdónale, no solo el ser inferior á tí, sino el agradar sin quererlo y sin saberlo á los demás.

La mujer recibe la segunda y más importante educacion de su marido; ten la triple firmeza del corazon, del talento y de la concien-

cia, y Cecilia hará de tí el ídolo de su alma; una palabra del esposo, hace de una jóven esposa una mujer feliz, y la felicidad es el orígen de las más grandes virtudes; ningun malvado, ninguna mujer sin corazon, han sido nunca dichosos.

Nada hacemos nosotras como vosotros: pensamos, amamos, hablamos de otra manera. Michelet lo ha dicho:

—«El pájaro canta y desea articular: el hombre tiene la palabra clara y luminosa, la elocuencia del lenguaje; mas la mujer tiene un lenguaje mágico: el suspiro. Apenas deja oir este lenguaje, el corazon se conmueve: no habla y ya está subyugada nuestra voluntad, y ya estamos dispuestos á todo lo que ella quiere: ¿qué arenga del hombre alcanza lo que el suspiro de la mujer?»

Así dice el gran poeta, y yo te aconsejo que no escuches con desdén los suspiros de tu mujer: ten cuidado, Roberto; de todos los extravíos de las mujeres, más ó ménos directamente, tienen la culpa los hombres; Cecilia hallará en el mundo muchos que le digan palabras dulces, y que le envien dulces miradas: deja ya tu misantropía y tus pueriles temores, y sé el compañero y el amigo de tu esposa: deja el egoismo, triste fruto de tus decepciones, y reposa en esa jóven alma: soporta la prosa que encuentres en el modo de pensar de tu mujer, y

educa su pensamiento, para que ella pueda llegar á tu altura. Las jóvenes son como esas delicadas plantas trepadorae, que si la mano de un hábil jardinero las sostiene y las enlaza, forman cortinas movibles de gracia incomparable, y que borda de flores el ambiente de la primavera: pero que si se dejan abandonadas, caen al suelo, y allí se marchitan y mueren en breve espacio.

VALENTINA.

IX.

Mariana á Valentina.

Madrid, Setiembre de 18...

Toda confusa, temerosa y llena de dolorosas aprensiones, te escribo, Valentina, deseando me digas en seguida si he cometido alguna locura, ó si he hecho lo que tú esperabas de mí.

Sola me habeis dejado, lo mismo tú que Roberto, batallar con la inmensa desgracia del desamor y del cansancio de mi marido...

—¡Dios te inspire,—me dijiste—porque yo no puedo aconsejarte!

Y antes y despues de estas desconsoladoras palabras, me decias en tu carta cosas tan graves y elocuentes, que al leerlas con reflexion, no pude guardarte rencor por el abandono moral en que me dejabas.

Mucho he meditado á mis solas: cuando por la noche se marchaba Diego, y yo quedaba en casa sin distraccion, sin compañía, sin otro amor que el de mis hijos, sentaba á éstos sobre mis rodillas, hablaba con ellos y sentia fundirse mi corazon en mil sentimientos dulces, que antes no habia conocido jamás.

Pero á pesar de todo, una cruel inquietud embargaba mi espíritu.

—¿Tendré que separarme de mi marido?—me decia.—¿Habré de sufrir la ofensa de que estando yo á su lado me sea plena, completamente infiel? ¿No habrá medio de que yo recobre la paz y el sitio que tenia en su corazon?

Esta última parte de mis pensamientos era la que más me atormentaba: ¡ah Valentina! no sabemos lo que amamos al padre de nuestros hijos hasta que estamos cerca de perderlo! Yo creia de buena fe que habia dejado de querer á Diego... error! Desde que ama á otra, desde que otra mujer me roba su corazon, es desde que he empezado á quererle con toda mi alma.

Despues de mucho llanto y de muchas reflexiones, desistí de separarme de mi marido, lo cual debí á las tiernas y prudentes reflexiones de tus cartas. Tú posees la mejor de las elocuencias, Valentina: la del corazon; y á esta no hay ninguna que se iguale.

Tomé informes minuciosos en un solo dia:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

informes que solo fueron la afirmacion de lo que yo sabia ya: en el cuarto tercero del número 90 de la calle de Hortaleza, vive una señora viuda, con una hija de veintitres años de edad, que pasa la vida trabajando para atender á sus necesidades: esta jóven, llamada Lucía, no cuenta con otros elementos de subsistencia que su trabajo: debe tener verdadero talento, porque gana bastante dinero para vivir con decencia: pinta cuadros, copia música, y de dos á cuatro de la tarde da lecciones de canto y dibujo á una docena de niñas, que reune en su casa: tiene además dos veces por semana conferencias para señoritas, en las que enseña historia, literatura y geografía.

Con todo esto, Lucía Montes, que así se llama la jóven, gana cada mes de 60 á 80 pesos, y vive tranquilamente con su madre. ¡Tranquilamente, no! He sabido por la baronesa de Júcar, tu amiga, y á la que hoy visito yo tambien con Diego, he sabido por esta dama, que Lucía padece una gran tristeza que ha llegado á comprometer sériamente su salud: su madre ha dicho á la baronesa, llorando con el más grande desconsuelo, que su hija tiene unos amores que la hacen muy desgraciada: porque su novio se obstina en no ir á su casa, aunque su madre se la ha ofrecido cuando las ha acompañado en la calle diferentes veces.

¿Cómo ignora la baronesa, cómo ignora tambien la misma madre de Lucía, que el hombre que ama esta pobre jóven es Diego, es mi marido?

¡Tristes misterios de la casualidad!

Gracias á los dulces y elocuentes consejos de tus cartas, en vez de cólera sentí un tierno sentimiento de lástima hácia esa jóven desgraciada, y de súbito se me ocurrió hacer una cosa que pusiera fin á una situacion tan aflictiva para todos.

Tomé un retrato de mi marido, el último que se ha hecho en París, y que tiene un parecido admirable: le puse en un sobre y me fuí á casa de Lucía.

Por una singular coincidencia, tampoco nos habíamos hallado nunca en casa de la baronesa, donde yo voy poco, y ella va con frecuencia: así es que al verla, quedé maravillada de su gracia y distincion.

—Señorita—le dije—sé por nuestra comun amiga la señora baronesa de Júcar, que Vd. copia admirablemente retratos de fotografías, aumentando su tamaño tanto como se desee: y queriendo dar á mi esposo una sorpresa, traigo una tarjeta con su efigie, que Vd. tendrá la bondad de convertir en un hermoso retrato al óleo.

Lucía tomó la fotografía, y aun no habia pasado un segundo, cuando exhalando un débil grito, quedó presa de un desmayo mortal, con el retrato en la mano.

Ayudé á su afligida madre á conducirla á su lecho, y habiendo enviado á la criada en busca del médico, conseguimos hacerla volver de aquella dolorosa congoja.

Pareció querer reposar, y corriendo las cortinas del lecho, la madre me hizo señas de que la siguiera fuera de la alcoba.

—¿Es este—me dijo con semblante grave y triste, y enseñándome la fotografía que habia tomado de la mano crispada de su hija—es este el retrato de su esposo de Vd.?

—Si señora—le contesté con amargura:—es el retrato de mi marido.

—¿Que se llama?...

—Diego Benavente.

—¡Es un infame!—exclamó con voz sorda la desgraciada madre;—¡ha envenenado la vida de mi pobre hija!

—Lo sé, señora, y lo deploro por ella.

—De modo que Vd. ha venido...

—A decir á Vds. la verdad.

—Crea Vd., á lo ménos, que nada hemos hecho para merecer el ódio de Vd. señora... hemos sido, mi hija más que yo, víctimas de un engaño... ¡Bendito sea Dios, y bendita sea usted que le ha puesto fin..! Quiero más que mi hija se muera, que verla dominada por una pasion desgraciada... la infeliz niña no sabia nada de cierto, pero lo sospechaba todo!...

Yo guardé un triste silencio, y dejé llorar á la madre: aquel llanto aliviaba su corazon.

—Y ahora—dijo tras una pausa y enjugando sus ojos—es preciso salir de Madrid: mi hija no puede quedar cerca de ese hombre...

—Ciertamente...—repuse;—¿tienen Vds. parientes, amigos en alguna parte? ¿Tienen preferencia por algun punto de España?

—Por ninguno, señora: somos solas y á nadie conocemos.

—¡Tiene Vd. entonces algun inconveniente en llevar á su hija á París?

—Ninguno; en más felices tiempos, Lucía deseaba mucho ir, por visitar sus museos...

—Pues dentro de ocho dias saldrán para allá, y ya tendrán buscada habitacion: allí habrá quien provea á todas sus necesidades... no hay más que hablar, sino que yo les asegure que tienen en mí una amiga de todo corazon.

Estreché la mano de la afligida señora, y salí de allí con el corazon más contento que al entrar; mi pena se habia quedado en la mitad.

Y ahora, dime, Valentina: ¿he hecho bien? ¿He cometido alguna necedad? Nada mejor se me ha ocurrido: dime tu parecer, para que se tranquilice mi espíritu.

MARIANA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X.

Valentina á Cecilia.

Toledo, Setiembre de 18...

Tienes una razon clara y un talento nada vulgar, y sin embargo, á los primeros amagos del dolor tiemblas y buscas apoyo... No es esto, Cecilia, lo que yo esperaba de tí.

Nuestras madres, si bien mucho más prosáicas, entendian la vida práctica mejor que nosotras: somos más propensas que ellas al culto de lo bello, y por lo mismo ménos pacientes para soportar la prosa de la vida, que nos parece fea, y que ofende nuestros nervios delicados.

Todas las penas de que te quejas, las sufrian las mujeres de la anterior generacion con tranquilidad, con paciencia, si llegaban á un grado de dolorosa intensidad; la esposa amaba al esposo por sus cualidades, y soportaba sus defectos: le respetaba sinceramente, y él la consideraba como á la señora de su hogar y á la dulce y virtuosa compañera de su vida.

Pero, mi querida hermana, de veinte años acá, las ideas han variado; y rebelarse contra lo que la costumbre ha establecido, es inútil y peligroso: soporta con valor las contrariedades de la vida: no te quejes de las penas pequeñas,

que á nadie compadecen por la sola razon de que todos las sufrimos, cada dia con más valor, porque cada dia nos persuadimos más de que son ineludibles.—Saber sufrir, saber esperar, son dos grandes cosas que nos hacen mucho bien, y que nos conquistan la aprobacion de todos.

Ante todo, Cecilia, es preciso *saber lo que se quiere:* fija bien la base del problema, y su solucion se hará más fácil y más clara cada dia.—¿Quieres pasar tu vida en condiciones normales, estimada de propios y ajenos, y siendo la digna y amada compañera de un hombre honrado y que posee el aprecio de todos?—Entonces soporta á tu marido tal como es; acepta sus defectos, y sin renunciar á variarle, despacio, dulcemente, dí en el fondo de tu alma y de tu conciencia:

—*Quiero y debo* amarle tal como es, y aunque no varíe en nada.

Te planteo claramente esta cuestion, porque á mi parecer, de los primeros meses de matrimonio depende el porvenir: si no pones firmes cimientos á tu dicha, esta vendrá al suelo: y si se desploma despues de mucho tiempo de angustias y de martirio, y cuando ya los años hayan agotado las ilusiones y las esperanzas, serán muy tristes los que aún te queden que vivir sobre la tierra.

Pensemos, pues, Cecilia, no en el presente

sino en el porvenir; el presente, á pesar de tus aprensiones, es riente y florido: hagamos el porvenir tranquilo, y sembremos, para recoger una cosecha abundante de paz y de ventura.

Escúchame sin asombrarte: los asombros son inútiles, ante las profundas y dolorosas verdades de la vida.—Antes que abnegacion, antes que todo, la mujer necesita tener talento, no el talento artístico que crea un libro, un cuadro ó un poema lírico, sino el talento de la vida, el útil y verdadero talento: pocas mujeres le poseen, y por eso son escasas las uniones dichosas.

No creas que tu marido ha de ser para tí un eterno y rendido amante: no pienses que ha de darte él toda la ternura de que tu alma está sedienta, y que no has hallado en tu propia familia.—Amale tú con cuanta ternura te sea posible, pero no esperes que él te ame del mismo modo: el corazon del hombre es ménos apasionado que el nuestro, y además Roberto no se halla ya en la primera juventud; pero si le amas con el entusiasmo de la tuya, entonces serás dichosa, porque es aun mayor ventura amar que ser amada.

Huye del desencanto, y para esto no compares jamás á tu marido ni con otros hombres, ni con lo que era él mismo antes de unirse á tí: míralo solo á la luz del dia presente y á la mejor luz que el amor te pueda prestar: porque

una vez en la pendiente del desencanto, se va tan de prisa que parece se dan pasos de gigante: el primer pensamiento amargo que se disimula, germina en el alma, y produce ramificaciones, cuyo resultado es incalculable.—La confianza huye, las palabras de doble sentido, esas fatales palabras *intencionadas* llegan á los labios y traen discusiones que terminan siempre en disgustos, y estos en cuestiones graves.—Las paces se hacen al principio con facilidad. Pero ¡ay! los relámpagos han iluminado ya con su luz siniestra aquel cielo tan negro!—Aun se vé de vez en cuando la bóveda azulada... brilla alguna estrella... todavía un bello rayo de la luna de miel se escapa de una nube henchida de tempestades... pero muy pronto se envuelve el cielo en densa oscuridad: los astros se ocultan, y la esperanza huye para jamás volver!...

Evita con cuidado, mi amada Cecilia, el primer disgusto: está siempre en un temple de alma dulce é igual, y persuádete de que Roberto te quiere con toda el alma.—Las cualidades de su alma podrán ser inseguras y fluctuantes... ¿Qué hombre puede atribuirse á sí mismo con razon, un espíritu viril?—Los hombres, con todas sus pretensiones de fuerza, son más débiles que nosotras, puesto que no saben vencerse, como nosotras nos vencemos.—Roberto vale más que otros muchos, porque, podrá tener un carácter

desigual, sombrío y hasta injusto algunas veces, pero las cualidades de su corazon y de su inteligencia son altísimas: son de nobleza incomparable.

Hay en tu union con él una condicion segura de dicha: por mucho que tú valgas intelectualmente—y estás muy por encima del nivel de tu sexo—Roberto te iguala en la comprension, y felizmente, te aventaja en la cultura del espíritu: y digo *felizmente*, porque no puedes imaginarte, Cecilia, qué gran elemento de desgracia es el que la mujer sea superior á su esposo.—Hasta hoy los hombres, sin saberse explicar bien la rebelion de su amor propio, decian que "para mujer propia, es la mejor la más tonta." Pero no está la forma adecuada á su pensamiento, puesto que las tontas y las superficiales, les aburren grandemente: lo que deben decir, lo que quieren, es que la mujer no les aventaje, ni en cultura, ni en entendimiento: lo cual les impone el deber de mejorarse, porque la mujer adelanta cada dia más en el terreno del *pensar*, aunque se haya estacionado, y aun retrocedido en el del sentir.

Ten cuidado, hermana mia, de hacerte fuerte contra el amor de tí misma, es decir, contra el egoismo: nada es más propio que esta adhesion al propio sér, porque su fruto amargo es la injusticia: y nada hay tan noble, tan digno de la mujer, como ese divino amor que halla su

bien en la dicha de los otros, es decir, en el deber cumplido.

Mucho tiempo pasará quizá antes de que esta página, donde mi pensamiento escribe una leccion de amor, se despliegue por completo ante tus ojos: hay palabras que parecen sencillas, apenas escuchadas en el momento en que se pronuncian ó se escriben; pero de las cuales la influencia durable y profunda, es una prueba de que tienen su orígen en la eterna verdad.

Quiera Dios que así sean las mias para tí, mi querida Cecilia; aprende á sufrir por los tuyos, á amar á tu familia, á interesarte por todos los que sufren: una vez aprendida la gran leccion de amar y de vencerse, una vez grabada en el fondo del alma, ella supera todas las dificultades de la vida, é ilumina sus más sombríos misterios.

Mas esta sublime leccion, no se aprende en medio de los placeres de una vida brillante, é inundada del sol de la dicha: solo en el silencio del dolor, solo en el recogimiento de la idea, es como adquirimos esa ciencia divina que enseña á amar y á perdonar, ó lo que es lo mismo, á sufrir: y este gran precepto de la vida, fecundado por nuestras lágrimas, nos da un dia frutos llenos de dulzura, que saboreamos con una alegria apacible, nacida de la radiosa serenidad del alma.

VALENTINA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

XI.

Valentina á Mariana.

Toledo, Setiembre de 18...

He recibido tu carta, mi querida hermana, y me apresuro á enviarte el parecer que deseas acerca del paso que has dado respecto de tu marido: solo puedo enviarte elogios muy sinceros, pues si bien no has tenido en este asunto toda la delicadeza que era deseable, hay que pensar en que estabas muy amargada, y en que atendido tu carácter, te has mostrado demasiado generosa. Yo, en tu lugar, hubiera hablado á la madre de esa pobre jóven, y le hubiera enseñado *á ella sola* el retrato: solo la mano de una buena madre puede cerrar, despues de abrirla, tan mortal herida: porque la mano de su madre hubiera hundido el puñal en el seno de Lucía lo más suavemente posible, para derramar en seguida en la llaga el bálsamo de su amor.

Algo tiene de cruel lo que has hecho, Mariana; y sin embargo, hay tanto de noble y bueno en tu decision de conservar un padre á tus hijos, que no puedo acusarte. Has alcanzado *la mayor de las victorias*, que ha sido vencerte á tí misma, y no poner el pié en el deplorable

camino del ruido y del escándalo, camino que está vedado á todas las madres.

Supongo que al decir á la madre de Lucía que hallarian en París un asilo dispuesto para recibirlas, pensabas en Roberto, y has hecho bien: nada de lo que sirva para evitar ó dulcificar una desdicha tuya, se negará á hacerlo: es rico en fortuna, y más rico de corazon. En cuanto á Cecilia, es un ángel, y Lucía hallará en ella una tierna amiga.

No te digo que les ofrezcas ningun adelanto de dinero, porque no lo admitirian: aunque pocos, personas tan arregladas como esas dignas mujeres, no estarán sin algunos ahorros: ya en París, de Roberto admitirán algun préstamo, que estoy segura podrá satisfacer Lucía con su trabajo.

Y ya que has dado el paso primero y más penoso, mi querida Mariana, sigue por ese camino: ve á visitar cada dia á *tu enemiga*, y el odio, esa gangrena del alma, desaparecerá de la tuya: acompáñalas, protégelas hasta que salgan de Madrid: y si como supongo esa desgraciada jóven tiene que pasar por una grave enfermedad, pues el cerebro no sufre impunemente tan rudos choques, cuídala, consuélala, y esa será tu mejor venganza: cuidar y curar el mal que ha causado tu marido. No es esa la sola herida que tienes el deber de curar, mi pobre Mariana: tu deber es tambien curar la que hay en el co-

razon de Diego: hay dos cosas—y son las más graves de la vida—en las que no hacemos nunca *lo que debemos*, ni aun *lo que queremos;* sino *lo que podemos:* estas dos cosas son las que tocan á la conciencia y al corazon: la fe religiosa, no es á veces tan férvida como quisiéramos, y la misma ilustre Doctora Santa Teresa de Jesús, se afligia profundamente algunas veces, al notar que oraba sin fervor alguno, y que su imaginacion se distraia corriendo por los senderos terrenales.

La oracion la calmaba al fin, más pronto ó más tarde, y su alma se acordaba con las palabras que salian de sus labios.

Pues si en esto es la voluntad independiente, lo es mucho más en los asuntos del sentimiento: en vano es proponerse querer una cosa ó dejar de querer otra; en vano algunas veces el desprecio de las malas cualidades, la desestimacion de una persona, quiere empeñar reñida batalla con el amor: hay quien ama con ceguedad, y desprecia profundamente el mismo objeto que le subyuga y le atrae fatalmente: y hay quien estima altamente las cualidades de una persona, y sin embargo, no puede amarla.

Te repetiré ahora lo que en una de mis últimas cartas te dije. Diego no te ha ofendido deliberadamente: no hay hombre que sea esposo y padre, si tiene una conciencia moral sana y recta, que ame con alegría en el alma á una

mujer que no es la suya: hay en las afecciones ilícitas un sabor amargo que ninguna sutileza del corazon puede endulzar; la conciencia levanta su voz severa, y quita al desdichado víctima de la dolencia moral, el sueño, el reposo, la alegría, la serenidad del ánimo y el valor.

Y en estos hombres—que segun dice el mundo "se extravían," y segun yo creo son más desdichados que culpables—entre ellos los hay tan severos, que son á la vez sus jueces y sus verdugos; acaso Diego, exasperado por su fatal pasion, y no pudiendo, ni vencerla ni transigir con su conciencia, hubiera salido de este mundo por la sombría puerta del suicidio.

Yo te lo confieso, Mariana: desprecio mucho á los hombres que pasan su vida en devaneos, conquistas, é infidelidades *de ocasion*, como hay tantos en el mundo: esos carecen á la vez de corazon y de dignidad, y no sé si son más imbéciles que otra cosa: pero el hombre que se siente avasallado por una sola pasion, fuerte y exclusiva, merece mi estimacion, y le dedicaria una tierna piedad, aunque fuera mi marido y el padre de mis hijos.

¡Qué bello papel te designa la Providencia! Si lo estudias y le comprendes, tú serás la dueña absoluta del corazon de tu marido, y eso antes de mucho tiempo: no desmayes, Mariana, en la árdua tarea de mejorarte á tí misma: el hombre se prenda de una mujer que vale ménos

que la suya, y esta regla es tan general que nadie la ignora: pero cuando su mujer es bonita como tú, buena como tú, y además de ser estas dos cosas le halaga, se viste para él, cuida de su casa, y es en fin su compañera y su amiga, le parece, y con razon, que no debe ir á buscar fuera de su casa lo que no ha de ser mejor que lo que posee en la suya.

Escribe á Roberto, ó yo le escribiré, para que vaya á esperar é instale á las señoras de Montes: no habiendo estado nunca en una poblacion tan populosa como es París, se verian doblemente angustiadas, ya por la gran pena que las acompaña, ya por las dificultades con que se tropieza en todo país desconocido.

Y tú, mi querida Mariana, tranquilízate: la serenidad del ánimo es necesaria para todo, y sobre todo para conjurar las tormentas de la vida.

VALENTINA.

XII.

Roberto á Mariana.

París, Setiembre de 18...

Mi querida hermana Valentina me ha referido tu comportamiento en el árduo y doloroso asunto que tanto interesa á tu reposo, y al porvenir de tus hijos; y aunque las sutilezas de su

corazon, demasiado tierno y generoso, le hacen creer que no has obrado con toda la delicadeza deseable, yo te aplaudo, y te rindo todo el homenaje que merece una mujer honrada, una buena esposa, y una amorosa madre de sus hijos.

Valentina es un génio, es una santa, y tiene mucho tambien de ideal y de sílfide: no es posible mayor aptitud para el perdon, abnegacion más noble, olvido más grande de las injurias, que los que ella atesora; pero no todos somos perfectos como mi hermana, como esta hermana que forma el orgullo de su familia, y que parece haber venido solo á la tierra para ser el modelo de todas las virtudes.

Apréndelas en ella, Mariana: imita en todo á Valentina: porque lo mismo Diego que yo, y que todos los hombres que la conocen y la tratan, ven en ella el ideal de cuanto es adorable y adorado.

Es cosa muy difícil—casi imposible—el unir una gran bondad y un gran talento: porque este último está dotado de tan grande penetracion, que no se le escapa ni un solo defecto. Conocidos los defectos, solo una gran bondad de carácter los dispensa, y la bondad es aun más rara que el talento, en esta vida egoista y miserable.

Valentina tiene en sus manos los hilos ténues de que depende la dicha de todos los su-

yos: á cada uno nos calma, nos anima, nos tranquiliza, nos da valor, y sostiene con el más tierno cuidado nuestra fe cristiana, faro que alumbra los más oscuros caminos de la vida; pero el terrible problema que ha surgido en la tuya, mi pobre Mariana, exige una perfeccion y un valor que no todas, si no casi ninguna mujer del mundo puede tener.

Yo te aplaudo lo que has hecho, y creo que has hecho lo que debias: cuando Lucía y su madre lleguen á París, estaré yo esperándolas, y Cecilia irá á visitarlas dos ó tres dias despues: tendrán habitacion preparada y nada les faltará.—Tu solicitud, la insistencia con que me ruegas por esas dos pobres mujeres, me han enternecido profundamente: tú eres buena, Mariana, y así me complazco en reconocerlo: jamás olvidaré que ultrajada por mi hermano, has oido la voz de Valentina y la mia, y en vez de dar un escándalo que nos hubiera causado un disgusto mortal, has decidido permanecer en tu sitio de esposa y madre, como el soldado valeroso que á pesar del silbar de las balas, decide morir abrazado á su bandera.—¡Gracias, Mariana, en nombre de tus hijos, en el mio, en el de tu marido, y el de toda mi familia, á la que hubiera cubierto de ridículo el proceso de tu seperacion: yo estrecho con ternura y gratitud, la delicada mano que tantas veces habrá enjugado lágrimas causadas por mi hermano!

Y no creas por eso, que ni Valentina ni yo somos capaces de aconsejarte que lo sufras todo de tu marido, no: el sufrimiento y la resignacion tienen sus límites, y nosotros te los marcaremos si es preciso. Hoy Diego, más que culpable, era desgraciado: no se trata de un estravío de los sentidos, del apetito de un momento, si no de un amor tierno y verdadero, que hizo nacer en su alma la soledad moral en que tú le dejabas; pero si suceden á este sentimiento delicado los errores del hombre vicioso; si te pospone á mujeres indignas, si reincide en la culpa de hoy, yo seré el primero que te ordene dejar la casa conyugal y ponerte con tus hijos bajo mi proteccion, que no ha de faltarte nunca: para tí seré un hermano: para tus hijos un padre cariñoso.

Por tanto, mi buena y querida Mariana, vive tranquila, y no temas jamás que te falte amparo moral, ni familia que te escude ante la sociedad: sufre cuanto sea decoroso sufrir, cuanto no menoscabe tu dignidad de madre y de esposa; pero sabe en todas ocasiones guardar tu sitio, y no dejarlo por una bondad mal entendida.

Gracias debes dar al Cielo por haberte deparado una amiga como Valentina: ¡cuántas pobres esposas han abandonado su hogar por los pérfidos consejos de una amiga envidiosa! ¡Cuántas han roto violentamente el hilo de su

destino, extraviadas por un instante de celosa cólera! ¡Cuántas sin apoyo y sin consejo en la ruda batalla de la vida, han ido cayendo de error en error ciegas y desatentadas, y el mundo, cruel, las ha juzgado culpables, cuando solo han sido desgraciadas!

Tú no sabes, Mariana, no puedes saber, como los hombres lo sabemos, de qué manera cruel y despiadada se juzga á la mujer separada de su marido: toda la culpa de la tragedia doméstica—que tragedia y terrible resulta de romper lo que la ley divina ha unido—toda la culpa del funesto accidente, cae sobre la débil cabeza de la mujer, á no ser que ésta cuente con el amparo de la familia de su marido: y este amparo no le es otorgado jamás por completo, aunque se la reconozca inocente, aunque haya sido mártir de toda clase de sinrazones y de injusticias: porque la familia del verdadero reo no quiere quitar á éste la razon, y dársela á los ojos del mundo á la extraña, á la que quizá aborrecian y envidiaban sordamente antes de que entrase en su familia, y mucho más despues de estar en ella.

No será esa tu desdichada suerte: no has de tener que sufrir las injusticias de todos, por no haber podido soportar las de tu marido. Tú eres *nuestra,* y no solo de él: nunca te faltará nuestro amparo y nuestro amor; mas para merecerlo, sigue sufriendo con paciencia, y por ahora

excusa, perdona y compadece á tu marido, que lo merece y lo necesita.

Cecilia te abraza, como muy cariñosamente lo hace tambien

ROBERTO.

XIII.

Lucía á Luisa.

París, Octubre de 18...

¡No, no te engañaban tus presentimientos, mi tierna y previsora amiga!... ¡La radiosa luz de tu razon te hacia ver claro, y á mí la poesía y el idealismo de mi organizacion de artista, me ocultaban la verdad!...

El lugar en que está fechada esta carta, en vez de sorprenderte, te hará comprender, no toda la terrible verdad, sino que algun infausto suceso ha tenido lugar en mi vida: y no te equivocas ¡por espacio de cinco meses me he dejado amar por un hombre casado! *Amar* he dicho... y he profanado esa santa y sublime palabra: ¡no, no he sido amada! ¡he servido de entretenimiento al aburrimiento de un hombre cansado de la dulce monotonía del hogar: he sido la triste víctima de un engaño, y me veo degradada á mis propios ojos por haber sido tan crédula y tan nécia!

Perdóname, Luisa, este extravío de que soy

inocente: mi desdichada y fatigosa vida, dedicada á un duro y asíduo trabajo, sin otra compañía que la de mi madre, sér bueno é inofensivo, pero que no me sigue ni en el vuelo de la imaginacion ni en la cultura de las ideas; mi solitaria vida me hacia ansiar alguna compañía moral para mi espíritu, y creí, en efecto, encontrarla.

La misma ofendida esposa vino á mi casa, y desgarró con mano brusca, pero no irritada, el velo que cubria mis ojos: traia un retrato, y me encargó que le sacase una copia en tamaño mayor: ¡era de él! ¡de Diego! Al oirle decir que era aquel su marido, toda la sangre afluyó á mi corazon, y caí sin conocimiento con el retrato en la mano.

He tenido una fiebre cerebral que me ha durado quince dias, y durante la cual mi pobre madre ha hecho prodigios de abnegacion: ¡ah! ¡Dios ha castigado la soberbia de mi espíritu, por creer á mi madre inferior á mí en inteligencia! ¡Por prosáicos que sean nuestros padres, no hay amparo más dulce y más verdadero que el suyo, no hay talento en el mundo que iguale á su amor: y el amor es lo que da ricos y sabrosos frutos, en tanto que la inteligencia solo sirve para alumbrar con sus rayos todas las inmensas y varias desolaciones de la vida!

¡Sí, Luisa! seamos humildes y agradecidas

de corazon para nuestros padres, y amémoslos como á lo mejor para nosotras de todo lo que hay en la tierra.

¡Muy desgraciada soy! toda la ternura—y es mucha—que cabe en mi corazon, la habia dedicado á ese hombre... y hoy, rotas todas las esperanzas de mi amor, lejos de mi patria, en tierra extranjera para mí, donde me ha conducido la mano piadosa de mi madre, y la más piadosa todavía de la esposa á quien sin saberlo ofendí, siento el vacío debajo de mis piés, y me parece que me falta el aire para respirar y la luz para los ojos, que solo ven tinieblas y amargura!

¡Oh, Luisa! ¡si supieras cuánto queria yo á Diego! ¡solo al verle me parecia que entraba en toda mi alma una como plenitud de vida! Mi ánimo, fatigado por los árduos cuidados de la existencia, pues sin ser esposa ni madre, tenia que proveer con mi trabajo á todas las necesidades de la mia, descansaba, y el eco solo de su voz me inspiraba confianza y fortaleza!—¡Qué hermosa, qué noble y varonil era su figura; y digo *era*, porque para mí ha muerto! ¡Qué distincion tan grande! ¡qué melancólica dulzura en sus ojos, que parecian implorar el amor y la confianza! ¡Poco á poco, y sin saberlo yo misma, habia ido haciéndole dueño absoluto de mi vida y de mi pensamiento, para hallarme de repente y para siempre en la más espantosa soledad!

A nada de lo que han exigido de mí, he opuesto objecion ninguna: la esposa de Diego, de acuerdo con mi madre, ha ordenado todos los pormenores de mi viaje: esta señora es muy bella y muy buena: dotada de una arrogante figura, alta, torneada, con un aspecto que dice muy claro estar dotada de fuerza física y moral, á mí me causa como una especie de temor, y parezco á su lado una muñeca de biscuit, aunque ya sabes que no soy baja de estatura: pero soy tan endeble como ella es fuerte y robusta.

Al llegar á París, nos esperaba un caballero muy elegante y muy parecido á Diego: nos dijo ser D. Roberto Benavente, hermano mayor de aquel, y que ya nos tenia preparada habitacion: y en efecto, nos condujo á la calle de Provenza y nos instaló en un bonito entresuelo, amueblado con mucha sencillez pero con muy buen gusto.

Consta de dos pequeñas piezas con un gabinete, de tocador la última; de dos cuartos interiores en un pasillo y de una cocina sumamente reducida.

—La comida—dijo el Sr. Benavente—la traerán de un *restaurant* cercano: están pagados seis meses de alimentos y habitacion.

—Mañana, caballero, arreglaremos cuentas, dijo mi pobre madre con la frente cubierta de un rubor doloroso.—¡Pobre madre! ¡Deber el

techo que la abriga y el pan que ha de alimentarla, á la familia del hombre que tanto daño ha causado á su hija! ¡ah! ¡yo comprendí bien la dolorosa expresion de su semblante!

Despues de una pausa, continuó:

—Mi hija y yo tenemos algunos ahorros, que nos servirán para los primeros gastos, y despues trabajaremos... ¡oh sí, caballero, trabajaremos! añadió conteniendo la protesta de su interlocutor: en Madrid lo hacíamos tambien, porque Dios nos ha quitado los bienes que nos dió, y debemos humillarnos ante su voluntad.

Cuando quedamos solas, me arrojé llorando en los brazos de mamá: ¡ella tambien expatriada por mi culpa... y á su edad! Le pedí perdon arrodillándome á sus piés, y ella me levantó con ternura y me dijo que, lejos de culparme, solo deseaba dulcificar mi desgracia.

Ya te diré lo que hago, Lucía: quiero trabajar mucho para olvidar: daré lecciones de español, de música, de italiano y de dibujo. Dios me ayudará, y mi madre no carecerá de nada, siendo esto un bien para mi corazon desgarrado.

Adios, mi buena Luisa; escríbeme tú, que bien lo necesita tu

Lucía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIV.

Diego á Roberto.

Madrid, Octubre de 18...

¡Gracias, mi querido y excelente hermano! gracias por todo cuanto has hecho en favor de Lucía y de su madre! A no ser por tí, ¿qué hubiera sido de ellas, perdidas en las sombras por esa gran ciudad?

No he culpado un solo instante á mi mujer por su línea de conducta: ha sido brusca como su carácter, cruel á mis ojos, y á los de toda persona delicada, inconveniente y osada: pero estaba en su derecho haciendo lo que ha hecho, si no por amor á mí—que poco me importa ya de su amor—al ménos por el bien de sus hijos y por su reposo.

¡Ay! este no ha de volver á alterarse por causa mia! el último destello de vida y de pasion se ha apagado en mi alma al perder á Lucía! ¿Será que ésta salga de lo vulgar de su sexo? ¿Será que acumule perfecciones ideales? No es esto último, pero sí es lo primero: no es lo usual hoy en el sexo femenino el candor, la honradez, la sinceridad que residen en el alma virginal de Lucía, no! ¡Ningun matiz de la coquetería conoce ella; sus blancas mejillas no se han teñido jamás con los productos de la química;

sus cabellos tienen la belleza que deben á la juventud, y en sus labios de púrpura jamás se ha posado la mentira!—Y así como su rostro es su alma... no es posible hallar una fé cristiana más sencilla, y á la vez más firme que la de esa jóven: no conoce, y por lo tanto, no emplea ningun subterfugio para cumplir con su deber: sola con su madre, ha convertido en deleitoso placer el tedioso cuidado que exige: porque su madre es una mujer egoista, regañona, displicente, y que nadie puede sufrir, excepto su dócil hija.

Lucía saca su fortaleza de la candidez absoluta de su carácter: nada le parece que es malo, y á las acciones de todo el que la rodea da la interpretacion más favorable: esta adorable caridad nativa es la más bella y la más completa de todas, porque no nace del precepto ni de la enseñanza, sino de la bondad genuina del corazon. Y esta es la caridad hermosa de Lucía: de seguro que aunque me culpe en el fondo de su alma, es sin rencor y sin amargura; y en los repliegues de su conciencia ó de su bondadoso corazon, halla alguna excusa á mi infamia.

No es Lucía una de esas bellas muñecas que seducen los sentidos, y que despiertan el más terrible de los sensualismos, el del espíritu: el dominio omnipotente que ejerce, es en el alma; á su lado, el corazon del hombre más débil comprenderá su deber, y hallará lo que en nuestra época va siendo difícil: fuerza y valor

para soportar la vida: al verla á ella resignada con una vida de incesante trabajo, al lado de una madre egoista y vulgar, se siente valor para soportar las más violentas borrascas de la vida: á la edad en que yo me hallo, es la mejor compañía esta mujer superior, que vale todo lo que puede valer el mejor de los amigos.

A lo ménos me queda en mi desgracia el consuelo de no haberla comprometido: jamás fuí á su casa, á pesar de que su madre me la ofreció algunas veces: la vida casi claustral que hacian estas dos pobres mujeres no admitia gran deseo de visitas por una parte, y por otra, á mí me dolia en el alma el comprometerlas.

No te pregunto, mi querido hermano, lo que hace Lucía en París, porque lo sé sin que nadie me lo haya dicho: trabajar: su valor es grande, y buscará en una ocupacion incesante, á la vez que el alivio de sus penas, recursos para la vida.

Algunas veces me pongo á pensar cuántos hombres desdichados como yo habitarán la superficie de la tierra: cada uno lleva su drama en el fondo del alma, y los que paseamos tranquilamente y con la sonrisa en los labios, somos acaso los más heridos, mucho más heridos que los que hacen ostentacion de sus penas.

Mi pobre mujer hace en favor de la paz mucho más de lo que yo esperaba: tomando en cuenta lo vulgar de su inteligencia, no se le puede pedir más: yo la estimo como á la madre

de mis hijos; pero si alguna vez me engañé creyendo amarla, ya estoy bien desengañado de que jamás ha sido así, y que formamos uno de tantos matrimonios que viven como los mejores amigos del mundo, y que sin embargo no se profesan más que un cariño puramente amistoso.

Es preciso ser hombre, sin embargo, y voy á adelantarme á una reprension que acaso merezco: sí, Roberto, leo en el fondo de tu pensamiento, y sé que me acusas de mal padre, porque al parecer jamás pienso en Irene y en Adriano: no lo creas; los sentimientos del padre han sobrevivido á la ruina de todas mis esperanzas, al caos que hay en el fondo de mi pobre corazon.

Desgraciadamente Adriano se parece á su madre en lo poco activo de su imaginacion, en la vulgaridad de sus gustos y en lo poco desarrollado de los sentimientos, é Irene no desmiente la raza de los Benavente: tú mismo, cuando hace pocos meses estuve con ella en París y á tu lado, la llamabas, *la pequeña Valentina*, y adivinabas lo que es: aunque hubiera tomado vida en el seno de nuestra hermana, no podia ser más semejante á ella: y esto, que seria un bien para mí tratándose de mi hijo, pues tendria en él un amigo fiel é inteligente, es un gran mal tratándose de mi hija, cuya viva impresionabilidad, unida á su condicion de mujer, la harán siempre desgraciada.

Irene ama á su madre, porque su alma es toda ternura, pero no la estima; y esta es una de las mayores desgracias que puede experimentar una criatura humana. Cuando Mariana hace alguna apreciacion vulgar, cuando da á alguna cosa una interpretacion equivocada, las dulces facciones de Irene se entristecen, y revelan un sentimiento de dolor que está muy en disonancia con su tierna edad de nueve años; ella adoraria á su madre si ésta fuese una mujer superior: pero como la pobre Mariana se halla muy lejos de serlo, su hija sufre á la vez en su corazon y en su amor propio.

Es un gran mal el que los hijos valgan más que los padres: para que el respeto tenga una base sólida y segura, debe proceder de la superior valía de la persona respetada: porque si no, el respeto no es una verdad, sino una imposicion de las leyes sociales, que oprime y mortifica.

Por eso quizá Irene demuestra hácia mí una profunda simpatía: acaso el tierno corazon, el lúcido entendimiento de esta niña comprende que su padre sufre, y que no hay en su vida elemento alguno de felicidad: ¿quién sabe? la mirada inocente de la infancia es á la vez muy penetrante, y comprende fácilmente problemas sombríos que escapan á inteligencias superiores: hay en los niños intuiciones que son á la vez prodigiosas y muy tristes.

Tranquilízate, Roberto, y está seguro de que seré buen padre á pesar de la soledad moral en que mi destino me ha encerrado como en un sudario de plomo... pero tú, mi excelente, mi querido hermano, no abandones á Lucía, y háblame de ella alguna vez.

DIEGO.

XV.

Lucía á Mariana.

París, Octubre de 18...

Llena de pena el alma, pero sin rubor en la frente, tomo hoy la pluma para dirigirme á usted, estimada y distinguida señora: si por algunos meses he sido causa de que Vd. sintiera una pena muy amarga, he sido causa involuntaria é inocente: toda mi culpa ha sido la irreflexion: amé, y no supe á quién: y para que me perdone y se dé cuenta de cómo fué el caer en una culpa cuya sola idea me horroriza, voy á decirle algo de mi vida y de las tristes circunstancias que la rodean.

Tuve un padre tierno, ilustrado, que me amaba con pasion, y que me hizo dar una educacion muy esmerada y muy costosa: me hizo aprender la música, la pintura, los idiomas francés, inglés é italiano: dirigia mis lecturas y me hacia discurrir acerca de ellas: en una

palabra, me enseñó á pensar, y desenvolvió mi sensibilidad natural hasta el más grande extremo.

Si mi padre hubiera vivido, esta educacion moral é intelectual hubiera sido un gran bien: pero mi padre falleció á consecuencia de un gran disgusto: perdió toda su fortuna en una jugada de Bolsa, y no pudo sobrevivir á su ruina y á la de su familia: un ataque cerebral le arrebató á nuestro cariño.

Tenia yo entonces diez y siete años, y me pareció que habia quedado sola en toda la extension de la tierra: íntimamente unida á mi padre, y bastándome su amor y aquella tierna amistad y simpatía que nos unia, habia tenido poca intimidad con mi madre, señora muy buena, pero cuya inteligencia tenia un nivel infinitamente más bajo que la de su marido: mi padre se habia casado seducido por la gran belleza de mi madre: pero aún no habian pasado seis meses, cuando se halló mortalmente solo, como todo el hombre que se casa llevado de una alucinacion de los sentidos. Cuando yo nací, se dijo que haria de mí lo que hubiera deseado que fuese mi madre, para que yo pudiera hacer á un hombre feliz, y para que fuese siempre su amiga y su compañera.

Mi madre era tan hermosa como buena: tenia lo que es comun en las mujeres de escasa imaginacion: una gran bondad de alma: jamás

se ofendió del tierno amor que yo profesaba á mi padre, ni se dijo que aquello podria ser con el tiempo un mal para ella: dedicada á las faenas mecánicas de la casa, estaba contenta con el cumplimiento de su deber, y con vernos en perfecta salud y rodeados de comodidades.

Cuando me vió muy enferma por el dolor inmenso de la muerte de mi padre, se sentó al lado de mi cama, y apoyando en su pecho mi cabeza, me dijo con una ternura casi humilde:

—Hija mia, yo no podré llenar el vacío de lo que has perdido: tu padre valía mucho, y yo no valgo nada: pero tengo un corazon para amarte, y este corazon será tu abrigo y tu escudo mientras dure mi vida: tu inteligencia estará sola, tu alma no, porque la mia le dará calor.

En aquel instante, señora, conocí cuánto valía mi madre y que así mi padre como yo habiamos sido injustos con ella: la abracé, y la aseguré que solo para ella queria vivir, y que en medio de nuestra pobreza, sentia una gran felicidad al pensar que tenia que trabajar para ella: la aseguré de mi amor y de mi respeto, y la prometí tener valor para no afligirla.

¡Ah señora! ¡Procure Vd. siempre que sus hijos sean sus amigos! Que la vean tan alta, que nada conozcan mejor y más amable que su madre! Porque yo, aun con el más vivo empeño de hallar en la mia un sér con quien simpatizar en mi soledad moral, no pude lograrlo.

Mi madre era muy bondadosa, como ya he dicho, pero con una bondad mal entendida: me dejaba hacer en todo mi gusto, y parecia haber hecho abstraccion completa de su voluntad: éste me parecia mal hecho de su parte, y echaba de ménos el dulce yugo que proteje y acompaña en la vida: me parecia que estaba del todo sola, y lo estaba realmente: así nació en mi alma un deseo irresistible de hallar otra alma, y hallé un hombre en mi camino que me pareció reunir todas las cualidades del ideal con que soñaba yo... quién era este hombre, ya lo sabe Vd.

Despues de cinco años de soledad moral, creí haber hallado la dicha: nunca habia querido aceptar compromisos de amor y matrimonio, en los cuales mi corazon no tomara parte: porque me imaginaba que, si es doloroso en un matrimonio el que el marido sea muy superior á la mujer, debe serlo mucho más el que la esposa sea superior á su marido; y nunca hubiera aceptado esposo que no valiese mucho más que yo.

Lo demás que ha ocurrido, ya Vd. lo sabe, señora: cuando supe mi involuntaria culpa, estuve á punto de morir... ¿y por qué no decirlo? Sentí el dolor más agudo de mi vida al ver venirse al suelo todas mis esperanzas de ventura: yo amaba por la vez primera de mi vida, y no sabria amar dos veces.

Perdon, mil veces perdon, señora mia: de rodillas, llenos los ojos de lágrimas, con las manos cruzadas, se lo pido: hasta que Vd. me lo otorgue, no podré vivir en paz con mi conciencia, ni podré tener sueño tranquilo.

Aquí estamos ya instaladas mi buena madre y yo, y creo que para largo tiempo: pero ya no necesitamos de los auxilios de Vd. ni de los de su digna y respetable familia: tengo ya tres lecciones de español y tres de piano: además copio música para un almacen, y mi madre aplancha encajes para algunas grandes damas que los usan diariamente. Sin rubor ninguno confieso á Vd. nuestras modestas ocupaciones: hasta que se ha cumplido el primer mes de nuestro trabajo, hemos vivido de algunos ahorros: al cumplirse el mes, hemos reunido una bonita cantidad: mamá trabaja tambien en tapicería, y yo hago flores algun rato: trabajamos mucho, pero estamos contentas... es decir, contentas en lo posible... yo, señora, soy muy desgraciada, y no la quiero engañar, diciéndole lo contrario... pero el trabajo es un fiel amigo, y una buena y dulce compañía: y además, gracias á Dios, tengo la conciencia limpia de toda mancha, porque así que conocí el mal, huí de él con horror, con la firme intencion de huirle toda mi vida.

Solo me resta, señora, dar á Vd. mil gracias por su bondad sin límites: pudo Vd. ha-

berme hecho mucho daño, haber destruido mi reputacion, y haber dado á mi madre un disgusto mortal: Dios la bendiga por no haberlo hecho, y Él la dé toda la felicidad que la desea de todo corazon, la que es su más agradecida y respetuosa servidora,

LUCÍA MONTES.

XVI.

Roberto á Valentina.

París, Octubre de 18...

Admirado estoy, querida mia, al ver el mucho tiempo que te detienes en esa antigua y triste ciudad de Toledo: aunque estoy lejos de tí, mi pensamiento te acompaña, porque la verdad es, hermana mia, que tú has sido, eres y serás, mi sola compañia moral en este mundo.

Dime ante todo qué atractivos hallas en esa pequeña poblacion, para permanecer aún en ella, á pesar de haber pasado ya el verano, y hallarnos en pleno otoño: ¿has encontrado en ese rincon de mundo algo que interese á tu corazon? No me extrañaria, porque aún eres jóven, y para mis ojos, encantadora: tu viudez ha sido ya bastante larga, y ya has guardado bastante respeto á la memoria de tu marido para pasar sin rubor á segundas nupcias: no seré yo quien te culpe si las contraes, Valentina: yo sé lo

que es la soledad del corazon; soledad que por mucho que los quieras, no pueden llenar tus hijos.

Yo no estoy más reconciliado con la vida despues de mi casamiento que lo estaba antes. Cecilia es demasiado perfecta, y reservada y altiva, como no he conocido á ninguna mujer: sabe, Valentina—y enséñalo á tu hijo si yo he muerto ya—que segun es la edad del hombre, así debe elegir á su mujer: si yo contase ahora veinticinco años, Cecilia seria una esposa inestimable: yo haria lo que me pareciera, y buscaria fuera de casa—ó en casa ajena—lo que no tuviera en la mia: pero á la edad en que yo me he casado, he debido hacer de mi hogar el centro de mis aspiraciones, y el solo asilo de mi dicha: yo queria más que una amante, una amiga, una compañera en mi mujer... y no la he encontrado.

Cecilia, tímida y triste, desaprueba con su silencio y su actitud mi humor desigual y nervioso, mis tristezas, y el método de vida que llevo: cortada en mi presencia, jamás toma la iniciativa en ninguna conversacion: responde con timidez excesiva, y advierto en ella una tristeza que á la vez me humilla, porque me prueba que no es dichosa conmigo, y me pone más melancólico de lo que habitualmente lo estoy siempre.

Yo sé muy bien que no porque una mujer

no ame ó deje de amar á su marido, cierra su corazon á todos los demás amores: el corazon no puede estar inocupado, y hasta que tenga un hijo Cecilia, corre grave peligro de amar á alguno, aunque ese alguno no sea yo.

Imagínate, Valentina, como estará el espíritu de tu hermano con estas cavilaciones: quizá me llamarás al leer esto, exagerado y visionario, y quizás lo soy: por desgracia tengo demasiada experiencia del mundo, conozco el corazon humano, y no me es dado alimentar ilusiones respecto de nada.

Yo quisiera á mi mujer algo más ideal: á los hombres prácticos nos gusta el idealismo en la mujer, porque nos pesa demasiado la prosa que llevamos dentro de nosotros. Cecilia se ha educado dentro de la casa, trabajando mucho, padeciendo moralmente, y batallando en todas las rudezas de la vida: hay en ella algo de austero y de grave, que no se aviene con el dulce idealismo del espíritu, tan suave y tan puro. Cecilia es muy buena, pero á pesar de ser muy linda, es poco agradable. Tú la has juzgado mal, Valentina, al concederle una alma tierna: más bien posee una alma recta y fuerte, un alma capaz de los mayores sacrificios, y de las virtudes más heróicas.

No son estas mujeres las que amamos los hombres, ni las que nos subyugan con un atractivo irresistible: el hombre adorará eternamente la gracia y la dulzura, y la fuerza y la altivez extremada del carácter, tendrán siempre escasos atractivos para él, porque estas son justamente las cualidades que le distinguen, cuando es como debe ser.

Sí, Valentina: el amor vive de los contrastes, y jamás ha vivido de la igualdad en las ideas y en los caractéres: por eso la emancipacion de la mujer es un sueño irrealizable: porque la base de la felicidad doméstica, es decir, de la familia, es el matrimonio, hecho en condiciones que siendo muy diversas, forman un todo armonioso y completo.

Como contraste de mi mujer, hay ahora en París una especie de ninfa, una criatura celestial, causa de la desdicha de nuestro hermano Diego, y á la que sacrificaria á mi vez toda la dicha que ha de tocarme en la vida. ¡Lucía! ¡Qué dulce nombre, y cómo excusa la que lo lleva la demencia de nuestro hermano! No, no alimentemos esperanzas vanas. Diego no olvidará jamás á esta criatura sin igual. ¿Recuerdas el retrato que el más aristocrático de los escritores franceses, Octavio Feuillet, hace de *Sibila*, en su novela de este nombre? Sí que lo recuerdas, porque tu memoria es muy fiel para guardar todas aquellas bellezas que hieren vivamente la imaginacion: pues bien, Lucía es un retrato de Sibila..... tiene la hermosura de ninfa, y el aire de princesa de aquella jóven:

tiene la esbelta estatura, la cabellera rubia, la tez nacarada y los ojos sombríos y profundos de la poética creacion de aquella heroina ideal.

La vida de esta jóven es una tarea contínua, y capaz de acabar con una naturaleza mucho más fuerte que la suya: da lecciones de varias cosas, copia música, borda, pinta, y no tiene un instante de reposo: durante algunos dias, ha estado enferma y abatida: pero ahora se ha reanimado, y está fresca y bonita como una rosa de Mayo: interrogándola yo acerca de este cambio favorable, me contestó con dulzura:

—El dolor, Sr. Benavente, se vence tambien con solo tener alguna fuerza de voluntad: y aunque yo no tengo mucha, me animaba el deseo de no afligir á mi madre con el espectáculo de mi pena: y despues, la necesidad de trabajar es uno de los mayores remedios para suavizar lo más agudo del sufrimiento.

—¿Ya no sufre Vd.?

—Si tal dijera, mentiria: sí, en mi alma hay una herida mortal: el porvenir ha cerrado sus puertas para mí: pero estoy contenta de mí misma, y esta es la dicha más verdadera de este mundo: he luchado con mi corazon; no he podido vencerle, pero le he hecho callar, y cada dia me incomoda un poco ménos con sus gritos: tengo que vivir, que trabajar para mi madre, y no me es permitido estar enferma, porque entonces arruinaria á esta pobre madre, que merecia una hija mejor.

Cecilia vino conmigo á visitar á las señoras de Montes, y sentí mucho haberla llevado: así se lo dije al salir, y cuando ya el coche rodaba hácia casa, la actitud de mi mujer era tan fria, tan altiva y tan triste, que ella sola constituia una acusacion para la pobre Lucía, que lo conoció así y apenas se atrevia á hablar.

¡Ah, las mujeres *perfectas!* ¡Qué molestas son, y qué antipáticas muchas veces! ¡Solo tú, Valentina, has podido hermanar las más puras virtudes con la más grande y más amable indulgencia para las que son ménos buenas, ménos bellas y ménos tolerantes que tú!

ROBERTO.

XVII.

Luisa á Lucía.

Barcelona, Noviembre de 18...

¡Qué fiel es mi corazon! Deseando estoy desde que he nacido que me engañe una vez, para enfadarme con él; porque hasta hoy nada más me ha dicho que la verdad, y en esta ocasion ha hecho lo mismo que siempre.

Pero, en fin, ya respiro porque ya te veo en seguridad de la borrasca de tu corazon: no ocul-

tes tu pena, no quieras dominarla, si no gástala; habla de ella, y si no tienes con quién, hazlo conmigo escribiéndome largas cartas, quejándote en ellas y llorando.

Yo soy tu amiga de corazon, de todo corazon, Lucía, y este lazo dulce que nos une desde la infancia, me parece que se ha estrechado más desde que sé eres tan desgraciada: porque la amistad verdadera sabe entender y compartir todos los dolores, porque sabe consolar, ó á lo ménos llorar con la persona que sufre, que es tambien otro modo elocuente de consolar.

No te puedo explicar la aversion que profeso á ese vil marido, á ese galanteador de oficio, á ese Tenorio trasnochado, que ha venido á derramar tanta hiel en el lago cristalino de tu vida: si alguna vez el destino me lo pone delante, ha de oir de mis labios lo que jamás esperó escuchar de la boca de una mujer!

Ese digno señor debe pertenecer al gremio de maridos cansados, que es muy numeroso: hace algunos dias me hallaba yo en una reunion de confianza, y un marido que mariposeaba, mejor dicho, que *abejorreaba* por el salon, tuvo la mala ocurrencia de sentarse á mi lado, y de empezar á decirme galanterías: como estaba tan encolerizada contra tu galanteador, me alegré de poder tronar contra *la clase* en la persona de aquel señor.

—Pero amigo mio, le dije, empezando melo-

samente la paliza moral que me proponia darle ¿se olvida Vd. de que está casado?

—¡Ay de mí! contestó con aire triste, ¡quisiera olvidarlo!

—¿Por qué causa? digo, si no es indiscrecion...

—Nada de eso: la causa es muy sencilla; estoy cansado del matrimonio.

—Figúrese Vd. que su mujer lo esté tambien!

—Ella no tiene imaginacion para cansarse, me respondió: vive como un autómata que es.

—¿Y por qué se casó Vd. sabiendo que era un autómata su mujer? le pregunté.

—Porque no lo conocí hasta despues de casado.

—¿Fueron muy cortas las relaciones de usted con la que es hoy su esposa?

—No; duraron año y medio.

—¿Y qué edad tenia Vd. cuando se casó?

—Cerca de treinta y dos años.

—De modo que en diez y ocho meses de tratar á una jóven y de verla todos los dias, no pudo llegar á conocerla, y esto teniendo usted treinta y dos años de edad, y ella diez y nueve...! Amigo mio, hay que confesar ó que ella sabia fingir muy bien, ó que Vd. es sumamente torpe!

El hombre se vió algo confuso con mis sencillos argumentos, y á falta de razones, respon-

dió como es costumbre en semejantes casos, con una sandez.

—¡Pues qué quiere Vd! dijo en tono compungido: yo estaba enamorado de mi mujer cuando me casé con ella, y ahora me aburre.

—Por más que Vd. crea lo contrario, acaso le suceda á ella lo mismo, y le suceda desde hace tiempo.

—Pues que se fastidie; ese es su deber.

—Y lo cumple: acaso sabe lo que yo sé tambien, aunque no me he casado nunca.

—¿Y qué es?

—Que el egoismo de los hombres ha hecho un código en el cual solo hay dos artículos, y los dos hablan con la mujer: ¿quiere Vd. que se los diga?

—Con mucho gusto, respondió mi adorador, cuyo entusiasmo iba menguando considerablemente.

—Pues oiga Vd.: Artículo primero, en el que el hombre se dirige á la mujer: "¿te cansas de mí? Pues aguántame, porque yo no me canso de tí."

Artículo segundo, que dirige el mismo á la misma: "¿Me amas? Pues aguántate, porque yo he dejado de amarte; estoy cansado de tí."

Y así, amigo mio, continué con mi risita melosa y burlona, como sé lo que son todos los hombres, yo me he fastidiado de Vd. desde el momento que me hizo la injuria de dirigirme

ternezas siendo casado con una mujer que usted no merece.

Tal ha sido la leccion que he dado á un necio, y tal la merecia: es un hombre que me era simpático; pero que las necias razones que me ha dado para explicarme su desvío conyugal, me han parecido de tan baja estofa, que le he hallado ridículo en el momento de oirlo: sabido es que muchos defectos del carácter ó de la educacion solo se conocen con el trato íntimo; pero ¿acaso el hombre es perfecto y no descubre tambien vacíos más insondables que los de la mujer? ¿Por qué no ha de haber mútua tolerancia, y sobre todo, por qué no educa el hombre con amor á su mujer para elevarla á la categoría de su amiga, y de la compañera de su vida? Mi querida y poética Lucía, créeme: en el papel de marido hay grandes beneficios; pero tambien tiene inherentes algunas costas: y una de éstas es que ha de entender el oficio, no de pedagogo, sino de preceptor ilustrado y amable.

Ya ves, querida mia, que debes mirar friamente y sin exageraciones románticas la desgracia que te ha sucedido: despojándola de su idealismo, la aventura de tu Diego tiene bastante de ridícula: ir su mujer á descubrirle, y á acusarle de traicion ante la pobre muchacha que engañaba, es una cosa que tiene mucho de cómico: no llores, pues, mi amada Lucía, y deja

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

á ese buen señor que dé el brazo á su mujer, y se dedique al cuidado de sus niños; un papá no puede ser bueno y rendido amante: cuando el hombre llega á ser padre, ya no le está bien querer con la pasion *devoradora* que queria dedicarte: el padre ama á su esposa, á la madre de sus hijos con ese cariño sosegado y entrañable que hace de dos uno solo, y que está basado en la mútua estimacion.

Dedícate, ante todo, al cuidado de tu buena madre: ¡ojalá que aun viviera la mia! ¡Qué dulce y grata compañía seria para mí! En esta época en que el respeto filial se va extinguiendo, es bueno que demos ejemplo constante de amor á nuestros padres, porque su amor es el único verdadero, desinteresado y eternamente fiel que existe en la tierra.

Arréglate en París una nueva vida con los despojos de tu vida de Madrid: sobreponte á tu pena, querida mia, porque el objeto de ella no la merece absolutamente: trabaja, pero sin exceso: la ocupacion moderada, es saludable al ánimo; pero la excesiva, causa gran fatiga moral: no seas en nada extremada, y eleva tu alma á Dios, nombrándole, como yo, tutor y curador absoluto de tu vida: verás que bien te va así, y cómo hallas, en vez de tutor, un tierno padre que dirigirá tu destino.

Veré si convenzo á papá para que me deje ir á pasar á tu lado un mes: si lo logramos, ¡qué

ventura para las dos! ¿verdad Lucía? y si no, tendremos valor, y la pluma hará las veces de la conversacion: á falta de otra cosa, las cartas son un consuelo delicioso, porque para el alma no hay distancias.

Papá y mis hermanas os saludan afectuosamente á tu mamá y á tí, y te abraza con el alma

LUISA VARGAS.

XVIII.

Valentina á Diego.

Toledo, Noviembre de 18...

Me alegro de que tu ánimo se halle más tranquilo, mi querido hermano: el corazon es un niño rebelde, al que hay que corregir y castigar para que no llegue á dominarnos, como es su constante tendencia; y si al corazon se une la imaginacion, que es, como la llamó un grande hombre, la loca de la casa, entonces estamos perdidos en las ásperas sinuosidades y en los desiertos de la vida.

Llamemos en nuestra ayuda, mi querido hermano, á los padres de la felicidad, que son el sufrimiento y la benevolencia: aquél para soportar lo que nos ofende verdadera y dolorosamente, y ésta para excusar lo que tiene escasa importancia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Exigir la perfeccion de las personas que nos rodean, seria una locura: piensa, Diego, en que la graciosa aparicion que ha atravesado por tu vida ha sido tan breve, que no has podido encontrarle defectos: ha sido tu amor como mariposilla jóven, que solo deja ver un instante á la caida de la tarde sus matizadas alas, y su tornasolado cuerpecito; pero si en vez de pasar volando se hubiera posado en tu mano durante un solo momento, hubieras visto que tenia unas feas antenas, y el vientrecito lleno de manchas de un color grís muy desagradable.

¿Quién sabe los defectos que Lucía hará soportar á su marido cuando lo tenga? ¿La has visto, la has admirado en el difícil papel de esposa y de madre, como ves á tu mujer? ¡Ah Diego! Si vieras qué fácil y qué cómodo es el papel de *vision encantadora*, de *ilusion con faldas de seda!* Y si supieras qué árduo, qué prosáico el papel de mujer propia y de ama de casa!

Yo he sido la *vision celestial* de gran número de románticos; eran perpétuos soñadores, eran hombres cobardes para las austeras realidades de la vida, y que por lo mismo no valian para nada, y se pasaban soñando el tiempo que debian haber dedicado á ocupaciones sérias, á trabajar y pensar en el bien de su familia; familia creada por ellos, y hácia la cual tenian muy sagrados deberes que cumplir.

En tanto que estos trovadores de melenas largas se contentaban con suspirar y con poner los ojos en blanco, los dejaba, porque me divertian: pero cuando ya querian hacerme partícipe de sus delirios de mal gusto; cuando ya me declaraban *su ardiente pasion*, entonces les desengañaba, y les daba algun saludable consejo que, por supuesto, helaba su entusiasmo, y les enojaba hasta el extremo de decirme con más descortesía que miramiento:

—Señora, me he engañado: es Vd. una mujer sumamente vulgar.

Con lo cual yo me quedaba muy contenta, puesto que, en vez de alimentarla, habia curado una manía, y toda vez que la opinion de los tontos me es de todo punto indiferente.

Y á tí, Diego, hubiera llegado ha sucederte lo mismo con Lucía: mientras hubiérais tenido esos amores fantásticos, platónicos, ideales hasta un extremo insostenible para tu edad, y aun para la suya de veintidos años, te hubiera creido el más perfecto de los hombres, su ideal, su héroe: pero al llegar al terreno práctico, y un dia ú otro teniais que llegar á él, ó te hubiera hallado un soñador ridículo, un *sensiblero* eterno, un carácter de pasta-flora, cosas todas que ódian las mujeres, ó te hubiera encontrado vulgar y muy por bajo del pedestal en que su imaginacion entusiasta te habia colocado en sus largas horas de soledad.

Y tú, mi pobre hermano, ¿crees posible á los treinta y ocho años de edad que tienes, por más que aparentes treinta y dos, crees posible sostener un duo perpétuo de sentimentalismo amoroso? ¡Ah! Qué cruelmente mortifican á los hombres casados sus caprichos, y las veleidades á que dan el nombre de amor! Mi pobre marido, á pesar de ser muy bueno, fué tambien algunas veces víctima de esas alucinaciones que hallais siempre que os cansa la tranquila dicha de vuestro hogar: siempre que dejais el tíbio calor del nido, para ir á exponeros á las tormentas del desierto: yo le veia, unas veces con risa interior y otras con tristeza, vestirse *á lo jovencito*, perfumarse, y pasar media hora delante del espejo para hacerse con geométrico primor el lazo de la corbata, tan bonito cuando es negligente! Entonces me reia mucho, y detrás de él, le contemplaba admirada de su puerilidad, comparando ésta con su hermosa barba negra, de gran señor italiano! Pero cuando le oia dar vueltas en su lecho y suspirar, cuando le veia sin apetito, con la mirada torva y el humor bilioso, entonces lloraba los desarreglos de aquella imaginacion enferma, y el ridículo que, como un áspid, se adheria á aquel carácter noble, sério, y enteramente ajeno á toda ficcion.

La causante de sus ánsias solia ser alguna mujer muy prosáica disfrazada de *sér ideal*, ó alguna farsanta que le tomaba por diversion.

Aprendamos ante todo, mi amado Diego, á estimar, á querer, á conservar lo que tenemos en casa, antes que á admirar lo que ni es nuestro, ni necesitamos que lo sea; sé indulgente para Mariana, y si no sientes por ella una ternura apasionada, porque eso no está en tu mano, á lo ménos dedícale algun rato del dia, dele parte de tus asuntos y ábrele algun rinconcito de tu pensamiento: piensa en que es la madre tiernísima de tus hijos, la que cuida y embellece tu hogar, el sér que está á medias contigo en los intereses de la vida, y la que toma más parte en tus penas y en tus alegrías: todas las mujeres estamos llenas de defectos, y las más relevantes cualidades los traen consigo; por tanto, ya que tengamos que soportar mucho unos de otros, busquemos la compensacion en la satisfaccion del deber cumplido.

Una cosa te voy á encargar con el empeño más decidido, aun á riesgo de que me llames pedagogo con faldas, segun acostumbras: á la vez que te hagas más dulce, más indulgente con Mariana, procura tambien fortalecer tu carácter: es preciso que un hombre sea á la par severo y tolerante, sério y cariñoso: los caractéres dulces y flexibles sientan muy bien en las mujeres: en el hombre la primera cualidad es la firmeza, la energía de la voluntad: una mujer podrá amar á un gran criminal, pero jamás podrá querer á un hombre de carácter afeminado,

hablador, y cuya voluntad tuerce cualquiera que se lo propone.

Ten presente, hermano mio, que el hombre, lo mismo en el seno de su familia que en sociedad, tiene que elegir entre dos papeles: el de señor, ó el de esclavo: cuando sabe sostener el primero, es no solo amado, sino respetado altamente: cuando solo tiene condiciones para el segundo... ¡ay Diego de mi alma! entonces es *el hazme reir* de todos, empezando por su mujer.

La debilidad de carácter en un hombre, es fuente inagotable de desgracias para su familia; no se tuerce impunemente el órden natural de las cosas, y por algo ha hecho Dios á la mujer débil y sumisa, y al hombre fuerte y dominador; fortalece tu carácter, que es débil, con el dolor; sufre en silencio, y tu alma saldrá mejor templada para las incesantes luchas de la vida.

VALENTINA.

XIX.

Mariana á Roberto.

Madrid, Noviembre de 18...

Ignoro, mi querido hermano, si es á Valentina, á tí ó á los dos á quien debo la feliz, la inesperada mudanza que ha tenido lugar en mi vida y que estaba muy lejos de esperar.—Diego

es mejor para mí, y lo que me llena de orgullo y de alegría, Diego es feliz!... ¡Sí, no me engaña una esperanza lisonjera; es una dichosa realidad la que toco, la que disfruto! La expresion adusta y contrariada que se veia en el semblante de mi marido, no existe ya: aunque le veo algo triste, todos los músculos de su semblante han perdido su dolorosa tension, y pudiera decirte, para explicarte mi pensamiento, que me parece le hallo á mi marido una cara enteramente nueva.

Acaso yo he hecho tambien algo para llegar á esta mudanza que me parece un sueño; tanto es deliciosa é inesperada; he pensado que poniendo á mis hijos entre los dos, y sobre todo á Irene, que adora á su padre, ellos nos acercarian: así es que hace algunos dias, al traerle un traje blanco y azul oscuro la modista—de un gusto muy elegante—dije á la niña:

—Ves al cuarto de papá, y dile así: «Papá, si te gusta este vestido, vas á hacer dos cosas que yo te diré, ¿sí?» Esto se lo dices con mucho cariño y echándole los brazos al cuello: ¿oyes, hija mia?

—Sí, mamá, respondió Irene, que me oia encantada, porque ya te he dicho que ama con pasion á su padre: yo continué:

Te preguntará, naturalmente, cuáles son las dos cosas que deseas, y entonces le dirás:

—Que me regales este traje que aun no ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pagado mamá, y que nos lleves á mamá, á Adriano y á mí á paseo.—Si dice que sí, vendrás en seguida á avisarme para disponernos.

Mi hija ejecutó fielmente mis instrucciones, y pocos momentos despues llegó saltando á mi cuarto: sus mejillas estaban cubiertas del más bello color de rosa, y sus grandes ojos negros brillaban de alegría.

—Mamá, me dijo á media voz, papá me regala el vestido, y me ha dicho que ya arreglará este asunto contigo...

—Y del paseo... ¿qué ha dicho? pregunté yo con tanta emocion como una pensionista.

—Que iremos los cuatro al Retiro, y luego á tomar helados al saloncito del Suizo... Mamá, ponte bien bonita ¿sí?—añadió la niña como si comprendiese de lo que se trataba, porque los niños tienen intuiciones singularmente profundas;—sí, mamá, ponte muy bonita... todo el traje de terciopelo rubí oscuro, que te está tan bien, y con el cual pareces una princesa... yo lo sacaré todo... y el sombrero igual al traje y la sombrilla de encaje blanco.—Vamos, papá dice que si quieres iremos á pié, y si no que enganchen el *landeau*...

—Si quieres que vaya tan vestida, dije sonriendo, es preciso ir en carruaje...

—Pues voy á mandar poner el coche, y haré que vistan á mi hermano.

Media hora despues, subimos al carruaje:

eran las cuatro, y aun tomamos un poco el sol. Yo me habia vestido con más cuidado que otras veces: mi sombrero tenia un velo de gasa blanca que me favorecia mucho; en mi traje de terciopelo habia puesto mi doncella por encargo mio, algunas gotas de un dulce perfume de violeta.

Por el camino hice notar á Diego los trenes magníficos y las gentes conocidas: estuve alegre y expansiva con mis dos pequeños, me reí con ellos, y afecté una alegría y una locuacidad del todo opuestas á mi carácter habitual: cuando ya era hora de volver á casa, propuse á mi marido ir á comer á un gabinete á Fornos.

—Nos esperarán en casa, observó Diego.

—¿Quién? repuse yo: los criados comerán más tarde, y eso es todo.

—¡Oh qué hermoso debe ser comer en Fornos! exclamó Adriano: eso de comer siempre en casa se hace fastidioso.

—Vamos, ¿no nos convidas, Diego? dije yo: no te hagas el mezquino.

—Vamos allá, dijo él: pero ya vereis como la comida os parece peor que la de casa.

La comida nos pareció muy buena: yo, la verdad, temblaba por mi vestido de terciopelo color granate y por el de mi hija, tan nuevo y tan bonito: pero veia á Diego alegre, distraido, comiendo con apetito, y á todo lo demás daba poca importancia: alguna vez pasó por mi

mente un pensamiento muy triste: me dije que acaso mi marido se diria, que cuánto más dichoso hubiera sido comiendo solo con la mujer que ama: pero allí estaba Irene para compensar todo lo que en mí hay de prosáico y de vulgar: la dulce belleza de esta niña, que promete ser para más adelante una hermosura excepcional, alegra los ojos y el corazon de su padre, que á pesar de las borrascas de su alma, no ha cesado ni un dia de demostrar á sus hijos la ternura más verdadera y más profunda.

Ya lo ves, Roberto: mucho ha disminuido mi orgullo, y mucho ha crecido mi paciencia: antes todo me parecia poco, y ahora me contento con poco más de nada.—Pero así soy más dichosa: ¡qué gran amargura desbordaba de mi alma cuando creia valer tanto! estaba eternamente ofendida y quejosa, eternamente agriada con mi marido: la benevolencia es una dulce y fiel amiga, que nos evita horas muy dolorosas.

No ha contribuido poco á acelerar la curacion de mi espíritu una carta que he recibido de la persona á la que más he aborrecido en este mundo.—Lucía Montes me ha escrito una carta muy digna y muy dulce: sin ningun rebajamiento de su parte, me demuestra á la vez respeto y simpatía: y ya que mi ánimo está más tranquilo, y que siento algun reposo en el ánimo, la contestaré dentro de uno ó dos dias.

La pobre jóven no es culpable de nada de

lo sucedido: su docilidad en someterse á todo lo que se ha exigido de ella lo prueba así; es una criatura altiva, y á la vez sinceramente religiosa: yo creo que se parece un poco á Valentina, y es el más grande elogio que de ella puede hacerse.

¡Valentina! ¡este nombre resuena dentro de mi alma como una música deliciosa! ¡ah! si no hubiera sido por ella, por sus consejos, por sus advertencias, por sus reeprensiones, yo era perdida, perdida para siempre, y mis pobres hijos no tendrian hoy madre: ella, ella nos ha salvado á todos de un escándalo cierto, de una desgracia irremediable! vosotros, los hombres, sois los reguladores de todas las cosas exteriores de la vida: pero la mujer es la que reina en el órden moral; y en tanto que no se eduque con más cuidado á la mujer, la sociedad adelantará en el terreno de la civilizacion, porque la ley del progreso es felizmente inevitable; pero no dará un paso en el terreno de la virtud, es decir, en el de la perfeccion: vosotros *ordenais*; pero las que dirigimos, si es que sabemos hacerlo, somos nosotras.

Valentina parece el ángel guardian de esta familia: á cada uno de los que sufrimos, nos calma, nos consuela, nos anima y nos acompaña moralmente: y ella que tanto da, nada pide, y lleva sola y sin quejarse el peso de una vida llena de obligaciones, y con bien escasa fortu-

na: yo creo que su larga permanencia en Toledo corresponde á miras económicas, porque la vida se va poniendo en Madrid terriblemente cara para los que cuentan con tan reducidos recursos como ella.

¿No podríamos hallar un medio para obligarla á aceptar nuestra ayuda? Tengo que consultar esto con Diego, y piensa tú tambien en esto, Roberto: tú eres rico, y nosotros lo somos tambien: no es justo que Valentina y sus hijos vivan en la escasez, teniendo nosotros mucho de sobra: lo difícil será lograr que el noble orgullo de Valentina acepte nuestra ayuda, que jamás ha solicitado: pero al aceptarla nos dará una gran prueba de cariño: la mayor que puede darnos.

Cecilia me escribe, y por cierto que hallo en su carta un gran fondo de tristeza. ¿Está enferma? ¿O es que la das tú algun disgusto? Perdóname la franqueza: eres tan bueno, tan tierno y generoso para mí, que te miro como á mi querido y verdadero hermano: no, mientras viva no se borrará de mi memoria una carta tuya en que me decias:

—«No eres solo de Diego: eres *nuestra*, y si llega el dia en que lo necesites, yo seré para tus hijos un padre, y para tí un hermano.»

Desde aquel dia, como tal te acepté: como á hermano te quiero, te respeto y te admiro: teniendo un hermano como tú, Diego podrá ser

desgraciado, pero no culpable, y por tu amor le perdono con toda la sinceridad de mi corazon.

MARIANA.

XX.

Mariana á Lucía.

Madrid, Noviembre de 18...

He recibido, señorita, su muy apreciable, y le agradezco mucho la confianza que hace de mí, al referirme los detalles de una existencia que, en verdad, no ha sido nada feliz: pero, mi querido niña, nadie vive sin cruz, y crea Vd. que no debemos envidiar á los que nos parecen dichosos, pues quizá son más desdichados que nosotros.

La gran culpa de Vd. ha sido la irreflexion: los hombres, querida mia, son impresionables, y eso hace poco tiempo que lo sé, porque yo, como Vd.—aunque tenga más años—era muy ignorante de todas las cosas de la vida: solo se aprende á costa de algunas penas: el dolor es un gran maestro, y quizá el único para aprender todos los oscuros problemas de que se compone la existencia humana.

No dé Vd. su corazon á la ligera: y digo no lo dé, porque al pobre Diego solo le ha dado su imaginacion: el corazon se da únicamente á una persona que ha sabido conquistarle por sus re-

na: yo creo que su larga permanencia en Toledo corresponde á miras económicas, porque la vida se va poniendo en Madrid terriblemente cara para los que cuentan con tan reducidos recursos como ella.

¿No podríamos hallar un medio para obligarla á aceptar nuestra ayuda? Tengo que consultar esto con Diego, y piensa tú tambien en esto, Roberto: tú eres rico, y nosotros lo somos tambien: no es justo que Valentina y sus hijos vivan en la escasez, teniendo nosotros mucho de sobra: lo difícil será lograr que el noble orgullo de Valentina acepte nuestra ayuda, que jamás ha solicitado: pero al aceptarla nos dará una gran prueba de cariño: la mayor que puede darnos.

Cecilia me escribe, y por cierto que hallo en su carta un gran fondo de tristeza. ¿Está enferma? ¿O es que la das tú algun disgusto? Perdóname la franqueza: eres tan bueno, tan tierno y generoso para mí, que te miro como á mi querido y verdadero hermano: no, mientras viva no se borrará de mi memoria una carta tuya en que me decias:

—«No eres solo de Diego: eres *nuestra*, y si llega el dia en que lo necesites, yo seré para tus hijos un padre, y para tí un hermano.»

Desde aquel dia, como tal te acepté: como á hermano te quiero, te respeto y te admiro: teniendo un hermano como tú, Diego podrá ser

desgraciado, pero no culpable, y por tu amor le perdono con toda la sinceridad de mi corazon.

MARIANA.

XX.

Mariana á Lucía.

Madrid, Noviembre de 18...

He recibido, señorita, su muy apreciable, y le agradezco mucho la confianza que hace de mí, al referirme los detalles de una existencia que, en verdad, no ha sido nada feliz: pero, mi querido niña, nadie vive sin cruz, y crea Vd. que no debemos envidiar á los que nos parecen dichosos, pues quizá son más desdichados que nosotros.

La gran culpa de Vd. ha sido la irreflexion: los hombres, querida mia, son impresionables, y eso hace poco tiempo que lo sé, porque yo, como Vd.—aunque tenga más años—era muy ignorante de todas las cosas de la vida: solo se aprende á costa de algunas penas: el dolor es un gran maestro, y quizá el único para aprender todos los oscuros problemas de que se compone la existencia humana.

No dé Vd. su corazon á la ligera: y digo no lo dé, porque al pobre Diego solo le ha dado su imaginacion: el corazon se da únicamente á una persona que ha sabido conquistarle por sus re-

petidas muestras de afecto y de lealtad: la mayor parte de las relaciones que vemos, no tienen por base el amor: la imaginacion hace las veces de corazon, y éste permanece muchas veces frio é indiferente, cuando se le supone hondamente interesado.

Supóngase Vd., hija mia, que el hombre á quien Vd. ha creido amar hubiera sido un malvado; estoy cierta que al persuadirse Vd. de que lo era, hubiera muerto toda su ilusion por él: así, pues, á no ser que estemos afligidos de una naturaleza defectuosa, solo podemos amar lo que es digno de serlo, y todo lo demás que sentimos son efectos de óptica de la imaginacion, que nos engaña siempre que puede.

Para consolarla en gran parte de su pena, debo decirle una cosa que seguramente ignora, porque en su inocente y laboriosa vida al lado de su madre, no puede haberla aprendido: cuando una mujer ve rotos por la mano de la desgracia los lazos que la unian á un hombre, sufre terriblemente, al pensar en el dolor que él esperimentará: este sufrimiento es completamente inútil; el hombre está organizado de otro modo, y mucho más groseramente que nosotras: lo que para la mujer es un dolor mortal, para el hombre es, á lo más, *una desazon molesta:* por eso las mujeres de mucho mundo, ó las de gran cultura intelectual, que son las únicas que saben esto, son las que tienen mayor predominio

con el sexo fuerte: conociéndole, jamás le conceden gran importancia, y en cambio él, picado en su amor propio, no hay sacrificio que no haga para interesar á toda mujer que se preocupa poco de él.

Usted, mi pobre Lucía, merece una suerte mejor que la que su inexperiencia le preparaba, y yo deseo sinceramente que la encuentre: jamás olvidaré la abnegacion y la docilidad con que se ha sacrificado á mi reposo: yo he contraido con Vd. una deuda sagrada, que satisfaré, y que mi hija hará suya si yo muero: disponga para todo de mí; soy rica, y soy buena; así lo creo sin vanidad; pero si no mi bondad, porque esto es cualidad natural, mi actual benevolencia, que es prenda adquirida, la debo á una hermana de Diego, á la que amo del mismo modo que si fuera mia, y que es el ángel bueno de la familia.

Si ha visto ya á Roberto y á su mujer, ¿no les ha oido Vd. hablar de Valentina? Si no se la han dado aún á conocer, lo harán muy pronto sin duda alguna. Valentina es quien á todos nos hace buenos, por un sistema nuevo y encantador: nos hace buenos, haciéndonos felices, porque calma y consuela todas nuestras penas: las disminuye, haciendo que las miremos á la clara luz de su razon luminosa, y nos hace ver que la imaginacion aumenta, y á veces crea, intolerables dolores.

Y esta hermana adorable no ha sido siempre feliz: mejor dicho, cualquiera otra mujer en sus circunstancias, se creeria completamente desgraciada. Pobre en bienes de fortuna, viuda, madre de dos niños, se ha resignado á una vida oscura, llena de trabajo y de privaciones, llena de oscuros sacrificios y de abnegacion silenciosa: es aún jóven, es encantadora, y ha creido lo más natural del mundo el sacrificar todas sus ilusiones en aras de su cariño maternal.

Ella fué la que calmó lo más acerbo de mi furioso dolor al sospechar la infidelidad de mi marido, y al adquirir despues la certeza de mi desgracia: sin ella yo hubiera pedido el divorcio ante los tribunales, y hubiera ido á rebajarme hasta el punto de ir á casa de su madre de Vd. para llenarla de injurias, sin que Vd. dejase de sentir la parte más grande y más violenta de tan grande y justificada cólera. Las cartas de Valentina me calmaron primero, me confortaron despues, y me mostraron, como un faro salvador, la luz de la esperanza: me hicieron ver que la mayor de todas las desdichas de la tierra es llevar el peso de la propia culpa, el verse manchada á los propios ojos: y que puesto que el culpable era mi marido y yo inocente, á mí estaba reservada la inefable dicha de perdonar, como compensacion de mis inmerecidas penas.

Tales fueron los razonamientos de Valentina, y con ellos, y como por la mano, me llevó al sitio que yo habia dejado ya y que era el mio: sitio irreemplazable, y que si dejamos vacío durante algun tiempo, ya no podemos recuperar.

Si algun dia —como vivamente deseo— se une Vd. con los sagrados lazos del matrimonio á un hombre con quien le una una afeccion probada y profunda, siga en todo los consejos de Valentina, y tómela por modelo: ante el sublime ejemplo que ella ofrece de todas las virtudes y de todas las perfecciones, es forzoso adorar el bien, y parece fácil el ejercicio de la más austera virtud. Valentina lleva á cabo muchos pequeños sacrificios cada dia, con la naturalidad con que otras aceptan la dicha.

Dentro de un año, señorita, si Vd. quiere volver á España, yo emprenderé un viaje á Italia con mi marido y con mis hijos, atendiendo sobre todo á la tranquilidad de Vd. La mia está asegurada, porque mis hijos crecen, y la victoria es mia en el corazon de su padre: una de las inestimables prerogativas de la esposa, es reinar por sus hijos en el corazon y en la voluntad de su marido.

Yo debo á Vd. esta muestra de gratitud; y ya que ha tenido piedad de una esposa y de una madre, cortando con mano valerosa los lazos que me hacian tan desdichada, quiero probarle que la tranquilidad de Vd. es para mí

tambien respetable, y quiero evitar que vea al que supo interesarla por algun tiempo.

Así Vd. como su señora madre dispongan para todo de mí: escríbame Vd. largamente y con la misma sinceridad y abandono que á su amiga: reciba un beso de cada uno de mis hijos.

MARIANA.

XXI.

Cecilia á Valentina.

París, Noviembre de 18...

Dos cartas soy en deberte, hermana mia, y no creas que el no haberte escrito sea olvido ó falta de afecto: nada de eso: mi cariño no está expuesto á variaciones, y cuando amo, es para siempre, á no ser que una gran ingratitud de parte de la persona querida, viniera á cerrarle las puertas de mi corazon.

Pero, mi querida Valentina, se habia apoderado de mí una tristeza tan grande, que á nadie he dirigido una carta desde hace dos meses; y hoy escribo á tí y á mi familia para daros parte de mi alegría: ya las sombras que envolvian mi vida se han disipado: ya el sol de la dicha ilumina mi corazon: tengo la evidencia de ser madre, y mi hijo, no solo será mi refugio y mi consuelo, sino mi defensor y mi abogado en el corazon de su padre.

Desde que me casé he llorado mucho: ¿por qué? Yo misma no sabria precisarlo: mi carácter tímido y encogido, parece adusto, y no lo es: mi corazon, que siente una inmensidad de ternura, apenas deja á mi lenguaje que la demuestre: y así soy siempre juzgada con injusticia y creen aspereza de índole, lo que solo es falta de trato.

Valentina: si yo, que tan poco valgo, me atreviera á darte un consejo á tí, que vales tanto, te encargaria mucho que acostumbrases á tu hija desde muy temprano al trato de gentes: la aprobacion y el afecto de los demás, dulcifica el carácter y se aprende desde temprano que se vale algo, adquiriendo una confianza en el propio criterio, que es de gran utilidad en muchas ocasiones de la vida: viviendo apartados del trato social, los niños adquieren una cortedad de carácter que no les abandona ya en toda la suya, sino que antes bien crece con los años.

Nada hay más terrible que la completa desconfianza de sí mismo: porque si bien el exceso del amor propio suele traer un tinte muy pronunciado de ridículo al que está afligido de esta dolencia, en cambio la excesiva timidez oscurece las bellas cualidades del carácter, prohibe toda expansion, y enajena todas las simpatías de los que nos rodean.

Tu hermano ha sido poco dichoso en la eleccion de esposa: él necesitaba una mujer alegre,

frívola, y que le distrajese como un juguete bonito: ¿cómo pensó en mí, melancólica y reflexiva por naturaleza y por los disgustos que han afligido mi vida? Y sin embargo, yo bendigo á Dios todos los dias porque me ha elegido; porque amo á Roberto con pasion tan profunda, que prefiero ser á su lado desdichada, á ser feliz al lado de otro hombre que no fuera él.

Lo que me desespera es ser tan inferior á Roberto: lo que me entristece son las desigualdades de su carácter, hijas de que mi nulidad le fastidia; pero aunque sufro, le perdono, y espero que mi hijo me curará de la invencible timidez que tanto molesta á mi marido.

Antes, cuando viendo Roberto que debíamos muchas visitas, me invitaba á salir con él, le obedecia, pero iba como á cumplir un sacrificio: tengo tan poco mundo, y he recibido una educacion tan casera, que me parecia muy desairado mi papel, comparado con la discrecion y la amable frivolidad de tantas hermosas damas como tratamos; yo sentia esto por Roberto mucho más que por mí: porque desearia ser de tal modo seductora é irresistible, que su orgullo quedase lisonjeado. Cuando llegábamos á casa, me reprendia por mi cortedad, y yo me afligia mucho.

Un dia—y por una casualidad providencial—todo cambió de repente: llegaron de Madrid una señora con su hija, recomendadas por nuestra hermana Mariana, y al parecer con escasos

recursos de fortuna, puesto que vienen en busca de trabajo: la madre es una mujer sencilla, de aspecto muy bondadoso: la hija... ¡oh! la hija hizo en mí una impresion profunda. Jamás he visto una jóven más agraciada y de una figura más fina y más elegante, sin que por eso se le pueda dar el dictado de bonita: alta, esbelta, rubia, con preciosos y pensativos ojos azules, me llamó la atencion por la gran cortedad con que me saludaba, y que solo era comparable á la mia.

Creo que estas dos personas se llaman las señoras de Montes: la madre es viuda, y, segun me ha dicho Roberto, desgracias de fortuna les han hecho tan aflictiva su estancia en Madrid, que se han venido aquí huyendo de recuerdos muy amargos.

Lucía, que así se llama la jóven, habló conmigo mientras su madre lo hacia con Roberto; y aunque ví que su carácter era tímido y un tanto reservado, comprendí la diferencia que nos separaba: diferencia que reside en las maneras, y no en el modo de pensar, que en ambas debe ser muy semejante.

Lucía tiene mucha gracia, lo mismo cuando habla que cuando calla, y esta gracia es tan dulce, que cautiva todos los corazones: es una gracia *social*, por decirlo así, y que está llena de atractivos, haciendo singular contraste con mi encogimiento afligido y silencioso.

Este es—me dije—el modelo que debo imitar: nadie puede variar ó trasformar el carácter que Dios le ha dado; pero dentro de este carácter, puede mejorarse y adquirir matices atractivos: el imitar yo á una mujer alegre y animada, el intentarlo siquiera seria una locura; pero si tomo por modelo á esta jovencita, á un tiempo melancólica y dulce, modesta y amable, haré como el que da toques de luz á un cuadro en el que no hay más que sombras.

Y así lo he hecho: y algo he debido variar, porque Roberto me ha mirado fijamente, despues de haberle propuesto yo ir al teatro: á la vuelta, he tomado una de sus manos entre las mias, y en voz muy baja, le he confiado el gran secreto. ¡Si vieras que alegre se ha puesto! Me ha abrazado tiernamente, y me ha demandado perdon por sus horas de mal humor, y por sus dias de displicencia: esto fué anoche, y hoy, despues que Roberto se ha marchado á la Bolsa, mi primer cuidado es escribirte para que te alegres conmigo, mi buena Valentina.

Yo sé lo que te quiere Roberto, y sé que para tu hermano eres el ideal de la mujer: por eso he vuelto á leer todas tus cartas, y hoy que veo un rayo de esperanza, las he comprendido mejor: yo creo que Lucía debe parecese á tí en carácter y en figura.

Dos veces más he visto á las señoras de Montes, despues del dia que les hice la primera

visita con Roberto: hace dos dias fuí sola por la tarde. Lucía daba leccion de piano á cinco ó seis niñas, y yo la estuve presenciando: ¡qué paciencia la ví desplegar! ¡Qué dulces modales! ¡Qué persuasion para corregir y reprender! ¡Qué bello é interesante modelo que imitar!

La mitad de las mujeres valemos poco porque no nos educan para que valgamos más.

Te abraza tiernamente tu hermana

CECILIA.

XXII.

Roberto á Diego.

París, Diciembre de 18...

Tranquilízate, mi querido hermano, acerca de la suerte de Lucía: su presente está asegurado; y no creas que es por mí: no me agradezcas un mérito que no he contraido: la fuerza de voluntad de esta admirable criatura, y su anhelo de rehabilitarse á sus propios ojos y á los de su madre, la han hecho buscar con eficacia medios de vida; y como los ha buscado bien, los ha encontrado.

Hasta cumplir el primer mes de sus lecciones han gastado sus pobres ahorros, y nada han querido aceptar de mí estas dignas mujeres: hasta el alquiler de los muebles me lo han devuelto, y he tenido que aceptarlo, porque sabia

que negándome á hacerlo, les hubiera causado una pena mortal.

Viven, pues, por sí mismas, y para tí es toda la vergüenza de su expatriacion forzosa, de las penas que han sufrido, de las que aún les quedan que sufrir, y del inmenso trabajo á que tienen que dedicarse para obtener una retribucion muy mezquina.

Los hombres no meditamos bastante en las consecuencias que pueden tener nuestras locuras, á las que llamamos, osada y cruelmente, *pasatiempos*, y que son verdaderos crímenes morales.

Si la madre de Lucía es una mujer vulgar en sus maneras, no lo es en sus sentimientos: la misma dignidad que su hija, ha demostrado en el lado más deplorable y más difícil de esta cuestion, que es el de los intereses: nada ha querido escuchar cuando he querido persuadirle de que admitiera un préstamo sin que su hija lo supiera.

—No, caballero,—me contestó—doy á usted mil gracias, pero no acepto sus ofertas: si juzgara oportuno lo contrario, lo admitiria, porque yo tengo mi libre voluntad, del todo independiente de la de mi hija. Lucía, en ese caso, lloraria mi determinacion, la deploraria amargamente, pero en silencio. Lucía no se ha permitido jamás reconvenirme, y siempre ha obedecido mi voluntad: yo, caballero, no he podido hacer á mi hija instruida, porque soy muy ignorante; pero he podido y he querido hacerla buena, digna, sumisa y respetuosa; todas las madres, por vulgares que sean, pueden hacer á sus hijas un bien muy grande, un bien supremo: el de darles la base sólida de su felicidad futura, que es una buena educacion: las primeras ideas que se inculcan á una niña, no las olvida jamás; y así como se puede propagar de generacion en generacion una lepra moral, dando á las niñas ideas falsas ó torcidas, del mismo modo puede ser la virtud una rica semilla, cuya cosecha es inmensa y se trasmite de generacion en generacion.

Tales fueron las palabras de esta digna señora, y he tenido que desistir de ayudarlas á nada: porque cuando quise persuadir á Lucía de que debia aceptar alguna ayuda de Cecilia, si no queria de mí, me contestó con dulzura y firmeza:

—No, caballero: si aceptase los beneficios de Vd., su hermano veria disminuida la culpa de haberme engañado, creyendo que habia tenido compensacion: no, que sepa que me ha empujado á un abismo de trabajo, de dolor y de privaciones: que pese sobre su conciencia el remordimiento de mi expatriacion, de mi juventud agostada, de mis noches de llanto y de desconsuelo: yo le perdono, pero no quiero hacer menor su expiacion á costa de mi dignidad.

De esta suerte me hablaron la madre y la hija, seguramente sin darse cuenta la una á la otra de lo que debian contestar, y yo he desistido por completo de toda tentativa.

No te puedes figurar, Diego, á qué penosos y múltiples trabajos se entregan: Lucía duerme apenas cuatro horas: por la mañana sale con su madre á dar lecciones de música: por la tarde tiene clases de pintura y de idiomas: durante la velada copia partituras para almacenes y empresas de teatros líricos: y aún halla medio y tiempo para trabajar con la aguja en complicadas obras de tapicería, que le pagan muy bien, pues pinta con la aguja con la misma perfeccion que con el pincel, dibujando los paisajes ella misma.

Todo el inmenso dolor que llena su alma, lo ha sabido encerrar cuidadosamente Lucía bajo la apariencia de una gran tranquilidad: su aspecto es sereno, dulce, afectuoso, y hay en sus maneras una gracia reposada y llena de atractivos: diríase que se avergüenza de su pena, y que á toda costa quiere disimularla, para que nadie la sospeche siquiera; pero sus mejillas están del color de las camelias blancas, sus ojos rodeados de círculos azulados, y de vez en cuando se queda sumergida en una abstraccion dolorosa.

¡Pobre Lucía! Era digna de mejor suerte! Al conocer lo que vale, he comprendido tu amor

por ella, Diego... Sí, tu locura es excusable, porque yo que he tratado tantas mujeres, no habia imaginado siquiera que hubiera una así: y ésta, alma de ángel y de héroe á la vez, es obra de una madre que no sale del nivel intelectual más vulgar, de una pobre mujer ignorante: ¿por qué, pues, se excusan las madres que no educan á sus hijas, con que les falta instruccion para hacerlo, para llenar tan sagrada tarea? Lo que les falta es corazon y voluntad: lo que les sobra es egoismo y deseo de comodidad! Toda madre puede, si no *instruir*, *educar* bien á su hija: porque la educacion es lo interno, es el desarrollo de la fe religiosa, son las ideas de pudor, de dignidad, de modestia, de rectitud: y la instruccion es lo exterior, es lo que está basado en el estudio, son los conocimientos humanos que pueden proporcionar profesoras y maestros: la educacion, solo la madre es la que puede darla.

No sé dejar de hablar de Lucía: su vista solo inspira pensamientos nobles y levantados, ideas profundas y bellas: y es tal su dulce influencia, que hasta se ha reflejado en Cecilia: mi pobre mujer no ha tenido nunca ninguna amiga, y se siente atraida hácia Lucía por una simpatía irresistible. ¡Es tan bonita, tan dulce, tan modesta, tan tranquila en medio de su constante y abrumador trabajo!... Cecilia ignora hasta que tú conoces á Lucía, y cree que ésta

ha venido á París para utilizar sus conocimientos, y ganar con ellos más dinero que en Madrid: me parece que Cecilia se hace más espansiva, y que su timidez es menor: dentro de algunos meses tendrá un hijo, y esto le pondrá más alegre; sí, Diego, pronto seré padre, y podré disfrutar de una de las mayores dichas de la vida: parece imposible cómo este pequeño sér, aun antes de venir al mundo, ha cambiado el curso de mis pensamientos: he tenido ratos que hasta me arrepentia de haberme casado: me fastidiaban los deberes que me veia obligado á cumplir, y les hallaba muy escasa compensacion: pero ahora estoy contento, y cuento las horas que ha de tardar en venir á mis brazos mi primer hijo: él será como la sonrisa de los últimos años de mi agitada y poco venturosa vida.

ROBERTO.

XXIII.

Diego á Lucía.

Madrid, Diciembre de 18...

Ya han pasado algunas semanas, señorita, desde que Dios me demostró lo inútil de mis ilusiones y lo culpable de los delirios que yo alimentaba: el deber es un señor despótico, un magnate imperioso, pero dulce, que impone vasallaje, y que si no se le rinde, castiga cruelmente: yo lo olvidé: yo olvidé y desdeñé ese deber que el hombre debe acatar como el supremo ideal de su vida: yo fuí más débil que usted, yo fuí el único culpable, y Vd. ha llevado la parte más grande del castigo que yo solo merecia.

No me excusaré en esta carta—última que he de escribir á Vd.—con la seduccion irresistible que en mí ejercieron las gracias y los talentos de Vd.: no, Lucía; yo sabia que estaba unido á otra mujer con lazos eternos, que tenia hijos, y que faltaba á todo lo que promete al pié de los altares un hombre de honor al enlazar á su destino una mujer: yo solo soy el culpable, y mi objeto al escribirla es pedirle perdon, y decirle cuánto me duele, cuánto me aflige el destierro que ha tenido que imponerse por causa mia: para que cese, yo estoy ya procurando dejar á Madrid é ir á establecerme con mi familia en Sevilla, patria de mi mujer: la corta edad de mi hijo permite que aún pase dos años lejos de Madrid, sin que por eso emprenda demasiado tarde sus estudios: así, Lucía, usted podrá volver con su madre, y no estará lejos de su patria y de sus amigos: pasados dos años, volveré aquí... y Vd. podrá mirarme como á un amigo... como al mejor de sus amigos, pues la pasion que hoy alimento por Vd., sin dejar de ser cariño fuerte é inalterable, tomará un carácter más tranquilo.

Voy á explicar á Vd. ahora el por qué he alterado el reposo plácido de su vida: como apenas nos hemos hablado á solas, pues solo la hablaba cuando Vd. salia con su madre, nunca se lo he podido decir, y quiero que me perdone con la persuasion de que no soy indigno del perdon de Vd.

Yo me casé enamorado de mi mujer: negarlo hoy, seria, además de pueril, vergonzosamente falso: sí, yo amaba á Mariana, que era hermosa, y que sobresalía entre todas las muchachas bonitas de Sevilla, como la rosa entre todas las flores: era de buena familia, y rica, y me pareció que nada más podia desear que su posesion.

Sin embargo, Lucía, yo no estaba enamorado con el alma: lo estaba solo con los sentidos: *deseaba* á mi mujer, pero no la amaba. Mi querida Lucía, mi tierna y noble amiga, esté advertida desde ahora: sepa por mí que los hombres *desean* muchas veces, pero *aman* muy pocas, y tenga cuidado de convencerse bien, antes de elegir esposo, de que hay alguno entre los que la pretendan que la ama de una manera verdadera, pura y desinteresada, como la he amado yo.

Mariana era altanera, persuadida de lo ilustre de su orígen y de lo crecido de su fortuna: sin embargo, se casó enamorada de mí, y más noblemente enamorada que yo, porque las mujeres tienen más delicadeza en sus sentimientos

que los hombres; pero calculando que con sus ventajas yo me daria por mil veces contento, y que me habia quedado al casarme sordo y ciego para todas las demás mujeres, empezó al poco tiempo de nuestro enlace á vivir á su gusto, y á no cuidarse para nada de mí.

Creyóse bastante bella para estarse sin peinar y sin vestir, y bastante dueña de su libertad para cuando se aburria en casa, irse á pasar dias enteros en compañía de una tia suya que la habia educado y que la amaba en extremo: el más leve descuido de mi parte, la irritaba de una manera violenta, y creia que ella podia hacer cuanto se la antojase, y yo cuanto se le antojase tambien.

Esta funesta línea de conducta, unida al desencanto que yo iba sintiendo con la posesion, trajeron á mi espíritu una gran perturbacion: conocí muy tarde que me habia engañado: que habia pasado la ilusion de mis sentidos, y que lo ménos que necesita una mujer para hacerse amar, es ser hermosa: porque á la hermosura nos acostumbramos como á la fealdad, y desaparece todo su valor: pero á lo que no nos acostumbramos jamás es á la frialdad de corazon, á lo díscolo del carácter, y á la dureza de palabras y de maneras.

Dia llegó, Lucía, en que deseé que mi mujer cometiera una falta imperdonable para separarme de ella: pero Mariana no podia come-

ter esa falta, por dos muy poderosos motivos: su imaginacion era muy pobre y muy fria: su orgullo muy grande, y no era capaz de sentir una aficion que la privase de las ventajas sociales de que disfrutaba.

Me resigné á estar solo moralmente toda mi vida, y la certeza de estarlo me hizo caer en un abatimiento profundo y doloroso: mi casa estaba sin gobierno, mis hijos sin educacion, mi hogar solitario y frio: yo no oia la voz de mi mujer más que para reconvenirme, para regañar ágriamente á los criados, para quejarse de todo. Era ella de las mujeres que piensan que solo tienen un deber: el de ser fieles á su marido; deber de comodidad, pues cumpliéndolo, están en puerto seguro, y tienen aseguradas todas las ventajas de una posicion honrosa: deber fácil de cumplir, puesto que no aman á nadie lo bastante para incomodarse.

En tal estado estaba mi ánimo, que ya pensaba en el suicidio cuando hallé á Vd. en mi camino: desde el primer instante me pareció simpática: despues adorable, y poco tardé en ver en Vd. el bello ideal que yo tenia formado de la mujer: fuí cobarde, y en vez de huir el peligro, le busqué; porque el peligro llegó á ser para mí la vida, y la tranquilidad... la muerte!

Esta es la historia de muchos matrimonios desgraciados, Lucía: el hombre se casa engañado por su imaginacion, y la mujer se casa

para no ser soltera: si ella quisiera, jamás llegaria el dia del desencanto, porque al hombre se le engaña fácilmente: pero de comun acuerdo trabajan los dos para la destruccion de la dicha doméstica: la esposa creyendo que con ser fiel ha cumplido todas sus obligaciones: el marido mirando á la mujer como *cosa suya*, como un objeto que compró creyéndolo muy rico, y que estando ya en sus manos, vió que valía muy poco ó nada.

Preciso es ya que la luz se vaya haciendo en el cerebro humano, y que se haga el matrimonio con las condiciones debidas: dé Vd. en este punto un saludable ejemplo, amiga mia: no se case Vd. más que con un hombre al que pueda, no solo amar, sino tambien respetar: con un hombre que sea para siempre su único y verdadero amigo, su fuerza, su sosten, su protector, su consejero: con un hombre que la ame y la estime como yo la he amado y la estimaré siempre: porque de lo contrario, seria desgraciada, y yo, al ver que lo era, y que lo era sin remedio, quizá no pudiera soportar el peso de esta estéril vida, que soñé un dia en consagrar á Vd.

DIEGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIV.

Mariana á Valentina.

Madrid, Diciembre de 18...

Mi muy querida hermana: Creo que no prolongarás tu estancia en esa más allá del dia 23 de este mes: la Navidad la hemos de pasar reunidos en mi casa, porque despues de Pascua marchamos á Sevilla, para establecernos allí por ahora. Diego, con una delicadeza que estimo en todo su valor, ha solicitado un destino pasivo en su carrera militar, con residencia en aquella capital, y lo ha obtenido.

—Mariana, me dijo cariñosamente, quiero sacarte de este Madrid, en el que tanto has sufrido, y llevarte bajo el radioso clima de tu patria, para que recobres la alegría: allí estaremos hasta que los estudios de Adriano nos obliguen á volver: allí modificaremos las condiciones de nuestra vida interior, y allí olvidaremos todo lo que ambos hemos sufrido.

Así me habló mi marido, Valentina, y no necesito encarecerte la alegría que hizo latir mi corazon: la sombra de Lucía estaba de contínuo delante de mis ojos: sombra gentil que ha encantado los de mi marido y que desearia olvidase á costa de los más grandes sacrificios.

Pasemos, pues, reunida la familia, la fiesta

de los niños: trae á los tuyos, Valentina, y con los mios nos alegrarán. Tambien van á llegar Cecilia y Roberto, invitados por Diego y por mí: y despues cada uno se irá á cumplir los deberes que Dios le ha deparado.

No te puedo expresar cuánto he agradecido á Diego la delicada idea que ha tenido. ¡Cuántas horas de dolor borra este rasgo de su buen corazon! Allí renaceré á todos los buenos pensamientos, y lejos de este bullicioso Madrid, donde el silencio y el reposo de la vida son imposibles, podré reflexionar, arrojar de mi alma todas las semillas amargas que aun debe haber depositadas en ella, y abrirla á las dulzuras del perdon y de la esperanza.

A tí debo, mi querida Valentina, la repentina elevacion de mis sentimientos, y la luz que ilumina todo lo que antes me parecia desierto y oscuro: me has enseñado lo que es la base de todas las virtudes; la paciencia: me has hecho ver que la mayor de las victorias es la que cada uno consigue sobre sí mismo, y de toda mi dicha futura, como esposa y como madre, te soy deudora. ¡Dios te bendiga y haga de tu hija una mujer dichosa! Si necesitasen tus hijos de algun amparo, yo te prometo, Valentina, que tendrán en mí una madre; y en cuanto á Diego, no tengo que decirte que seria para ellos el padre más cariñoso.

Diego está mejor y más tranquilo: la reso-

lucion que ha tomado le ha librado del malestar y de la tristeza que le torturaban: algunas veces, y en las altas horas de la noche, me asomo á la puerta de su cuarto, y le oigo dormir tranquilamente.—¡Cuántas veces, y sin que él lo supiera, le he espiado del mismo modo, y le he visto con la luz encendida sentado en el lecho, fumando, y contemplando las espirales de humo de su cigarro, como si con ellas huyera hasta la sombra de sus esperanzas! Terrible habia llegado á ser su demacracion y su tristeza, y esta crísis de su vida ha estado muy cerca de dejar sin padre á mis pobres hijos.

Cuando le ví sufrir tanto, es cuando conocí que podia y queria ser su amiga: le amaba más de lo que yo misma sabia, y se lo probé hablándole con dulzura, y consolándole de una manera indirecta, y todo lo delicadamente que á mi vulgaridad nativa fué posible: el primer acto de abnegacion es el que más cuesta en una vida egoista. Diego se manifestó agradecido, y me lo demostró con palabras elocuentes y tiernas.—¡Cosa extraña! Eran las mismas palabras que antes habia usado y que me habian irritado como un insulto.—«Ten paciencia, Mariana; por tí, por tus hijos y por mí, ten paciencia: el alma tiene sus tormentas, como las tiene el cielo, y tras de la tempestad viene el sol: yo me curaré y sabré demostrarte toda mi gratitud por tu generoso valor.»

Poco á poco he ido acercándome á él moralmente: me levanto temprano, y cuando Diego sale de su cuarto, me ve ocupándome del tocador de Irene: así que termina el suyo, se nos reune Adriano y conversamos un rato, los padres y los hijos: hasta la hora del almuerzo, mi hijo, ayudado por su padre, repasa sus lecciones: yo hago que estudie Irene su leccion de piano y de francés: despues ambos nos enseñan sus dibujos: terminado el almuerzo, vienen los profesores: Diego sale para los asuntos del servicio, ó para sus negocios particulares, y yo me ocupo de todos los pormenores del gobierno doméstico, que antes me parecian tan pesados, y que ahora me entretienen y me interesan como te interesan á tí, mi querida Valentina, porque son para el bienestar de los que amas.

A las dos salgo á paseo con los niños, á pié: ¡á pié, yo que por no querer andar un paso me habia puesto monstruosamente gruesa! Ahora ando dos horas conversando con mis pequeños, y hago que Adriano lleve un compendio de botánica, y su hermana una caja grande de hoja de lata, un herbario, para cojer yerbas y flores, con las que luego los tres formamos bonitas colecciones, clasificándolas á la luz del gran quinqué del salon, en las largas noches del invierno.

Cuando regresamos á casa, la comida nos espera, y la comemos con apetito. Diego nos

busca algunos dias en el Retiro, y otros nos espera en casa. Despues de la comida, jugamos un rato con los niños á las damas, al dominó, ó miramos vistas con los estereóscopos: es decir, mis hijos viajan sentados, porque su padre conoce muchos de los sitios que admiran, ya por haberlos visitado, ya por referencias y estudios de viajes que ha hecho.

A las nueve, el aya entra á buscar á mis hijos, y al retirarse los acompaño yo: el aya ayuda á desnudar á Irene, recoge sus cabellos, y en tanto espero yo sentada en el cuarto de Adriano, á que éste se meta en la cama: antes de separarse mis dos ángeles, rezan con su aya y conmigo las oraciones de la noche: cuando ya les dejamos las lamparillas encendidas, y bien arropados, nos retiramos, y al entrar en el salon de nuevo, ya encuentro en él algunas personas.

Casi todas las noches insto á Diego para que salga un rato solo, pero ninguna consigo que lo haga: juega al tresillo con aficion, toma té, y pasa la velada distraido. A las doce se retiran todos, y aun nos quedamos hablando nosotros solos durante una hora.

Esta vida, á la vez tranquila y activa, me parece muy buena y muy feliz: una hora diaria de lectura, me ha dado una vida espiritual que yo no conocia: ¡qué buenos y fieles amigos son los libros! ¡Qué poco exigentes, y en cambio, cuánto bien nos hacen! Creo que solo con leer reflexiva y atentamente, poseyendo buena memoria, se puede adquirir talento, virtudes, y un conocimiento exacto de las cosas de la vida!—Los libros, Valentina, me han enseñado á pensar con una profundidad, de que yo misma me admiro, y á sentir con generosidad y con cordura á la vez.

Pero no ha nacido en mí de una manera espontánea el gusto por la lectura: cuando la desgracia llamó á las puertas de mi casa, yo te juzgaba mal, y hasta te miraba con antipatía: llamaba á la suavidad encantadora de tus maneras hipocresía, coquetismo á tu elegancia, y ficcion á todas las gracias de que Dios te ha adornado: pero cuando tus cartas llegaron á consolarme, á mostrarme el camino de la resignacion, la dicha de perdonar, y la esperanza de dias mejores, entonces comprendí que te habia juzgado injustamente, que tu corazon era accesible á la más tierna piedad, á esa piedad inteligente, única que consuela, única que sabe hallar el camino de los corazones heridos, única brisa que refresca y alivia el alma abrasada por el huracan del dolor: entonces, y solo entonces comprendí que merecias el apasionado amor de tus hermanos, amor que me heria y despertaba en mi espíritu una dolorosa emulacion.—Hoy Valentina, te admiro, te amo como á la más tierna de las hermanas, porque mi de-

seo de imitar tus virtudes, me ha guiado para entrar en los dominios de la reflexion, me ha dado el deseo de instruirme, de hacerme mejor de lo que era, de levantarme moralmente, en una palabra.

Te espero, Valentina, y espero á tus hijos: venid para que celebremos juntos el Nacimiento del Divino Niño que quiso morir para redimirnos.

MARIANA.

XXV.

Valentina á Roberto.

Madrid, Diciembre de 18...

Ya he vuelto á Madrid, mi querido hermano, para complacer á Mariana, que me lo ha suplicado, y que quiere que nos despidamos con una comida de familia: esta comida será la cena de Navidad en la noche del 24 del actual.

Mariana no sospecha el desarrollo que de pocos meses á esta parte ha adquirido su inteligencia: el dolor ha sido para su alma, grande y generosa, como un crisol que la ha purificado de toda sombra.

¿No hallas tú en el pensamiento de despedirse de la familia de su marido con una fiesta infantil algo de noble y delicado? Ya que su

marido vuelve con ella á los sitios donde la conoció, llevado por el deseo de enmendar sus faltas, Mariana desea borrar del alma de Diego toda impresion amarga; desea que nuestros últimos abrazos dulcifiquen la idea de la separacion que rompe con el pasado, y con este último año de lucha y de dolor.

He escrito á Lucía, diciéndole que puede disponer su regreso á Madrid, si la estancia en París les es penosa á ella y á su madre; pero me ha contestado con cierta altanería, que si para abandonar su patria se sometió en todo á la voluntad de su familia, fué porque le pareció que así debia hacerlo; pero que ahora cambiará de domicilio cuando de acuerdo con su madre lo tengan por conveniente: que nos ruega no nos molestemos en adelante pensando en ella, y que nos participa que quiere ser dueña de su destino.

Esta jóven se rebelará siempre contra toda presion, y la energía de su carácter, que se oculta bajo una apariencia dulce y suave, es notable, y bastante para darle valor en las pruebas más difíciles y más duras.

No creas que estas palabras, cuyo espíritu es duro, están escritas con acritud: el fondo es enérgico, la forma suave y dulce; defiende sus derechos con valor, pero á la vez con la dulce tranquilidad de quien sabe que toda la razon está de su parte: la dicha de Mariana está ase-

gurada, porque su rival antes se morirá de pena y de amor, que volver á mirar á Diego. Este me ha dicho que le ha escrito, y que ella no le ha contestado, ni siquiera para decirle que ha recibido su carta: de modo que Diego podia haberse evitado el dejar á Madrid, porque Lucía, ó tardará mucho tiempo en volver á él, ó quizá no volverá jamás, casándose en la moderna Babilonia.

Cecilia me escribe enamorada de Lucía: dice que ha encontrado en ella el bello ideal de la amiga con la que siempre habia soñado: por tanto, Roberto, apaga ese entusiasmo que la vista de Lucía despierta en tí, por dos razones: la primera, porque Lucía jamás hará caso de tí, como no lo hará de ningun hombre casado: y la segunda, para no arrebatar á la pobre Cecilia una amiga que, con su carácter caviloso, le es muy necesaria.

¡Qué deseos tengo de veros, de conocer á Cecilia, á la que ya no recuerdo, pues marchó á París con su familia cuando aún era muy niña! Verás como yo la quito todas sus aprensiones, todos sus temores de no valer bastante para tí: le diré que la mujer vale siempre más que el hombre, aunque no sea más que por la ternura del corazon y la delicadeza de los sentimientos: que la estimacion de sí misma es cosa muy esencial para la felicidad de la vida, pues cuando se cree que no se vale para nada, el valor falta para todo.

Procura, Roberto, animar y dar fortaleza á esa alma tímida, y acobardada aun por una vida de penas y de discordias. Cecilia te amará ahora como al padre de su hijo, que es el complemento del amor de la esposa: acostúmbrate á tratarla, no como á una niña, que es el mal á que están sujetas todas las mujeres cuyos esposos les llevan muchos años; si no como á tu compañera, como á tu igual, como á tu amiga: los niños reflexionan desde muy temprano, y su mirada inocente es muy perspicaz; enseña á tus hijos desde su más tierna infancia que su madre es lo primero del mundo para tí, y que por tanto debe serlo tambien para ellos, no tolerando tú otra cosa, aunque ellos fuesen capaces de desobedecerla ó faltarle en lo más pequeño.

He visto muchas veces algunos maridos de tan pocos alcances como vulgares sentimientos, quitar á su mujer toda la fuerza moral, erigiéndose en déspotas de la familia, y haciendo alarde de dominacion hasta con la madre de sus hijos: éstos tenian que pedir permiso para todo á su padre, sin que el dictámen ó parecer de su madre supusiera lo más mínimo: así poco á poco el dulce lazo que debe unir siempre á los hijos con la que los ha llevado en su seno, se debilitaba y llegaban á mirar á su madre con el desdén más profundo, cuando era un sér noble, sensible, superior á toda su ingrata y vulgar familia.

Pero ya hablaremos de esto, hermano mio, cuando tengas la dicha de ser padre: ya te diré cómo he educado á mis hijos, se lo diré tambien á Cecilia, y podreis convenceros del buen resultado que he obtenido, porque es imposible que haya madre más querida que yo.

Y antes de cerrar esta carta—última que te escribiré por ahora—permíteme, Roberto, que te pregunte cuándo piensas venir á tu patria: ¿deseas, acaso, que el primero de tus hijos sea francés? ¿No has pensado en que deberias ya formar un nido en tu patria, al lado de tus hermanos? ¿No has pensado en que Cecilia sufre aun moralmente el yugo de su familia, y en que seria más feliz al lado nuestro, que la acompañaremos en todas sus penas y alegrías?

La ausencia de Mariana y de Diego no será tan larga como en un principio habian pensado; cuando cada uno sepa—sin decírselo el uno al otro—que Lucía no se mueve de París, entonces los dos desearán volver á nuestro lado: Roberto: deja arreglados por algun tiempo todos tus asuntos, para que veas si puedes quedarte entre nosotros: los lazos de la familia, cuando ésta se halla unida por el afecto y por la simpatía, son muy tiernos y muy hermosos: son irreemplazables: ofrezcamos un saludable ejemplo de union y de afecto á tantos ateos como repiten que *no hay familia:* demostremos que la envidia, que es el mónstruo que devora

todos los lazos de la sangre, nos es desconocida, y que lejos de envidiarnos unos á otros, nos une el más tierno cariño: formemos una colonia de séres felices, que sirva de ejemplo á los que pueden perder por su culpa un bien igual, y hagamos ver á la sociedad, que habrá familia siempre que haya tolerancia mútua y verdadero deseo de compañía moral.

Adios, Roberto, hasta muy pronto: el más grato deseo de mi corazon se ha cumplido. Lo mismo tú que Diego, teneis un hogar en condiciones de dicha: un nido á cuyo calor crecerán vuestros hijos al lado de los de tu hermana, que anhela abrazarte,

VALENTINA.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE TERCERA.

EL PADRE.

I.

Cecilia á Valentina.

París, Noviembre de 18...

Desde que soy madre, mi querida hermana, me hallo tan dichosa, que hasta me parece se ha ensanchado el mundo para mí: ¡mi hija! ¡Qué dulce palabra! Es como una gota de miel que ha caido sobre todas las amarguras de mi vida, como un rayo de sol que alumbra las densas tinieblas de mi destino.

Amelia, con tener solo cuatro meses, me hace la más dulce compañía: cuando las penas que su padre me causa me agobian demasiado, me siento al lado de su cuna, la veo dormir ó sonreirse despierta, y desciende á mi corazon dolorido una paz inefable.

Roberto se ha vuelto casi intratable: duro, celoso é indiferente á la vez, irascible, devorado de ambicion, no hallo á su lado ni compañía, ni descanso moral: azotada como estaba ya por todas las desventuras de la vida, estos dos años

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de matrimonio han acabado con mis fuerzas; pero Dios, supremo consolador de los desamparados, ha llegado en mi socorro, y me ha enviado á mi hija.

El nacimiento de Amelia no ha alegrado el alma sombría de su padre: apenas le ha dado algun beso desde que ha venido al mundo: alguna vez que me he atrevido á reprocharle su frialdad, me ha contestado duramente:

—Yo deseaba un varon.

¡Ah! qué torpe excusa de su insensibilidad! ¿Acaso los hijos tienen ó deben tener sexo para sus padres? Un hijo es una bendicion del cielo, y solo puede mirársele bajo la forma de un angel.

Está visto, mi querida Valentina: el alma de mi marido se ha cerrado para mí: mas, ¿por qué causa? Vagamente lo adivino, aunque no me lo explique con toda claridad: aún no tengo veintidos años, y muchos de los tristes misterios de la vida, son desconocidos para mí: acaso hay en mi carácter una rectitud y una entereza que son repulsivas á Roberto: acaso deberia ser más alegre ó más sufrida; acaso deberia saber fingir mejor: pero el carácter duro y helado de mi marido me ofende, hiere mi orgullo, y hasta me hace creer algunas veces que sostiene relaciones ilícitas con otra mujer.

Mi vida no puede ser más triste: como yo tengo pocos recursos para la conversacion, Roberto, que es tambien reservado por naturaleza, callaba, y nos pasábamos muy frecuentemente toda la velada en un teatro, sin decir ni uno ni otro una sola palabra: él, mal dispuesto para la diversion, bostezaba y dirigia los gemelos á todos las mujeres jóvenes y elegantes que habia en la sala: yo, resentida con su indiferencia y su silencio, me iba poniendo cada vez más séria: al llegar á casa, cada uno se dirigia á su cuarto, sin otra despedida que un seco: —"Buenas noches!»

Ahora se va solo, y yo me hallo en casa mucho mejor que con él: leo, bordo, miro á mi hija dormida en su cuna, y esto es para mí la mayor de las delicias.

Dicen que hay algunas mujeres desgraciadas con sus esposos, que perdonan á éstos por amor de sus hijos: yo no; tenia el corazon sediento de ternura cuando me casé con tu hermano, y le hubiera adorado con poco que lo hubiera merecido: ahora este corazon está yerto para todos los hombres, y sobre todo para él: esto es muy triste á los veintidos años, ¿no es verdad, Valentina? ¡Qué larga vida solitaria y triste se despliega ante mis ojos!

No debimos jamás haber unido nuestros destinos tu hermano y yo: no nos conveníamos; y creo que en la mayor parte de los matrimonios sucede lo mismo: antes de casarse dos personas debian tratarse íntimamente, conocerse, *poseerse*, por decirlo así, de una manera intelectual:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX

la libertad de tratarse, la intimidad más completa debia acordarse á las personas que han de unirse para siempre, y en esto ganaria mucho la moralidad del matrimonio: nosotros nos hallamos ya separados moralmente por una distancia más grande que si viviéramos á dos mil leguas el uno del otro: tu hermano se engañó al pensar que él deseaba la calma y el sosiego, y que era tan viejo como es su edad: yo le aburro, Valentina, y no es extraño: penas muy graves echaron su sombra sobre mi infancia y la seriedad de mi carácter es más verdadera que la del suyo: me he convencido de que nada hay tan aburrido para el hombre como la mujer virtuosa, que tiene derecho á todas las consideraciones y á todos los respetos.

Sentada al lado de la cuna de Amelia, ó teniéndola en mis brazos, paso mis horas solitarias, y algunas veces me parece que soy como un reproche vivo y elocuente de la vida desarreglada que lleva Roberto: cuando se levanta, ya me halla cosiendo ó bordando, porque salé muy tarde de su cuarto, y yo tengo ya arreglada toda la casa: despues que almuerza, y á eso de las tres de la tarde, sale de casa con pretexto de sus negocios, y ya no vuelve hasta las siete, que es la hora de la comida: muchos dias come en uno de sus clubs, porque es socio de cuatro ó cinco, lo que sea dicho de paso, le hace gastar cada mes una enorme suma: le he hecho presente que el hombre que tiene hijos no debe gastar así su dinero, y que eso era bueno para cuando estaba soltero: pero me contestó muy friamente estas ó parecidas palabras:

—Mi querida Cecilia, así como yo no me cuido de los asuntos domésticos, te agradeceré mucho que no te ocupes tú de lo que yo hago, ni en qué me ocupo, ni en qué gasto el dinero: ahórrate pesares y cavilaciones inútiles, *porque lo que yo crea conveniente, lo he de hacer.*

Esta respuesta dura y helada me ofendió mucho, Valentina: ¿la merecia la simple observacion que le hice? Creo que no, y temo que tu hermano me tome antipatía por el solo hecho de ser mejor que él.

Algunas veces le veo vestirse con cuidado, atusarse el cabello delante del espejo, perfumar su barba negra y fina, y me digo que un hombre á los cuarenta y dos años no es aun viejo, y que puesto que de mí hace tan poco caso, es probable que tenga alguna otra afeccion que le entretenga ó preocupe: y si es así, ¿qué remedio? Toda la culpa de las penas que le produzca su devaneo será suya: ni en mi conciencia de cristiana, ni en mi conciencia moral hallo la sombra de una culpa: yo no soy como era Mariana, irascible ó material: soy pacífica, dócil á la voluntad de mi marido, amo lo bello y cuido de mi persona: aunque te parezca algo vanidosa, Valentina, te diré que comparada

con otras mujeres, me encuentro irreprensible: en mi casa, todo está arreglado con un órden perfecto: todo marcha con una precision mecánica; de modo que si mi marido está disgustado de lo que le rodea, es efecto de su perversion moral, de lo gastado de su corazon, de lo helado y egoista de su carácter; y así la idea de su probable infidelidad me preocupa muy poco, hallándome yo limpia de toda mancha.

¿Quién sabe si yo tambien podré parecer bonita á alguno? Los espejos me dicen que lo soy, y ¡aun no tengo veintidos años!

CECILIA.

II.

Roberto á Diego.

París, Noviembre de 18...

No hay nada en el mundo tan molesto como una mujer perfecta: no te quejes de la tuya: con todos los vacíos de su carácter, vacíos que hallas, y con razon, imposibles de llenar, es preferible Mariana á esta jóven sentimental y rígida que me ha tocado en suerte: toda la sumision, toda la humildad de que tenia que hacer uso en la casa de sus padres, se ha convertido en la suya—que desgraciadamente es la mia tambien—en una frialdad, en una reserva, en un aire altivo y triste que me dan mucho en qué

pensar, porque me parece que Cecilia me tolera solo por deber, pero muy en contra de su voluntad.

Uno de mis graves motivos de descontento es el empeño de mi mujer en medirme el tiempo que he de dedicar á mi hija: cualquiera diria que esta niña es de su exclusiva propiedad: quiere ordenar su sueño, sus lloros y hasta sus sonrisas; me cuenta los besos que le doy, y dice que á los niños se les debe educar desde la cuna: la acuesta y la levanta á horas fijas; y si este método sigue, la pobre niña perderá toda espansion de carácter y se hará pusilánime ó hipócrita para no enojar á su madre.

En fin, Diego, yo estoy disgustado de mi mujer, de mí mismo, y tambien de Valentina, que me aconsejó este matrimonio, é influyó cuanto le fué posible para que se verificase: verdad es que para ello no le llevó otro objeto que mi felicidad: calculó acerca del carácter de Cecilia por las circunstancias que la rodeaban, por el marco triste que le formaba su familia desunida, por la conformidad y fortaleza de espíritu de que daba pruebas; pero todo aquello desapareció, desde que en vez del deber de obedecer, adquirió el derecho de mandar: sus defectos, comprimidos, han aparecido hoy, y de ellos han nacido otros, que acaso antes oscurecian aun las relevantes dotes del corazon de Cecilia, que es esencialmente bueno y generoso.

Porque lo que mi mujer tiene de malo, es el carácter: comprimido durante toda su vida, es hoy dominante, y solo está contenta con la perfeccion de cuantos la rodean: y este anhelo de mejoramiento, hace que sea intolerante, y que siempre tenga un aire de víctima, muy antipático á mis ojos, porque no me gusta ser tirano de nadie, y ménos de una débil mujer.

El aislamiento en que ha vivido, ha sido nocivo para la pobre Cecilia: no son buenas para la imaginacion de la mujer largas horas de dolor y de soledad: cohibida, silenciosa, parece siempre herida de una misantropía que solo visita á los hombres en su edad madura.

Para ver si se anima y se distrae, he traido á su lado á su pequeña hermana Lola, que aun no cuenta diez años, y á la que ella ama tiernamente: es la más jóven de todos sus hermanos, y ya vino al mundo cuando sus padres, habiendo llegado por las penas de la vida á una vejez anticipada, no esperaban más hijos. Lolita ha sido, pues, el ídolo de la familia, el ángel que ha disipado todas las sombras que envolvian á los suyos: por no dar mal ejemplo á esta niña, se contenian todas las disensiones, y cada uno procuraba aparecer bajo el mejor aspecto posible: tan cierto es que nada hay á la par tan imponente y tan amable como la inocencia.

A esta hermanita, graciosa y pura como una bella y perfumada flor de Mayo, la quiere Cecilia en extremo; pero si mi mujer se halla mejor con tan risueña compañía, en cambio la niña se entristece á ojos vistos con el anhelo de perfeccion que devora á su hermana: ésta riñe á Lola por las cosas más leves; y si no la riñe, le muestra un semblante adusto y contrariado á la menor falta que comete: de lo que resulta que el carácter alegre y expansivo de Lola, se va convirtiendo en tétrico y silencioso.

Recuerdo ahora los consejos de nuestra hermana Valentina, y los recuerdo con amargura: cuando traté de casarme, ella fué la que eligió por mí: tenia yo tal fe en nuestra hermana, que el haberla perdido es otra de las grandes desgracias de mi vida; yo creia imposible que Valentina se equivocase, y ahora veo que se ha equivocado de una manera deplorable, engañada ella misma por el culto ferviente que siempre ha rendido á la virtud.

Cecilia le pareció el conjunto de todas las perfecciones humanas: lo que yo sentia por esta jóven, hoy fatalmente ligada á mi vida por un lazo indisoluble, era solamente una afectuosa simpatía. Valentina se empeñó en que era amor: comparaba las dos mujeres que podia elegir, y me decia:

—Serias muy desgraciado si te casaras con un maniquí, por muy bonito que fuera, y por muy dóciles que tuviera los resortes.

¡Ay, se referia entonces á una mujer que

pasó por mi vida como una aparicion encantadora, y á la que miro hoy con profundo dolor próxima á ser la esposa de otro! ¡Cómo nos engañamos Valentina y yo! ¡Qué diferencia entre el carácter grave y cási austero de Cecilia, y las gracias peregrinas de Cármen! ¡Qué alegría esparce en derredor suyo! ¡Qué elegancia y qué belleza las suyas! La madre de Cármen es más jóven que Cecilia por sus gustos, por la alegría de su carácter y por lo expansivo de sus maneras.

Cármen que parece la más jóven de las gracias, se casa dentro de algunos dias con un hombre que puede ser su padre, y se casa contenta. ¡Ah, por qué creí los temores de Valentina acerca de la extrema juventud de la que tan ciegamente me enamoraba! ¡Paréceme ahora cuando la veo el último reflejo de mi perdida juventud! Cuando cansado de la aridez de mi casa, de su tétrico silencio, del ambiente monástico que en ella se respira, voy á casa de los padres de Cármen, lo primero que oigo al abrir la puerta son los ecos armoniosos del piano, y á veces la voz deliciosa de Cármen, que canta una melodía italiana: entonces mi pensamiento se vuelve desolado hácia mi casa, y veo á Cecilia leyendo algun libro piadoso, ó bordando silenciosa y muda.

¡Gran Dios! ¿Cuál va á ser la infancia de mi hija al lado de esta madre rígida y triste?

¿Qué expansion adquirirá el carácter de mi pobre Amelia? ¡Al verla dormir en la cuna, es tanta la compasion que me causa, que desearia verla muerta en su blanca camita, antes que verla entrar en la vida bajo tan tristes auspicios!

Diego, toda la fortaleza de mi carácter me ha abandonado: vuelvo á sentirme agobiado por el cansancio de la vida; pero mucho más cansado que antes, porque ya me alienta una esperanza ménos, y porque ya se ha apagado en mi alma una de mis ilusiones más risueñas. Valentina, en quien yo tenia tanta fe, ha descendido para mí al nivel de una mujer vulgar: de su equivocacion ha nacido para mí una irreparable desventura: muy vulgarmente ha juzgado la cuestion más séria de la vida de tu desgraciado hermano

ROBERTO.

III.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Diciembre de 18...

Mucho pesar me ha causado tu carta, mi querida hermana: contra todo lo que yo esperaba, eres infeliz al lado de Roberto, y él debe ser tambien desventurado! ¡qué poca cosa es la prevision humana, y qué poco vale ante los som-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bríos misterios y las rudas pruebas de la existencia!

Convéncete, Cecilia, de una verdad muy dura, y que hace largo tiempo tengo yo aprendida: y es que toda la dicha doméstica depende de la mujer—aunque parezca lo contrario—y que ésta debe sostener con sus débiles manos, lo que el hombre no puede ó no quiere sustentar con sus fuerzas, tan alabadas, y de las que está tan envanecido: el edificio de la paz conyugal.

Ante todo y sobre todo, mi pobre hermana, no quieras—aunque lo seas—pasar por perfecta: no hay nada que más asuste al hombre, que una virtud rígida: porque él es debilísimo, y no puede soportar la perfeccion ajena en nadie: pero ménos en su mujer, á la que gusta de creer muy inferior á él.

Para el carácter orgulloso de Roberto, tu gravedad, la austeridad de tus costumbres, la severidad de tu lenguaje, son otras tantas acusaciones: amigo él de dominar, admirado, adulado por todos, creo que ve en tí un juez implacable, un censor terrible de todas sus acciones, una persona que le tiene en bajo concepto, y que le dice con su grave silencio:

—No vales nada para mí... ni para los demás que valen algo.

¡Ay Cecilia! ¡forzoso es confesarlo! los hombres toleran á una mujer superior, solo á condicion de que ponga á su servicio todas las grandes cualidades que la adornan; de no utilizar la superioridad de la mujer en beneficio propio, no se la perdonan jamás; y aun así, si se la perdonan, porque les es necesaria, jamás hablan de ella: jamás ensalzan á la mujer que vale, y gracias que no la denigren llevados de una miserable envidia, que pesa en ellos más que el agradecimiento.

He visto á un hombre que pasaba por tener mucho talento: este hombre daba en el Ateneo conferencias acerca de la literatura contemporánea: pero demasiado frívolo y perezoso para ocuparse de lecturas sérias y continuadas, daba á su mujer los libros de que pensaba tratar, ordenándola que los leyese atentamente: obedecia la esposa: narraba despues á su marido la historia encerrada en el libro: añadia su propio dictámen ó juicio, que era notable, como nacido de un gran talento: y el marido, en vista de la narracion que le hacian de la obra y del criterio con que la habia juzgado su mujer, escribia la conferencia, que pasaba por brillante, y que lo hubiera parecido mucho más, si se hubiera sabido que se debia en su mayor parte al ingenio de una mujer.

Pero no se supo jamás, porque el marido se guardó muy bien de decirlo, pasando siempre por un hombre de talento, gracias á su mujer, y siendo él un tonto de solemnidad.

¿Podria estimar esta mujer á su marido al verle aprovechar con tan poca delicadeza una inteligencia que no era suya, y que se apropiaba con tanta indignidad? Seguramente que no, Cecilia: seguramente le despreciaba en el fondo de su alma, y con desprecio, no hay amor posible: seguramente, la primera persona engañada acerca del talento de aquel hombre, fué su pobre esposa: sus ilusiones debieron caer por tierra el primer dia de su matrimonio: pero ¿qué hacer ya? ¿dar parte á los extraños de su desgracia? ¿confesarse engañada, y confesar á la vez la estupidez vanidosa del que habia elegido para compañero de su hogar? ¿darse en pasto, y darle á él al menosprecio de las gentes, y al regocijo de los envidiosos? ¿y esto despues de haber partido el mismo lecho, despues de haber dado á la union de la Iglesia todos sus sagrados derechos? ¡Oh, Cecilia! eso no lo podia hacer aquella mujer, demasiado altiva, demasiado grande y generosa, para difamar y empequeñecer al que habia hecho su dueño para toda su vida!

La necedad del marido fué siendo cada dia más visible, y por consecuencia cada dia fué más doloroso el sacrificio de la esposa; pero el primer hijo le sirvió de consuelo, y fué el intercesor del imbécil padre: despues vinieron otros, y la cadena de la pobre esposa quedó soldada para siempre, por su deber y por su voluntad: porque aunque se desprecia sin remordimiento á un marido indigno, el corazon de la madre es siempre indulgente para el padre de sus hijos!

¡Ay Cecilia! Si conocieras la gran suma de dolores humanos que hay sembrados para la mujer en la superficie de la tierra, no te quejarias de los tuyos, que son bien ligeros todavía! Al fin estás casada con un hombre superior, y esta superioridad, ha de manifestarse todos los dias, á todas horas; el diamante, cuanto más se usa, presenta más bellas luces: ¿pero qué pasará en el corazon de aquella que, despues de *haberse dado* á un esposo, tiene á la vez que retirarle la posesion de su alma, y dejarle la de su cuerpo? A la persuasion de que en los sentimientos no se puede mandar, se une la conviccion amarguísima de que los derechos del esposo son indiscutibles, y de que si su carácter no es generoso, pueden llegar hasta la barbarie, y hasta la fuerza brutal.

¿No piensas tambien en el terror con que mirará la mujer colocada en estas circunstancias, el que los hijos se parezcan al padre? ¿No reflexionas en el ímprobo trabajo que deberá tomarse para educar esos corazones, para elevar esas inteligencias? Pues compárate con las mil desdichadas condenadas á tan infausta suerte, y bendecirás la tuya como muy feliz.

Porque tú, Cecilia, solo te fijas en las som-

bras negras del cuadro de tu vida, y no quieres ver los puntos luminosos: piensa que con un hombre de la valía de mi hermano, ningun esfuerzo de tu corazon y de tu inteligencia será perdido: piensa en que Roberto es incapaz de envidiar ó de utilizar bajamente tu inteligencia, y en que lejos de eso, es el primero en reconocerla, y será el primero en adorarla, el dia en que la adornes y suavices con un poco de dulzura: perdónale sus flaquezas, sus displicencias, su silencio, su falta de expansion: al hombre hay que amarle; porque si no, es facilísimo despreciarle: el amor encubre todos los defectos, y por tu propio interés debes fijarte en sus altas cualidades, y no en la gran suma de debilidades que oscurecen aquellas.

Las desgracias, el dolor que desde la cuna te han rodeado, te han amargado el carácter, y quizá tambien el corazon, mi pobre Cecilia; procura curarte, y ten entendido que sola tú puedes lograrlo con la ayuda del Supremo Médico: con la ayuda del Padre Celestial, al que puedes abrir sin temor los pliegues más recónditos de tu alma dolorida, y amurallada por el orgullo.

Esta misma amargura te hace ver la situacion conyugal, con respecto á tu hija, de una manera que me asusta: no es asunto de tanta importancia para tratarlo al fin de esta carta: será el objeto de otra: pero entretanto, sabe, Cecilia, que tu actitud respecto de mi hermano, que tu empeño en privarle del cariño de su hija, es culpable, y puede traerte la desgracia de toda la vida, para tí, y para ese tierno sér que amas con tanta pasion como imprudente ceguedad: recibe esta dura advertencia, con un tierno abrazo de tu hermana

VALENTINA.

IV.

Valentina á Roberto.

Madrid, Diciembre de 18...

Mucho peligro corre la dicha de tu vida si no varías de línea de conducta, mi pobre hermano: la felicidad es un ave de exquisita belleza, que rara vez se aproxima á nosotros: cuando lo hace, hay que acariciarla, abrirle las puertas del alma, y ofrecerle en ella un tibio y amoroso nido.

Tienes la triste habilidad de labrar tu propia desventura: sí; á pesar del gesto irritado que te veo poner al leer lo que antecede, te lo repito, estás labrando tu propia desventura, y cuando quieras buscar el remedio á tu mal, seguramente no podrás hallarle.

Yo creí que, dadas las condiciones de Cecilia y las tuyas, podríais tener una union dichosa: pero tú, en vez de hacerla mejor, en vez de elevarla hasta tí, te enojas como los niños,

te dejas llevar de tu displicencia habitual, y la abandonas en el camino de la vida á sus propias fuerzas.

Y si solo fueras culpable de los delitos de egoismo é indiferencia, aún sabria y podria yo disculparte: pero eres además infiel á la fe conyugal, cosa que aún ignora Cecilia, y que si llega á saberla, le hará romper para siempre los lazos que la unen á tí.

¿Por qué tendré yo la desgracia de saber sin quererlo todos tus extravíos? El que ahora te ocupa, no tiene excusa: ¿y sabes por quién lo sé? Por Cármen, que herida en lo más vivo de su corazon, me escribe una carta llena de lágrimas y de dolor.

«Yo sé, señora—me dice—que es Vd. el ángel bueno de su familia, y á Vd. me dirijo para que con su influencia aparte á su hermano de la funesta vía que ha elegido: yo debí casarme con Roberto, y aunque me dobla la edad, me hubiera tenido por dichosa: pero él prefirió la esposa que hoy tiene, y cansado de lo que debia constituir su dicha, ha emprendido un juego muy triste con mi madre.

»Verdad es que hace algunos meses empezó á insinuarse conmigo: las muchachas que como yo pasan su vida en los salones, teatros y paseos; las que tenemos un carácter ligero y alegre, parecemos presa fácil á todos los hombres de mundo, á todos los elegantes que han incli-

nado el cuello al yugo del matrimonio, para tener un hogar donde hallar el reposo que desean: pero yo, señora, ni soy tan superficial como me creen, ni me estimo en tan poco que dé oidos al hombre que me desdeñó por otra, despues de estar este hombre casado. Quizá para darme enojos, Roberto empezó sus coqueterías con mi madre... ésta es aún jóven, hermosa, elegante, una de las reinas de la moda, en fin.

»¿Cómo acabará esto? ¡No lo sé! ¿Cuándo acabará? ¡Quizá nunca! Casada mi madre y casado tambien el causante de su falta, en el interés de ambos está el tener sus relaciones en el más profundo secreto: mi excelente padre, es confiado, bueno, ama con pasion á su familia, y juzga por la suya la lealtad de los demás: mi corazon se destroza al ver de qué manera tan inícua le venden, y odio ya á mi madre, casi tanto como á su hermano de Vd...

»¡Ah! Qué triste cosa es el tener una madre jóven, llena de pretensiones y de ilusiones! Si yo tuviera una madre anciana, piadosa, completamente dedicada á su familia y á sus devociones, no tendria la horrible pena de ver cómo se juega con la honra de mi padre... pero éste se casó ya de edad madura con una niña, que hoy es una mujer jóven y encantadora, cuando él es un anciano.

»Sin embargo, debo advertírselo á Vd., señora: si este anciano se apercibe de su ultraje,

los dos culpables caerán á los golpes de su venganza.

»Termino esta carta, porque estoy como loca de dolor, de vergüenza, de desesperacion, ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Esta es la carta que Cármen, tu antigua prometida, me escribe: cansado de la dulce monotonía que el carácter grave y la virtud inmaculada de tu esposa imprimen á tu casa, has buscado una peligrosa diversion, Roberto: ya sé que esa mujer culpable, que esa madre coqueta, es una Circe suductora, que une á su imaginacion brillante, una gran costumbre de mundo, y que es como una pimienta inglesa, que necesita tu gastado paladar moral: sé que el fruto prohibido ha sido y será siempre el más sabroso para el hombre, y sé, además de todo esto, otra cosa muy triste: que no es todavía el reposo lo que te hace falta, sino las agitaciones del libertino que ha llegado al último refinamiento del gusto más delicado.

Sofía es por su parte una coqueta consumada: sabe vestirse, peinarse, hablar, reir y llorar como nadie: sus gestos estudiados y graciosos han vuelto el seso á muchos hombres, pero ella no ha hecho caso á ninguno: hasta ahora era plaza inexpugnable, y eran precisos todos tus méritos para hacerla perder la cabeza.

Ahora pienso en que acaso dejaste de casarte con su hija, porque más que de ésta te

sentias enamorado de Sofía: y creo tambien que ésta procuró hacer tu conquista desde el primer dia que te vió.

El mundo halla lógicos los amores de una gran coqueta y de un libertino consumado: á mí me parece que forman una union monstruosa, reprobada por todas las leyes divinas y humanas, porque son dos impostores que se engañan mútuamente, y que buscan, no las divinas satisfacciones del alma, sino las viles de la materia.

Temo, Roberto, que la novela de tu vida acabe de una manera trágica. ¡En muy tenebrosos espacios te has metido! Las más sombrías pasiones te cercan, y te acechan como una presa régia y digna de ser devorada: el rayo no hiere al humilde arbusto, sino á las más elevadas y robustas encinas del valle... el rayo va á caer sobre tí.

Mi corazon se indigna de que no tengas fortaleza para cumplir con tu deber, y lloro amargamente el haber contribuido con mis consejos á que te cases con Cecilia: ¿no piensas siquiera en tu hija? ¿Por qué fatalidad del destino, ese ángel inocente se halla ya sin padre al llegar á la vida? Porque en el corazon humano no caben dos amores verdaderos, por más que se diga, y esa fatal mujer, dejará el tuyo reducido á tal extremo, que solo quede lugar para la pasion que le dedicas á ella.

He sabido ayer, hablando con Mariana, que la madre de Cármen era su amiga de la infancia, y que desde que se separaron, están en activa correspondencia. ¡Qué triste presagio me parece este para la dicha de nuestro hermano Diego! Mientras Sofía ha estado dignamente en su puesto de esposa y de madre, su amistad no era peligrosa para Mariana; pero hoy... hoy pienso en que toda mujer mala anhela que lo sean las demás, y las pervierte si puede.

Diego y Mariana se van á establecer en Sevilla por dos ó tres años, á causa de los negocios comerciales que nuestro hermano tiene ahora en dicha ciudad; hasta que se establezcan, me quedo con su hija, que será para la mia una compañía muy grata.

Yo procuro alentar á Cecilia en el triste camino que va cruzando sola: cada dia su corazon está más lacerado y su carácter se vuelve más sombrío: si supiera lo que haces tú, no sobreviviria á su dolor, y entonces tendrias que acusarte de haber matado á la madre de tu hija.

Mi espíritu está abatido, mi valor desmaya: por do quiera veo lágrimas y dolor. Algunas veces me pregunto de qué me sirve la pureza de mi vida, cuando tanto me hacen sufrir culpas ajenas, aunque estas culpas sean las tuyas, á quien tanto quiero, á quien tanto estimaba!

VALENTINA.

V.

Lucía Montes á Luisa Vargas.

París, Diciembre de 18...

No has pensado sino la verdad al creer que soy casi dichosa, mi querida amiga: en medio de mi pobreza, de mi constante trabajo, de las amarguras que me causa el tener que complacer á tantas personas, á las que doy mis servicios en cambio de algun dinero, no puedo negar que mi corazon va recobrando la tranquilidad, y que mi conciencia me dice que soy buena y obro con rectitud y con decoro.

Es muy probable que cambie en breve la penosa tarea de dar lecciones sueltas, por la más fácil de segunda maestra de una pension de señoritas ó por la posicion de dama de compañía. Mamá prefiere lo segundo como más honorífico, y hasta más lucrativo: porque figúrate que una señora que me propone ir á su casa, me da 40 duros al mes, habitacion y mesa; y en la pension solo me ofrecen 25 duros y la comida de la tarde.

Sin embargo, y á pesar de la opinion de mi madre, basada sobre todo en el deseo de mi bienestar, yo prefiero ir al colegio de señoritas, pues despues de terminar mi obligacion, puedo ir á mi casa y acompañar á mi madre, ó salir

He sabido ayer, hablando con Mariana, que la madre de Cármen era su amiga de la infancia, y que desde que se separaron, están en activa correspondencia. ¡Qué triste presagio me parece este para la dicha de nuestro hermano Diego! Mientras Sofía ha estado dignamente en su puesto de esposa y de madre, su amistad no era peligrosa para Mariana; pero hoy... hoy pienso en que toda mujer mala anhela que lo sean las demás, y las pervierte si puede.

Diego y Mariana se van á establecer en Sevilla por dos ó tres años, á causa de los negocios comerciales que nuestro hermano tiene ahora en dicha ciudad; hasta que se establezcan, me quedo con su hija, que será para la mia una compañía muy grata.

Yo procuro alentar á Cecilia en el triste camino que va cruzando sola: cada dia su corazon está más lacerado y su carácter se vuelve más sombrío: si supiera lo que haces tú, no sobreviviria á su dolor, y entonces tendrias que acusarte de haber matado á la madre de tu hija.

Mi espíritu está abatido, mi valor desmaya: por do quiera veo lágrimas y dolor. Algunas veces me pregunto de qué me sirve la pureza de mi vida, cuando tanto me hacen sufrir culpas ajenas, aunque estas culpas sean las tuyas, á quien tanto quiero, á quien tanto estimaba!

VALENTINA.

V.

Lucía Montes á Luisa Vargas.

París, Diciembre de 18...

No has pensado sino la verdad al creer que soy casi dichosa, mi querida amiga: en medio de mi pobreza, de mi constante trabajo, de las amarguras que me causa el tener que complacer á tantas personas, á las que doy mis servicios en cambio de algun dinero, no puedo negar que mi corazon va recobrando la tranquilidad, y que mi conciencia me dice que soy buena y obro con rectitud y con decoro.

Es muy probable que cambie en breve la penosa tarea de dar lecciones sueltas, por la más fácil de segunda maestra de una pension de señoritas ó por la posicion de dama de compañía. Mamá prefiere lo segundo como más honorífico, y hasta más lucrativo: porque figúrate que una señora que me propone ir á su casa, me da 40 duros al mes, habitacion y mesa; y en la pension solo me ofrecen 25 duros y la comida de la tarde.

Sin embargo, y á pesar de la opinion de mi madre, basada sobre todo en el deseo de mi bienestar, yo prefiero ir al colegio de señoritas, pues despues de terminar mi obligacion, puedo ir á mi casa y acompañar á mi madre, ó salir

con ella durante la velada: puedo en esas horas de descanso coser, planchar, aliviar á mamá de mil pequeños quehaceres, y divertir un poco su soledad y su tristeza habituales.

Has de saber, Luisa mia, que mamá está más abatida que yo misma, por la cruel decepcion que me causó la ligereza de un hombre, al que consagré el primer amor de mi vida: ya estoy curada de aquel gran dolor, y he perdonado de todo corazon al que me lo causó: el pobre Diego es bien desgraciado, y no es probable que me olvide en su vida.

En cuanto á casarme, ni pienso en hacerlo, mi querida Luisa, ni acaso pensaré nunca: gran error es el creer que para la mujer no hay otro camino que el del matrimonio: y yo compadezco profundamente á tanta desgraciada jóven que se casan con el primero que las solicita para que las mantenga. De tal rebajamiento moral librarán las madres á sus hijas desde el momento en que les enseñen algun arte, labor ó industria que les permita ganarse honradamente su subsistencia, sin necesidad de depender más que de sí mismas. Yo sé poca cosa, porque nunca he querido penetrar los arcanos de la ciencia, y me he detenido en los umbrales del arte; pero eso basta para que pueda ganar el pan diario para mamá y para mí, y no aspiro á más. Jamás, ya lo sabes, Luisa, he pensado en alcanzar la gloria: la gloria es un fantasma que nunca puede

asir la débil mano de la mujer, y que hasta el hombre alcanza muy pocas veces. Y sin embargo, yo tengo fe y entusiasmo para el trabajo y para el arte, y la prueba es que cada dia trabajo una hora en un cuadro que pienso presentar en el salon del año próximo.

La dama que me quiere llevar á su casa es una gran señora, esposa de un banquero que le dobla la edad, y que tienen un magnífico hotel, lujosos carruajes y muchos criados: un dia vino á casa y me dijo deseaba la hiciera su retrato en un medallon ovalado, y solo de medio cuerpo: no me preguntó el precio de mi trabajo ni yo se lo dije; pero el dia que se lo envié terminado, me remitió con su doncella 2.000 francos bajo el sobre de una carta: á los billetes acompañaba una tarjeta suya, con estas palabras:

«Quedo contentísima de tan precioso y artístico trabajo.»

A la verdad, el retrato salió lindísimo, pero se debe á que el original es de una belleza extraordinaria; blanca, con ojos y cabellos negros, hay en la fisonomía de esta señora un encanto indecible.—A los pocos dias de remitir el retrato, nos convidó á comer á mamá y á mí, y entonces conocí á su esposo y á su hija, una preciosa jóven, que se llama Cármen, y cuyo aspecto es muy triste, aunque dicen que antes era sumamente alegre.

Entre otras varias personas, comia allí tam-

bien un hermano de Diego, que se llama Roberto, y al que conocí cuando llegué aquí: su vista renovó todos mis pasados dolores: y eso que algunas veces la esposa de Roberto, que es una jóven señora muy simpática, viene á vernos, y yo voy tambien á verla con mucha frecuencia: en los dias de nuestras penas, cuando llegamos aquí sin recursos, y muy enferma yo de alma y de cuerpo, Cecilia fué para nosotras una verdadera Providencia.

En la mesa preguntó una señora la edad que tenia Cármen: su madre respondió que tenia diez y seis años.

—No, mamá, he cumplido ya diez y nueve, exclamó Cármen entre irritada y afligida: ¿por qué te equivocas siempre que dices mi edad?

—Lo hace á sabiendas, querida mia, objetó el banquero: una madre jóven como la tuya, jamás quiere dejar de serlo; pero hay que perdonarle esta pequeña flaqueza, siquiera por lo comun que es.

En efecto, esta señora es *una madre jóven*, en toda la triste latitud de la palabra: porque cualquiera diria que quiere eclipsar á su hija, segun el esmero que pone en vestirse y peinarse lo más juvenilmente que puede.

Esta señora quiere llevarme á su casa de dama de compañía: yo estoy asombrada de que no busque una persona de más edad, pues como su objeto es, segun dice, tener una persona que

acompañe á su hija cuando ella no tenga gana de salir, una señora de edad madura seria más conveniente que yo, pues somos casi tan jóvenes la una como la otra.

En fin, yo no sé por qué, esta colocacion no me halaga nada, ni tampoco el trato con esta familia: prefiero irme á la pension desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, ó seguiré con mis clases de música y dibujo en casa: ésto tiene una contra, y es que las discípulas se van los veranos y dejaré de ganar en los meses de calor.

¿Pero á qué apurarnos? Dios, que cuida de los pájaros y del más humilde insecto del campo, no me abandonará: la pobreza no puede evitarse; pero la miseria es siempre hija de graves defectos, de la pereza y la holganza: no hay ninguna persona inteligente, honrada, laboriosa, que carezca de lo más preciso, que es un asilo, un lecho y el alimento diario, aunque sea muy pobre.

Yo amo el trabajo, y tengo confianza en Dios: por tanto, vivo tranquila, ya que no viva dichosa: nada tan lejos de mí como la idea de casarme; creo que á nadie agrado, que nadie se fija en mí, y nada me importa. Mi madre, mi piano, mis pinceles, mis libros, y los dias de fiesta media hora para hablar con Dios en el templo por medio de la oracion: nada más necesito.

No, me equivoco: necesito tambien tu amistad, mi querida Luisa: necesito tu aprobacion de mis acciones y de mis sentimientos, porque bajo apariencias alegres y aun frívolas, tienes gran nobleza de corazon y gran rectitud de ideas y de sentimientos.

Cuando veo nuestra casita limpia, arreglada, alegre, con el saloncito vestido de tapicería de satén azul, en el cual luce mi piano toda su belleza, con la mesa adornada con dos jarros de cristal que contienen dos ramos de frescas flores; cuando veo á mamá vestida con un elegante traje de seda negro; cuando me veo ataviada con un lindo vestido de tafetán á cuadritos, guarnecido de encajes crema; cuando tiendo una mirada en derredor mio, y veo la paz y la alegría, nada más pido al Cielo sino que prolongue la vida de mi madre y me dé salud para trabajar.

LUCÍA.

VI.

Sofía á Mariana.

París, Diciembre de 18...

Mi querida amiga: He recibido tu carta avisándome haberte instalado en Sevilla con tu familia: creo que en esa estarás más distraida que en Madrid, porque la poblacion es hermosa

y los paseos de los mejores de España: sal por las tardes con tu hija á ver el movimiento comercial, y hallarás alguna distraccion á tu melancolía: melancolía que no extraño, pues á mí me aqueja tambien, sin que haya sabido el motivo hasta hace poco.

Acerca de esta misteriosa dolencia del espíritu, me ha iluminado una comedia francesa que he leido: se llama *La Crísis*, y su autor es el ilustre Octavio Feuillet: la protagonista es una mujer que ha llegado al otoño de la vida siendo virtuosa y amando únicamente á su marido: pero llega un dia en que su amor propio se cree ofendido de no haber obtenido los homenajes de otro hombre, y en que ansía amar, antes de llegar á la vejez, á otro que no sea el que la Iglesia le impone.

Esto mismo me ha sucedido á mí, pero mi aburrimiento tenia más grave y verdadera causa: la heroina de la comedia está casada con un hombre jóven, interesante, inteligente, que adivinó la enfermedad que la aquejaba, y puso el remedio al alcance de su mano: yo estoy casada con un anciano egoista, displicente, que piensa haberme dado con sus riquezas todo cuanto me hace falta.

Cuando más desalentada estaba, cuando estaba sumergida en la terrible frialdad del alma, que es la más cruel y más desesperada de todas las enfermedades, apareció un hombre en mi

camino... no es ahora cuando he experimentado esta desgracia, no Mariana: he luchado valerosamente tres años... he visto á ese hombre enamorado de mi hija, y he estado cerca de morir de dolor... por fin se casó con otra, y ya no tuve que temer el suplicio más grande que podia destinarme el infierno.

No he empezado mis tristes confidencias para decirte á medias la verdad: desde niñas nos conocemos, y nos une una amistad verdadera: así es, que no pienso ocultarte el nombre de la persona que ha obtenido el único amor de mi corazon. Es Roberto: es el hermano de tu esposo, que hasta hace poco ha ignorado el que fuésemos amigas de la infancia.

Ya sabes que cuando estuvimos en aquella elegante pension francesa que dirigia Madame Hervi, nos decian que éramos de carácter enteramente opuesto: yo viva y apasionada, tú tranquila y moderada en todas tus aficiones y sentimientos; nos entendíamos muy bien, acaso por el mismo contraste de nuestro modo de ser: y aunque por la misma diferencia que existe entre nosotras, yo te he querido siempre mucho más que tú á mí, no te he exigido nunca mayor confianza que la que has querido darme, porque cada persona quiere á su modo, y no se debe exigir mayor afecto que el que cada uno puede dar.

Cuando llegué á «la crísis,» tan bien descrita por el ilustre escritor francés, te hubiera dado parte del estado de mi ánimo si te hubiera tenido cerca: pero no me atreví á confiar al papel estos misterios de mi alma: ahora ya ¿qué me importa? La situacion de mi casa ha llegado á serme intolerable: mi hija, que adora á su padre, me es hostil desde hace ya mucho tiempo; desde que tiene uso de razon ha pensado que todos los homenajes que me han prodigado los hombres, eran otros tantos robos que le hacia: es una gran desgracia el casarse muy jóven, porque se tienen pronto hijas rivales, hijas que por mucho que se las ame y se las mime, nos son hostiles. Yo adoraba á mi Cármen, y la adoro todavía: mi vida ha sido un perpétuo culto de sus gracias y de su belleza, aunque siento que si se hubiera casado con Roberto, la hubiera odiado aun á pesar mio.

Pero solo te hablo de mí, querida Mariana: perdona mi egoismo, y dime qué es lo que pasa en tu vida: hace poco más de un año me escribias desesperada por la infidelidad de tu esposo: me dijiste despues que una hermana suya, especie de santa doméstica y de predicadora familiar, habia arreglado este asunto, y que tú misma habias tomado la iniciativa, presentándote en casa de tu rival. Por más que he preguntado á Roberto acerca de los amores de su hermano, nada ha querido decirme: profesa el culto de la familia, y me desespera el conven-

cimiento que tengo de que entre él y yo sostiene siempre una gran distancia.

Tú debes ahora imponer á tu marido la pena del Talion: ármate de una afeccion que te preserve del fastidio de una vida monótona é igual: entreten la imaginacion: conozco una mujer muy admirada y muy distinguida, que á pesar de estar casada y de tener muchos hijos, me dice con la más grande ingenuidad:

—Si no tuviera siempre alguna coquetería que me distrajese, me moriria de fastidio.

Haz como ella, Mariana: admite alguna coquetería que te distraiga; pero no aceptes los homenajes de ningun hombre vulgar. A lo ménos, yo tengo cerca de mí á quien vale tanto, que excusa mi falta, porque ninguna mujer le ha conocido que no le haya adorado.

He querido buscar una señorita de compañía para Cármen, y me he dirigido á una jóven de quien tenia las mejores noticias; noticias que tomé, porque sabia que Roberto iba á su casa con mucha frecuencia: me dijeron en la vecindad que daba lecciones de dibujo y de música, y que, ganando muy poco, tenia que mantener á su madre: pero se ha excusado de admitir mi oferta, y me ha dicho que no la era posible abandonar del todo á su madre sin meditarlo mucho: mientras lo meditaba, ha hecho mi retrato para Roberto de una manera admirable; pero tambien se lo he pagado con 2.000 francos.

Esta jóven me ha llamado mucho la atencion, pues no se parece á ninguna de las que he visto de su edad: tendrá poco más de veinte años, y hay en sus ojos, que son muy hermosos, una expresion séria y tierna á la vez: debe ser una de esas *irreprensibles* que instintivamente nos son antipáticas á las mujeres de imaginacion viva: se llama Lucía Montes: cuando he regalado mi retrato á Roberto, pareció agradecerlo mucho; pero así que vió la firma, frunció el ceño, y me pareció notar en su mirada una cólera contenida.

—Tú me has dicho que visitabas á esta jóven artista y á su madre, le hice observar.

—No era esta una razon para que fueras á encargarle tu retrato, y más bien, debias haber consultado conmigo antes de cometer esa inconveniencia.

Las lágrimas acudieron á mis ojos; él continuó:

—Lucía es la pureza, es la virtud misma, y seria para mí un dolor mortal el que sospechase nuestras relaciones: su opinion tiene para mí gran valor.

¿Si será esta Lucía la que trastornó la cabeza de tu marido, y si trastornará tambien ahora la de Roberto? Escríbeme, Mariana: soy muy desgraciada: el corazon me dice que hasta mi hija es para mí una cruel enemiga.

SOFÍA.

VII.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Enero de 18...

Cerca de tres semanas he estado enferma, querida mia; dice el médico que lo que tengo es una gran fatiga, que duermo poco y trabajo demasiado; no hay otro remedio que hacerlo así: mis hijos crecen, las obligaciones de la casa son cada dia más penosas, los medios de vida, lejos de aumentarse, disminuyen por la excesiva carestía de las cosas, y no hay otro remedio más que poner de trabajo lo que falta de dinero.

Hoy que me hallo algo más aliviada de los grandes dolores de cabeza que me atormentan, continúo, mi querida Cecilia, mi carta del otro dia, ó más bien la segunda parte de la misma; lee con atencion lo que va á seguir, pues la palabra escrita es siempre dura, mientras la palabra hablada es casi siempre persuasiva y dulce, porque la ayudan el acento, la mirada y la sonrisa.

«Lo mejor es enemigo de lo bueno,» dice un proverbio: y como todos los proverbios, éste encierra una gran verdad: no anheles la perfeccion, ni para tí, ni para los demás, pero aún ménos para los demás que para tí: olvida un poco la gravedad natural de tu carácter, para

ser frívola algunas veces: porque si tu marido te ve constantemente séria, irreprensible, superior á él, en una palabra, se cansará de tí tan fácilmente ó más que si fueras una necia.

Es preciso con los hombres, y sobre todo con los maridos, un tira y afloja que cuesta mucha violencia: es preciso entretenerlos, animarlos, corregirlos y mimarlos alternativamente, y ser, en fin, tan flexibles que podamos plegarnos á todas las necesidades morales del momento: y esto, que al pronto te parecerá muy difícil, y hasta algo indigno, con la continuacion de practicarlo lo hallaras fácil, cómodo y muy necesario á la felicidad de tu union conyugal; felicidad que hoy me parece muy comprometida.

Y ahora voy á hablarte de lo más doloroso para mi corazon. ¿Por qué consideras á tu hija como de tu exclusiva propiedad? ¿Por qué no quieres que vaya á los brazos de su padre, que le conozca, que le ame? Sabe Cecilia, que el lazo más fuerte del matrimonio son los hijos, y que un hombre está siempre dispuesto á perdonar á la madre lo que no perdona á la esposa; sabe, que te enajenas en tu hija la mejor defensa que puedes tener para tus defectos, porque no creo que te imagines ser perfecta; sabe que siguiendo la funesta línea de conducta que hoy observas, te preparas amarguísimos disgustos, porque llegará dia en que tu hija te

exija cuentas del amor de su padre, que tú le habrás robado: pudiendo suceder tambien que, al ver tu tristeza, tu gravedad, tu silencio, el alarde que haces de austeridad de costumbres y de perfeccion absoluta, su corazon se incline á su padre mucho más que á tí, por lo mismo que su padre le parecerá mejor, siéndole casi desconocido.

Supongamos, Cecilia, el triste caso de que tu marido se distraiga con otra mujer, y de que solo cuentes para refugio con el cariño de tus hijos: ¿y si éstos han aprendido á no quererte? ¿No te hallarás entonces bien sola y bien aislada en este mundo?

Y no creas imposible el caso de que tu marido pueda enamorarse ó encapricharse al ménos por otra mujer; aún es jóven, posee gran talento, tiene una figura bella y distinguida, modales de hombre de buena sociedad, cultura del espíritu y posicion brillante: por tanto, aun sin buscar él, es muy fácil que sea solicitado, y á esto no resiste ningun hombre por bueno que sea, por enamorado que se halle de su mujer.

Créeme, Cecilia, toma tus medidas para el porvenir, y siembra, como toda mujer prudente, para recoger en su dia: porque ya se sabe que «los que no siembran no cogen.»

Educa á tu Amelia, y á todos los demás hijos que Dios te dé con suavidad y dulzura: que vean en tí á su amiga, y no á una preceptora severa y pronta á castigar: que te lo confíen todo: que hallen en tí simpatía, consuelo, apoyo, consejo: procura que tus hijos tengan fe ciega en tu cariño, en tu raciocinio, en tu ilustracion: ¡feliz la madre cuyas acciones parecen á sus hijos las más nobles y las más levantadas del mundo! Yo tengo esa dicha, de la que me enorgullezco, y que no cambiaria por la corona de una emperatriz: cuanto le ponderan á mi hija, cuanto le elogian, carece de valía si no obtiene mi beneplácito; y esto lo he conseguido sin esfuerzo alguno: mis hijos me aman, me estiman, y aun me admiran sobre todo cuanto conocen.

¿Quiéres saber lo que he hecho para conseguir esta dicha? Hablarles siempre con una suave firmeza: alabarles cuanto bueno han hecho: castigarles con la privacion de mis caricias, cuando me han disgustado: repetirles que nadie en el mundo les ama como yo, y que al castigarles lo hago por su bien, y sufro yo mucho más que ellos: provocar su confianza dándoles la mia: estimular su amor propio, alabándoles las acciones generosas que hallan en sus lecturas: pasear con ellos, llevarlos al teatro, hacerles compañía durante la velada, tenerlos en fin, constantemente al lado mio, y acostumbrarles tanto á mi compañía, que con ninguna otra se hallen tan á gusto suyo.

Ya comprenderás, Cecilia, que tal conducta

encierra el sacrificio de todos los instantes: que he renunciado á todas las coqueterías, y á todas las diversiones de que no pueden participar mis hijos: pero no importa: yo les amo sobre todas las cosas, y ellos son mi más grande, ó mejor dicho, mi único bien.

Llegarán los dias de la vejez, y me harán compañía: esa compañía que solo se halla en los que nos aman, pues solo el cariño puede hacer soportar nuestras impertinencias, nuestras desigualdades de humor, los achaques que traen reunidos la edad y los desengaños de la vida.

No creas, llevada por la severidad de tus ideas, mi querida Cecilia, que nuestros hijos nos han de amar por fuerza ó por ineludible obligacion: nada de eso: nuestros hijos nos aman si nos creen dignas de ser amadas, si nos han visto siempre buenas madres, y llenas de ternura para ellos; si no, no: podria señalarte varias familias en las que las hijas no aman á sus madres, ni las respetan: en las que solo se someten *por fuerza* al yugo maternal: esas hijas se hallan mejor que con su madre, con la amiga más estúpida: esas niñas ocultan cuanto piensan, finjen sus sentimientos, y viven en una soledad de alma que es mortal para la juventud: esas hijas son siempre desgraciadas, porque no han tenido la primer amiga de la vida, la más tierna, la más indulgente, su madre.

Mas para apegar á nosotras nuestras hijas, tenemos que tratarlas con indulgencia, con ternura; no se puede asustar á una niña y exigirle confianza: debe educársela, antes con el ejemplo que con el precepto, y tratarla con mucho amor, para que sea dulce; con mucha dignidad, para que sea sumisa; con mucha indulgencia, para que no oculte á su madre ninguno de sus pensamientos.

Los que no siembran, no cogen: piensa en esto, Cecilia: ni por ser esposa, ni por ser madre, serás querida, si no eres cariñosa, indulgente; si no posees, además de virtud, gran abnegacion para dispensar y para perdonar las imperfecciones de tu marido, de tus hijos y de toda tu familia.

VALENTINA.

VIII.

Diego á Roberto.

Sevilla, Enero de 18...

No, no es cierto que los hombres tengamos libre albedrío: si existe, es en tan pequeña dósis, que casi nunca nos sirve para nada: casi en todo, y singularmente en las más árduas cuestiones de la vida, hacemos *lo que podemos: lo que queremos* ó *debemos* hacer, jamás.

Solemnemente me habia prometido, y te ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

bia prometido, que pasaria la vida al lado de mi mujer, y que cualquiera que fuera su línea de conducta, por el interés de mis hijos, viviria siempre á su lado; y sin embargo, aún no ha pasado un año desde mi promesa escrita, y ya mi sueño dorado, todo el objeto de mis deseos, es verme solo, libre, alejado de esta mujer que detesto; y para librarme de ella creo que hasta soy capaz de dejarle á mis pobres hijos.

¿Creerás, Roberto, que esta estúpida se ha cansado de mí, que ha olvidado sus más sagrados deberes, y que se deja *pretender* por uno de los oficiales de guarnicion aquí?

Nada le he dicho, ni lo haré tampoco; pero la observaré con el mayor cuidado, y obraré en consecuencia; ya hace tiempo que te lo dije, hermano: en el terrible problema de mi destino, solo yo tengo que ser juez y ejecutor, y lo seré.

Despues de tantos años, si no de felicidad, de calma al ménos, esta mujer sin corazon, emprende el camino de la vergüenza y del escándalo, y sin pensar en sus hijos, en el ejemplo que da á mi pobre Irene, que ya cuenta diez años, se lanza á los devaneos de la adolescencia. La cólera hace arder la sangre de mis venas, y de repente ha nacido en mi alma un odio inextinguible para esta mujer desatentada y loca.

Lo primero que me chocó en ella fué su afan

de vestirse con esmero, sus excesivos gastos de tocador, y el apresuramiento con que accedia á salir conmigo á paseos y teatros, y mejor que conmigo, con una viuda jóven y coqueta con quien hizo amistad: viéndola distraida en el teatro, observé la direccion de sus ojos, y los ví fijos en un capitan de caballería muy buen mozo, de esos que miran á las mujeres retorciéndose el bigote, y que tienen toda la traza de un perdonavidas más ó ménos gentil ó seductor: al verla en el palco que he tomado por abono, se sonrió ligeramente y saludó más con la mirada que con la cabeza: me volví á mirar á Mariana, que se puso muy colorada.

A los dos dias, y paseando en carruaje, se confirmaron mis sospechas: un oficial—el mismo del teatro—caracoleaba en un soberbio alazan al derredor de nuestro landó: yo miré á mi mujer: el mismo rubor en su frente: le miré despues á él, y fué de tal modo, que al momento separó de allí el caballo y echó por otra calle del paseo.

Nada más he vuelto á ver; pero como espío incansable, ningun movimiento de los culpables puede pasar desapercibido para mí, y creo que la tragedia no se hará esperar: los dos perecerán á mis manos.

Mariana recibe con frecuencia cartas de una mujer: quizá tú la conozcas, porque es la madre de una hermosa niña, con la que estuviste

cerca de casarte, y que se llama Cármen. ¿Qué digo quizá la conoces? En este instante recuerdo que es una mujer á quien has galanteado mucho, Sofía, casada con aquel buen anciano, marqués y banquero á la vez, aquella mujer que tenia por tí tales preferencias que la comprometian á los ojos de todos.

Pues bien, mi querido hermano, esta mujer es la que ha cambiado los buenos instintos de Mariana en una coquetería del peor género: culpándola yo por lo mucho que gasta en vestir, le dije en un arranque de enojo:

—La mujer honrada no debe tener otro afan ni otro interés que el bienestar de su familia: la que demuestra tanto empeño en lucirse, da que sospechar en cosas que le hacen poco favor.

—¿Y en qué he de pensar? repuso Mariana con una expresion de inepcia muy poco acorde con sus atrevidas palabras: pienso en lo que todas las mujeres, en agradar: es cosa muy triste morirse sin haber gustado más que á su marido.

—Lo que dices es una cosa que has oido ya: como no tienes ninguna idea propia, eres como los papagayos: solo repites las ideas ajenas. ¿Quién aviva de tan nécia manera tu amor propio? ¿Quién te ha dicho que es denigrante para una mujer no tener admiradores?

—Nadie me lo ha dicho: expreso solamente un parecer mio.

—Pues ese parecer es muy erróneo, porque

has de saber que lo mejor que puede hacer una mujer prudente, y que ama á su marido, es huir del peligro, en lugar de buscarlo, como haces tú.

—Tienes unas ideas muy antiguas, y muy escaso conocimiento del corazon de la mujer, repuso la mia volviéndome la espalda: para nosotras hay una edad *de crísis* en la que, aunque no queramos, ansiamos que nos quieran: eso no se puede remediar.

Dicho esto, como niño que aprende una leccion, salió de la estancia, cantando un aire de zarzuela.

Hace ya mucho tiempo que tengo observado que Mariana retiene en su memoria las ideas y las palabras ajenas, y las aplica cuando le parece, bien algunas veces, y mal la mayor parte: si alguna vez dice algo que merezca la pena, de seguro que Valentina se lo ha escrito, enseñándoselo así: y estas personas que solo son ecos de los pensamientos ajenos, dicen con la mayor formalidad, y como si fuera de su propia cosecha, todo lo que á otros han oido.

¡Oh Lucía! ¡Cuánto recuerdo la dulce compañía moral que, aun hablándote tan poco, hacias á mis tristezas! ¡Qué espontaneidad en todos tus pensamientos! ¡Qué dulzura en tus palabras! ¡Qué poética gracia en todas tus ideas! ¡Qué solidez y claridad en tu juicio! ¡Qué modestia en tus maneras, en tu semblante, en toda tu persona! ¿Y qué será de tí, pobre ángel tan

rudamente castigado por la desgracia? ¿Qué harás? ¡Trabajar! ¡Esa es la suerte que te ha sido deparada, á tí, tan delicada, tan pura, tan adorable! ¡En tanto que esta mujer que me ha deparado mi infausta suerte, ha nacido favorecida con todos los bienes de la fortuna! Ella tan vulgar, tan grosera, tan osada, es opulenta, es feliz; y tú gimes en la pobreza, en el desamparo moral á que te condena tu injusto destino!

Quiero dejar los desvaríos de mi imaginacion, Roberto, y terminar esta carta hablando de nuevo de las amargas realidades de la vida: una atmósfera de muerte se cierne sobre mi techo: mañana te enviaré á mi hijo, y quedaré solo para ser el juez de esta contienda fatal, en que me ha empeñado mi funesto destino: el matrimonio es el nudo gordiano, que no se puede desatar cuando ahoga, sino que hay que cortarlo: yo cortaré el mio con mano fuerte: y tú que posees un talento tan grande como reconocido, levanta tu voz poderosa y dí que las leyes están hechas en fecha tan remota, que ya no sirven para la corrupcion nativa de nuestros dias: que todo avanza y todo camina al progreso, en tanto que todas las instituciones sociales, inclusa la del matrimonio, han quedado estacionadas: son yugos que nos ahogan y nos hacen aborrecible la vida y deseable la muerte, como refugio seguro á tantos males.

DIEGO.

IX.

Mariana á Sofía.

Sevilla, Enero de 18...

No hay en la tierra mujer peor juzgada que yo, ni que más calumniada haya sido, lo mismo en su inteligencia, que en sus sentimientos: durante algunos meses pensé que me habia rehabilitado á los ojos de todos, y sobre todo á los de la persona que más estimo: á los ojos de una hermana de mi marido que se llama Valentina, y que ha sido á la vez para mí la más indulgente de las amigas, y la más tierna de las hermanas.

Pero hoy veo con dolor que me engañaba: sabe, Sofía, que la mujer que ha adquirido la fama de iracunda y de egoista, tarde ó nunca puede hacer cambiar la opinion general, aunque se enmiende de aquellos defectos: se cree en la enmienda de la mujer voluble, de la mujer disipadora, de la mujer inconsecuente: los años traen la enmienda de muchos defectos; pero el mal carácter, la displicencia, el humor díscolo, todo el mundo cree que se aumenta con los años, y todo el mundo tiene razon.

Te ruego, amiga mia, que cambies el tema de tus cartas ó que no me escribas: en el alma de la mujer prende pronto toda semilla que

rudamente castigado por la desgracia? ¿Qué harás? ¡Trabajar! ¡Esa es la suerte que te ha sido deparada, á tí, tan delicada, tan pura, tan adorable! ¡En tanto que esta mujer que me ha deparado mi infausta suerte, ha nacido favorecida con todos los bienes de la fortuna! Ella tan vulgar, tan grosera, tan osada, es opulenta, es feliz; y tú gimes en la pobreza, en el desamparo moral á que te condena tu injusto destino!

Quiero dejar los desvaríos de mi imaginacion, Roberto, y terminar esta carta hablando de nuevo de las amargas realidades de la vida: una atmósfera de muerte se cierne sobre mi techo: mañana te enviaré á mi hijo, y quedaré solo para ser el juez de esta contienda fatal, en que me ha empeñado mi funesto destino: el matrimonio es el nudo gordiano, que no se puede desatar cuando ahoga, sino que hay que cortarlo: yo cortaré el mio con mano fuerte: y tú que posees un talento tan grande como reconocido, levanta tu voz poderosa y dí que las leyes están hechas en fecha tan remota, que ya no sirven para la corrupcion nativa de nuestros dias: que todo avanza y todo camina al progreso, en tanto que todas las instituciones sociales, inclusa la del matrimonio, han quedado estacionadas: son yugos que nos ahogan y nos hacen aborrecible la vida y deseable la muerte, como refugio seguro á tantos males.

DIEGO.

IX.

Mariana á Sofía.

Sevilla, Enero de 18...

No hay en la tierra mujer peor juzgada que yo, ni que más calumniada haya sido, lo mismo en su inteligencia, que en sus sentimientos: durante algunos meses pensé que me habia rehabilitado á los ojos de todos, y sobre todo á los de la persona que más estimo: á los ojos de una hermana de mi marido que se llama Valentina, y que ha sido á la vez para mí la más indulgente de las amigas, y la más tierna de las hermanas.

Pero hoy veo con dolor que me engañaba: sabe, Sofía, que la mujer que ha adquirido la fama de iracunda y de egoista, tarde ó nunca puede hacer cambiar la opinion general, aunque se enmiende de aquellos defectos: se cree en la enmienda de la mujer voluble, de la mujer disipadora, de la mujer inconsecuente: los años traen la enmienda de muchos defectos; pero el mal carácter, la displicencia, el humor díscolo, todo el mundo cree que se aumenta con los años, y todo el mundo tiene razon.

Te ruego, amiga mia, que cambies el tema de tus cartas ó que no me escribas: en el alma de la mujer prende pronto toda semilla que

halaga su vanidad: y yo, para ver si valía algo á los ojos que no fueran los de mi marido, he empleado algunas coqueterías con un oficial tan presumido como gallardo, que ha figurado estar sumamente apasionado de mí, y que atraido sin duda por *la luz de mis ojos*, me seguia á todas partes.

Pero ese juego, propio solo de dos novios adolescentes, me ha cansado en breve: yo quiero sinceramente á mi marido, porque es el primer afecto de mi vida, porque es el padre de mis hijos; y además, Sofía, yo soy mejor de lo que todos imaginais, y no hallaria placer alguno en un devaneo á la vez insulso y culpable: insulso, sí: porque el ver á un hombre una hora ó dos entre las sombras del misterio, y luego no suponer nada en su vida, y no saber lo que hace ni lo que le sucede, es una cosa degradante y vergonzosa; es solo rendir culto al vicio, y á mí el vicio, lejos de parecerme una necesidad, me causa un horror profundo é invencible.

Ciertamente que yo seria mucho más feliz con Diego si él se mostrara conmigo más expansivo y más amable; pero aún así y todo, aun con su retraimiento y sus melancolías, aun con su pensamiento ocupado con la imágen de Lucía, á la que no puede olvidar, me parece mucho más digno de amor y estimacion que un seductor de oficio por gallardo, por rendido, por elegante que sea.

Vuelve en tí, mi pobre Sofía, deja esos criminales devaneos con Roberto: creo conocerle lo bastante para poder asegurarte que en el fondo de su alma te desprecia; y dia llegará en que te aborrezca como cómplice suya en la villana accion de engañar á tu anciano esposo.

Prefiero mi vida triste, desencantada, á la tuya, pasada en el bullicio del mundo y entre el humo de la lisonja: solo te excusa á mis ojos tu amor á Roberto, amor que es el que á los dos os arrastra al precipicio; pero en todo caso, vale más que con una nobleza relativa os precipiteis en él, que no andarle bordeando á costa de la honra de un anciano que ningun mal os ha hecho, y que te ha dado su nombre y su fortuna.

Ofendida por la gravedad y la melancolía de mi marido, quise distraerme, como te he dicho, coqueteando con un oficial perteneciente á uno de los cuerpos de caballería que guarnecen esta poblacion; pero te aseguro que ha llegado á parecerme mucho peor el remedio que la enfermedad, y que me hallo mejor con la monotonía de los cuidados diarios de la casa, que pensando solo en la fatigosa tarea de agradar á un hombre que ya no me interesa absolutamente nada.

Iba á hablarte de mis hijos, pero temo molestarte y causarte una pena más: porque tú tambien eres madre, y comprometes el presente y el porvenir de tu hija con las locuras de tu

imaginacion: y sin embargo, quiero y debo decirte que á mis hijos debo la curacion de la enfermedad cerebral que, como á tí, me aquejaba: por ellos, no he querido que en mi casa tenga lugar uno de esos dramas de infamia y deshonor que cada dia estallan en la sociedad que nos rodea: uno de esos dramas cuyos protagonistas son: una mujer irreflexiva, un marido adusto y un galan sentimental y almibarado: cuando ya los rendimientos del oficial iban ganando mi voluntad, hizo Dios—para mí no hay casualidad,—que una noche entrase yo en el cuarto de mi hija. Irene dormia con la paz de los ángeles, en su camita velada por cortinas blancas: sobre su frente de marfil caian con el amable desórden de la infancia sus cabellos, que formaban una franja de seda hasta cerca de sus delicadas cejas: una dulce y triste sonrisa entreabria sus labios.

Me acerqué á su lecho, y la miré silenciosa y triste: mis ojos se llenaron de lágrimas, y tuve horror de mí misma al pensar en que podia echar una mancha imborrable sobre la frente angélica de Irene: mientras yo pensaba así, los labios de mi hija se abrieron, y en voz baja y dulce murmuraron:

—¡Papá! ¡Papá!...

Y sus facciones se anublaron con una expresion de terror infinito, como si hubiera visto abrirse un precipicio á los piés de su padre.

Parecióme aquello un aviso del cielo, y caí llorando delante de la cama de mi hija: aquella habitacion vestida de cretona de flores, y presidida por una imágen de la Vírgen; aquellos libros donde mi hija lee; su pequeño caballete, donde está á medio pintar bajo la direccion de su padre una «Sagrada Familia;» las flores que cada dos dias pone en unos vasos del Japon, regalo mio... todo esto respira tal ambiente de inocencia, y un encanto tan penetrante, que mi alma, llena de la emocion más dulce, sacudió todas las nubes que la envolvian, y me dije que aunque Diego fuese para mí el más cruel de los tiranos, mis hijos bastan para mi ventura.

¡Son tan buenos los dos! ¡Parece que Dios me los ha enviado para que me acompañen en la penosa senda de la vida! Tengo sobre los dos tan grande fuerza moral, que aquello que yo digo, les parece lo mejor: cuando me visto, se dicen uno á otro: "¡ves qué bonita es mamá!" Si toco el piano, se sientan al lado mio para escucharme mejor, y en todas ocasiones me demuestran el más tierno cariño y la más viva simpatía, así como la más ciega sumision.

Con indecible pena he leido en tu carta que hallas en tu hija cierta sorda hostilidad, cierta antipatía involuntaria: ¡oh! ¡qué horrible dolor debe ser éste para una madre! ¿Qué amante, por rendido que sea, puede dar á una mujer la celeste dicha que trae consigo el cariño de sus

hijos? ¿Y yo he merecido esta felicidad? No, solo con pensar en devaneos culpables, me he hecho indigna de ella, y todo mi temor hoy es que Dios me castigue, separando de mi lado á uno de mis dos ángeles, y llevándoselo para sí.

¡Ah Sofía! ¡Vengan para mí, los más grandes castigos, excepto éste! ¡Vea yo más desdén para mí en Diego, venga su indiferencia, su infidelidad misma: todo lo llevaré con paciencia si me sirve de refugio el amor de mis hijos!

No me hables nada de crísis, Sofía, no seas mi demonio tentador, no me robes mi dicha: ¿á qué aspiramos todas las mujeres? ¡á que nos amen! Esa es nuestra ambicion suprema: pues nadie puede querernos como nuestro esposo, como nuestros hijos: el amante más apasionado y más rendido, se cansa en breve; y aun cuando más nos ame, no puede estimarnos, porque sabe faltamos á nuestros más sagrados deberes consintiendo en que nos digan que nos quieren, cosa que muy en breve deja de ser una verdad: dime pronto, Sofía, que el órden de tus ideas ha cambiado, y se tranquilizará tu invariable amiga

MARIANA.

X.

Cecilia á Diego.

París, 18...

Hay una mujer en el mundo, mi querido hermano, que me roba el amor de mi marido: lo sé; le he sorprendido cuando ménos lo esperaba él, porque yo estaba cierta de mi desgracia, y él me ha creido siempre imbécil ó poco ménos.

Hoy vengo á tu lado con el pensamiento; déjame llorar sobre tu seno; déjame que te cuente esta triste historia: deja que te refiera cómo se ha roto mi vida, á la manera que se rompe y cae un tierno arbolito, sacudido y tronchado por la furia del huracan.

A Valentina la tenemos todos agobiada con el relato de nuestras contínuas penas, y no seria extraño que ese corazon, tierno y generoso, se volviera egoista y duro á fuerza de mortificarle nosotros: ¡nosotros, que lloramos y le pedimos consuelo para todos nuestros males, y ni siquiera pensamos en los suyos!

Oye la desdichada historia que ha cerrado para siempre mi corazon á Roberto; y cuando cansado de goces culpables se queje de mi desamor, díle que éste es obra suya, y que aún puede dar gracias al cielo porque, mirando por mi hija, sigo viviendo bajo el mismo techo que él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho, muchísimo tiempo hace ya que Roberto se mostraba aburrido y displicente: no me hablaba, y yo, que tengo el carácter melancólico y que soy muy altiva, estaba tambien casi siempre silenciosa: poco á poco, una separacion tácita tuvo lugar entre nosotros, y sufríamos ya la terrible *soledad de dos en compañía*.

La verdad es que le iba perdiendo el cariño, y que habia concentrado en mi pequeña Amelia toda mi ternura: el corazon de la mujer está en la mano de un hombre, como una mariposilla en la de un niño: si quiere, puede darle calor y vida y felicidad; pero tambien le puede matar para siempre con poco que se olvide de él.

Una noche en que segun su costumbre vino Roberto á las tres de la mañana, le oí cantar en su cuarto á media voz, en tanto que se desnudaba: era esto tan raro en él, que me llamó mucho la atencion: cuando le ví por la mañana, advertí en su semblante una expresion desacostumbrada; brillaban sus ojos, sus facciones habian perdido la tension del hastío, y parecia rejuvenecido en diez años.

Comprendí que mi marido habia encontrado algun elemento de dicha en esas esferas de vicio y de irregularidad de conducta que, segun parece, son imprescindibles al hombre; sentí frio y dolor en el corazon, muertas mis esperanzas de ventura, y anonadado mi valor: pero éste recobró nuevos bríos al pensar en que se trataba del padre de mi hija y del porvenir de ésta.

Desde aquel dia me propuse espiar á mi marido, y lo hice con una paciencia incansable: le seguí, me senté al lado de su lecho cuando dormia, estudié su fisonomía cuando venian mujeres de visita y él se hallaba en casa: durante muchas semanas, nada descubrí: lo mismo él que la cómplice de su culpa, disimulaban muy bien: sin embargo, una circunstancia fortuita me hizo conocer la terrible verdad.

Una noche que fuimos al teatro para complacer á mi hermano Isidoro que me habia enviado un palco, á fin de sacarme, como él decia, de mi eterna cárcel doméstica, hallé la clave del pavoroso enigma: en un palco inmediato al nuestro entraron tres personas: un caballero anciano, de aspecto noble y severo; una mujer ya en el otoño de la vida, pero cuya belleza y elegancia eran incomparables, y una jóven muy linda, que debia ser hija de los dos.

Mi marido, que habia parecido inquieto desde que entramos en el teatro, saludó á los recien llegados, é inmediatamente ví que se iluminaban sus expresivas facciones con una gran alegría, pero con una alegría nerviosa, á la que se mezclaba cierta cosa de apasionado y doloroso á la vez.

Las damas saludaron á Roberto y á mí tambien, y lo mismo hizo el anciano que las acompañaba, dando la mano de palco á palco á mi marido: llegado el segundo entreacto, salió el caballero anciano; un instante despues se abrió la puerta del palco, y un gallardo jóven entró á saludar á las señoras, sentándose al lado de la de más años, y entablando con ella un diálogo en voz baja sumamente animado.

Entonces Roberto perdió todo miramiento, y fué tanto su malestar, que salió bruscamente de nuestro palco, abrió la puerta del otro, y entró en él con semblante torvo y descompuesto.

Conocí que la dama tenia miedo, pues cambió de color: pero conocí tambien que tenia un predominio absoluto en el alma de Roberto, pues sus mimos y sus coqueterías consiguieron serenar el semblante de mi marido: el otro, advertido por alguna señal imperceptible de la dama, abandonó el palco, y creo que el teatro tambien.

Roberto pasó un acto entero sin salir del palco de *su amiga:* durante él, la bella jóven, testigo de la infamia de su madre, me dirigió algunas miradas lastimeras: dos ó tres amigos de Roberto vinieron á saludarme; y él, creyendo que estaba bien acompañada por mi hermano Isidoro, ni siquiera hizo caso de mi soledad.

¡Ay! qué sensacion tan dolorosa de abandono moral, de espantoso aislamiento, sentí dentro de mi corazon! Todo nacimiento cuesta dolor, y el nacimiento de mi desengaño me los hizo experimentar horribles.

Al terminarse el acto rogué á Isidoro que me acompañase á casa. Roberto entraba entonces, y dijo con una satisfaccion que ocultaba muy mal:

—¿Te vas, Cecilia? ¿Te sientes indispuesta?

—No; estoy buena.

—Pero fatigada sin duda: ¿te acompaña Isidoro, á lo que veo?

—Sí, puedes quedarte, dijo Isidoro, sin sospechar el dolor que me laceraba el alma.

—Pues me quedo: hasta luego, Cecilia.

Creí que mi corazon estallaba como triturado por el dolor: ¡qué monstruosa indiferencia! ¡qué papel me reservaba mi marido! ¡cómo me humillaba á los ojos de mi enemiga!

¡Ah, Diego! ¡Si alguna vez tu corazon ó tu imaginacion se prendan de otra mujer, guarda á lo ménos á la tuya la consideracion que le debes! ¡no la humilles ante la que le roba tu corazon; y ya que tengas el triste valor de herirla en sus sentimientos, no la hieras en su amor propio, porque entonces no te perdonaria jamás!

Cuando llegué á mi casa, despedí á mi hermano precipitadamente: me quité el traje que llevaba, me puse uno negro y un velo muy es-

peso; cubrí mi talle con un chal grís muy ancho, y volví á la puerta del teatro: la gente salia ya: Roberto salia tambien con aquella mujer, á la que daba el brazo: ¿qué se habian hecho el esposo y la hija? Lo ignoro: ellos tomaron calle arriba solos los dos: hablaban en voz baja y andaban lentamente, siguiendo la acera de la derecha: llegaron á un primoroso hotel de la avenida de Friedlan: aún no estaba cerrada la verja, y despues de un parque, se levantaba la casa, esbelta y elegante.

Roberto y su compañera subieron la escalera de mármol que conduce al peristilo: yo caí desmayada sobre uno de los asientos del parque: mis fuerzas estaban agotadas.

Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho, que rodeaban mi madre, mi padre, Isidoro y mi hija en los brazos de su niñera. Mi marido no estaba allí: mi madre se acercó á mí cuando abrí los ojos, me abrazó y me besó tiernamente.

A pesar de hallarme rodeada de toda mi familia, mi corazon se oprimió al ver que no estaba allí Roberto.

—He solicitado de tu marido una hora de conversacion, me dijo mi padre: ¿qué quieres que le diga?

—No sé, padre mio, le respondí: lo que usted quiera, con tal que consiga de él una separacion absoluta en nuestra vida: solo le pido vivir bajo el mismo techo que él, por mi hija...

Al amanecer, entró mi padre en mi alcoba y me dijo:

—Todo está arreglado.

¡Arreglado! ¡Ay Diego! ¡es decir que todo está roto, y sobre todo, mi corazon! ¡mi vida, mi presente, mi porvenir... todo está aniquilado!

CECILIA.

XI.

Luisa Vargas á Lucía Montes.

Barcelona, Enero de 18...

Cerca de un mes he estado sin escribirte, querida mia, por dos razones; la primera por haberme hallado cuidando de mi hermana Adelina, atacada de una fiebre tifoidea, que hizo huir á todos de su lado, y el primero á su tierno esposo: ¡qué dicha es el matrimonio cuando se va á él con tan noble y cariñoso compañero!

Vamos á la otra razon de mi prolongado silencio: queria decirte el dia que llego á tu lado: sí, amiga mia, nuestro dorado sueño va á realizarse: así que Adelina esté por completo restablecida, iré á pasar un mes en tu compañía y en la de tu madre, que será seguramente el mes más dichoso de mi vida, que hace bastante tiempo es muy desdichada, por estar casi siempre sola: mis hermanas, casadas, y mi padre

muy ocupado con sus negocios, hacen que yo pase la vida muy aislada y aburrida.

Haces perfectamente en no querer aceptar el cargo de dama de compañía que esa señora á quien has retratado te propone: sé quién es la tal señora, y lo sé por una casualidad bien rara: su esposo, un digno anciano, sin otro flaco que la vanidad, es amigo muy antiguo de papá: hace algunos dias recibió carta suya, y ví que su lectura producia en mi padre una impresion penosa: le pregunté qué tenia y me contestó:

—El mejor de mis amigos, uno que lo es desde nuestra juventud, va á caer en el abismo de la mayor desgracia.

—Pues ¿qué le sucede, papá?

—Su mujer le engaña.

—Pues se lo tendrá merecido.

—Habla con formalidad de cosas tan graves, hija mia, dijo mi padre: mi amigo, el marqués de V... merecia toda suerte de dichas, sobre todo de la parte de su esposa: era muy pobre, y le ha dado clase, fortuna, todo cuanto un esposo puede dar, además de mucho cariño y consideraciones.

—Pero el cariño no basta para la dicha del matrimonio, papá: es preciso que haya amor.

—Ese no podia existir. Mi amigo lleva á su mujer cerca de treinta y dos años de edad.

—¿Y tienen hijos?

—Una hija preciosa, que se llama como se llamaba tu madre, quien fué su madrina.

—¿Se llama Cármen?

—¡Preguntas eso con un interés singular!

—¿Sabes si hace poco que se ha hecho retratar esa madre coqueta y casquivana?

—Precisamente de eso se queja el pobre esposo: sabe que su mujer se ha hecho hacer un retrato precioso, que ha regalado...

—A su amante.

—Luisa, ya te he reprendido muchas veces ese modo de hablar tan libre que tienes.

—Conviene llamar á las cosas por su nombre, querido papá.

—¿Y quién te ha dicho que ese retrato existe?

—Su autora.

—¿Y quién es su autora?

—Mi amiga Lucía; y la esposa del banquero, la marquesa, la madre jóven, se la quiere llevar á su casa de dama de compañía.

—¡Escríbele que no vaya que se niegue! esclamó mi pobre padre asustado: en esa casa habrá dentro de poco una catástrofe espantosa.

—Mejor será que yo vaya á disuadirla de semejante cosa, mi buen papá.

—¿Quieres ir á París?

—Tú me ofreciste que iria un mes.

—Es verdad, y te cumpliré mi oferta: de todos modos, necesitas distraccion y descanso depues de la temporada que has pasado en casa de Adelina: espera ocho dias no más, y te marcharás con una familia amiga mia, que será para

tí una compañía grata y segura hasta que llegues á París.

Esto sucedió ayer noche, y hoy te escribo para noticiarte tan grata nueva.

Y ahora explícame, ¿por qué maravillosa intuicion he adivinado yo que la esposa infiel y el hermoso original del retrato son la misma persona? Solo me dijo mi padre que era esposa de un banquero, y madre de una hermosa jóven llamada Cármen; y solo con estos dos datos, que coinciden con lo que me decias en tu última carta, he sacado la hebra del ovillo y sacaré este tambien.

Si desde el primer momento que lo supe me pareció muy bien tu determinacion de preferir un sitio en una casa-pension de señoritas al cargo de dama de compañía, calcula tú lo que pensaré ahora: quiera Dios, mi querida Lucía, que hayas persistido en tu primer pensamiento, y que te halles ya en alguna pension ó bien sigas en tu casa bajo la vigilancia y en la compañía de tu buena mamá.

Creo que tu corazon está dormido, pero no quieras persuadirme de que está muerto: tan poco creo esto, como que eres feliz: el sosiego no es la dicha: la triste calma que te rodea, no es propia de tu edad; y en cuanto á tu decision de no casarte, cesará el dia que halles un amor digno de tí: ¡pues qué! porque haya pasado por tu vida la sombra de un hombre, ¿has de

renunciar á todos los demás? Ya sé yo que no has sido jamás de esas niñas que miran el no tener novio como la mayor de las afrentas: te han sido antipáticas todas las coqueterías de las jóvenes de tu edad, y sea por altivez de carácter ó por ansia de cariño profundo, has resistido á la pueril vanidad de tener pretendientes: pero, mi querida Lucía, el no querer dar el corazon si no á quien lo merezca, no es carecer de él, y dia vendrá en que un nuevo amor borre las tristes huellas de esa ilusion encantadora, que al desvancerse te dejó tan cruel melancolía.

Muy sensible me seria el verte formar parte de esa pléyade de mujeres pesimistas que abominan el matrimonio—á lo ménos en la apariencia—y que dicen que renuncian á los hombres, acaso porque ninguno se ocupa de ellas: porque hay virtudes sin mancha á las que nadie ha querido tomarse el trabajo de manchar; que de lo contrario no habria por donde tomarlas de sucias.

Yo creo, y tú lo creerás tambien con el tiempo, que el matrimonio es el estado más dichoso para la mujer, siempre que se haya llevado á cabo con las condiciones que son indispensables para la dicha de los dos: y estas condiciones son bien fáciles de definir: amor recíproco, estimacion profunda del uno para el otro, buenos sentimientos en ambos, y esmerada educacion: un

matrimonio hecho en estas condiciones, es eternamente venturoso; y digo *eternamente*, porque yo creo que habiendo en los esposos igualdad de creencias, y fe cristiana inquebrantable, la union de las dos almas continuará en ese otro mundo donde reside el Padre celestial.

¿Qué es el matrimonio para dos séres que se aman profundamente? El permiso de Dios y de los hombres para ser dichosos, para amarse confiada y libremente á la faz del universo: sus mismas virtudes son otras tantas dichas, y el matrimonio es tan grande y tan solemne que santifica todos los dolores de la esposa; y cuanto más sufra ésta por su marido, más se ennoblece á los ojos del mundo entero.

Tú, mi Lucía, eres digna del matrimonio cristiano: tú sabrás elegir y amar á tu marido, porque habrás elegido bien: tú sabrás educar á tus hijos, y llevarles por el sendero del decoro y de la virtud: tú enseñarás á tus hijas la dignidad, la gracia, la elegancia, y á la vez lo que significan las palabras *deber*, *abnegacion*, *sacrificio*, las más nobles del lenguaje humano y las que encierran el contento de sí mismo, que es la mejor de las recompensas.

¡Qué dulces horas hemos de pasar reunidas hablando de estas cosas que tocan al alma, y á la conciencia, que reside en el sitio más elevado de aquella! Cree, Lucía, que uno de mis mayores goces es el hablar contigo de esas cosas que

no todos entienden, si no que entienden muy pocos: y aunque me has conocido siempre bastante ligera en la apariencia, cree tambien que ya mi juicio va adquiriendo solidez, porque empiezo á amar todo aquello que antes me parecia severo.

Hasta muy pronto: abraza á tu buena mamá, y recibe un millon de besos de tu amiga, que te quiere mucho,

LUISA.

XII.

Roberto á Diego.

París, Enero de 18...

No puedo precisarte el motivo, pero tengo la seguridad de que si Mariana ha tenido algun conato de veleidad, ha pasado pronto y no ha dejado rastro alguno: obsérvala, y comunícame tus observaciones, porque tu dicha me interesa más que la mia.

¡La mia! ¡Esta se ha hundido para siempre! Aquí me tienes, Diego, criminal sin amor, y sabiendo que lo soy: porque el vender á un anciano que ha sido siempre mi amigo, que ha ayudado á mi fortuna con la suya; abusar de su amistad y robarle su honor, es un crímen del que yo no me creí nunca capaz.

Mis relaciones de amor con la marquesa de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V... no pueden ser más ciertas: un lazo indestructible nos une para siempre: y lo terrible de esta situacion es que yo he perdido ya, no solo todo amor, sino toda ilusion: esta mujer es para mi vida una losa de plomo: todo su amor á mí, que es inmenso, no puede despertar en mi alma ni una centella de gratitud: por mí comete las mayores imprudencias; por mí se expone á la cólera terrible de su marido, que hasta ahora y con gran asombro mio, no se ha apercibido de nada de lo que sucede: por mí arrostra el desprecio de su hija, que sabe desde hace mucho tiempo estas relaciones culpables, y que sucumbe al dolor de tener que despreciar á esta madre á quien adora, á pesar de su culpa, y de la vergüenza que esta culpa arroja sobre el honor de su padre.

Esta mujer ha roto todas las vallas de la prudencia y del decoro: su pasion le hace atropellar por todo: algunas veces viene de noche y sola á esperarme á la puerta de mi casa, ó á la puerta del casino: no queriendo que fuesen en la suya nuestras entrevistas, vamos á una casa de campo cerca de San German, y cada dia, abandonando mis quehaceres, y cediendo á sus contínuas instancias, tengo que ir á encontrarla, sin entusiasmo, sin placer, sin deseo alguno de verla: sus extremos me fatigan: su pasion ha llegado á serme odiosa, y por un decreto terrible de mi destino, desde que vivo en esta atmósfera impura, desde que he degradado mi altivez hasta la violacion de un hogar que debia serme sagrado, amo más todo lo que es bello y bueno. El trato de mi mujer, que antes me parecia pesado é insoportable, es ahora para mí como una tisana deliciosa y refrescante, que calma la sed inextinguible con que anhela mi alma todo lo que es honor, virtud, deber y abnegacion.

La altivez de Cecilia me parece tan bella comparada con los arrebatos de esta mujer impúdica, que creo adoro con más pasion cada dia á mi mujer: su reserva y su dignidad me parecen la expresion más exquisita de la modestia y de la gracia. Cecilia lo sabe todo: sospechaba y ha tenido el valor de aclarar sus sospechas: cuando despues de haberme seguido hasta casa de esa mujer, cuando despues de hallarla yo presa de un desmayo mortal y de conducirla á la nuestra, llegó el momento terrible de la explicacion, confieso que temí un torrente de injurias; pero mis temores no se realizaron: sentóse en su lecho, y mirándome con una serenidad triste, me dijo:

—Creo, Roberto, que adivinarás mis deseos, y que no tengo necesidad de expresártelos: mas si fuera lo contrario... estoy pronta.

—No, Cecilia, le respondí: sé que debes estar gravemente ofendida, y que he perdido todos mis derechos... perdóname.

—Perdonado estás, dijo mi mujer con una dulzura, que hasta entonces no le habia yo conocido: perdonado estás, y de todo corazon: solo deseo de tu bondad una cosa.

—Tus deseos serán órdenes para mí.

—Pues bien; tú posees una casa de campo en Normandía... un antiguo castillo, ¿es verdad?

—Sí: lo heredé de un amigo.

—Permíteme que me vaya á él con mi hija.

—¡Cecilia! exclamé dolorosamente: ¿Quieres castigarme tan cruelmente? ¿Quieres privarme de Amelia? ¿No es mi hija tambien?

Cecilia guardó un triste silencio: yo quise tomarle una mano, que ella retiró.

—Tienes mi palabra, dije, y solo me toca obedecer: ¿Cuándo quieres marcharte?

—Mañana.

—¿Sola?

—Si Lucía quisiera acompañarme, me alegraria mucho.

—Lucía no puede dejar sus lecciones y á su madre, sino por pocos dias.

—Cuatro ó seis, el tiempo de instalarme bastará: tan corta ausencia no le hará ningun perjuicio, y luego puede volver.

—Yo arreglaré esto hoy mismo.

—Gracias, Roberto, dijo mi mujer: y como si nuestra entrevista hubiera terminado, se puso á contemplar á su hija.

Yo salí de la habitacion traspasado de dolor, y fuí á ver á las señoras de Montes: todo quedó arreglado. Lucía convino amablemente en acompañar á Cecilia á su nueva residencia, y en permanecer á su lado cuatro dias: no pudiendo estar más, me dijo, porque espera á una amiga suya de Barcelona.

¿Cómo acertaré á expresarte la pena con que despedí en la estacion á mi mujer y á mi hija? Interiormente maldecia á la Circe, causa de los dolores de Cecilia y de los mios: si supieran las mujeres lo poco que dura el amor en los cómplices de sus faltas, no las cometerian jamás: el amor ilícito no es otra cosa que vicio disfrazado: inútil es querer enaltecerlo con sofismas: inútil querer engañar al mundo y á sí mismo: el amor durable, el noble, el inmortal, es aquel que se apoya en el deber y en la religion.

Cuando volví de la estacion despues de despedir á Cecilia, me pareció que mi corazon venia hueco. ¡Cosa extraña! Todo lo que antes hallaba defectuoso y antipático en mi mujer, me parece ahora bello, elevado y adorable: y por el contrario, las gracias elegantes, la coquetería de salon que antes me habia seducido, me parece ahora insufrible, me hastía, y me es odiosa.

Cuando miro á Cármen lánguida y dolorida, enferma, marchita, por las penas que le causa la falta de su madre; cuando sorprendo

en su mirada, antes tan radiosa y tan pura el odio que me tiene, me maldigo, y no hay en la tierra un sér más desdichado que yo.

Yo no sé por qué preveo un desenlace terrible en la triste historia de mi vida. ¿Quién sabe si llegaré al suicidio? Tan solo y tan abrumado estoy, que solo veo en la muerte el descanso y el olvido. Con mano temeraria rompí el freno á mis pasiones; despreció mi alma altiva el bien que la Providencia me ofrecia, y he querido alimentarme del fruto prohibido, que tan amargo sabor deja en los labios.

Hombre de mundo, hombre de gran inteligencia, hombre de gran fortuna; todo esto me llaman mis amigos: y con todo esto he sabido ménos que la ignorante avecilla que se labra un nido donde reposar con su pequeña familia.

Sofía es acaso más desdichada que yo: comprende mi cansancio; comprende que ni ilusion por ella duró muy poco: y sin embargo, no halla valor para renunciar á mí; á ella la excusa su amor verdadero, porque sin fatuidad ninguna creo que me ama con pasion, y que así me ha amado desde que me conoció: tal es la ceguedad de este amor, que creo que aun casado yo con su hija, no hubiera podido dominarlo. Dios me ha librado de un gran crímen, y á ella tambien!

Ocupado de mis propias amarguras, no te hablo de las tuyas: creo que á estas horas ya

estarás más tranquilo. Sofía me ha enseñado la contestacion de Mariana á una carta suya, y demuestra en ella que su corazon es bueno, y que si esta mujer quiso inducirla á cometer una falta, no ha podido conseguirlo.

De qué modo reconvine á Sofía, no tengo que decírtelo: ella ha sido la tentadora de tu mujer, porque le es tan sensible su caida, que desearia le acompañase en ella la que fué su amiga de la infancia.

Espera en la ocasion en que ménos lo imagines un telegrama mio, y si lo recibes, corre á mi socorro: preveo en mi destino una crísis terrible, y quizá puedas salvar, no la vida, que esa importa poco, sino la razon de tu hermano

ROBERTO.

XIII.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Febrero de 18...

Ya sé, querida mia, tu noble conducta en las terribles circunstancias en que te ha colocado la suerte: la locura de esa pobre mujer ha hecho la desdicha de todos; porque créelo, Cecilia, Roberto se inmolará á esa fatal pasion que ha despertado, y se inmolará sin amor, y detestando el lazo odioso que ha formado.

En tanto que Dios dispone del destino de los

en su mirada, antes tan radiosa y tan pura el odio que me tiene, me maldigo, y no hay en la tierra un sér más desdichado que yo.

Yo no sé por qué preveo un desenlace terrible en la triste historia de mi vida. ¿Quién sabe si llegaré al suicidio? Tan solo y tan abrumado estoy, que solo veo en la muerte el descanso y el olvido. Con mano temeraria rompí el freno á mis pasiones; despreció mi alma altiva el bien que la Providencia me ofrecia, y he querido alimentarme del fruto prohibido, que tan amargo sabor deja en los labios.

Hombre de mundo, hombre de gran inteligencia, hombre de gran fortuna; todo esto me llaman mis amigos: y con todo esto he sabido ménos que la ignorante avecilla que se labra un nido donde reposar con su pequeña familia.

Sofía es acaso más desdichada que yo: comprende mi cansancio; comprende que ni ilusion por ella duró muy poco: y sin embargo, no halla valor para renunciar á mí; á ella la excusa su amor verdadero, porque sin fatuidad ninguna creo que me ama con pasion, y que así me ha amado desde que me conoció: tal es la ceguedad de este amor, que creo que aun casado yo con su hija, no hubiera podido dominarlo. Dios me ha librado de un gran crímen, y á ella tambien!

Ocupado de mis propias amarguras, no te hablo de las tuyas: creo que á estas horas ya

estarás más tranquilo. Sofía me ha enseñado la contestacion de Mariana á una carta suya, y demuestra en ella que su corazon es bueno, y que si esta mujer quiso inducirla á cometer una falta, no ha podido conseguirlo.

De qué modo reconvine á Sofía, no tengo que decírtelo: ella ha sido la tentadora de tu mujer, porque le es tan sensible su caida, que desearia le acompañase en ella la que fué su amiga de la infancia.

Espera en la ocasion en que ménos lo imagines un telegrama mio, y si lo recibes, corre á mi socorro: preveo en mi destino una crísis terrible, y quizá puedas salvar, no la vida, que esa importa poco, sino la razon de tu hermano

ROBERTO.

XIII.

Valentina á Cecilia.

Madrid, Febrero de 18...

Ya sé, querida mia, tu noble conducta en las terribles circunstancias en que te ha colocado la suerte: la locura de esa pobre mujer ha hecho la desdicha de todos; porque créelo, Cecilia, Roberto se inmolará á esa fatal pasion que ha despertado, y se inmolará sin amor, y detestando el lazo odioso que ha formado.

En tanto que Dios dispone del destino de los

culpables, tú, que eres inocente, procura tranquilizarte: bien has hecho en buscar el retiro y la soledad; y si tus hermanas estuvieran organizadas de otra manera, ninguna compañía te sería más grata y más saludable que la suya: pero tales como son, la soledad más completa es preferible para tí, porque la frivolidad y el dolor se unen muy mal: sola con Dios, con tu hija y con la naturaleza, hallarás algunas horas de descanso y de reposo, aun en medio de las crueles preocupaciones que deben asediarte: pero con la compañía de las gentes nécias, el tormento es eterno, y la tranquilidad imposible.

Mi corazon se desgarra al pensar el triste fin que va á tener la brillante existencia de mi hermano: de nada le han servido todas las gloriosas ventajas que le han hecho uno de los hombres más notables de nuestra época: los hombres más vulgares han sabido crearse un hogar con el dulce calor del nido, un asilo contra las tempestades de la vida, un lugar inatacable de reposo. Roberto, con una esposa digna de él, con una hija á la que adora, está solo sobre la tierra, y acaso morirá solo tambien. ¡Oh Cecilia! ¿Por qué no has sido un poco ménos perfecta, y hubieras sido un poco más indulgente? ¿No sabes que al hombre la perfeccion absoluta le asusta, y que teme á las virtudes austeras é irreprochables? Tu marido ha encontrado la antítesis tuya en una mujer á la que galanteó en otro tiempo,

y que ya habia olvidado hasta el extremo de querer casarse con su hija: y entristecido por la seriedad de tu carácter sin matices, porque solo se compone de virtudes, empezó á distraerse con la atmósfera de lujo y alegría que reina en esa casa, donde ya otra vez habia pasado algunas horas alegres: y esa mujer, que le amó siempre, le cautivó con el prestigio de su coquetería, de su elegancia, de su frivolidad, que tan distinta era de tu modestia y de tu virtud.

Enseña á tu hija que no basta el ser buena, ni aun para los hombres más sérios y de más talento: además de virtuosa, quieren que su mujer sea jovial, agradable, que tenga las virtudes de la madre de familia y los halagos de una amante: la virtud austera les asusta, les cansa, y entre una mujer muy virtuosa y otra que sea todo lo contrario, no es para ellos dudosa la eleccion, con tal de que la primera les aburra y la segunda les entretenga.

Feliz debes llamarte, aun en medio de tu desgracia, teniendo la compañía de Lucía, aunque sea por breve tiempo; verás de qué alivio tan grande es para tu pena esa amable jóven: no puede darse compañía moral más completa y más dulce que la que da Lucía: y la compañía moral es tan escasa, que cuando se halla, debe mirarse como un don del cielo.

De todo aquello de que el triste estado de tu ánimo no te deje ordenar, se cuidará Lucía: ac-

tiva, inteligente, sufrida, bondadosa, indulgente, porque ha sufrido mucho, te será de gran alivio, y te descansará moral y materialmente en todos los detalles de la casa.

Me ha escrito Lucía que ha oido hablar del proyecto que tiene Cármen, la hija del marqués de V... y de esa desdichada mujer, de retirarse á un convento: comprendo esta determinacion en esa desgraciada jóven: para avisar á su padre de su afrenta, tiene que delatar á su madre, y esta alternativa es espantosa: la pobre niña era digna de mejor suerte, y en la conciencia de su madre debe pesar esta desgracia.

Yo sigo tambien con mi cruz, Cecilia: ¿hay alguno tan feliz en este mundo que esté sin ella? Desdichado más bien el que no la tiene: en las horas de amargura y soledad, cuando el género humano se desentiende de nuestros dolores, hay un consuelo inefable en repetirse la divina promesa:

«Los que lloran serán consolados.»

Mis hijos me sirven ya de mucha compañía, enseño á Julia las cosas útiles que debe saber la mujer para el gobierno de su casa, y además todo aquello que puede elevar y enaltecer su pensamiento, como la música y la pintura: en cuanto á mi hijo, que cuenta año y medio más que su hermana, le sirve de preceptor en muchas materias: le enseña la historia, la geografía, la aritmética; los dos hermanos se aman

tiernamente, y jamás se cansan de estar juntos: esta dulce intimidad, esta simpatía de los jóvenes espíritus de mis hijos, es para mí motivo de alegrías inefables; porque si es dulce y grato hallar un alma hermana que nos comprenda y parta las penas y las alegrías con nosotros, el hallar este alma gemela en el seno de su familia, es una ventura celeste.

Todo mi afan, todos mis desvelos se han dirigido á identificar á mis hijos conmigo y entre sí: y para lograr en ellos esta union firme, esta profunda simpatía, he dado á los dos nociones distintas de la vida, salvo aquellas que encierran las grandes é inalterables verdades de la religion y de la conciencia.

He enseñado á mi hijo la energía del carácter y la firmeza de la voluntad, porque estoy persuadida de que solo los hombres fuertes son los verdaderamente buenos y compasivos: nada hay más cruel y más egoista que un hombre débil: porque desea para él todas las atenciones, todos los consuelos, todo el interés que cabe en el corazon humano: en tanto que el hombre fuerte, enérgico y esforzado, es el protector de los débiles, de los indefensos y de los afligidos.

En cuanto á mi hija... ¡oh! mi Julia es un ángel! Su carácter dulce, y que yo he procurado suavizar aun todo lo posible, tiene una dignidad extraordinaria: sufrida, atenta, amable,

modesta, nos ama con pasion á su hermano y á mí, y no hay para ella sacrificio si puede evitarnos alguna molestia: así como creo que el carácter del hombre debe ser firme y un tanto severo, creo que el de la mujer no es nunca sobradamente suave y flexible.

Acompañada constantemente por mis hijos, mi vida se deslizaba dulce y tranquila como la corriente de un riachuelo; no echaba de ménos otro amor ni otro mundo que el reducido de mi casa; pero ahora hay en mi corazon un dolor terrible, y en mi vida una alarma contínua: á cada instante temo recibir una carta, un telegrama que me anuncie una terrible desgracia. Diego, que ha recibido una carta de Roberto, está pronto á volar á su lado al primer aviso; la desgracia vendrá sin remedio. Pidamos al cielo que la separe de nuestras cabezas: pídeselo tú á Dios en nombre de tu hija: que Dios oye siempre los ruegos de una madre tan buena y tan tierna como tú.

He sabido que confiabas á Diego tus penas, temerosa de cansarme: no, mi amada Cecilia, mi corazon no se cansará nunca de quererte y de consolarte; cuéntame cuanto sientas, cuanto pienses; tú *eres nuestra*, como en otra ocasion decia Roberto á Mariana, al consolarla de la infidelidad de su marido. ¡Ah! ¡Quién habia de pensar que este hombre que así culpaba á Diego, habia de caer á su vez en los lazos terribles

que hoy le oprimen y causan su desdicha y la de todos nosotros! ¡Desgraciado hermano mio!

Esperemos en Dios, Cecilia: del seno del más grande dolor, sale á veces un rayo de luz que ilumina las tinieblas de nuestra vida.

VALENTINA.

XIV.

Luisa Vargas á su padre.

París, Febrero de 18...

¡Qué terrible desgracia he venido á presenciar, mi amado papá! No sé de qué modo coordinar mis ideas para referírtela... y sin embargo, es preciso que lo haga... sí, es preciso que mi pobre corazon asustado descanse en el tuyo, y se fortalezca con tu bondad y con tu afecto.

El mismo dia que yo llegué aquí debia volver Lucía de una excursion al campo de cuatro ó seis dias, que habia tenido que hacer para acompañar á una señora amiga suya, y para ayudarla en su instalacion, porque esta señora se encontraba triste y algo enferma: me recibió la madre de mi amiga, y me llevó á su casa: por la noche llegó en efecto Lucía y nos abrazamos con ternura.

Habiamos ido á esperarla su madre y yo, y hallamos en ella cierta agitacion, cierto terror en su mirada, que nos extrañó mucho.

—¿No he tenido ninguna carta? preguntó: ¿no han venido á avisarme de ninguna casa?

—No, dijo su madre: ¿esperas algo?

—Sí, madre mia: esta mañana antes de salir de la casa de la señora de Benavente, he recibido un telegrama.

—¿De dónde?

—De Sevilla: aquí está.

Lucía dió á su madre un parte telegráfico, que decía así:

«Señorita Lucía Montes: suplico á Vd. acuda al instante si le avisa mi hermano Roberto.

Mariana.»

—Nadie ha venido, observó la madre; pero hija mia, sosiégate, y cenemos para que te acuestes: debes estar rendida. He puesto en tu cuarto la cama de Luisa, y su grata compañía te tranquilizará. Por lo demás, ¿á qué esa inquietud? Acaso la señora de Benavente habrá dejado á su esposo algun encargo doméstico, y él habrá escrito á su hermana política, comunicándole alguna dificultad.

Lucía guardó silencio, y quedó pensativa: ya en nuestro cuarto, me demostró su alegría por tenerme á su lado: parecia más tranquila, y nos dormimos.

El dia pasó sin novedad: salimos á dar un paseo cuando Lucía hubo terminado sus lecciones: comimos las tres en un *restaurant* del

Palais Royal, y nos volviamos á casa, cuando se precipitó en los brazos de Lucía una elegante jóven: iba vestida de negro, y su capota de un gusto exquisito dejaba ver dos hermosas bandas de cabellos castaños y sedosos.

—Señorita, exclamó con voz trémula, venga Vd. á mi casa... que venga tambien su madre de Vd. y esta señorita, y todos, todos... yo no quiero estar sola en mi casa... yo estoy loca de terror... iba á buscar á Vds.... á buscar al comisario de policía... qué sé yo... me perdí, llegué aquí sin saber donde estaba, y la Providencia ha hecho que las encuentre... ¡ah! no me abandonen, por piedad!...

—Tranquilícese Vd., pobre hija mia, dijo la señora de Montes con la tierna conmiseracion de las personas que han sufrido mucho, por los que sufren tambien: la seguimos á Vd.; pero en tanto que llegamos á su casa, díganos qué pena es la que así la agobia.

—¡Ah, señora! exclamó Cármen, pues era la hija de tu amigo la que nos hablaba: mi padre está en su despacho, y ha cargado sus pistolas... se pasea y habla en voz baja y entrecortada... ellos están solos y encerrados en el gabinete... ¡ah! yo tiemblo...

—¡Ellos! exclamó la madre de Lucía: ¿quiénes son ellos?

—Mi madre y...

Aquí faltó la voz á la pobre jóven, y hubie-

ra caido al suelo á no sostenerla Lucía y yo: despues de una pausa, continuó así:

—Yo conozco mucha gente; pero nadie me inspira la confianza que Vds., aunque solo he estado dos veces con mamá en su casa, cuando querian que se viniera Vd. conmigo de señorita de compañía: las demás amigas son solo para visitas, y aun así se han retirado tantas desde que somos desgraciadas... ¡ah! ya hemos llegado á casa... ¿pero qué es esto, Dios mio?...

Cármen se echó atrás con un movimiento de terror, y cayó sin sentido en los brazos de la señora de Montes... ¡ah papá mio, razon tenia su dolor! el portal y la escalera estaban llenos de agentes de policía: los criados, con centinelas de vista, lloraban á gritos á la puerta de la casa... quisimos subir y no nos lo permitieron... pero Cármen, que recobró el sentido, empezó á dar gritos diciendo queria ver á sus padres, y que ninguna justicia humana tenia el derecho de impedírselo.—Sin embargo, el comisario que se hallaba allí, se negó á concedérselo, hasta que él subiese al sitio de la catástrofe para tomar declaraciones.

Pocos minutos despues vimos bajar en un sillon á un hombre herido: le llevaban dos agentes; tenia una herida en la cabeza, que llevaba vendada deprisa con un pañuelo blanco, y aun así la sangre le caia sobre el pecho y el hombro. Me pareció de figura distinguida y elegante y jóven todavía: otro agente hizo acercar un coche, y poniendo en él al herido, ordenó al cochero que fuese al paso.

Al ver al herido, Lucía corrió á él, y exclamó:

—¡Señor de Benavente!

Él le hizo una leve señal con la mano, y se dejó poner en el coche sin decir una palabra.

Cuando hubo partido, la madre de Lucía se dirigió al magistrado, y le dijo:

—¿No me conoce Vd., señor comisario?

—Sí por cierto, señora, contestó: es Vd. la madre de la profesora de piano de mis hijas; ¿desea Vd. algo?

—Saber lo que ha sucedido aquí.

—Una gran desgracia: un anciano esposo, ofendido en su honor, ha querido dar muerte á los culpables; pero solo ha matado á su mujer: el amante ha quedado mal herido solamente; en cambio el desgraciado viejo se ha disparado otro tiro que le ha dejado cadáver.

—Señor comisario, dijo Lucía acercándose mientras yo sostenia á Cármen: mamá y yo quisiéramos ver por última vez á la pobre víctima: esa señora nos favoreció, y nos demostraba gran afecto.

—Pasen Vds. por esa puerta escusada, y sin que nadie lo vea, y esta señorita puede pasar tambien, así que depositemos en un lecho á esta desraciada jóven hija de las víctimas:

era yo amigo del marqués y de la marquesa de V... Pero aquí está ya el juez de instruccion.

En tanto que llevaban á Cármen á su cuarto, acompañada de Lucía y de su madre, yo, arrastrada por una curiosidad irresistible, subí tambien la escalera, entré por una puerta secreta, y me hallé en un salon que daba paso á un gabinete muy elegante: en la confusion de agentes de justicia que allí habia, nadie reparó en mí, y pude ver un terrible espectáculo.

Caida del todo sobre el mullido brazo de un sofá se hallaba una señora muy bella, y que ya habia pasado de la primavera de la vida: por sus negros cabellos caian hilos de sangre sobre su bata de raso color crema, adornada de magníficos encajes: sus manos llevaban riquísimas sortijas, y eran blancas, y tan pequeñas como las de una niña: uno de sus piés, que se veia bajo la falda descompuesta con las ánsias de la muerte, estaba calzado con una chinela de raso rosa, como los lazos de la bata que tenia puesta.

En el centro de la estancia, y tendido sobre la alfombra, yacía el cadáver de un anciano de cabellos blancos, correctamente vestido de negro: su levita estaba manchada de sangre en el sitio del corazon, y aún empuñaba en su crispada mano un revólver, segun decian los que allí estaban, de seis tiros: tu desgraciado amigo tenia pintada en su rostro una expresion

siniestra: habia muerto con la hiel y el odio en el alma. ¡Qué desgraciado fin!

Ahora, papá mio, tenemos en casa á la pobre Cármen, á la huérfana de los marqueses de V... que más que nunca insiste en retirarse á un convento, para rogar á Dios por sus infortunados padres. Roberto Benavente está en su propia morada, y ayer se avisó al hermano mayor de su esposa, para que vaya á buscar á Normandía á su hermana: al lado del herido, y á su cuidado, está toda la familia de su esposa: dicen que si vive, quedará horriblemente desfigurado, y que el tiro le ha vaciado el ojo izquierdo: dicen que ha sido un hombre de mundo, un hombre disipado... ¡Qué triste fin el de su vida de placeres, y qué dolor para su esposa!

Padre mio, estoy muy asustada todavía; pero te envío un abrazo con toda el alma.

LUISA.

XV.

Valentina á Mariana.

París, Marzo de 18...

Hoy hace un mes que llegué á esta gran villa, tan alegre antes para mí, y donde tantos dolores morales me esperaban ahora: dolores ¡ay! incurables, porque los resultados de esta espantosa desgracia, han de ser eternos.

Mi pobre hermano ha estado entre la vida y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la muerte durante diez dias; y en todos estos, Cecilia no se ha separado de la cabecera de su lecho: cuánto amor, cuánta abnegacion hay en esta admirable criatura, no ha podido saberse hasta el momento de una gran crísis: se pasa muchas horas contemplando á su marido desfigurado, horrible, espantoso ahora de fealdad, y exclama á media voz:

—¡Oh, Dios mio! ¡Dejádmele enfermo, imbécil, de cualquier modo que sea! ¡Dios mio, misericordia para él, que harto caros ha pagado sus extravíos!

¡Ay Mariana! ¡Esta pobre jóven no sabe que al hablar de la probable imbecilidad de Roberto, piensa la verdad! Sí; la clarísima luz que ardia como en un fanal en la cabeza de mi pobre hermano, se ha apagado por completo: llora como un niño, canta ó rie como un idiota: su apetito es devorador: á nadie, ni aun á su hija reconoce: se deja manejar por Cecilia como una criatura, sin fuerza y sin voluntad.

Ha perdido el ojo izquierdo y una parte del cráneo, que solo una habilísima operacion ha podido reconstruir y cerrar: en la megilla de ese lado hay un hoyo profundo por haber desaparecido la carne, y parte de la nariz ha desaparecido tambien: su color es lívido y terroso, su cuerpo, demacrado, es el de un esqueleto: ha sido además atacado de accidentes nerviosos, y está casi del todo baldado.

Cecilia se multiplica, y no sé de dónde saca fuerzas para tanto: apenas deja que nadie le ayude en la contínua y fatigante tarea que un enfermo como Roberto impone.

Cármen ha entrado en el convento de las Ursulinas: la desgraciada jóven ha visto desvanecidas en la primavera de su vida todas sus esperanzas de felicidad: si mi hermano al renunciar á casarse con ella hubiera huido de su casa, la pobre niña hubiera olvidado el amor que le profesaba: porque Cármen amaba á Roberto con ese amor tiernísimo, apasionado y profundo con que aman las muchachas muy jóvenes á los hombres que han llegado á la plenitud de su vida; pero despues de una corta interrupcion de relaciones, Roberto volvió, enamorado de su madre, y le ha visto todos los dias despreciándola por la que le habia dado el sér, é infamando los dos al honrado anciano á quien Cármen amaba sobre todas las cosas.

¿Cómo ha sabido el ofendido esposo la traicion de su esposa y de su amigo?

Nadie puede asegurarlo, aunque se sospecha que haya sido por medio de un anónimo, recibido en la mañana del dia que tuvo lugar la desgracia.

Dentro de quince ó veinte dias, saldremos de París todos, mi querida hermana. Luisa, una jóven amiga de Lucía é hija de un rico comerciante de Barcelona, se volverá al lado de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su familia: Cecilia *con sus dos hijos*, como dice ahora tristemente, fijará su residencia en Madrid á instancias mias; porque no pudiendo Roberto ocuparse ya jamás en negocios, tienen que vivir del producto de sus rentas; y estando toda la familia reunida, podremos acompañarlos y ayudar algun tanto á esta pobre criatura, tan ejemplar, tan resignada y tan amante.

Ya sabes que no estando tú en Madrid, me trage mis hijos á París, no queriendo dejarlos con nadie: ahora mis hijos y yo acompañaremos á Roberto y á Cecilia, y yo la ayudaré á cuidar de la pequeña Amelia.

¡Ay Mariana! ¡Dos mujeres han tenido la culpa de la destruccion de mi desgraciado hermano! La suya por demasiado buena, por demasiado perfecta, y por exigir en su marido igual perfeccion: la otra por ligera, por coqueta, y por dejarse llevar de su pasion por él: las dos le han amado demasiado: la una se ha equivocado respecto de su carácter hasta empujarle á buscar en hogar ajeno el bienestar que no hallaba en el suyo: la otra, hasta dar la vida por él; y entre ambas le han hecho uno de los séres más desgraciados de la tierra.

Recibe mi parabien por haber sabido resistir á las sugestiones de tu desgraciada amiga, y sírvate de ejemplo su triste fin para dirigir á tu hija. Sofía se educó con una madre frívola y ligera, que le enseñó el culto del oro como el

más precioso de los cultos: se casó, porque era rico, con un anciano que podia ser su padre, y amó cuando ya estaba sujeta por lazos eternos. ¡Cuántas torturas habrá tenido en su corazon! ¡Cuántas luchas titánicas habrá tenido que sostener consigo misma! No hay dolor más grande que el aborrecer todo lo que se debe amar, que el mirar con tedio y amargura todo lo que debe sernos caro y agradable.

Las exequias del marqués y de su esposa han sido modestas: el primer cuidado de todos, incluso del comisario y del juez de instruccion, ha sido echar tierra al asunto: los parientes y amigos de la casa han prodigado el dinero para que nadie, ni aun la prensa—tan vocinglera aquí—hable de este espantoso drama: y como lo mismo que la publicidad se compra el silencio, nadie se acuerda ya de lo que ha sucedido, de la catástrofe. Solo dos víctimas quedan, en cuyos corazones reinarán eternas sombras. Cármen encerrada en un convento, y Roberto, que, segun opinan los médicos, recobrará su inteligencia; pero que valía más no la recobrara nunca, porque siguiendo en el estado que hoy tiene, se libraria de los remordimientos que han de torturarle cuando se convenza de la extension de su desgracia. El tener sobre su conciencia la muerte de un hombre es una cosa terrible para la altivez honrada de su alma.

De Lucía y de su madre ¿qué te diré? Que

su afecto para nosotros no reconoce límites, como no los reconoce tampoco su abnegacion: han ayudado á Cecilia en tan tristes circunstancias tanto ó más que yo: bien hiciste, Mariana, en prevenir á Lucía á fin de que acudiese como un ángel de consuelo para aliviar tantos dolores: cuando llevaron á Roberto á su casa, estaba tan mal herido, que se temió espirara aquel mismo dia: segun he podido saber por las informaciones que he tomado de dos antiguos criados de la casa, el marqués entró de improviso en la habitacion de su mujer donde se hallaban los dos amantes sentados el uno al lado del otro en un diván: los dos primeros tiros, fueron para los culpables; pero la marquesa, más débil, sucumbió, en tanto que Roberto pudo salvarse de la muerte: el marqués, creyendo muertos á los dos, volvió contra sí mismo el revólver, y se disparó el tercer tiro, quedando cadáver en el acto.

La casa de mi hermano, esta suntuosa morada que era la admiracion de todos por su elegancia, su lujo, y su buen gusto, está ya deshecha: una venta rápida, se ha llevado lo de más valor, y lo demás se ha empaquetado para llevarlo á Madrid. Cecilia quiere buscar en uno de los barrios nuevos una casa con jardin, donde pueda aspirar el aire puro su querido enfermo.

¡Pobre Roberto! ya se le han levantado los

apósitos, y á la vista de esta cabeza desfigurada, de este rostro lleno de cicatrices lívidas, he prorumpido en sollozos.

Cecilia lloraba tambien; pero enjugándose los ojos, me ha dicho:

—No te aflijas, Valentina: sin esta desgracia, nunca hubiera podido probar á Roberto todo mi amor: quizá nunca hubiera podido perdonarle: así mi corazon ha quedado limpio de todo amargo sentimiento, y no hay en él otra cosa que amor, paz y caridad: ¿qué mayor dicha que servir de algo á la persona que se ama sobre todas las cosas del mundo? Dios ha castigado á mi marido por sus debilidades: á mí no me toca juzgarlas, si no endulzar cuanto pueda su castigo.

Como ves, querida Mariana, el dolor ha sublimado el carácter de Cecilia: acaso en el fondo de su corazon hay un sentimiento de alegría, al pensar en que su marido es ya solo suyo; pero ¿qué importa? La desgracia se lo ha dado, y Dios al castigar á mi hermano, ha concedido á esta casta y amante esposa el goce inefable de la abnegacion.

VALENTINA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI.

Diego á Cecilia.

Sevilla, Marzo de 18...

Mi querida hermana: dime, sin disfrazarme la verdad, cuál es el estado de Roberto: hace ya muchos dias que Valentina no nos escribe ni á Mariana ni á mí, y temo que su enfermedad se haya agravado.

¡Cuánto has debido sufrir, mi pobre Cecilia! si la recompensa de la otra vida está en relacion con la cruz que en ésta llevamos, tu sitio en el cielo será expléndido: porque apenas saliste de la atmósfera de tristeza que rodeó tu infancia, entraste en otra donde aún has sido más desventurada.

¿Cuál será la recompensa que halles aún en esta tierra de dolor? Porque si Dios no te otorgara un premio glorioso y visible, habria que dudar de su justicia; y yo hace tiempo que no dudo de ella: el rudo sacrificio que hice al abandonar á Lucía ó al soportar que ésta me abandonase á mí, ha tenido una dulce compensacion; porque la Divina Providencia ha mejorado de tal suerte las condiciones de mi mujer, que estoy por creer en un milagro, y por suponer que la Mariana que vive á mi lado es otra del todo distinta á la que antes conocí.

Un dia infausto llegó en que creí que Mariana me era infiel: pero pronto ví que sus veleidades aparentes nacian solo de su imaginacion, más viva de lo que yo la suponia. Un mal consejo, la influencia perniciosa de una amiga sin creencias, despertó la imaginacion dormida de Mariana, y estuvo á punto de perderla, lo mismo que á mí; porque cuando una mujer delinque, arrastra en su caida al hombre que le dió su nombre, y el abismo se traga el honor y la paz de la familia.

Por fortuna, y por la piedad del cielo para mis pobres hijos, éstos son tan queridos de su madre, que por amor á ellos retrocedió en la senda de perdicion donde ya ponia el pié: luego me lo ha confesado Mariana con una nobleza y sinceridad admirables, y que me hacen ver es verdad el amor que profesa á su familia.

—Aquella desdichada—me dijo con lágrimas en los ojos—fué víctima de sus pasiones: pero ella tenia por excusa su amor á Roberto, y yo no tenia excusa ninguna: solo fío en tu bondad, Diego, para alcanzar el perdon de mi locura: mi pobre amiga queria hacerme ver que es denigrante para una mujer el no haber sido amada de otro hombre que de su marido, y yo la creí con la inexperiencia de quien, casada muy jóven, nada sabe del mundo y de sus rudas batallas: pero mi corazon me iluminó, y la sola vista de Irene, dormida y poseida de un sueño

triste, en el que te llamaba, hizo despertar á mi razon, que me dijo valía más ser mujer vulgar, en la que los hombres no se fijan, que ser mujer á la moda, halagada en público, pero despreciada por todos.

Yo tomé la mano de Mariana, y mirándola á los ojos, le dije:

—¿No habia en tu corazon inclinacion ninguna para aquel hombre?

—Al segundo dia que le ví acudir solícito donde yo iba, me hastiaba ya su presencia: yo creo que cuando el corazon no está acorde con la conciencia, la pasion más grande, la más decidida y ardiente, deja siempre un sabor amargo, y la que parece la dicha mayor, no está exenta del acíbar del remordimiento: yo, mi querido Diego, deploro que no seas conmigo más espansivo y más tierno: pero ya conquistaré tu amor y tu confianza; muy poco he valido para tí: pero el reconocer mi escaso mérito es ya el primer paso para desear adquirirle mayor.

Destruidos los sueños que engendró en mi alma la gentil vision que cruzó mi vida, ¿qué más dicha puedo esperar que hallar razonable, buena y confiada á mi mujer? Lucía está perdida para mí: lo sé, siento en mi corazon que me ha olvidado; Lucía, el dia que muera su madre, buscará apoyo y proteccion en el matrimonio, y se casará con condiciones de dicha:

yo se la deseo muy completa, y aunque jamás podré olvidarla, llegaré á quererla como quiero á Irene.

No anhelo el que Mariana adquiera uno de esos talentos que deslumbran: cuando el talento de la mujer llega á un grado muy elevado, su criterio se vuelve injusto, y halla razones para aplaudirse de todo lo que hace, y para culpar cuanto hacen los demás; el talento elevado y firme, es mucho más deseable en el hombre que en la mujer, y puede emplearlo mejor tambien: con una inteligencia regular, un buen corazon y una educacion esmerada, puede ser una mujer, no solo una buena esposa, sino tambien una compañera moral, inapreciable para su marido.

Comprendo, mi querida hermana, el sosiego profundo de tu alma, aun con la desgracia que te aqueja: con tal de que el corazon y la conciencia estén satisfechos, todo lo demás es de ménos importancia. Tú amas á tu marido, lo mismo ahora que ha perdido la gallardía de su persona, que cuando todos le admiraban por ella: quizá ahora le amas más, por lo mismo que no ha de amarle nadie, y que sabes que ha de ser solo tuyo: es un bien que te pertenece, que has conquistado con largas horas de dolor, y que nadie puede quitarte ya mientras dure su vida ó la tuya.

¡Cuán insondables son los designios de la

Divina Providencia! ¡Por qué ocultos caminos conduce la frágil nave de nuestra vida, y cómo del oscuro fondo de las tinieblas del dolor hace brotar la luz del consuelo y de la alegría!

Mi hogar es ahora un asilo grato y reposado para las tristezas de mi corazon; en el fondo de toda alma noble y sensible, hay siempre una dósis más ó ménos grande de melancolía: la que yo tengo no es pequeña, pero el recuerdo de Lucía ha perdido ya toda su amargura, y parece como que me hace una grata compañía: me ocupo mucho de la educacion de mis hijos. Irene será á los doce ó trece años una verdadera artista: se ocupa ahora en pintar un cuadro que representa *La oracion del huerto*, y que dedica á Roberto: así que esté concluido, te lo remitiré embalado con el mayor esmero.

—¡Vaya un asunto que has elegido para nuestro tio! exclamó Adriano el dia que su hermana empezó el cuadro: ¡como estará él tan poco triste!...

—Precisamente he elegido por eso este asunto, dijo Irene: porque comparada con la gran tristeza de Jesús, que llegó hasta hacerle sudar sangre, mi tio Roberto hallará la suya pequeña.

¿Puede discurrirse una contestacion más elocuente y más tierna? Juzga por ella el alma y la superior inteligencia de mi hija, y díme si no debo estar orgulloso.

DIEGO.

XVII.

Luisa á Lucía.

Barcelona, Marzo 18...

Me caso, querida mia: dentro de dos ó tres dias salen para esa mi futuro y su hermano mayor, que van á comprar los regalos para mí; ya supondrás les he encargado que no bien se sacudan el polvo del camino, vayan á verte: por favor te pido, Lucía, que les acompañes para las compras de sombreros, encajes y alhajas, pues son catalanes, con mucho dinero, pero con muy poco gusto; y seria triste el que gastasen una enorme suma para treerme cosas que no me gustarian, y que por consiguiente no habia de usar.

Mi prometido esposo no es ni feo, ni bonito, ni tiene nada de elegante: á los ojos de la mayoría de las gentes, pasará por una vulgaridad: yo le encuentro sin embargo distinguido, por las nobles cualidades de su carácter y de su corazon: es muy comerciante, muy amante del trabajo, y no ménos del lucro; pero creo que no hará una accion baja, ni por ganar 20 talegas.

No es mi futuro marido galante, pero es tierno y previsor: su cariño no lo prueba con frases melosas, sino con acciones que me dicen claramente que piensa constantemente en mí: esta es la verdadera galantería, ó á lo ménos, yo

Divina Providencia! ¡Por qué ocultos caminos conduce la frágil nave de nuestra vida, y cómo del oscuro fondo de las tinieblas del dolor hace brotar la luz del consuelo y de la alegría!

Mi hogar es ahora un asilo grato y reposado para las tristezas de mi corazon; en el fondo de toda alma noble y sensible, hay siempre una dósis más ó ménos grande de melancolía: la que yo tengo no es pequeña, pero el recuerdo de Lucía ha perdido ya toda su amargura, y parece como que me hace una grata compañía: me ocupo mucho de la educacion de mis hijos. Irene será á los doce ó trece años una verdadera artista: se ocupa ahora en pintar un cuadro que representa *La oracion del huerto*, y que dedica á Roberto: así que esté concluido, te lo remitiré embalado con el mayor esmero.

—¡Vaya un asunto que has elegido para nuestro tio! exclamó Adriano el dia que su hermana empezó el cuadro: ¡como estará él tan poco triste!...

—Precisamente he elegido por eso este asunto, dijo Irene: porque comparada con la gran tristeza de Jesús, que llegó hasta hacerle sudar sangre, mi tio Roberto hallará la suya pequeña.

¿Puede discurrirse una contestacion más elocuente y más tierna? Juzga por ella el alma y la superior inteligencia de mi hija, y díme si no debo estar orgulloso.

DIEGO.

XVII.

Luisa á Lucía.

Barcelona, Marzo 18...

Me caso, querida mia: dentro de dos ó tres dias salen para esa mi futuro y su hermano mayor, que van á comprar los regalos para mí; ya supondrás les he encargado que no bien se sacudan el polvo del camino, vayan á verte: por favor te pido, Lucía, que les acompañes para las compras de sombreros, encajes y alhajas, pues son catalanes, con mucho dinero, pero con muy poco gusto; y seria triste el que gastasen una enorme suma para treerme cosas que no me gustarian, y que por consiguiente no habia de usar.

Mi prometido esposo no es ni feo, ni bonito, ni tiene nada de elegante: á los ojos de la mayoría de las gentes, pasará por una vulgaridad: yo le encuentro sin embargo distinguido, por las nobles cualidades de su carácter y de su corazon: es muy comerciante, muy amante del trabajo, y no ménos del lucro; pero creo que no hará una accion baja, ni por ganar 20 talegas.

No es mi futuro marido galante, pero es tierno y previsor: su cariño no lo prueba con frases melosas, sino con acciones que me dicen claramente que piensa constantemente en mí: esta es la verdadera galantería, ó á lo ménos, yo

que soy más bien una mujer práctica que dada á ilusiones, creo que las zalamerías de los hombres ocultan casi siempre alguna gran perfidia.

Acompaña á mi novio su hermano mayor: mi futuro cuenta solo veintiocho años: su hermano treinta y dos: te confieso, Lucía, que abrigo la grata esperanza de que se enamore de tí: creo que á fuerza de oir lo que te alabo, lo está ya: porque, como te quiero tanto, á cada instante te nombro: ¡qué dicha seria para las dos el que, ya que eres mi hermana de corazon, lo fueras tambien por los lazos del parentesco! ¡Ah, si vinieras á vivir á esta bella capital, á esta industriosa y culta Barcelona, muy dichosas seríamos las dos! No hallarias gran diferencia entre ella y París, porque los catalanes, más que españoles, parecen franceses por su cultura y amor al trabajo.

Mi futuro y su hermano son propietarios de una gran fábrica de tejidos: nada entienden de la farsa mentirosa de los salones: llaman á las cosas por su nombre, piensan con rectitud y sienten profundamente: aun obedecen y respetan á su padre como cuando eran niños: aun se recogen á su casa antes de las doce de la noche: aunque su fortuna es muy buena, gastan poco, y no deben nada, por más que el deber esté muy de moda: toda la semana trabajan: tienen una hermosa finca campestre, y un abono en dos teatros. Marcial, mi futuro, es bastante guapo, lo que se llama un buen mozo: su hermano Cárlos, tiene ménos estatura y ménos corpulencia, y es más grave y melancólico que Marcial. Dicen que Cárlos tuvo unos amores bastante largos, y que cuando ya iba á casarse, se murió su novia: esto hace más de cuatro años, y aun no ha dejado de llorarla ni un solo dia: tal constancia debe mirarse como cosa extraordinaria en el sexo egoista por excelencia.

Casi puedo asegurarte que estoy enamorada del padre de Marcial; más me gusta el padre que el hijo; porque mi futuro suegro une la dignidad de sus años á esa bondad que gana todos los corazones, y que es el único encanto de las canas: el único no: porque este anciano tiene tambien el de una instruccion poco comun, y el de una perfecta educacion.

De la pureza y dignidad de su larga vida, responden el amor y el respeto de sus hijos: solo se estima altamente, solo se ama con ternura, á los padres que lo merecen: cuando los padres descienden de su sagrado pedestal, no tienen que lamentarse de la desconsideracion de su familia, porque es el castigo de sus faltas.

Mis hermanas no serán jamás verdaderamente queridas de sus hijos: la una tiene el carácter tan blando, ó tan egoista (aun no lo he podido definir), que deja que sus cuatro hijos hagan cuanto quieren: la otra es irascible y dominante: pero despues de negarse durante

una hora á satisfacer cualquiera antojo de sus hijos; despues de castigar su llanto y su porfía, se cansa de oirlos, y les arroja lo que desean gritándoles enfurecida:

—¡Toma, y cállate ya!

Con lo cual, los niños, que saben que molestando á su madre obtienen lo que se les antoja, la molestan á cada paso sin miramiento alguno: he observado mucho, para el caso en que Dios me envíe hijos que alegren mi hogar.

He tenido carta de Cecilia, en la que me dice se ha instalado ya en Madrid en una casa pequeña, pero bonita.

Mi amada Luisa—me dice—nunca olvido la buena voluntad de Vd. y su compasion para mí, cuando me hirió la desgracia de una manera tan cruel: en toda mi vida olvidaré que mientras Lucía cuidaba de mi casa y su madre de mi pobre marido moribundo, Vd. se hizo cargo de Amelia, y le prodigó sus más tiernos cuidados: hoy que mi ánimo se halla algo más tranquilo, le escribo para darle gracias y para decirle que le deseo la suerte más dichosa, y que estoy segura de que la tendrá: sí, amiga mia; la bondad del corazon, el hacer bien á los desgraciados, halla siempre su recompensa, aun en este mundo.

Mi pobre marido está ya un poco mejor; aunque lastimosamente desfigurado, va llegando á un completo restablecimiento: ha perdido el ojo izquierdo en la gran catástrofe que rompió su vida, y con el otro ojo apenas ve: el médico me ha preparado poco á poco y con gran delicadeza, al gran dolor de verle quedar ciego: venga lo que Dios quiera: mi pena, mi desconsuelo, era por él y no por mí, pues yo le quiero lo mismo ahora que antes, y le querré más, si esto es posible, cuanto más desgraciado y más desfigurado le vea: ¿qué mayor dicha para mí, que servirle y cuidarle todos los instantes de mi vida? ¡Ah Lucía, este es el amor de la esposa cristiana! amor que crece y se purifica con la desgracia: amor que perdona siempre, y que por lo mismo parece un rayo de la divina misericordia.

Así amaré yo á Marcial: sí, aunque ahora no le ame gran cosa, cuando viva bajo su proteccion, cuando con mi mano en la suya hagamos juntos el camino de la vida, entonces le iré queriendo cada dia un poco más, porque en el amor de la esposa va envuelta la gratitud.

Pierde ya, mi querida amiga, esa especie de antipatía que profesas al matrimonio: si un marido fué la causa de tu desgracia, es por que aquel marido no tenia una esposa como tú: el hombre que se case contigo no pensará en ninguna otra mujer, porque tú podrás y sabrás contentar todas las aspiraciones de su corazon y de su inteligencia.

Cásate con Cárlos si no te parece muy mal:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que como te digo, el amor lo traen al corazon las buenas cualidades del esposo: deja ya, mi pobre Lucía, esa vida de trabajo incesante, y adquiere para tu madre y para tí el reposo y la paz que á las dos os son tan necesarios.

Ya has batallado con la vida, y ya has sufrido bastante; y si vienes á formar tu nido junto al mio, daremos un ejemplo á las mujeres ateas en amor—que no son pocas—que les será útil y consolador; porque verán por él cuán fácil es hermanar el amor y la virtud, la alegría del hogar, con el cumplimiento de los más austeros y prosáicos deberes.

Adios, mi querida Lucía; estoy muy ocupada con los preparativos de mi boda: mi padre, aunque con el disgusto de separarse de mí, última de sus hijas que le queda soltera, está muy contento con mi casamiento: él mismo me presentó á Marcial, un dia que vino á su despacho para asuntos del comercio, á tiempo que yo me hallaba bordando al lado de papá: parece que agradé al que va á ser mi marido, y pidió permiso para visitarnos: al mes, no cumplido, pidió mi mano, que le otorgamos con gusto.

Mucho deseo que veas á los dos hermanos para que me des tu opinion, porque si deseo que te guste mi futuro esposo, ansío que te guste más el que te destina tu amiga

LUISA.

XVIII.

Cecilia á Mariana.

Madrid, Abril de 18...

Mi querida hermana: no extrañes mi silencio, porque es tal el cúmulo de mis ocupaciones, que no dispongo de tiempo alguno, ni aun para escribir á mi familia. Trabajo mucho y con bastante lentitud, porque mi salud no es buena: espero en Dios que la mejorará, porque, mi estado débil y nervioso tiene su razon de ser: dentro de algunos meses tendré un nuevo hijo; sea bienvenido, como lo ha sido mi Amelia; como lo serán todos los que Dios se sirva enviarme.

Nuestra fortuna ha menguado mucho: Roberto tenia mucho dinero empleado en asuntos que no ha podido resolver, y estos asuntos se han perdido por completo: aunque mi padre y mis hermanos han hecho en esta ocasion mucho más de lo que yo esperaba, muy poco han podido realizar: la insigne mala fe que reina en todas partes, se acentúa más para agravar las penas del desgraciado que ha perdido su salud y su fortuna.

Mucho deseo que vengais á Madrid, mi buena Mariana, y lo deseo más que nada por la grata y consoladora compañía que Diego hará á su hermano: mucho le consuela la de Valentina; pero cuando estemos todos aquí, cuando

pasemos las prolongadas noches del invierno al derredor de la alegre chimenea, hablando, leyendo, haciendo música, tomando té, y todo esto rodeados de nuestros hijos, entonces no tendremos nada que envidiar á los felices de la tierra.

Los hijos de Valentina son encantadores: algo menores que los tuyos, seria una dicha para tí y para Valentina el que formasen dos parejas felices. Julia y Adriano, Fernando é Irene, se conocen desde la cuna, y juntos pasarán la línea divisoria de la infancia á la juventud: verdad es, Mariana, que tus hijos son ricos, tanto como pobres son los de Valentina: pero ¿qué son los bienes terrenales para la dicha de la vida? Yo conozco ahora lo poco que suponen: pobre soy desde que la desgracia ha herido á mi infeliz Roberto: y sin embargo, hay más dicha y más contento en el fondo de mi alma, que cuando contaba con una brillante fortuna.

Mi vida, como antes te decia, es ahora sumamente atareada: me levanto con la aurora, visto y arreglo á mi hija, dispongo el órden de la casa y de las comidas, y cuando ya está la casa cerrada y limpia, visto y arreglo á mi pobre Roberto: ya hace algunos dias os escribí á Diego y á tí, que mi marido ha perdido la vista: los presagios funestos del médico se han realizado, y además de los terribles padecimientos del ojo izquierdo, que le vació el tiro, el otro ojo se ha perdido tambien despues de haber sufrido dos terribles operaciones, que han consumido nuestros últimos recursos, pues su coste—segun la moda que ahora han adoptado los médicos—ha pasado de tres mil duros.

¿No encuentras tú injusto y hasta criminal, el que los que estudian el modo de curar los males físicos, causen la pobreza y la ruina de las familias con sus vergonzosas exigencias? Cierto que cuando estas son exageradas por encima de lo posible, se llevan á los tribunales: cierto que los médicos se avienen á un arreglo: pero siempre con la esperanza, que raras veces sale fallida, de que la transaccion les ha de dejar triple ó más de lo que vale su trabajo: un trabajo que dentro de poco tiempo nadie querrá ó podrá utilizar.

Con todas estas contrariedades, nuestros medios de vida se hallan reducidos á unos diez y seis mil reales de renta, lo que es muy poco atendidos los cuidados que Roberto necesita: he despedido á la doncella, y á un criado de muchas pretensiones que habia en casa, y solo tengo una criada que me cuesta veinte pesetas al mes: es verdad que mi hermanita Lola, que se halla conmigo, me ayuda mucho: soy para esta niña como una segunda madre, y su cariño y su dulce carácter me pagan con usura todos los cuidados que tengo con ella.

Lolita cose, cuida de mil pequeñeces en el aseo de la casa, viste y peina á Amelia, y la hace andar para que se suelten pronto sus pequeñas piernas: creo, mi querida Mariana, que á las niñas se las puede hacer todo lo bueno que se quiera tratándolas con cariño, y á la vez con cierta prudente reserva: ¡qué gran diferencia hallarás ahora entre la Cecilia que has conocido y la de hoy! Largas horas de dolor han dado madurez á mis ideas, sensibilidad á mi corazon y flexibilidad á mi carácter: ya sé muchas cosas que antes ignoraba, y una de ellas es ser indulgente y benévola para todos.

¿Y Roberto? ¡Ah! tardo á hablarte de él, aunque no pienso en otra cosa, porque al empezar no sabré concluir! La altivez, la dureza desdeñosa de su carácter, se han fundido en una ternura, en una gratitud ilimitada: sufrido, paciente, parece recibir mis cuidados como otros tantos favores; algunas veces veo caer dos gruesas lágrimas por sus megillas, tributo á mejores dias; desfigurado, ciego, con el cabello blanco, Roberto se ve con los ojos del alma aun en más deplorable estado del que le veo yo. Dios abate el orgullo de los humanos, y ha hecho de un hombre robusto y en la fuerza de su edad un pobre enfermo: de un hombre rico, un desheredado de la fortuna; pero ha hecho tambien de un libertino un buen padre y un buen esposo, y de un desdichado, amargado por los desengaños,

un hombre que más tarde ó más temprano será dichoso.

—¿Cómo podré yo pagarte lo que haces por mí, mi buena, mi querida Cecilia?—me dice Roberto algunas veces: ¡ah! por mí te has convertido en una hermana de la caridad! ¡Por mí has encerrado tu hermosa juventud en el círculo de hierro de los más austeros y difíciles deberes: yo te he engañado, Cecilia: yo te prometí una suerte feliz, y te la he dado muy desdichada: tú debias abandonarme, y tendrias excusa hasta á mis propios ojos; porque mi desgracia es obra mia, y la tuya tambien!

Cuando me habla así Roberto, pongo á Amelia en sus brazos: mi hija parece penetrar mi pensamiento, pues acaricia con sus manecitas rosadas el desfigurado semblante de su padre, riendo y dándole ruidosos besos.

—Tú eres el padre de Amelia, y por lo mismo, mi solo amor en el mundo, le dije ayer.

—¿Y me quieres?

—Más que antes.

—¿No te causa horror ahora mi semblante?

—No, mi Roberto, porque el amor del alma, es más tierno y más constante que el amor físico ó material: en tu desgracia hay una gran parte de culpa mia.

—No te acuses, Cecilia: tú eres un ángel.

—Un ángel que tenia tu hogar helado, tu corazon solitario: yo no he sido contigo lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debia ser, y ahora lo deploro: perdóname, y consiente en vivir para mí y para tus hijos.

Roberto se calma casi siempre: pero algunas veces tiene accesos de desesperacion terribles: entonces temo que atente á su vida, y voy corriendo á buscar á mi hija, que con sus caricias devuelve alguna tranquilidad al ánimo abatido de su padre.

Por las noches, Valentina y yo leemos para distraer á Roberto: hacemos á éste que toque el piano, lo cual hace mejor todavía que cuando tenia vista. Todas las semanas trae Valentina aprendida alguna melodía nueva, que luego ejecuta para que la aprenda Roberto, al que corrige en sus dudas y vacilaciones. Valentina y yo cantamos: un amable vecino sube con su esposa á nuestro modesto piso: tomamos té, y los hombres hablan de política, en tanto que nosotras hablamos de esos mil nadas que ocupan la imaginacion de las mujeres: modas, labor, economía doméstica y educacion de los niños.

Lola y Amelia son las notas claras, el perfume, el encanto de nuestra pequeña reunion: cuando miro con dolor la noble figura de mi marido, magullada, destruida por los padecimientos; cuando le veo agobiado por una vejez anticipada, sumergido en una perpétua oscuridad, cuando mi corazon desfallece ante tanta desventura, entonces vuelvo la vista á las dos niñas, que juegan con los hijos de Valentina, y al ver este grupo encantador veo aun la vida llena de promesas, y alabo la inagotable misericordia de Dios, que nos envia un rayo de luz, cuando nos envuelven las más densas tinieblas.

CECILIA.

XIX.

Lucía á Mariana.

París, Mayo de 18...

La primera persona á la que comunico la noticia de mi próximo enlace, es á Vd., mi querida y estimada señora: quiero que sepa antes que nadie que mis desdichas van á tener fin, y que dentro de poco tiempo, dentro de quince dias á lo más, seré la esposa de un hombre digno y honrado.

El que va á ser mi marido, no me ha conquistado ni por la belleza de su figura, ni por la brillantez de su ingenio: una amiga mia de la infancia, lo envió á mí, pensando que nos conveníamos, y que nos amaríamos, y no se ha equivocado en sus previsiones: Cárlos Martinez—el apellido es bastante prosáico—me ha dedicado desde que me ha conocido un gran cariño, y lo que es mejor, una gran estimacion: venia con su hermano menor, que se casa con mi amiga, á comprar los regalos para la novia,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y su primer cuidado despues de descansar, fué venir á visitarnos á mamá y á mí: nuestra casa, tan modesta que es casi pobre; nuestra vida de asíduo trabajo, les interesó: cada noche venian los dos y nos acompañaban un rato. Cárlos, cuyo carácter es grave y melancólico, parecia hallarse bien con nosotras, y una noche me dijo:

—Señorita, hace cuatro años, y al ir á casarme, perdí á mi prometida, y la he llorado hasta que la he conocido á Vd. El cariño y la estimacion que ha sabido Vd. inspirarme, han reemplazado á los que le profesé: conociéndola á Vd., se ha aliviado el dolor de su pérdida, y he comprendido que podía tener reemplazo la mujer que tanto quise: si no halla inaceptable esta viudez de mi corazon, ¿quiere ser mi esposa?

Yo le dije que necesitaba pensarlo, y que le contestaria dentro de cuatro dias: durante ellos he reflexionado mucho y muy tristemente, mi querida señora: me he dicho que tengo ya cerca de veinticuatro años, que es probable que no tenga otra ocasion de casarme como la que ahora se me presenta, pues hacemos mi madre y yo una vida muy retirada; que mi pobre mamá tiene ya muchos años, y que necesita reposo y cuidados; y despues de muchas reflexiones, me decidí á aceptar este enlace, advirtiendo, sin embargo, á mi pretendiente que en la

actualidad no le amo, y que lo que le profeso es aprecio solamente.

—Tengo la seguridad, me dijo, sonriendo, de que á los dos meses de casados me amará usted, querida Lucía.

—Así lo creo yo tambien, repuse, y espero me perdonará la franqueza con que le he hablado, amigo mio.

En vez de una canastilla para Luisa, se han comprado dos iguales, pues á pesar de mis súplicas, Cárlos ha gastado lo mismo que su hermano Marcial, el novio de mi amiga: encajes, alhajas, sederías, cachemires, terciopelos: una maravillosa coleccion de preciosidades llevamos á Barcelona: y digo *llevamos*, porque marchamos todos juntos: el anciano padre de Cárlos y de Marcial quiere que las bodas de sus dos hijos se celebren en el mismo dia, y desea que los dos matrimonios vivamos con él, dándonos habitaciones independientes, y conservando él su propia libertad.

Por tanto, mi querida amiga y señora, mi buena madre y yo volvemos á la patria, de la que ya sentíamos la nostalgia, y yo soy completamente dichosa al ver el contento de mi pobre mamá, que siente dos felicidades á la vez: la de mi casamiento, y la de volver á su querida España.

A la verdad, mi querida señora, puedo asegurar á Vd. que jamás he dejado de creer en la

bondad y misericordia de Dios: si alguna vez en las grandes pruebas de la vida he llorado con afliccion profunda, jamás se ha mezclado á mis lágrimas la iracunda queja ó la colérica rebelion: ahora no ceso de dar gracias á Dios por la ventura inmerecida que me envía: ahora en mi corazon hay un himno de gratitud hácia mi Padre celestial.

Hace algunos meses tenia yo todavía invencible aversion al matrimonio: habia visto á mi madre, víctima de los desórdenes de su segundo esposo, pues muy jóven todavía quedó viuda de mi padre; la habia visto llorar, sufrir y quejarse de su desgraciada suerte, y ésto, unido á tantos maridos como he visto viviendo como si fueran solteros, me habia inspirado horror al lazo conyugal: pero despues he estado sujeta largas horas á un trabajo improductivo, y he temblado de que una enfermedad paralizase mis manos, y dejase á mi pobre madre sin el preciso sustento.

Ahora ya estoy libre de ese cruel temor, y no hallaré nunca bastante gratitud para la mano bienhechora que nos salva de la miseria: creo que seré buena esposa, que sabré hacer agradable á mi marido el hogar, y que verá en mí á la fiel compañera de su vida.

Mis discípulas sienten mucho mi marcha: he usado siempre con ellas de mucha indulgencia, á la vez que de un método severo é inalterable: estudiaba con ellas, les ayudaba á vencer las dificultades, las aconsejaba en las pequeñas dudas, y consolaba las infantiles penas que con toda franqueza me confiaban: era para ellas, más bien una hermana que una preceptora, y yo aconsejo este método á cuantas personas se dediquen á la enseñanza, pues á mí me ha dado grandes resultados.

Cada una de estas amables niñas me ha hecho un delicado presente: una, diferentes paisajes pintados por ella; otra, una preciosa sortija; otra, un jarron de porcelana para flores, y otra un lindo álbun para retratos, figurando el suyo en el primer hueco.

No puedo expresar á Vd., señora, cuánto he agradecido estos dulces recuerdos: ellos me dirán siempre que he acertado en la difícil empresa de la educacion de la juventud: y si algun dia, Dios, que es el dueño de todas las grandezas humanas, me dejase sin fortuna, acudiria, para ayudar á mi marido, á ese medio, el mejor y el más honroso que conozco; porque nadie es acreedor al aprecio de la sociedad como las dignas personas que se dedican á formar el corazon de la juventud.

Abandono dentro de algunos dias este hermoso y brillante Paris, sin pena alguna: ansiaba volver á España, y no me atrevia á esperar que pudiera hacerlo nunca, y mucho ménos con la posicion honrosa y tranquila que voy á dis-

frutar. ¡Bendito sea Dios, otra y mil veces, que me concede volver á ver el cielo de mi patria, y rezar sobre el sepulcro de mi padre!

Tengo esperanzas de volver á ver á Vd. en Madrid, mi querida señora, y creo que así suceda: hasta entonces ya sabe que en Barcelona tiene un corazon todo suyo: un corazon que desea borrar, con su afecto respetuoso, toda la amargura que rodea mi recuerdo; una amiga fidelísima que desea servirla en todas las ocasiones de su vida.

Lucía.

XX.

Valentina á Lucía.

Madrid, Junio de 18...

Mi queridísima amiga: He recibido con el más grande placer la muy grata de Vd., y sé por ella lo feliz que se encuentra al lado de su nueva familia: Dios es bueno, querida mia, y tarde ó temprano nos envía la recompensa de la virtud y de la conformidad: es verdad que muchas veces parece triunfar el mal: es verdad que algunas veces la injusticia humana nos causa acerbas penas: es verdad que en medio de nuestro dolor, nos decimos muchas veces que valemos más, mucho más, que los que disfrutan

una suerte feliz: pero todas estas rebeliones del espíritu son hijas de la debilidad de nuestra fé religiosa: si creemos firmemente, nuestra confianza en Dios será inagotable.

Yo he sido acusada de estupidez, hasta por mi hermano, al que tanto quiero y que me ha querido siempre á su vez con entusiasmo: me decia—y lo que es peor, lo decia á todos—que habia perdido toda confianza en mí, porque le habia aconsejado un casamiento que le habia hecho completamente desdichado: ¿qué seria hoy de él, si no se hubiera casado con el ángel que está á su lado? ¿Qué seria de él, si su pobre esposa no tuviera la paciencia de una santa y la resignacion de una mártir? ¿Qué seria de él si Cecilia, si esta mujer que le pesaba ver á su lado, hubiera sido una mujer vivaz, irreflexiva, una mariposa de los salones, sin firmes creencias religiosas, sin fé cristiana, sin amor invencible á sus deberes?

Una mujer de las que agradaban á mi hermano, una de esas mujeres brillantes, de imaginacion ardiente, de locas pasiones, es la que ha causado la desgracia de Roberto, su desgracia eterna, su desgracia completa, sin remedio y sin consuelo: porque esta desgracia ha traido entre sus pavorosas sombras la muerte de la mujer que le amaba, y la de un anciano que ningun mal le habia hecho.

Las grandes cualidades que eran antipáti-

cas á mi pobre, hermano como otros tantos defectos, son hoy el solo consuelo, el único apoyo de su desdichada existencia. Cecilia le acompaña, le distrae, le consuela, porque le adora: su carácter sério, su calma, su apego á la casa, la modestia de sus gustos, todo esto es ahora elemento inagotable de consuelo para Roberto, que ha encontrado en su esposa un verdadero ángel custodio, que ha sabido reconciliarle con la vida, y separar su pensamiento de lo que era la idea fija de mi pobre hermano: del suicidio.

Mariana y Diego han llegado ya de Sevilla y se han establecido en Madrid: los tres hermanos estamos juntos, y nuestros hijos crecen unidos por la más dulce afeccion: Amelia tiene ya dos años, y hace un mes que su madre le ha dado un hermano: el nacimiento de Fernando ha sido una alegría para todos, y sobre todo para su padre. Roberto ansiaba un hijo varon, y Dios se lo ha concedido, cuando le ha herido la desgracia. ¡Bendita sea su sabia providencia, que al lado del dolor pone siempre el consuelo! Cuando ha tocado la cabeza de su reciennacido, dos lágrimas han caido de sus ojos sin luz, arrancadas al dolor de no poder verle: pero Cecilia le ha abrazado, le ha besado con ternura en la frente, y le ha dicho:

—Ahora yo te diré cómo es y las variantes que vaya teniendo: y luego ellos dos serán tus ojos, y te explicarán todas las cosas que tú desees ver: has perdido dos ojos, y tienes seis; los de tus hijos y los mios.

El niño es hermoso, porque la deformidad de su padre no es nativa, si no accidental: Amelia es una criatura preciosa, y la belleza de su madre tiene ahora algo de sublime: todas las líneas de su bello rostro, han perdido ya la rigidez que las penas de su desgraciado enlace la habian impreso: sus hermosos ojos se han vuelto infinitamente dulces: su paciencia es inagotable, y todas las penas que pasa con su familia, le parecen un don del cielo: procura que sus dos hijos acompañen constantemente á Roberto, el niño en la cuna, y Amelia al cuidado de su niñera ó sentada en un cochecito, donde juega ó duerme como su hermano. Reducido Roberto á la mitad de sus recursos, los gastos de su casa han tenido que reducirse mucho: sin embargo, Cecilia hace un empeño generoso de que nada le falte, de que nada eche de ménos: sus comidas, su café, su licor favorito, su chimenea, su elegancia habitual para todas las cosas, en nada han variado. En cambio Cecilia y su hermana Lola que la acompaña siempre, se privan de mil cosas, para que los gastos sean menores. ¡Qué feliz se muestra Cecilia por su continuo sacrificio! Cuando durante la velada nos reunimos todos al derredor de la alegre chimenea en su casa ó en la mia, nadie habla y rie tanto como ella: nadie anima tanto para la lec-

tura, para que se haga buena música: cuando canta, hace que la acompañe Roberto, y ella misma acompaña á Lola alguna sencilla melodía de salon.

A las once se toma el té: Roberto oye la lectura de los periódicos, que le hace Diego, y con la ayuda de éste, es probable que termine algunos negocios que tiene planteados, y se ocupe de algunos otros; en fin, mi amada Lucía, en medio de la pena que nos causa la desdicha de mi hermano, podemos llamarnos felices.

Yo estoy contenta, mi querida Lucía, de saber que Vd. lo es tambien: he visto por su carta de Vd. á Mariana, recibida ayer, que la mayor armonía, que el más grande cariño reina entre toda su familia; que su esposo de Vd. la adora, como no podia ménos de suceder; que Luisa es para Vd. una hermana cariñosa, y que el venturoso anciano padre de tan buenos hijos, tiene una vejez dichosa y tranquila, rodeado de los cuidados de todos ellos.

Su madre de Vd., querida mia, no podia haber logrado una vejez más tranquila: es verdad que su bondad, su ternura, su tolerancia, merecian este dichoso fin de una vida irreprensible y consagrada al deber: no se necesita tener un talento de primer órden para hacer la dicha de los suyos; y si algun golpe cruel del destino viniera á herir el corazon de mi Julia, yo tomaria ejemplo de la prudencia y ternura

de que en los dias de la desgracia hizo prueba su buena madre de Vd.

Adios, mi querida Lucía; algun dia espero la visita de Vd. acompañada de su esposo: ya sabe Vd., y lo mismo su amable familia, que aquí tienen una casa suya, y corazones amigos: no me olvide, y cuando Dios le dé hijos, dígales que á pesar de todas las pruebas que Dios les envíe, no desconfíen jamás de lo inmensa que es la divina misericordia.

VALENTINA.

FIN DE LA OBRA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO